JOSÉ ANTONIO DE AGUIRRE Y LECUBE

De Guernica a Nueva York pasando por Berlín

TERCERA EDICIÓN

EDITORIAL VASCA EKIN, S. R. L.
BUENOS AIRES

Primera edición: Buenos Aires, 15 de septiembre de 1943
Segunda edición: Buenos Aires, 15 de febrero de 1944

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.° 143392

COLECCION ELCANO



JOSE ANTONIO DE AGUIRRE Y LECUBE

DE GUERNICA A NUEVA YORK PASANDO POR BERLIN

EDITORIAL VASCA EKIN
BELGRANO. 1141
BUENOS AIRES
1944

Queda hecho el depósito
que marca la ley

PRINTED IN ARGENTINA

Artes Gráficas Sebastián de Amorrortu e hijos, Córdoba, 2028 — Buenos Aires

ÍNDICE

PÁGINA

I. GUERNICA, ALMA DE LA DEMOCRACIA VASCA

Misterio y grandeza del pueblo vasco 13
Bajo el Arbol de las libertades cercado por las bayonetas de la antilibertad 18
Armas de diferente procedencia y calidad 20
Holocausto para advertencia del mundo 25
Repercusiones: proposiciones de paz de las dos Romas 29

II. LA AGONÍA DE UN PUEBLO HEROICO

Cuando se lucha con un ideal en el alma 43
Porque eran rudos de corazón, prefirieron morir antes que entregarse 47
Como Cristo, fué crucificado 54
Cuando no se quiere saber geografía 58
El incumplimiento de una promesa 62
Hacia el exilio 65

III. EN LA FRANCIA QUE FUÉ A LA GUERRA CON EL ALMA DIVIDIDA

La canción de los incomprendidos 73
Antes Hitler que Blum 77
La premeditación egoísta de los impotentes 79
A quiénes faltaba verdaderamente el espíritu 83

IV. EN LA VORÁGINE

Se inicia el desastre 89
Las fronteras no entienden de dolores 92
Surge el campo de concentración 95
Todos son iguales 99
Una noche de horror 101
Copados 103
La obra de un mal vasco 108

PÁGINA

Huyendo sin salida 112
Viviendo la derrota 116
¡Y por fin nos visitó la muerte! 119

V. Escondido en la Bélgica ocupada por los alemanes

Donde hace su aparición el hombre providencial 127
Rumbo al enemigo 131
Me escondo en un convento 134
Hace su aparición el doctor Alvarez Lastra 139
En casa de madame de Tirlemont 142
Conversaciones que revelan la moral de un pueblo 147
Empieza a cambiar el tono de las conversaciones 151
Aumenta el peligro 155
Los ojos riendo y el corazón llorando 158
Gabarras y aviones 162
Un proyecto de fuga que no se realiza 164
Una discusión con los nacionalistas flamencos 165
Nueva táctica alemana para apoderarse de mí 168
Decido marchar a Alemania 173
Me presento a la Gestapo 176
De nuevo en la Komandantur 179
Me otorgan el permiso 183
Navidades 184

VI. Diario del doctor Álvarez en Alemania

Desde el 7 de enero de 1941 hasta el 23 de mayo 189

VII. Hacia tierras de libertad

Temores y dificultades 289
Otro hombre providencial 291
Ambiente antialemán y antirruso 293
El pastor y yo hablamos sobre nazismo y comunismo 295
Espera e inquietudes 301
Empieza la guerra con Rusia 304
La lucha por los pasajes 306
Alvarez, Petterson y Aguirre en acción 309
Por fin obtenemos los pasajes 313
Rumbo a tierras de libertad 317

PÁGINA

La Carta del Atlántico 321
Llegamos al Brasil 326
Agur, y gracias, doctor Alvarez 329

Epílogo: El mensaje de Guernica a las Américas

Quienes niegan que la guerra es ideológica, son los causantes de la confusión ideológica 333
España, ejemplo típico de confusión ideológica 338
Los demócratas, y no la democracia, son los que han fracasado . . . 349
Cuestión social y comunismo 355
El problema de las nacionalidades 363
El empequeñecimiento de las ideas universales 370
No hay que defraudar la esperanza de los que sufren 375
Misión de América 380
El tercer frente enemigo: el de la Unión Latina 387
El peligro de las dictaduras cristianas 394
La marchita diplomacia y el eje latino 402
Hispanoamericanismo contra panamericanismo 405
El problema ibérico 412
Mensaje de los vascos que cantan y sufren 423

I

GUERNICA, ALMA DE LA DEMOCRACIA VASCA

Misterio y grandeza del pueblo vasco

Quien indague en una Enciclopedia quiénes son los vascos, tal vez se encuentre con una respuesta como la siguiente: Vascos, *Pueblo de raza desconocida que habla una lengua cuyo origen se ignora.* Y, aunque parezca mentira, tal vez sea ésta la mejor definición que pueda darse de la Nación Vasca. Porque estudiarla es andar a tropezones con el misterio.

Indudablemente, es difícil descubrir en el mapa a esta pequeña nación, pues, no obstante su existencia, se halla confundida en los colores que representan entidades políticas más poderosas. Pero la Nación Vasca, Euzkadi, existe, y desde tiempo inmemorial se halla encaramada como un pájaro en los Pirineos, escrutando esa inmensidad líquida que los anglosajones llaman *Bay of Biscay,* que en puridad quiere decir el Mar de los Vascos. Ha sido la esfinge muda que desde su agreste retiro contempló el nacimiento y ocaso de varias civilizaciones, y con persistencia milagrosa ha sobrevivido a sus enemigos. Y mientras que fenicios y cartagineses, godos y romanos, árabes y moros, celtas y francos cambiaron la faz y el alma de las naciones que le rodeaban, el pueblo vasco llega inconmovible hasta nuestros tiempos, con su raza y su lengua legendarias, siempre amando la libertad, luchando y muriendo por ella.

Lo único positivo que sabemos del origen de los vascos es que nada sabemos de él. No hay filólogo o antropólogo en el mundo que no tenga su teoría particular sobre el caso, presentándonos entre todos un riquísimo muestrario de antepasados de todos los colores, en el que podemos escoger a nuestro antojo. Pero hasta que se pongan de acuerdo, no tenemos más remedio que admitir que los vascos descendemos de... los vascos.

Lo mismo sucede con nuestra lengua, el *euzkera,* a la que un

profesor denominó la "desesperación de los lingüistas". A ninguna otra se parece y con ninguna otra tiene relación. Tal vez por eso el vasco dividió a la humanidad en dos campos bien definidos: *euzkeldunak,* los que hablan el euzkera, y *erdeldunak,* los que no lo hablan, clasificación simplista que, además de denotar el carácter independiente e individualista de los vascos, pone de manifiesto la importancia que dieron al verbo de su raza.

El misterio también nos sale al paso cuando pretendemos intrincarnos por los dominios de la diosa Clío. Todas las naciones del globo conservan cuidadosamente en sus desvanes montones de cosas viejas —algunas de ellas antigüedades valiosas, pero en general pedazos de escombro— a las que llaman orgullosamente *su historia.* Los vascos somos pobres en esta clase de posesiones. Se ha dicho que nuestro pueblo, como las mujeres honradas, carece de historia. Yo más bien diría que el pueblo vasco, como los hombres honrados, no aparece en los papeles hasta tanto alguien intente algo malo contra él. Carecemos de historia en el sentido de que nunca nos lanzamos a empresas imperialistas, y de que el tema constante de nuestras crónicas ha sido la defensa de nuestra independencia nacional contra el invasor extranjero.

La historia interna de Euzkadi, en cambio, reflejada en sus leyes, es de una realidad exuberante, y surge, por entre las calamidades y vejaciones que la sociedad humana ha venido padeciendo, como un canto perenne a la libertad y a la dignidad del individuo, el más excelso que jamás pueblo alguno haya entonado. Desde las más remotas edades, sobre la tierra vasca, el hombre disfrutó de aquellos derechos inalienables cuya conquista en otras naciones tanto tiempo y sangre le costó, porque bajo el cielo de Euzkadi la criatura humana siempre fué considerada como lo que con desgraciada insistencia se ha olvidado: la obra maestra de Dios.

Aunque no soy amigo de citas —la gente no compra libros para leer ideas prestadas—, voy a ceder la palabra a un autor que, si como buen británico era difícil de ser complacido por los méritos de naciones que no fuesen la suya, supo valorar

las excelencias de nuestra legislación. El Conde de Carnarvon, después de un viaje por el País Vasco, escribía en 1836 (1): *La casa del vasco es su castillo en el más categórico sentido de la palabra. Ningún magistrado puede violar dicho santuario, ni diligencia alguna puede realizarse en él, y nadie puede confiscar sus armas o su caballo. El vasco no puede ser arrestado por deudas, o sujeto a prisión bajo ningún pretexto, sin que previamente se le haya invitado a comparecer bajo el viejo Arbol de Guernica, donde se le da cuenta del delito que se le imputa, y se le exhorta a defenderse. Entonces, es absuelto allí mismo, puesto en libertad bajo fianza, o encarcelado, según la naturaleza del delito y los testimonios que se hayan aducido contra él. Este, el más precioso privilegio que los hombres libres pueden poseer y la más segura garantía contra el desenfrenado abuso del poder, es una costumbre más resueltamente en favor del individuo que nuestro propio y tan querido Habeas Corpus, y de la que disfrutaron los vascos siglos antes de que la tan famosa garantía de la libertad británica tuviese existencia en nuestras islas.*

Todas estas leyes consuetudinarias de que nos habla Lord Carnarvon nacieron y se desarrollaron bajo el Roble de Guernica, y bien merece ser llamado sagrado el árbol que amparó bajo sus ramas la elaboración de la más auténtica recopilación de los derechos del hombre en tiempos en que Europa se hallaba dominada por el feudalismo, las diferencias sociales y el despotismo de los reyes. El Arbol de Guernica derramó su sombra tanto sobre los humildes como sobre los poderosos, porque en la tierra vasca auténtica nunca existió más que una clase social: la de vascos (2).

(1) *Portugal and Galicia with a review of the social and political state of the Basque Provinces* ... London.

(2) El autor americano Marvin R. Vincent, dice así en su libro *In the shadow of the Pyrenees*, citando a Joanne: "*Entre los vascos, cada uno es igual al más rico, y cada uno es igual al más pobre, y todos disfrutan desde tiempo inmemorial, no de los mismos privilegios sino de los mismos derechos y de aquellos que andando el tiempo han llegado a ser patrimonio de la Europa moderna: igualdad ante la ley, exención de toda servidumbre, y absoluto respeto a las personas y a la propiedad.*"

Tan dentro llevaba el vasco en su alma esta devoción a la humana dignidad que nuestros antepasados, siempre inspirados por la sombra sapientísima del Arbol de Guernica, arbitraron el recurso más ingenioso que puede imaginarse para que el ciudadano de Euzkadi fuese respetado en su persona, no solamente dentro de las fronteras de su patria, sino también fuera de ellas. So pretexto de que los territorios vascos nunca habían sido hollados por los moros, todos los hijos de Euzkadi fueron declarados universalmente nobles. Fué una travesura democrática tanto más admirable, cuanto que en aquella época los valores humanos no eran respetados. Y a causa de esa nobleza universal no vaya a creerse que todo vasco tenía derecho a blasonar de algún título nobiliario, ya que, por el contrario, se hallaban prohibidos en Euzkadi, cuando suponían cierto dominio de la tierra. Su alcance era más práctico y digno que todo eso: disponía que como consecuencia de haber sido declarados nobles todos los vascos, ninguno de ellos podía sufrir tormento —cosa común en aquellos tiempos—, ni padecer en consecuencia los rigores de la Inquisición —tan frecuentes en España—, ni ser detenido sin mandato en regla de la autoridad. Así se constituyó lo que pudiéramos llamar la nobleza popular vasca, por ser la que mejor se adaptaba a un pueblo organizado en una democracia aristocrática, o mejor dicho, en una aristocracia democrática. Quien tiene el debido concepto de la dignidad humana y respeta al cuerpo por ser habitación del alma, no puede menos de considerar como ofensa a ésta las violencias cometidas contra aquél, y consagrar la libertad como el supremo galardón de nobleza a que toda persona es acreedora. Los vascos, por ser igualmente libres y libremente iguales, eran nobles antes de dar estado legal a su nobleza, y este atributo no lo usaron para avasallar a nadie, sino para hacerse respetar por quienes eran hechos nobles por el capricho de los monarcas, con derecho a tratar como a siervos a quienes aun no habían alcanzado esta distinción real. Este es el rasgo más saliente de la nobleza universal de los vascos; fué el pueblo quien se la otorgó a sí mismo, sin necesidad de recurrir a Reyes o Señores.

A nadie podrá extrañar, pues, que un pueblo de estas características espirituales, y que hasta tenía establecido en su Constitución que "las cartas contra la libertad se tengan por no otorgadas", se hallase una vez más en armas en el año 1936, defendiéndose esta vez contra los ejércitos totalitarios acaudillados por quien, como el General Franco, pretendía someter a los hombres a una moderna servidumbre, y reputaba como un nefando delito las ideas de libertad y democracia. En aquella luctuosa fecha el pueblo vasco no hacía más que seguir su trayectoria histórica. Una vez más se alzaba corajudamente para defender la libertad individual y la libertad nacional que empezaba a alborear para él.

Desde 1839 en que el Estado Español arrebató a los vascos sus libertades viejas como el mundo, éstos no habían cejado un solo momento en su lucha por recuperarlas. La República llegó a España en 1931, prometiendo remediar las injusticias perpetradas por la Monarquía Borbónica, pero los errores que son causa de la ceguera que produce el triunfo, impidieron que los buenos propósitos se convirtiesen en realidades, y las Cortes Españolas no aprobaron la autonomía del País Vasco hasta el 1º de octubre de 1936, cuando ya el alzamiento franquista adquiría proporciones de extrema gravedad. Y aunque la libertad reconocida no era más que un retazo de la soberanía que por derecho nos correspondía, y aunque sabíamos muy bien que reconocer a un pueblo la libertad en plena guerra era entregarle responsabilidades multiplicadas por las circunstancias, los vascos nos sentimos orgullosos al percatarnos de que nuestra patria comenzaba a ocupar en el mapa del mundo el puesto que por derecho le correspondía. El ser de nuevo libres nos iba a costar mucha sangre y muchas amarguras, pero ¿qué importaba, si, para el vasco, la libertad es tan necesaria como el oxígeno que respira?

La tradición de nuestros mayores volvía a renacer en nosotros, y el Arbol sagrado que en Guernica se alza, dejaba de ser reliquia, para volver a ser el símbolo vivo de nuestra historia.

Bajo el árbol de las libertades cercado por las bayonetas de la antilibertad

Con Alava, Guipúzcoa y Navarra en poder del enemigo, y sus ejércitos amenazando desde los bordes mismos de Vizcaya, el día 7 de octubre de 1936, los representantes populares congregados en Guernica, la antigua capital política, me eligieron Presidente de los Vascos. El pueblo más viejo de Europa tenía desde aquel día un Primer Magistrado de 32 años, como para demostrar que las naciones no son viejas por sus años, cuando la fe y la esperanza las mantiene jóvenes.

Siguiendo una tradición que se pierde en el amanecer de los tiempos, presté el juramento de mi cargo bajo el Arbol de Guernica, que con sus raíces en la tierra y sus ramas hacia el cielo se alza como un testimonio perenne de la espiritualidad y soberanía nacional de nuestro pueblo. Bajo él, hasta el año 1839, habían jurado los Señores de Vizcaya respetar y defender las libertades vascas, sin cuyo requisito no eran reconocidos como tales. Quiso Dios escogerme para restablecer aquella tradición interrumpida por espacio de cien años, y tuve el honor de jurar fidelidad a aquel pueblo mío en los momentos de su mayor dolor.

Fué en una de esas tardes grises de nuestra patria, en las que la alegría del paisaje vasco pierde su sonrisa bajo la tristeza del cielo. Nubes tupidas parecían querer amparar nuestra inconsciencia contra los propósitos criminales de los aviones alemanes, que acechaban a pocos kilómetros de distancia. La ceremonia del juramento y de la presentación del nuevo Gobierno Vasco había sido tenida en secreto, pues de haberse enterado Franco hubiera adelantado la destrucción de Guernica. Pero la gran nueva corrió de oído en oído, y los vascos dieron una tregua a sus penas, y empleando medios de locomoción de todas clases, se dirigieron de todas partes hacia la Villa que es santuario de nuestra tradición.

El silencio que reinaba aquella tarde en Guernica era la mejor demostración de la emoción que embargaba a aquella gente.

Los que lloraban, que eran muchos, también lo hacían en silencio. Situado debajo del Arbol, yo pronuncié en voz alta la fórmula del juramento:

Jaungoikuaren aurrean apalik,	Ante Dios humillado,
Euzko-lur ganian zutunik,	En pie sobre la tierra vasca,
Asabearen gomutaz,	Con el recuerdo de los antepasados
Gernika'ko zuaizpian	Bajo el Arbol de Guernica
Nere aginduba ondo betetzia	Juro
Zin dagit.	Cumplir fielmente mi mandato.

Todos sabíamos que nos habíamos congregado en aquel histórico lugar para convivir en una ceremonia que representaba el principio del más grande sacrificio que los vascos íbamos a realizar por la Patria y por la Humanidad. Cualquier extranjero que después de presenciar el poderío ítaloalemán de Franco, se hubiera asomado aquella tarde a Guernica, y hubiese visto aquel Gobierno de hombres jóvenes presentándose solemnemente a su pueblo, y aquellas tropas de voluntarios mal equipados desfilando con la bandera que hasta entonces había sido menospreciada, hubiese pensado que se trataba de una concentración de locos o de niños jugando a mayores. Pero los vascos comprendíamos plenamente la trascendencia de aquel momento histórico, en el que Euzkadi, la nación que fué siempre democracia y nunca dejó de serlo, volvía a renacer a la vida de la libertad, y precisamente en los momentos en que empezaban a triunfar en Europa doctrinas mil veces más abyectas que el feudalismo, al cual nuestros antepasados nunca habían permitido brotar en nuestro suelo. Y porque nuestra democracia fué la primera en el tiempo, era también la primera que se aprestaba a levantarse en armas contra quienes habían movilizado todas sus fuerzas para sumir al siglo XX en una ignominia de servidumbre.

En aquellos mismos instantes en que yo pronunciaba mi juramento, nuestra juventud, mal equipada y peor armada, se batía contra los ejércitos de Franco, en montañas que solamente veinte kilómetros separaban de Guernica. Casi se oían las detonaciones desde donde nosotros estábamos. Aquella misma tarde, pocas horas antes de la ceremonia, nuestro Estado Mayor,

como llamábamos a aquel conjunto de hombres de buena voluntad, me había anunciado que en nuestros depósitos de municiones no quedaban más que unos trescientos mil cartuchos. Pocos estábamos en el secreto de lo que aquello suponía. Tres días antes se había librado en los altos de Elgueta un sangriento combate en el que nuestras improvisadas formaciones de patriotas voluntarios —ya los llamábamos *gudaris*, que en vasco significa *guerreros*—, habían rechazado a las tropas de Franco que se vieron obligadas a retroceder en desorden. Se les causaron cientos de bajas, pero a costa de cerca de cuatrocientos mil cartuchos. Si el combate se hubiera repetido, a buen seguro que mi juramento no lo hubiera prestado bajo el Arbol de Guernica, sino sobre las olas del Cantábrico, única salida que nos quedaba.

La libertad de Euzkadi resucitaba después de cerca de cien años de letargo forzado, protegida por unas armas cuya principal munición consistía en el heroísmo de los hombres que las empuñaban.

Armas de diferente procedencia y calidad

Había terminado el acto de mi jura, cuando llegaba apresuradamente del extranjero uno de los dos amigos que enviamos a comprar armas a Francia. El viaje de vuelta lo había realizado en una gasolinera, burlando la vigilancia de los barcos de guerra franquistas. Era Telesforo de Monzón, un joven de mi misma edad, a quien yo había nombrado Ministro de la Gobernación del nuevo Gabinete Vasco, sin él saberlo.

—Todo está arreglado —me dijo nerviosamente Monzón.

—¿Arreglado qué? —le interrumpí.

—Lo de la compra de armas —me contestó—. Dentro de pocos días llegarán de Hamburgo, cinco mil fusiles y cinco millones y medio de cartuchos.

—¿Pero qué estás hablando? —le repliqué asombrado—. ¿De Hamburgo . . .?

—De Hamburgo, por mucho que te asombres —añadió Monzón—. Nos las han vendido los alemanes.

Todo aquello era demasiado incomprensible para mí. No me cabía en la cabeza que los alemanes nos vendiesen armas para defendernos contra Franco, y en cierto modo contra ellos, que eran sus aliados. Decididamente empezábamos a vivir en un mundo sin lógica, que andando el tiempo iba a proporcionarnos los ejemplos más estupendos de contrasentido.

—Así es, aun cuando te extrañe. En Francia no había nada que hacer. Nadie quería oírnos hablar de vender armas. A los ingleses hasta les escandalizó la idea. No hemos tenido más remedio que irnos a Hamburgo, donde unos agentes alemanes nos han vendido esas armas que vienen de Checoslovaquia.

Y lo más extraordinario fué que llegasen a nuestras manos. En un puerto francés fueron transbordadas las armas del buque escandinavo que las condujo, al pesquero vasco que hubo de transformarse en barco fantasma para traerlas a Bilbao. Las maniobras del transbordo fueron por demás complicadas, pues hubimos de valernos de toda clase de estratagemas para que las autoridades francesas no se enterasen de que los pobres vascos habíamos adquirido armas para defender los principios democráticos que ellos sustentaban, pero a los que, al mismo tiempo, estaban traicionando inconscientemente. Parecía talmente que la Gestapo se había trasladado a Francia —luego resultó ser cierto—, y que las organizaciones de ayuda a la democracia se habían establecido en Hamburgo.

Con aquellos fusiles y cartuchos nos creímos invencibles, aunque no fuese más que por comparación con aquellos primeros días de la sublevación militar, en los que nuestras gentes empuñaban cualquier herramienta con tal que disparase. Y llenas de entusiasmo salían a enfrentarse con los moros y legionarios que Franco acaudillaba, aunque por su indumentaria y armamentos más parecían partidas de caza.

Con este material y con los cañones que la rendición del Cuartel de Loyola de San Sebastián nos proporcionó, preparamos los cuadros de un ejército de 35.000 hombres. Contábamos con trece oficiales de carrera, exiguo número que hubo de reducirse más aún por la deserción de algunos de ellos que aban-

donaron nuestras filas llevándose documentos de capital importancia. Gracias a una de estas traiciones, Franco se hizo con los planos del llamado *cinturón* de Bilbao, que era una cadena de fortificaciones que defendía dicha capital. Con trece oficiales solamente, y entre ellos el consabido judas, no nos quedó más remedio que improvisar los que nos faltaban. De ahí que se viese mandando batallones y más tarde hasta divisiones, a médicos, oficinistas, obreros, arquitectos, etc., y muchos de ellos con verdadero éxito.

Un mes más tarde nos anunciaron la llegada del primero y único cargamento ruso de material bélico que recibimos los vascos. Nos lo enviaba el Gobierno de la República Española que lo había adquirido en Rusia. Consistía en quince aviones de caza, cinco cañones de mediano calibre (11,50) —nosotros los llamábamos la artillería pesada—, quince tanques, doscientas ametralladoras y quince mil fusiles con muy pocos cartuchos. Nuestra ilusión se multiplicó con su llegada; íbamos a poder formar seriamente un ejército.

Pero con su llegada fueron nuestras ilusiones las que se marcharon. Los aviones eran buenos para entonces, cazas Curtiss fabricados en Rusia; los tanques eran viejos y achacosos, renqueando sobre ruedas de goma; los cañones eran aceptables aunque solamente servirían mientras durase la escasa munición que traían; muchas ametralladoras funcionaban mal y más de la mitad hubimos de desecharlas por inservibles; y los fusiles... bueno, los fusiles eran los que sobraron de la guerra de Crimea, con cerca de un siglo de existencia, de un solo tiro, y con unas balas que hubiesen parecido anticuadas a nuestros abuelos. Meses más tarde, los guardias de orden público se paseaban con ellos, causando la admiración de los ignorantes que juzgaban por su tamaño sus cualidades mortíferas.

Recuerdo que el técnico artillero que los examinó, me dijo indignado, sintiendo su honor militar ofendido:

—¡Pero esos rusos por quién nos han tomado!...

—No se enfade, Comandante —le contesté yo—; es la ayuda de las dictaduras a la democracia, que comenzó en Hamburgo y continúa con espingardas de un solo tiro. Tal vez son un re-

galo para nuestro museo arqueológico, que nosotros hemos interpretado equivocadamente.

Pero era una ayuda al fin y al cabo prestada a una causa justa que se defendía desesperadamente, y por lo tanto muy digna de agradecer. Los otros en cambio, los que tenían el deber de prestar su colaboración al pueblo vasco en su lucha de vida o muerte contra el totalitarismo internacional, no solamente no enviaron nada, sino que pusieron toda clase de obstáculos oficiales, y hasta impidieron el paso del material por su territorio.

Además, es justo hacer constar que los quince aviadores que nos enviaron acompañando la expedición, eran de diferente calidad que los fusiles de Crimea. Permanecieron dos o tres meses entre nosotros y luego fueron retirados. A quienes más extrañeza causaron los jóvenes aviadores, fué a algunos elementos extremistas que creían que todo ser humano que llegase de Rusia, había de ser desgreñado, indisciplinado y revolucionario. La conducta de aquellos muchachos fué ejemplar, y no me refiero a su ejecutoria militar, ya que la superioridad numérica del adversario no les permitió combatir más que al principio. Lo que más me impresionó fué la disciplina de aquellos aviadores. Fueron un ejemplo de seriedad y corrección que denotaba a las claras que en su país existía en el orden militar algo más que lo que una propaganda desviada e inexacta hacía ver a las gentes. Venían mandados por el general Jansen, de origen letón, con quien me unió una sincera amistad por su bondad y corrección. No era comunista, y comprendió bien todo el alcance de la tragedia del pueblo vasco. Un día fué llamado por sus superiores y se despidió de mí con las siguientes palabras:

—Yo no sé hacer política. Es mejor que me retiren de aquí.

Fueron muchos, muchísimos, los dolorosos desengaños que recibimos, pero nosotros seguimos trabajando sin desfallecer, porque la justicia de nuestra causa nos infundía una fe que no nos permitía dudar de nuestro triunfo. Y creamos el Ejército Vasco, transformando las milicias —que se componían de voluntarios de los diferentes partidos políticos— en una organiza-

ción militar de más de cien mil hombres perfectamente disciplinada, quienes, a pesar de la deficiencia irritante del armamento, supieron contener al invasor durante muchos meses; construímos el llamado "Cinturón de Hierro" de Bilbao, que tuvo una extensión de unos doscientos kilómetros de perímetro; transformamos la industria civil en industria de guerra y organizamos todos los servicios; alimentamos una población civil de más de ochocientas mil almas, con más de ciento cincuenta mil refugiados, en un territorio de unos tres mil kilómetros cuadrados y sin más salida que un mar virtualmente bloqueado; mantuvimos el orden y establecimos la administración de justicia; defendimos la libertad de conciencia y el respeto al culto; protegimos la propiedad y velamos por las vidas de nuestros adversarios políticos.

Pero no quiero hacer el elogio de nuestra obra y voy a dejar hablar a un testigo presencial de ella. Me refiero a G. L. Steer, corresponsal en el frente vasco de "The Times" de Londres y de Nueva York, el cual dice así en su libro *The Tree of Gernika*: "*Los vascos se consideran orgullosos del año en que se gobernaron a sí mismos, de cómo mantuvieron el orden y una verdadera paz religiosa, y dieron libertad a todas las conciencias, y alimentaron a los pobres, curaron los heridos y condujeron todos los servicios del Gobierno sin una sola disputa. Sólo ellos en toda España demostraron hallarse aptos para gobernar; mientras los otros asesinaban, aterrorizaban a la clase trabajadora y vendían su patria a los extranjeros, ellos unieron su pequeña nación con fuertes lazos de humana solidaridad... Podrán esperar, como lo hago yo, que en lo sucesivo su obra sea coronada por un mayor éxito, pero difícilmente que su conducta sea más digna y honorable.*"

Algún día, cuando se disipe la bruma ideológica que ha dejado en el mundo aquella guerra civil de trascendencia universal, la humanidad hará plena justicia a los vascos, y se verá que entonces, como siempre, no hicimos más que continuar la tradición de nuestros mayores, simbolizada en el Arbol de Guernica.

Holocausto para advertencia del mundo

Guernica era una villa de unos siete mil habitantes, situada en un apacible valle bordeado de montañas. Como todas las poblaciones de Euzkadi, era un conglomerado de limpias casitas blancas, mirándose mutuamente a través de calles estrechas y sombreadas, descollando del conjunto los tres edificios, que se alzan como puntales simbólicos de la vida vasca: la iglesia, índice de la religiosidad de nuestro pueblo: la casa Consistorial, representativa de su civilidad, y el frontón, que nos habla de la fortaleza de la raza. El mar no está lejos, y llega hasta las mismas plantas de Guernica en forma de bellísima ría que va trazando islitas y recodos, por entre los cuales se deslizan en los días de verano, las viejas velas de las gabarras que traen arena desde las playas extendidas junto al mar. Es una población completamente abierta, desprovista de toda defensa, pues en todo su perímetro no se encontraba ni un mal cañón antiaéreo. Apartadas del casco trabajaban dos pequeñas fábricas que de ningún modo podían considerarse como industrias de guerra. La villa propiamente dicha está en la parte baja, en el valle, y junto a ella, en una frondosa elevación se halla la Casa de Juntas —el Parlamento Vizcaino—, y en su jardín el famoso Arbol de Guernica, apenas mecido por la brisa, siempre en silencio, cual si añorase los días de su esplendor nacional.

Todos los lunes del año se celebraban en Guernica sus famosas ferias, pintorescas aglomeraciones de aldeanos, de un sabor ancestral que ponían de manifiesto la civilidad y alegría de las fiestas vascas. Todos los productos de las huertas e industrias caseras cercanas a Guernica se exhibían en su plaza, y mientras las transacciones se llevaban a cabo con solemnidad mercantil, los burritos y los bueyes que habían traído los productos celebraban ponderada concentración bajo los tilos, esperando el retorno a sus caseríos. Una vez terminada la parte importante del día, la de los negocios, la gente se desparramaba por las casas de comidas, que hacían gastronómicamente renombrada a Guernica, para cumplir con uno de los mandamientos princi-

pales de la vida vasca: el de comer y beber bien, con calma, copiosidad y animada conversación. Y en un estado eufórico que es consecuencia directa del rito culinario, la gente rebosa en el frontón donde se celebraban famosos partidos de pelota, o acude a la plaza donde se baila a los acordes del txistu y el tamboril. Cuando las campanas de las iglesias tañían el toque de ánimas, se iniciaba el desfile de los forasteros, y Guernica recobraba su calma de ciudad antigua y tradicional.

Este fué el escenario escogido por Franco y por Alemania para realizar el lunes 26 de abril de 1937 el primer ensayo de guerra total y llevar a cabo el crimen más horrendo que recuerda la historia. Serían las cuatro y media de la tarde cuando las campanas de las iglesias que hacían veces de sirenas anunciaron la presencia de aviones enemigos a la gente que llenaba Guernica por celebrarse la acostumbrada feria. Pronto apareció un avión, que después de dibujar en el aire círculos de observación, arrojó unas cuantas bombas sobre la estación del pequeño ferrocarril que une dicha villa con Bilbao. Pocos minutos después un segundo Heinkel repitió la hazaña con la misma impunidad. La gente se apresuró a cobijarse en las vetustas casas, a falta de refugios, y por las calles desiertas se vió cruzar la figura del sacerdote doctor Arronategui, en su noble deseo de socorrer a las primeras víctimas. Transcurridos quince minutos, y cuando ya se empezaba a creer que el peligro había desaparecido, volvió a oírse el zumbido de los aviones; eran Junkers 52, los aparatos de bombardeo más potentes que Alemania había enviado a la Península. Tan pronto como se hallaron encima de Guernica empezaron a arrojar su mortífera carga, mientras que una escolta de cazas ametrallaba a la gente que huía aterrada al campo, donde creía encontrar una mayor seguridad que dentro de los viejos edificios. Unas casas volaban partidas en dos, otras se hundían aplastando a quienes se habían cobijado en ellas, y las primeras llamas empezaron a realizar su obra devastadora. Hombres, mujeres, niños, corrían enloquecidos en todas direcciones para perecer en las calles, o morir acribillados a balazos por los Heinkel que ametrallaban los caminos volando a ras del suelo, dejando carreteras y heredades sembradas de cadáveres.

Pero todo ese horror no había sido más que un prólogo del enorme crimen que se estaba perpetrando, pues fué entonces, a las cinco y cuarto de la tarde, cuando comenzó la destrucción de la villa sagrada para los vascos. Durante dos horas y media la bombardearon sin cesar, sin compasión alguna, en la más horrible orgía de sangre y fuego hasta entonces conocida en la historia de las hecatombes humanas. Iglesias, casas, todo estallaba hecho trizas, y los heridos que estaban en el hospital fueron arrojados en pedazos por las ventanas rotas. El fuego completaba la labor devastadora, y las llamas devoraban edificios, cuerpos humanos, animales, todo. Guernica había quedado convertida en una inmensa hoguera, dentro de la cual ardían centenares de inocentes víctimas, en holocausto a la barbarie bautizada sacrílegamente de "*Cruzada* por el orden, la autoridad y la religión". Aquel zarpazo de la fiera totalitaria había costado cerca de dos mil víctimas a la humanidad, muchas de ellas pobres aldeanos que trabajaban sus heredades de sol a sol, y cuyos labios rezaban a Dios antes y después de su labor.

A las ocho menos cuarto, cuando la noche empezaba a caer, desapareció del cielo de Guernica el último avión, y una gran extensión de la tierra vasca quedaba iluminada por el resplandor de la villa en llamas, con sus víctimas calcinándose en sus entrañas. "Un espectáculo dantesco —me decía uno de los miembros del Gobierno Vasco—, que impresionaba aún más viendo aquellos rostros petrificados por el dolor de quienes, sentados en los bordes del camino, contemplaban impávidos la consunción de Guernica, y en aquella inmensa hoguera los cuerpos de sus seres queridos. Todas aquellas gentes daban la impresión de haberse vuelto locas. El terror les había quitado el más leve sentido de la realidad. Y no lloraban, porque les era imposible llorar."

La destrucción de la villa sagrada para los vascos se había consumado, pero el Arbol de las Libertades había quedado ileso, inmutable, con sus ramas extendidas hacia el cielo enrojecido, como queriendo decir al mundo, que, a pesar de yacer a sus pies cientos de vascos inmolados por defender la libertad, los principios por él representados nunca pasarían.

Cuando recibí las primeras noticias del ataque contra Guernica pensé en llegarme al lugar del desastre. Cuando me fueron comunicando las proporciones de la catástrofe, dudé. Más tarde, cuando caída la noche el espectáculo del fuego y desolación llevaba a diplomáticos y periodistas extranjeros a Guernica, decidí no ir. No quería que la impresión de un acto de vandalismo semejante pudiera contribuir a variar nuestra línea de conducta. Preferí quedarme a solas con mi conciencia, que siempre me había aconsejado que el hombre honrado no debe dejarse arrastrar por la indignación que le produce la conducta innoble del adversario.

Pero me dirigí al mundo con las siguientes palabras: "Ante Dios y la Historia que nos han de juzgar, afirmo, que durante tres horas y media los aviones alemanes han bombardeado con una fiereza desconocida hasta aquí, a la población civil indefensa de la histórica villa de Guernica, reduciéndola a cenizas y persiguiendo con tiro de ametralladora a las mujeres y niños que han perecido en gran número mientras huían locos de terror. Yo pregunto al mundo civilizado si puede permitir el exterminio de un pueblo que ha considerado siempre como su más grande título de gloria la defensa de su libertad y de la santa democracia que Guernica con su Arbol milenario ha simbolizado a través de los siglos."

Pero no había que extrañarse. Se había cumplido la amenaza del general Mola, jefe de las fuerzas atacantes. En unas octavillas que fueron arrojadas sobre Bilbao desde unos aviones, nos amenazaba con las siguientes palabras: "Nosotros destruiremos a Vizcaya, y su territorio desnudo y desolado privará a los ingleses del deseo de sostener contra nosotros a los bolcheviques vascos. Es preciso destruir la capital de un pueblo pervertido que osa oponerse a la causa irresistible de la idea nacional." Y estas palabras del general Mola fueron corroboradas más tarde por el Cardenal Gomá, Primado de España, quien en carta dirigida al Canónigo vasco doctor Onaindia le decía, que la destrucción de Guernica "era el anuncio de lo que podía suceder a la gran ciudad". Se refería a Bilbao.

Mas a la ignominia totalitaria no le bastaba con la salvaje

destrucción de Guernica, y en su perfidia llegó a ensañarse en las víctimas, atribuyendo a ellas la responsabilidad de la horrible carnicería en que habían perecido. Y fué el mismo general Franco, quien después de acusarnos vilmente a los vascos de haber destruído Guernica, pronunció estas cínicas palabras: "Aguirre miente. Nosotros hemos respetado Guernica, como respetamos todo lo que es español." Pero quien mentía con cinismo y deshonor era él. Con razón dice Steer en su libro antes citado: "La destrucción de Guernica no sólo fué un horrible espectáculo para los ojos; dió también ocasión a las más horribles contradicciones y mentiras que oídos cristianos jamás oyeron . . ."

Repercusiones: proposiciones de paz de las dos Romas

Si Pearl Harbor fué un terrible golpe para los americanos, podrá figurarse el lector lo que significó para los vascos la destrucción de Guernica, símbolo viviente de todo lo que era más querido por ellos. Era dar en el corazón mismo de la pequeña nación vasca y en el corazón de todos sus hijos, aun en el de aquellos que vivían en las más apartadas regiones del globo. Pero entre Pearl Harbor —objetivo puramente militar— y Guernica —objetivo puramente civil— existe una íntima relación, que se hace más palpable después de vividos los cinco años que los separan; ambos son jalones dolorosos de una nueva táctica bélica, salvaje y cobarde, pues si Guernica fué el primer ensayo de destrucción totalitaria, Pearl Harbor ha sido el último, principio y fin de un trágico eslabón de matanzas colectivas, perpetradas por quienes se valieron de la cobardía y egoísmo de las naciones poderosas, para atacar primeramente a los débiles, y por último a los fuertes.

Los resplandores de Guernica arrasada anunciaron al mundo que había comenzado la conquista del continente europeo por la violencia totalitaria; los escombros ensangrentados de Pearl Harbor han sido el anuncio de la conquista de otras partes del mundo. Por muchas millas que separen Guernica de Pearl Harbor, ambas tienen la misma significación histórica, ambas

han sido víctimas de los mismos errores suicidas, y ambas marcan con sus cicatrices palpitantes el camino que ha de seguir la humanidad si no quiere verse abyectamente subyugada en una nueva esclavitud. Los hombres de hoy tienen que aprender a leer en ruinas y cadáveres si han de adquirir la ciencia que enseña que tardar es perecer, y más si a la tardanza van unidas las contemplaciones. Muy lejos estaban Guernica y Pearl Harbor, de América o de la India, pero la mística de la historia las ha llevado hasta la puerta misma de todos los hogares. Para la injusticia no hay fronteras ni distancias, y cuando ésta se produce, sea donde sea, es preciso ayudar a extirparla a los que la padecen, pues nadie sabe quién va a ser víctima de su próximo brote. Si quienes debían hubiesen madrugado para no permitir que se perpetrase la inmolación de Guernica, es muy probable que los Estados Unidos no hubiesen tenido que contar los cadáveres de sus hijos asesinados en Pearl Harbor.

Quienes amaban la libertad y la veían amenazada, pronto se dieron cuenta de lo que significaba la destrucción de Guernica. La humanidad empezaba a reaccionar ante aquel aldabonazo macabro que anunciaba al mundo una era de dolor y de lágrimas. Y contemplaba con horror aquel espectáculo de espanto, que al mostrarlo al pueblo americano había hecho decir al senador Borah: "Aquí el fascismo presenta al mundo su obra maestra. Ha colgado en las paredes de la civilización un cuadro, que jamás será descolgado ni se borrará de la memoria de los hombres."

Aquel clamor de indignación que se levantó por doquier, hizo meditar y preocuparse a quienes se habían confabulado para terminar con la libertad en el mundo. El ensayo para perpetrar sucesivos asesinatos colectivos les había resultado excesivo. Además, no hay que olvidar que Franco era el paladín de una *cruzada* que pretendía monopolizar la defensa del orden y la civilización cristiana en oposición al comunismo.

Por eso se produjeron entonces algunos hechos que, a pesar de su importancia, no han sido tratados hasta ahora en ningún libro. Como solamente los conocemos las personas que intervinimos en ellos, voy a permitirme relatarlos sucintamente.

Los actores principales son personas tan venerables como el actual Papa Pío XII, y otras dos que, aunque menos venerables, son bastante conocidas: Mussolini y el Conde Ciano. Toda la documentación referente a estos asuntos se halla en uno de los archivos de la Presidencia del Gobierno Vasco en un lugar de Europa que no conviene mencionar. Pero mi memoria es lo bastante fiel para que la confrontación que en su día se haga sea tan exacta como han sido siempre mis afirmaciones.

Hacia mediados de mayo de 1937, dos semanas después del bombardeo de Guernica, llegó a Bilbao por los aires una personalidad vasca. Nosotros teníamos organizada una línea de servicio aéreo, de un solo avión, que nos unía con el mundo civilizado a los vascos que luchábamos cercados por todas partes. Dicha persona era de mi absoluta confianza y podía prestar oído al enemigo sin comprometer nada. En aquella ocasión traía un encargo delicado y espinoso.

Un diplomático italiano, el Conde Cavaletti de Sabina, había llegado al sur de Francia, tal vez con el pretexto de descansar en alguno de aquellos deleitosos parajes tan codiciados por los italianos, pero en realidad con un encargo del Conde Ciano para mí como Presidente del Gobierno Vasco. Se trataba de una proposición que nacía del propio Mussolini y venía expresada en una nota verbal y en unas ampliaciones que serían ratificadas asimismo de palabra.

La nota verbal expresaba en primer término el deseo del Duce de llegar a una paz separada con los vascos, mediante la *entrega* —reza textualmente— de Bilbao, a sus tropas, verificada la cual, Italia garantizaba el cumplimiento de unas cláusulas muy humanas para tranquilidad del País Vasco, y de garantía para los miembros de nuestro Gobierno, jefes políticos y militares vascos. Terminaba la nota señalando el procedimiento a seguir para iniciar las negociaciones; yo, como Presidente Vasco, dirigiría a Mussolini un telegrama pidiéndole su intervención, basándome para ello en motivos puramente humanitarios. Se me ofrecía la clave oficial secreta italiana, que podría utilizarla libremente.

—¿Qué sucede en Roma? —me pregunté extrañado; mi

perplejidad hubiese aumentado de haberme enterado entonces, que al mismo tiempo que del Quirinal se me enviaba aquella proposición, salía telegráficamente del Vaticano un ofrecimiento de paz también dirigido a mí, por el Cardenal-Secretario de Estado monseñor Paccelli, en la actualidad Su Santidad Pío XII. De ello hablaré más adelante.

El amigo vasco me dijo:

—El conde pide una respuesta lo más rápida posible.

A mí me extrañó que un diplomático interesase la urgencia en asunto tan trascendental, pero a pesar de ello di la respuesta a mi amigo inmediatamente:

—Conteste usted a ese señor —le dije— que los vascos no admitimos ninguna proposición donde se mencione la palabra *rendición*.

Y mi amigo se marchó en el avión a Francia, y por el mismo conducto volvió a los pocos días. Vino a verme a la Presidencia.

—El Conde Cavaletti me ha pedido ser recibido por usted aquí —me dijo.

—¿En Bilbao? . . . —le interrogué asombrado.

—Vendría en un avión italiano —continuó—, pero sin colores ni señales de ninguna clase.

—No, por favor —le interrumpí—, ya tenemos bastante con los aparatos italianos que nos bombardean todos los días. Si ese señor lo cree necesario, que venga, pero con usted, y en nuestro avión. Yo garantizo que no le pasará nada.

Tal vez extrañe a alguien esta complacencia mía con el enviado de un Jefe de Estado que nos atacaba sin que nosotros le hubiésemos hecho nada. Pero siempre ha sido norma mía no rechazar una plática, cuando en ella puedo oír algo interesante. Siendo el tema de importancia, acepto parlamento con personas de la más diversa condición. Como yo creo firmemente en lo que creo, no tengo miedo a las opiniones ajenas, y en más de una ocasión me han proporcionado útiles enseñanzas. Además, siempre suele quedar algo en el ánimo del contrincante con quien se conversa.

—La proposición italiana —me dijo mi compatriota— es más importante de lo que la nota refleja.

—¿Más importante que un ofrecimiento de paz separada? —le argüí.

—Sí —añadió el emisario—, el mismo conde me ha manifestado que, una vez enviado por usted el telegrama al Duce, podrán comenzar las conversaciones en las que se estudiará incluso la posibilidad de un protectorado italiano sobre Euzkadi.

—¡Pero si eso no lo consiguió ni la Roma de Augusto! —le dije sonriendo.

—Pues el Duce pretende intentarlo —continuó el amigo—, y el ensayo vasco le servirá para llegar a idénticas conclusiones con los catalanes, y luego a la paz con la República.

Soy hombre poco inclinado a expansiones de indignación, y como tampoco estaban las cosas para soltar carcajadas, opté por responderle lo más serenamente posible:

—Dígale al conde de mi parte, que mi respuesta anterior queda en pie, y que, en caso de que persista en su idea de venir a Bilbao, que mantengo con la misma firmeza las garantías para su seguridad personal.

Pero todo quedó en nada. Cavaletti de Sabina afirmó al intermediario vasco que le había impresionado la sinceridad de nuestra garantía, aunque él —le dijo— "no hubiera podido garantizarnos lo mismo". Y yo me quedé con las ganas de escuchar de labios del discípulo de Maquiavelo —supongo que lo sería— la explicación de la pintoresca tesis de un protectorado italiano sobre los vascos.

La destrucción de Guernica y la execrable matanza de vascos que había sido perpetrada, tuvo derivaciones de una mayor transcendencia. Se trataba de un pueblo cristiano, de un pueblo ordenado y laborioso poseedor de una vigorosa constitución social, y de un tesoro de tradición democrática y de auténtica libertad. El mito de la *Cruzada* se venía abajo, amenazando dejar al descubierto a los muchos diablos que se escondían detrás de la Cruz. Había que evitar a todo trance tamaño desastre, que de ocurrir hubiese sumido en desprestigio, más que a los falsos cruzados, a quienes, por ayudarlos, resultaban cómplices de los crímenes de aquéllos. Y para ello, no había otra solución que hacer desaparecer la causa que podía originar el descala-

bro, lo que podía realizarse de dos maneras: exterminando al pueblo vasco, o apartándolo de la lucha.

El Vaticano, en un noble afán de pacificación, intentó la segunda solución. El Cardenal-Secretario de Estado redactó un mensaje telegráfico que iba dirigido a mí como Presidente Vasco, a juzgar por el tratamiento. Y esto no era de extrañar, por ser yo católico de profundas convicciones que a Dios agradezco.

Invocaba el documento la conveniencia de poner fin a la contienda en beneficio de los altos intereses espirituales comprometidos. La proposición de paz que se me hacía —a la cual calificaba el documento de generosa o humanitaria—, contaba con la aquiescencia de los generales Franco y Mola, según se hacía constar explícitamente en el preámbulo. Se exigía de nosotros la rendición y entrega de Bilbao y del resto del territorio vasco, tal como se hallaba, sin ser destruído. A cambio se nos prometía el respeto de vidas y haciendas para todos los vascos, y la salida al extranjero de los dirigentes políticos y jefes militares. "Las provincias vascas —decía el documento—, disfrutarán del régimen administrativo que tenga la provincia de España más privilegiada" (*sic*). Terminaba con unas reflexiones redactadas, como todo el documento, en términos pacificadores.

Para un jefe católico, de un país en su casi totalidad católico, la prueba hubiera sido dura, aun cuando la justicia de nuestra causa y nuestra firmeza y lealtad eran suficiente satisfacción para nosotros. Y digo "hubiera", porque yo no me enteré de la existencia de dicho documento telegráfico hasta mucho tiempo más tarde —nada menos que tres años más tarde—, cuando me hallaba en París en el exilio. Un violento artículo —falaz desde el principio hasta el fin— contra los vascos y concretamente contra mí, debido a la pluma del Padre jesuíta J. de Bivort de la Saudee, aparecido en la "Revue de Deux Mondes" del 10 de febrero de 1940, nos descubrió su existencia, así como la de unos hechos absolutamente desconocidos para nosotros.

Lo relatado en el artículo era lo siguiente: Monseñor Valerio Valeri, Nuncio Apostólico en París, fué encomendado por el

Vaticano de una misión extremadamente delicada: la de "favorecer unas negociaciones de paz entre el General Franco y el Gobierno de Euzkadi, en vista de que yo no contestaba a un mensaje que se me había enviado desde el Vaticano". "El Quai d'Orsay, así como varios miembros del cuerpo diplomático y algunas personalidades residentes en París prestaron su benévolo concurso. Entre ellas un antiguo jefe de Estado —el ex Presidente de Méjico señor de la Barra— jugó un papel de primer plano." Fué a fines de febrero y en el curso del mes de marzo de 1937, tiempo en que el Cardenal Gomá actuaba oficiosamente de Nuncio cerca del General Franco. Algunas semanas más tarde (por aquellos días Guernica fué arrasada) el Primado de España hizo cuanto estuvo de su parte para que el Generalísimo de los Ejércitos Españoles propusiera al Gobierno Vasco unas condiciones de paz aceptables, y elaboró con el General Mola un proyecto que fué sometido al General Franco.

"Tres eran los puntos que se proponían al señor Aguirre para que la paz fuese aceptada: 1º, se respetarían vidas y bienes a todos aquellos que depusieran sus armas; 2º, se facilitaría la huída de los jefes; 3º, serían sometidos a los Tribunales Militares Ordinarios únicamente los autores de crímenes de derecho común.

"No solamente el General Franco dió su aquiescencia para que dichas proposiciones fuesen hechas al Gobierno Vasco, sino que en un gesto de magnanimidad añadió otras dos más: 1º, las Provincias Vascas disfrutarían de los mismos privilegios económicos, políticos y jurídicos que Navarra, la provincia más privilegiada de España; 2º, las mejoras económicas y sociales de las Provincias Vascas serían respetadas y aplicadas siguiendo las directrices de la Encíclica *Rerum Novarum*, a medida que la situación financiera de España lo permitiese.

"Si estas condiciones no eran aceptadas antes de la ruptura del *cinturón* de Bilbao, el ejército nacional entraría en esta villa en plan de conquista.

"Este proyecto fué oficialmente comunicado al señor Aguirre. Una alta personalidad eclesiástica española partió inmediatamente para San Juan de Luz y Biarritz con intención de entre-

vistarse con el Canónigo Onaindia, cuya influencia sobre el Gobierno Vasco podía ser factor importante para la aceptación de las proposiciones. Después de quince días, éste (*sic*) pidió que dos cláusulas fuesen añadidas a las proposiciones del General Franco: 1º, el Presidente del Gobierno de Euzkadi no sería considerado como un traidor, y 2º, se guardaría un secreto diplomático sobre estas negociaciones y condiciones de rendición.

"El General Franco respondió que él no trataba sino sobre condiciones generales de rendición y no de intereses particulares. Por otra parte, él había prometido actuar para favorecer la huída de los jefes. En respuesta a la segunda demanda se comprometía a guardar el secreto.

"El señor Aguirre exigió todavía una condición más. Pretendía que todas las cláusulas fuesen garantizadas oficialmente por una potencia extranjera. Esta condición fué rechazada por los jefes nacionales como deshonrosa para ellos. Era ya el mes de mayo de 1937..."

He aquí un relato que nos dejó petrificados. Estábamos ya en febrero de 1940, y yo, el principal personaje de todas estas supuestas negociaciones, nada sabía de todo ello. Llamé al Canónigo señor Onaindia. Tampoco él sabía nada. ¿Qué persona o grupo de personas habían cometido la incorrección de suplantar mi autoridad? ¿Quién les había autorizado a enviar unas contraproposiciones reñidas con mi dignidad y mi honor? O si no ¿qué es lo que se tramaba en las sombras? ¿Quién había inventado toda esta burda historia?

Pero algo más importante había aún; era un telegrama que el Cardenal Paccelli me había enviado directamente a mí, en vista del *fracaso* de las mencionadas "negociaciones". Con el fin de aclarar la verdad, rogué al señor Onaindia visitara al Nuncio en mi nombre para pedirle una entrevista. Tenía verdadero empeño en desentrañar todo este misterio. El Nuncio contestó que "siendo yo para él una personalidad política oficiosamente reconocida en París", tendría que consultar al Vaticano antes de aceptar mi visita. Encargó también al señor Onaindia que me comunicara que creía en absoluto en mi

ignorancia sobre el asunto en cuestión. Le mostró entonces el texto del telegrama dirigido a mí por el Cardenal Paccelli en los primeros días de mayo de 1937 del cual no quiso entregar una copia al señor Onaindia, quien lo retuvo en la memoria casi íntegro.

Hicimos toda suerte de averiguaciones para dar con el paradero del citado telegrama y al fin dimos con la explicación. Había sido enviado por el Vaticano a Barcelona vía Roma, en lugar de hacerlo, como supongo que sería su intención, por el cable submarino Londres-Bilbao, pues en Barcelona funcionaban los servicios telegráficos del Gobierno de la República Española. Además se trataba de un mensaje abierto, sin clave alguna, es decir, fácil de comprender por cualquiera que lo leyera. Cuando nos enteramos de ello —habían ya transcurrido tres años— no podíamos comprender que la diplomacia vaticana, siempre tan previsora y sutil hubiese actuado tan ligeramente en un asunto de semejante transcendencia.

Es fácil comprender lo que había sucedido con el telegrama. Tan pronto como llegó a Barcelona, el telegrafista que lo recibió dió cuenta de su contenido al Gobierno de la República Española, que a la sazón se encontraba en Valencia. Hubo consultas y hasta secreto jurado entre los miembros del Gabinete que conocieron su texto. Se reunieron secretamente con excepción del ministro vasco señor Irujo, el catalán señor Ayguadé, el señor Prieto, según me lo aseguró él mismo, y quizá algún otro ministro, por no haber sido convocados. Acordaron silenciar el telegrama sin darme traslado del mismo, colocándome en situación incorrecta ante el Vaticano que desconocía la forzosa ignorancia en que me habían dejado quienes se comportaron de manera tan poco digna. Entre la desvergüenza de quienes se atribuyeron mi autoridad para tratar de unas condiciones de paz que yo desconocía, y la deplorable conducta de los que interceptaban telegramas dirigidos a personas de responsabilidad, consiguieron que los vascos y más concretamente yo, apareciésemos ante el Vaticano como un pueblo incivil, que ni siquiera tenía la cortesía de contestar, aunque no fuera más que para agradecer la intervención y rechazar las ofertas.

El Nuncio, Monseñor Valerio Valeri, que anteriormente había demostrado su afecto hacia los vascos en ocasiones de tribulación para éstos, no solamente aceptó nuestras explicaciones y reconoció la veracidad de las pruebas que le sometimos, sino que admitió también que en la visita que el ex Presidente mejicano señor de la Barra había hecho al Delegado del Gobierno Vasco en París, aquél se limitó a una exploración diplomática tan vaga que ni siquiera nombró a la persona que le enviaba, ni mostró documento alguno. Hizo lo que otras muchas personas de buena intención, que con autoridad o sin ella se acercaban a nosotros en aquella época, para hacernos preguntas de este tenor: "¿Pero no creen ustedes que ya es hora de que termine esta terrible guerra?" "¿Cómo podría llegarse a encontrar una fórmula de paz?", etc.

Herido en mis más íntimos sentimientos, redacté entonces un largo escrito dirigido al Cardenal Maglione, Secretario de Estado del Vaticano, para que fuese entregado al Santo Padre. En él hacía una historia documental de los hechos acaecidos, poniendo en claro la conducta correcta de los vascos, al mismo tiempo que pedía con apremio se me diesen los nombres de aquellas personas que habían suplantado mi personalidad, manchando mi honor de hombre y de vasco. Este escrito fué entregado en la Nunciatura de París el 7 de mayo de 1940. No hubo posibilidad de una respuesta, porque la catástrofe de Francia se produjo pocos días después, y, con ella, mi desaparición aparente del mundo de los vivos.

He traído conjuntamente a colación estos dos episodios en que intervienen las dos Romas, la cristiana y la pagana, para mostrar cómo ambas en competencia quisieron llegar a una paz con los vascos. La causa que motivó ambos intentos de pacificación fué la misma: la enorme repercusión que tuvo en el mundo la destrucción de Guernica. Pero las razones psicológicas eran diferentes: por un lado, un Duce que hacía la merced de brindar la paz a un pueblo injustamente agredido por él, y por otro lado, un Papa que percibe claramente todo el significado de la lucha de un pueblo que defiende su libertad aun cuando haya sido atacado en nombre de la civilización

cristiana, siendo ese pueblo un pedazo auténtico de dicha civilización.

Las claras mentes del anciano Papa y del Cardenal Pacelli comprendieron con certera visión del futuro, el drama de nuestro pueblo, pero mal pudo tener eficacia su afán de pacificación que como queda expuesto, ni llegó siquiera a conocimiento del Gobierno de Euzkadi.

Fué tal vez providencial, además de ser ejemplar y edificante, que un pueblo auténticamente religioso, como es el vasco, se mantuviese en la lucha al lado de la libertad y la democracia, demostrando así a los recelosos y a los equivocados que la libertad y la fe caben juntamente en el corazón de los hombres. Para que la humanidad no olvide esta verdad, han luchado y siguen luchando los vascos. Toda la sangre y lágrimas que vertieron, todos los dolores y amarguras que padecieron y padecen los darán por bien empleados, si con ello han contribuído a que la fe y la libertad puedan vivir hermanadas en el alma humana, evitando así la destructora labor de quienes se arrogan la representación de Dios, al mismo tiempo que niegan a Cristo.

II

LA AGONÍA DE UN PUEBLO HEROICO

II

LA AGONÍA DE UN PUEBLO HEROICO

Cuando se lucha con un ideal en el alma

Elgueta era una posición clave para la defensa de todo el valle de Durango, último reducto antes de llegar a las defensas del llamado *cinturón de hierro*, situado a unos veinte kilómetros de Bilbao, la capital de Vizcaya. Hacía ya tres días que el ejército de Franco, compuesto de marroquíes, legionarios y tropas regulares, atacaba con furia esta posición de Elgueta, mientras las divisiones italianas pretendían forzar nuestras líneas siguiendo la costa del Golfo de Vizcaya. La aviación italoalemana bombardeaba sin interrupción tanto nuestro frente como la retaguardia, mientras que nosotros carecíamos en absoluto de aviones para defendernos. Una brigada compuesta de cuatro batallones, cuyo efectivo total no llegaba a dos mil hombres, era la única fuerza que defendía la cadena de montañas que rodean a Elgueta. Entre ellas sobresalía el pico de Intxorta, en cuya punta ondeaba una bandera vasca. Ante esa bandera habían jurado sus defensores *morir antes que abandonar la posición*. Aquellos hombres, faltos de municiones y alimentos, se mantenían inconmovibles porque no tenían sus almas derrotadas y creían ciegamente en el ideal que amaban sus corazones.

Cuando llegué a la base del Intxorta, no pude divisar su cumbre; un espeso humo cuya negrura era iluminada constantemente por las explosiones de los obuses de artillería y de las bombas de la aviación enemiga, impedía la vista de aquellos preciosos parajes que corona el pueblecito de Elgueta cual si fuese un nido de águilas. Toda la zona donde nos hallábamos estaba bajo la acción de la aviación adversaria, cuyos cazas se permitían vuelos a ras de tierra, mucho más peligrosos generalmente que las bombas o los torpedos.

Llamé a los oficiales de enlace. "Suban a Elgueta —les dije— y adviertan al comandante Beldarrain de mi parte, que con-

sidero necesario el relevo. Además quiero que me informen ustedes de la situación de la tropa y de su estado de ánimo."

Beldarrain era el jefe de la brigada que defendía Elgueta. Nunca había sido militar ni se había preocupado de cuestiones de estrategia. Era obrero metalúrgico de una factoría naval de Bilbao, y militaba en las filas de una de las organizaciones patrióticas vascas. Tenía unos 26 años, mediana estatura, ojos de niño y era hombre de pocas palabras; cuando hablaba lo hacía con una voz infantil que causaba extrañeza. Conocía muy bien todas las montañas de nuestra patria, por pertenecer a una de las agrupaciones de *mendigoizales* (montañeros vascos), cuya finalidad era la ascensión a los innumerables montes, picos y peñas que se levantan en nuestra tierra.

Aquel sencillo obrero que nunca había manejado más que la escopeta de caza, tenía ahora en jaque —como dice un cronista de Franco— a un ejército de selección mandado por jefes profesionales alemanes, italianos y españoles con más de seis divisiones, con su correspondiente material motorizado y tanques de asalto. A esto hay que añadir una potente fuerza aérea, pues más de quinientos aviones ayudaron al ataque contra el frente vasco, desde que comenzó la ofensiva general el 31 de marzo de 1937.

Durante tres días consecutivos las huestes de Beldarrain habían rechazado violentamente todos los ataques enemigos, obligando a retroceder a los tanques mediante granadas de mano, que arrojaban con impresionante precisión, por ser la mayoría de nuestros *gudaris* diestros *pelotaris*. Escondidos entre la maleza al borde de los caminos, acechaban el avance de los tanques alemanes e italianos, y cuando los tenían a pocos metros de distancia, lanzaban contra ellos las granadas. Esta modalidad bélico-deportiva no era una novedad de esta guerra. En la de 1914, el Chiquito de Cambo y otros *pelotaris* vascos, se hicieron famosos arrojando granadas a distancias inverosímiles a golpe de *cesta*. De manera parecida, los defensores de Elgueta supieron jugar a la pelota con los explosivos, destrozando muchos tanques y poniendo en fuga a los demás. Fracasado el ataque de las máquinas de asalto, se recrudeció el fuego de la artillería y el

bombardeo de la aviación fué de tal intensidad, que toda la cadena de montañas de Elgueta parecía un volcán en erupción.

De los enlaces que envié, regresaron algunos, quedando otros para siempre allá arriba, sobre la tierra de sus amores y con los ojos abiertos hacia el cielo enrojecido por la maldad de los hombres. Uno de los que volvieron con vida me dijo:

—El comandante Beldarrain no quiere relevos. Opina que es muy difícil hacerlos en medio de una lucha tan dura. Además, dice que la bandera que ondea en Intxorta, no será arriada hasta que caiga el último hombre. Me ha encargado que le diga a usted, *Lendakari* (1), que han hecho ese juramento y que les conceda el honor de cumplirlo.

Como conocía muy bien el temple de nuestros hombres y el valor que tenían sus palabras, le respondí:

—Está bien.

Luego le pedí detalles sobre la moral y el estado de salud de aquellos valientes. El enlace me contestó con voz que denotaba su emoción:

—La moral excelente, pero su estado de salud bastante malo. A causa del humo y de los gases que despiden los obuses de artillería y las bombas de la aviación al estallar, la vida durante el día se ha convertido en un verdadero infierno. Allí es imposible respirar. Y lo que es peor, a consecuencia de la atmósfera envenenada, los *gudaris* han empezado a arrojar todo lo que comen. Viven en continua tensión, porque tan pronto como se produce una pequeña pausa en los bombardeos, ya tienen que prepararse para el ataque de la infantería y los tanques. Hoy llevan rechazados cinco ataques.

Y mirando a las alturas invisibles de donde habían descendido, añadió:

—Por entre aquella nube de humo negro se mueven como espectros, los heridos respiran jadeantes tumbados en el suelo, pero no abandonarán la bandera.

Aquellos hombres eran nuestra constante preocupación. Durante el día era imposible acercarse al lugar de la lucha. Había

(1) Presidente, en lengua vasca.

que verificar el aprovisionamiento de noche, cuando, desaparecida la aviación, cedía en fuerza el bombardeo de la artillería. Aquellos valientes también esperaban a que se fuese el día para poder descansar sus nervios y para disfrutar de un reposo muy relativo. El enemigo quebrantado por aquella indómita resistencia durante el día, no tenía ánimos para lanzar nuevos ataques de noche.

Por la carretera que desciende en zigzag de Elgueta a Elorrio, bajaba todas las noches una impresionante caravana. En camillas, a hombros de los equipos sanitarios, o colocados en autos y camiones, traían los heridos que habían caído en el combate aquel día. Era la confirmación sangrienta del juramento que habían realizado; los cuerpos de otros no bajaron de aquellas montañas, porque sus almas habían tomado el camino más corto para ascender al cielo.

Todas nuestras miradas se dirigían ansiosamente hacia la cumbre del Intxorta, donde continuaba enhiesta la bandera patria con su cruz blanca y su aspa verde sobre fondo rojo. Rota, maltrecha, pero flotando en aquel aire que aunque viciado era aún libre, clavada sobre aquella tierra que aunque maltratada por los proyectiles era todavía nuestra. Muchos días me retiraba a descansar cuando amanecía un nuevo día de tragedia para aquellos bravos que mandaba Beldarrain. Mi admiración iba hacia ellos como una oración. Confiaba en su heroísmo, pero temía sin embargo recibir un parte como aquel que había llegado a mis manos unos días antes y que tanto me impresionó. Decía el comandante de una compañía de más de 100 hombres con impresionante laconismo: "*Perdida posición bajo la peña de Udala, agotado último hombre.*" Uno por uno habían caído, despeñándose sus cuerpos muertos hasta estrellarse en el fondo de la barranca.

Los *gudaris* de Beldarrain continuaron resistiendo tenazmente, hasta que un día me comunicaron que el enemigo había cambiado de táctica, en vista de la imposibilidad de conquistar aquellas posiciones en ataque frontal. Rompió nuestro frente por los dos flancos, dejando Elgueta detrás. Los restos de la heroica brigada de Beldarrain quedaron cercados; hambrientos,

enfermos, deshechos, pero tercamente fieles a su juramento. Como no podíamos desperdiciar un solo hombre, les dimos orden de retirarse, aunque creíamos que no podrían escapar del cerco. Entonces fué cuando el comandante Beldarrain, silencioso como siempre, recogió la bandera del Intxorta, y, con ella flameando al frente de aquel puñado de héroes, rompió el cerco y llegó hasta nuestras filas. La mayoría de sus compañeros reposa allá junto a la cumbre, entre peñas y robles, esperando a su bandera que un día volverá a clavarse en aquel alto de la Patria.

PORQUE ERAN RUDOS DE CORAZÓN,
PREFIRIERON MORIR ANTES QUE ENTREGARSE (1)

Al mismo tiempo que nuestros *gudaris* peleaban por tierra con indómita bravura, nuestros marinos escribían en el mar páginas de heroísmo difíciles de igualar. Me limitaré a relatar el combate en que se hizo famoso el nombre del *Nabarra*.

Los vascos necesitábamos alguna clase de defensa en el mar, y organizamos nuestra Marina Auxiliar, echando mano de lo que pudimos. De esta manera unas frágiles embarcaciones, que apenas desplazaban mil toneladas y que hasta entonces habían estado dedicadas a la pesca del bacalao en Terranova, fueron elevadas a la categoría de barcos de guerra. Así nacieron el *Gipuzkoa*, el *Bizkaya*, el *Araba* y el *Nabarra*, que nuestra gente nunca dejó de llamarlos cariñosamente los *bous*. A estas unidades añadiéronse después el *Donostia*, el *Iruña*, el *Goizeko-Izarra*, el *Iparreko-Izarra* y el *Mari-Toya*.

Era el *Donostia* el primitivo *Virgen del Carmen*, bou enemigo que arribó a Bilbao después de una sublevación habida a bordo, y el *Iruña*, anteriormente el *Mari-Begoña*, había sido guardacostas francés durante la guerra de 1914 y desde hacía algunos años pertenecía a la matrícula de Bilbao. Todas las demás eran aún de menor tonelaje, destinadas a la recogida de minas. Las características del artillado de estas embarcacio-

(1) Palabras del historiador inglés Walsingham refiriéndose a los vascos, al relatar las batallas navales entre éstos y los ingleses en 1350.

nes merecen especificarse para contrastar la labor que desplegaron durante la guerra. El *Goizeko-Izarra* era el menos armado de todos. Ni siquiera estaba artillado, constituyendo toda su defensa algunas ametralladoras. Colaboraba en la vigilancia del litoral, pero en la noche del 17 de enero de 1937, chocó contra una mina y voló, pereciendo casi toda su tripulación. El *Iparreko-Izarra*, montaba dos cañones, uno de 52 milímetros a proa y otro de 47 a popa. El *Araba*, el *Bizkaya*, el *Nabarra* y el *Gipuzkoa*, contaban con una dotación de 52 tripulantes cada uno. El calibre de sus dos cañones —uno a proa y el otro a popa y bastante viejos—, era del 101,2 milímetros. Un voluntariado del mar, en el que se inscribieron más de mil marinos vascos, proporcionó el contingente necesario para todas estas embarcaciones.

Nuestra *flota guerrera* cumplió admirablemente su cometido de proteger el ejercicio de la pesca, vigilar las costas, practicar servicios de patrulla, impedir la formación de zonas minadas, volar o recoger las minas que encontraran, y facilitar la seguridad de la navegación mercante. Sólo en la labor de limpieza de minas llegaron a extraer más de trescientas, cada una de las cuales contenía 300 kilos de trilita.

Pero voy a limitarme a relatar el combate naval en que se cubrió de gloria nuestra humilde marina de guerra. Parte de él pude seguirlo desde nuestra batería costera de Punta Galea. El resto es la narración que aquí en Nueva York, en un cuartucho de Cherry Street —la calle tradicional de los vascos—, me hizo uno de los héroes de aquella jornada.

El 4 de marzo por la noche salieron con rumbo a Bayona los bous *Bizkaya*, *Gipuzkoa*, *Nabarra* y *Donostia*. Tenían órdenes de escoltar desde dicho puerto al *Galdames*, buque *tramp* bilbaíno, y que ahora —no teníamos otra cosa— hacía el servicio de correspondencia, viajeros, etc., entre Bayona y Bilbao, siendo nuestro único contacto por mar con el mundo. Este viaje de 120 millas de distancia era en extremo peligroso, porque el mar estaba dominado por los buques de guerra facciosos, el acorazado *España*, el moderno crucero *Canarias* y el cañonero *Velasco*. Además, como dentro del territorio fronte-

rizo de Francia, los agentes de Franco practicaban el espionaje con toda impunidad (para esto también había "no intervención"), las salidas del *Galdames* se hacían en secreto y en fechas imprevistas.

En esta ocasión el *Galdames* traía a Bilbao unos cientos de pasajeros (la mayoría vascos que habían conseguido huir a Francia al caer Guipúzcoa en poder de Franco), algunas piezas de maquinaria y moneda de níquel acuñada en Bélgica para el Gobierno Vasco. Entre los pasajeros venía el Diputado catalán Carrasco Formiguera con su esposa e hijos, que había sido designado por el Presidente de Cataluña como representante de su Gobierno ante el nuestro. Fué apresado en el *Galdames* y más tarde fusilado en Burgos, a pesar de ser el jefe del partido católico catalanista.

A las ocho y media de la mañana avistaron los bous vascos al *Galdames*. A eso de media mañana, la batería de Punta Galea señaló a la Jefatura de la Marina Vasca que un crucero enemigo acompañado de un barco mercante apresado se hallaba a la vista. Poco después la misma batería comunicaba: "El buque mercante ondea la bandera estoniana. El barco de guerra es el crucero rebelde *Canarias*." La batería de Punta Galea abrió fuego, pero el *Canarias* se alejó poniéndose fuera del alcance de los cañones costeros.

Era un día propio del Golfo de Vizcaya en esa época del año; mar gruesa, fuertes chubascos y poca visibilidad. Por entre la densa bruma que cubría el mar aparecieron los diminutos *Bizkaya* y *Gipuzkoa*, que con arrojo sin igual abrieron fuego contra el *Canarias* con sus cañones del 101. Los de 8 pulgadas del *Canarias* replicaron inmediatamente con todo su poderío. Es de advertir que éste juntamente con el *Baleares* eran los buques de guerra más modernos de la flota española.

Poco más tarde aparecieron el *Nabarra* y el *Donostia* escoltando al *Galdames*, el cual, a causa de la niebla y de una avería en el timón, había perdido la dirección y se encontró inesperadamente bajo el fuego de los cañones del *Canarias*. Este disparó una andanada de 4 cañonazos contra el *Galdames*, en el que se produjo un horroroso pánico, especialmente entre las

mujeres y niños que traía. La gente enloquecida se arrojó al agua pereciendo unas catorce personas. La embarcación no se hundió por verdadero milagro. El *Canarias* consiguió apresar al *Galdames* entregándolo al cañonero *Velasco*, que lo condujo al puerto de Pasajes ocupado por las fuerzas rebeldes. Al mismo tiempo el *Gipuzkoa* y el *Nabarra* atacaron al *Canarias* con sus menguados cañones, metiéndose bajo el fuego de las baterías enemigas que disparaban furiosamente.

Llevaban más de una hora de encarnizado combate, cuando el *Bizkaya*, realizando una maniobra llena de habilidad, se colocó al costado del buque estoniano y cubierto por él, le obligó a entrar en el puerto de Bermeo que estaba en nuestro poder, burlando así al potente *Canarias*. En vista de su fracaso, éste disparó con furia creciente contra los bous vascos. Pronto comenzó a arder el *Gipuzkoa*. Quedó solo el *Nabarra* luchando contra el *Canarias*.

Poco antes había llegado yo a la batería de Punta Galea, atraído por el singular combate que se desarrollaba a diez millas nada más de la costa, y cuyas vicisitudes había seguido a través de las referencias oficiales que me fueron comunicando al Departamento de Defensa. Pero quise presenciar con mis propios ojos aquella heroica epopeya que estaban escribiendo nuestros marinos, y me personé en la batería. Una masa de humo y llamas se dirigía trabajosamente hacia Bilbao. Era el *Gipuzkoa* que se retiraba ardiendo, llevando a bordo un tercio de su tripulación muerta.

El *Nabarra* seguía disparando con firmeza. Ardía por proa y popa, pero no se retiraba del combate. A las cuatro de la tarde arrió un bote. Remando penosamente sus tripulantes se acercaron al pequeño *Donostia*, que en aquel momento se aprestaba a entrar en lucha con su cañón de 75 milímetros. Cuando el capitán del *Donostia* vió que los tripulantes del bote estaban heridos, todos cubiertos de sangre, creyó que eran los únicos supervivientes del *Nabarra* y les lanzó la escala diciéndoles:

—Subid a bordo y alcanzaremos Bermeo.

—No —fué la contestación—, tenemos que regresar inmediatamente al *Nabarra*. Necesitamos baldes para apagar el fue-

go y vendas para los heridos. Ordena nuestro capitán que os pongáis a salvo, pues este *partido de pelota* lo terminaremos nosotros.

El capitán del *Donostia* insistió, pero los del bote le replicaron:

—Vosotros a casa. Si hay que perder un barco que sea el nuestro. Retiraos inmediatamente. Nosotros defenderemos vuestra retirada. Buena suerte.

El capitán del *Donostia* les entregó cuanto tenía, y levantando su boina con los ojos en lágrimas, gritó a aquellos valientes:

—*Agur, mutillak... Gora Euzkadi Azkatuta!* (1).

—*Gora!* —contestaron los del bote y se alejaron.

—¿Pero cómo pudisteis resistir? —pregunté a uno de aquellos héroes a quien me he referido más arriba.

—Por la magnífica moral de la tripulación —me contestó—. Empezamos el combate con un entusiasmo de locura. Pero ¿qué podíamos hacer con un crucero como el *Canarias?* Nosotros disparamos de noventa a cien cañonazos y sólo Dios sabe los que nos largó él. Nuestro pobre *Nabarra* estaba acribillado por la metralla y ardiendo. "Una vez vino el maquinista Cajigas a decir al Capitán que ya había cumplido su orden de abrir los fondos para hundirnos todos con el bou, pero el Capitán le contestó: "Vuelve a cerrarlos que todavía tenemos que demostrar a *ésos* quiénes somos." Otra vez el gallardete de proa no se veía bien porque se había enredado en el palo y el capitán ordenó a uno de los marineros: "Vete a proa, arría la bandera vasca, y luego que la despliegues vuélvela a izar... Que la vean bien... Flotando libremente se hundirá en el mar con el *Nabarra*... No está hecha para que la pisoteen traidores." Yo estaba herido y el telegrafista también, pero éste no cesaba de llamar a Bilbao, pidiendo que saliese el destróyer *José Luis Díez,* para ayudarnos a pelear con el *Canarias.* Pero daba la casualidad de que el *José Luis* estaba averiado siempre que había barruntos de jaleo en el mar. El *Canarias* no recibió durante todo el combate más que un cañonazo nuestro que mató a

(1) Adiós, muchachos... ¡Viva Euzkadi libre!

un guardia marina. El proyectil no estalló, pues de hacerlo hubiera matado a cuantos estaban en el portillo, que es por donde entró. Así nos lo contaron ellos después.

—Cuéntame cómo fueron los últimos momentos del *Nabarra* —le dije.

—Horribles —me contestó—. Un tiro alcanzó el tubo de alimentación de las calderas, matando a tres maquinistas y a varios fogoneros y engrasadores. Los demás subieron a cubierta con terribles quemaduras, como si viniesen del infierno. El cañón de proa se había averiado, pero seguimos disparando con el de popa. El barco estaba ardiendo. Nos habían disparado más de trescientos cañonazos. Ya no podíamos más y empezamos a arrojarnos al agua. El mar estaba muy agitado, y como nos hallábamos extenuados, solamente unos cuantos pudimos llegar a un bote del *Nabarra* que estaba flotando. Varios nos pudimos montar en él, otros se ahogaron a nuestra vista. Vimos hundirse al *Nabarra* en llamas. Con él se sepultaron en el mar el Capitán y el primer oficial que prefirieron morir a entregarse al enemigo. A nosotros nos recogió el *Canarias*. Su Comandante nos preguntó por el Capitán. Le contestamos que se había quedado a bordo.

—¿Y qué tal os trataron? —le preguntamos.

—Al principio el Comandante nos dijo que éramos unos canallas separatistas. Luego cambió de tono y nos alabó por nuestro comportamiento en el combate. Estábamos medio desnudos y muertos de frío. Al vernos temblar el Comandante nos dijo: "No tiemblen que aquí no somos como los *rojos* que asesinan a la gente." Yo le contesté: "No temblamos de miedo sino de frío." Nos dieron ropa y café, y como estábamos todos heridos nos llevaron a la enfermería. Allí estaba muy grave el segundo oficial, Olabeaga, con algunos más.

—¿Cuántos os salvasteis?

—Veinte. Murieron treinta y dos. Al día siguiente nos volvieron a curar y a las tres de la tarde nos hicieron formar en la sala de torpedos en espera del *Velasco* que nos iba a llevar a Pasajes, y de allí a la cárcel de Ondarreta, en San Sebastián. Estando formados desfiló por delante de nosotros el Coman-

dante con todo el Estado Mayor, acompañando el cadáver del guardia marina. El Comandante dijo apuntando al muerto: "Aquí va un soldado español que ha sabido morir por la patria, y no traidores como vosotros."

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?

—El 26 de marzo nos juzgaron sumariamente y nos condenaron a muerte a cinco de nosotros. El 13 de junio nos volvieron a juzgar, para condenarnos a muerte a todos. Pero el 28 de noviembre de 1938, es decir, año y medio más tarde, nos pusieron en libertad. Al comparecer en la revisión del proceso el comandante del *Canarias* pidió nuestra libertad y dijo: "Estos son héroes y los héroes merecen la vida."

Aquí terminó su narración aquel valiente. Nos la relató con esa sencillez con que los bravos cuentan las hazañas que les elevaron para siempre a la inmortalidad.

Por mi parte, quiero terminar citando el final del magnífico poema que el poeta inglés C. Day Lewis, ha dedicado a la gloria del *Nabarra* ([1]):

([1]) *The Nabarra.* (*Overtures to Death and other Poems.*)

Fueron a la batalla previendo
Que el triunfo era improbable; y así fué. Las mareas de Vizcaya
Sobre los obstinados huesos de algunos de ellos, pasan, mientras vientos
Gimen en torno de prisiones donde los demás como su barco en el fondo
[se van enroñando
Hombres de la tierra vasca... hijos del Mar Cantábrico...
Eran hombres sencillos que a la vida no exigieron míticos esplendores,
Y porque la amaron tanto en su familiar pureza, prefirieron
En sus rudos corazones, perecer antes que entregarse...
Mortales palabras éstas y la hazaña que recuerdan, pero su semilla
Florecerá en edades cuando la libertad será palabra creadora.
Libertad era algo más que una palabra, más que el vulgar concepto
De los políticos que escondidos tras los primores de la paz,
La habían profanado, entregando un pueblo al odio de sus verdugos:
A ellos la historia ha marcado con el estigma de su desprecio
Mientras rondan bajo el vil caparazón de sus intrigas.
Para aquellos cuyas proezas he cantado, la libertad era alma y vida,
Como su propio cuerpo y el cañón candente que empuñaban;
Pero al culminar la batalla la elevaron a cimas de inmortalidad y amor;
Y su resplandor centellea como una estrella que cayó hecha cenizas,
Aun después que el "Nabarra" apagó su ardor en el corazón del mar.

Como Cristo, fué crucificado . . .

Bilbao no tenía más que tres días de vida. Las tropas de Franco habían alcanzado las alturas que la dominan, y las balas de sus ametralladoras llegaban hasta las calles bilbainas, al mismo tiempo que desde el aire los cazas italianos y alemanes las ametrallaban. Nosotros no teníamos ni un mal cañón antiaéreo para defendernos de la que la prensa del mundo llamaba ingenuamente *la aviación nacionalista.*

Estaba en mi despacho de la Presidencia que daba de frente al monte Archanda, a una distancia de un tiro de fusil. Me acompañaban dos Ministros del Gabinete Vasco, con quienes estudiaba las medidas de urgencia que era preciso adoptar para proteger la evacuación de la población civil, y del material de guerra que quedaba en Bilbao, así como para evitar los desórdenes que suelen suceder en las horas postreras de toda plaza sitiada, cuando empiezan a asomar los brotes quintacolumnistas que hasta entonces han permanecido ocultos. De pronto, tres balazos que sonaron como restallidos de látigo, entraron en el despacho. Nos tiroteaban desde Archanda, lo que quería decir que el enemigo se había apoderado de las alturas. Y los tanques italianos estaban llegando a la ría que divide a Bilbao en dos partes, a un kilómetro solamente de donde nos hallábamos. Por si esto fuera poco, nuestros soldados se hallaban extenuados, después de una lucha de once meses, y de tres de intensa ofensiva del enemigo, durante los cuales defendieron heroicamente los cuarenta kilómetros que separaban a Bilbao del punto en que se inició el ataque.

Al mismo tiempo las fuerzas de Franco se apoderaban del monte Pagasarri en la parte opuesta de Archanda, con lo cual el cerco de la capital era completo. Quedaba como única salida, la carretera que bordeando, en su comienzo, el río Nervión conduce a Santander, aunque sobre ella las ametralladoras enemigas cruzaban sus fuegos. Por ese boquete, al amparo de la noche evacuaban la población civil y los batallones que habían recibido la orden de hacerlo.

Decidieron mis compañeros de Gobierno que yo debía dirigirme por radio a nuestros *gudaris* recomendándoles un último esfuerzo para detener por unos momentos al enemigo, a fin de que la evacuación pudiera llevarse a cabo. Pero ¿en nombre de qué iba a pedirles aquel sacrificio? Estábamos sin agua, sin luz, sin gas, exhaustos de provisiones y desde hacía varios días dormíamos en los sótanos. Desde que rompieron el frente, nos hallábamos a merced del enemigo.

Pero hablé por radio. Pedí a los combatientes que contemplaran el espectáculo de las calles de Bilbao. Desfilaban nuestras madres, nuestros hijos, todos los seres queridos, huyendo del terror franquista a buscar refugio en la emigración. La marcha de aquellos últimos fugitivos por las calles de la villa, desgarraba el alma, porque eran nuestras montañas las que emigraban. El clásico chirrido de los carros aldeanos en marcha hacia el destino ignorado, llevando encima enseres, enfermos, niños y ancianos, producía la impresión de que la entraña misma de la patria huía. Era el caserío vasco, fundamento de nuestra raza, asentado durante siglos sobre la tierra de Euzkadi, el que se iba.

Por ellos, para proteger su salida, pedí a los batallones vascos que se lanzaran al contraataque. Fué el último discurso que hice por radio en la capital de Vizcaya. No podía ser otro.

Aquella noche, tres batallones vascos elegidos para el sacrificio, ascendieron las laderas de Archanda entonando su himno tradicional:

Euzko-gudariak gara	Somos soldados vascos
Euzkadi azkatreko,	Para liberar a Euzkadi,
Gerturik daukagu odola	Presta está nuestra sangre
Bere aldez emoteko.	A derramarse por ella.

Dice un escritor inglés testigo de aquellos momentos inolvidables: "*Cuando caía la noche sobre el humo, las llamas y el estruendo incesante de la contienda, tres batallones que eran la flor de la Infantería Nacional Vasca, fueron enviados para realizar el supremo esfuerzo. En la historia del sacrificio de la sangre humana en aras de la democracia, los nombres del* Kirikiño, *del* Itxasalde *y del* Itxarkundia *vivirán por siempre. Mientras*

broten laureles de la tierra generosa, habrá ramas con que coronar su memoria. Héroes, cuadrándome yo os saludo . . . A pesar de que sabían que iban a la muerte, ascendieron la ladera entonando solemnes melodías vascas, que como los prehistóricos lamentos gaélicos piden la compañía de la dulzaina y el txistu. Sus voces roncas se fueron perdiendo en la oscuridad."

Temerariamente se arrojaron sobre las líneas enemigas enristrando granadas de mano. No tenían más armas que el fusil y alguna ametralladora. Así fué reconquistado el Casino de Archanda, y se mantuvo en nuestro poder, y con él el dominio de las posiciones que circundaban Bilbao por aquella zona. Al día siguiente se dió la gran batalla, en la que atacaron las tropas de Franco con todo su poder, después de un intensísimo bombardeo de artillería y aviación durante todo el día. Nuestras tropas rechazaron todos los ataques causando al adversario las pérdidas más serias, seguramente, de toda la guerra sobre tierra vasca. Impotentes los cuadros vascos para resistir otra jornada más en aquellas condiciones, recibieron orden de replegarse a la otra orilla del río, y proceder a la evacuación de Bilbao.

Mientras tanto, la larga caravana de refugiados huía hacia Santander en un orden de trágica grandeza, por la única salida que tenían, al tiempo que los cazas totalitarios ametrallaban aquella peregrinación de dolor.

En Bilbao el orden era completo. Nuestros *gudaris* vigilaban para que no se cometiese ningún acto de violencia. La inmensa tristeza que a todos nos embargaba, llenaba el ambiente de un silencio de muerte, interrumpido por el paso de los que marchaban y las detonaciones de guerra.

Después de pronunciadas mis palabras ante un enemigo que se hallaba a dos kilómetros de distancia, reuní al Gobierno para tratar de la distribución de los trabajos de defensa. En reunión que celebramos con los mandos militares, habíamos acordado la evacuación de Bilbao, por ser preferible salvar los restos de nuestro ejército, para continuar la lucha, que no encerrarnos y sucumbir en el recinto de la ciudad. Hubiéramos podido resis-

tir escasamente unos días, a causa de la carencia de alimentos y de la falta de agua y luz.

Discutimos en el Gobierno la actitud que debíamos adoptar. El pueblo era nuestra preocupación. Había sido evacuado en gran parte, especialmente aquellas personas que podían haber sufrido represalias.

—Yo propongo —dijo el Ministro del Interior—, que el Gobierno quede en Bilbao, y que nos entreguemos, a cambio de que la población civil sea respetada.

—Conformes —dijeron varios.

—No —les dije—, todos no, a quien corresponde quedarse es a mí.

Los compañeros de Gobierno se opusieron a mi decisión, y después de mucho discutir, consideramos que nuestro sacrificio sería completamente inútil. A nosotros nos fusilarían, pero por ello el pueblo no quedaría exento de las más brutales represalias. Teníamos el ejemplo de Guipúzcoa, con los cientos de fusilados y asesinados, sin que se hubiesen librado de la furia franquista, quince ejemplares sacerdotes vascos, de quienes dijo el Obispo vasco doctor Mujica en documento dirigido a Pío XII, que *"el General Franco no era digno de besar la correa de sus sandalias"*.

El Gobierno acordó estar siempre al lado de su ejército y de su pueblo, cuidando y atendiendo sus necesidades. Nos repartimos en dos grupos. Uno, en el que me encontraba yo, se dirigió a Trucíos, última localidad en tierra vasca a unos treinta kilómetros de Bilbao, desde donde dirigiríamos los trabajos de evacuación. El otro grupo, constituído en Junta de Defensa Provisional, lo formaron tres ministros con el General del Ejército Vasco, los cuales permanecieron en Bilbao hasta el último momento. Cuando me despedí de ellos no creí que volvería a verlos. A Leizaola, Aznar y Astigarrabia —tres nombres que los vascos no deben olvidar— se debió la dignidad con que se desarrollaron los últimos momentos de Bilbao. Obedeciendo órdenes, los batallones vascos abrieron las cárceles y condujeron a cerca de dos mil prisioneros políticos hasta las líneas enemigas, después de haber hecho cesar el fuego. Y para que el orden

no se alterase en aquellos momentos propicios a la anarquía, un cuerpo de policía vasca esperó la entrada de las tropas enemigas en perfecta formación, y se rindió vitoreando a su Patria y a su Presidente.

Así terminó en tierra vasca la lucha de un pueblo cuya libertad respetaron los siglos. Esparcidos por el mundo como hojas de un bosque azotado por la tormenta, íbamos a vernos, poco tiempo después, abandonados de todos y calumniados por muchos. Y para que el contraste fuera más recio, el pueblo vasco que es uno de los más católicos del mundo, salía de su patria arrojado en nombre de la civilización cristiana, defendida con escándalo por moros, divisiones fascistas y aviones hitlerianos. Ya lo dijo el escritor francés François Mauriac: *"Un día sabremos que este pequeño pueblo se sacrificó por nosotros, porque, como Cristo, fué crucificado y luego calumniado."*

Cuando no se quiere saber geografía

Los vascos habíamos perdido nuestra patria. De aquel ejército de cien mil hombres solamente quedaban treinta mil, reorganizados en cuatro divisiones, con escasa artillería y unas pocas ametralladoras. El resto había muerto, estaba herido o hecho prisionero. Estas cuatro divisiones constituían una fuerza de enorme valor por su experiencia de la lucha, y por la dureza adquirida en una contienda tan desigual y penosa. Se hallaban formadas en línea dentro de la provincia de Santander, desde la costa hasta unos cien kilómetros hacia el interior.

Nos constaba por informaciones de nuestros servicios, que el próximo ataque sería dirigido, no contra el frente defendido por los vascos, sino por la espalda, contra las líneas que defendían el frente que miraba a la provincia de Burgos. Este ataque por el frente Sur tenía por objeto copar el ejército vasco, dejándolo fuera de combate, destrozar las fuerzas republicanas y dividir Santander de Asturias. De esta manera podrían atacar más fácilmente a las tropas republicanas de Asturias, rodearlas y obligarlas a rendirse. La escasez de municiones, la pérdida de

la zona industrial de Bilbao, que era la que suministraba material bélico a aquellos frentes, y la moral de los soldados fuertemente influída por las pérdidas sufridas, denotaban a las claras la gravedad de la situación. Las concentraciones, en el límite de Burgos, de las divisiones italianas que habían sido retiradas del frente vasco, demostraban claramente que se preparaba un nuevo ataque.

Por primera vez abandoné a mi pueblo y a mis tropas desde el comienzo de la guerra, y en avión me dirigí a Valencia, donde llegué una tarde de julio de 1937. El objeto de mi visita era audaz. Iba a proponer el embarque inmediato de las divisiones vascas, trasladándolas al frente de Cataluña. Para ello teníamos que contar con medios de transporte y dinero para fletar los barcos, lo que podía proporcionarnos el Gobierno de la República Española, y permiso para que nuestros *gudaris* atravesasen Francia, lo que tendría que obtenerse en París.

Celebré una larga entrevista con el Presidente Azaña, a quien expuse mi proyecto. Recuerdo una de sus contestaciones: "Para comprenderle a usted no hace falta más que saber geografía." Celebré otra conferencia con el Presidente del Gobierno señor Negrín, quien después de oírme me rogó me entrevistara con el señor Prieto, que a la sazón era Ministro de la Guerra y se encontraba en Madrid. Recuerdo que a la entrevista con el señor Negrín asistió también el Ministro del Interior señor Zugazagoitia, fusilado más tarde por las autoridades de Franco. Con el señor Prieto sostuve una conversación de cuatro horas defendiendo mis puntos de vista.

Luego pasé a Barcelona, donde comuniqué al Presidente Companys los mismos proyectos y razonamientos que había expuesto al señor Azaña. ¿Cuáles eran éstos? La causa de la democracia española había sido recibida en el extranjero con cierta repugnancia, incluso entre fuertes núcleos democráticos, por razón de los excesos cometidos en los primeros momentos en territorio republicano, los cuales habían sido escandalosamente jaleados por la propaganda franquista, que, como es natural, ocultaba los crímenes, mayores en calidad y cantidad, cometidos por

ellos. Pero la quema de las iglesias y conventos —cosa corriente en la historia de las revueltas españolas—, la incautación de empresas, incluso extranjeras, por parte de los sindicatos, la abundancia de emblemas comunistas y anarquistas en los primeros momentos de confusión, etc., restaban simpatías en el extranjero a una causa justa por todos conceptos.

A los vascos, que no habíamos consentido en nuestro territorio estos excesos y que en todo momento mantuvimos una autoridad respetada, el ambiente adverso del extranjero nos dolía profundamente, a la vez que nos comprometía con calificativos que no eran justos ni razonables.

Las divisiones vascas en Cataluña hubieran servido de encuadramiento a muchos patriotas catalanes, y constituído un elemento que hubiera devuelto al territorio republicano la fisonomía que era necesaria para presentarse ante Europa.

Aun no existía propiamente el ejército de la República. En Cataluña la desorientación y la indignación de los patriotas catalanes crecía por momentos, pues se veían desbordados por las organizaciones extremistas, las menos en número pero superiores en audacia, y la autoridad catalana se encontraba sin medios coactivos de los que la había privado la rebelión militar. La llegada de las divisiones vascas hubiera levantado el espíritu de la verdadera Cataluña, y cambiado el rumbo de las cosas. Han olvidado muchos que así como los vascos luchaban por la defensa de su nacionalidad amenazada, los patriotas catalanes, que eran los más, luchaban por la misma finalidad, y ambos pueblos por la libertad, al lado de la República, contra la violencia totalitaria.

¿Se entendió mi proposición? ¿Se entendió demasiado? No es éste el lugar de examinarlo. Me fuí a París donde visité a M. Delbos, entonces Ministro de Negocios Extranjeros, y me acompañó a esa entrevista el embajador de la República Española señor Ossorio Gallardo. Expuse al Ministro el objeto de mi viaje a Valencia, y le pregunté si en caso de conseguirse el embarque de las tropas vascas hasta un puerto francés, podrían atravesar por Francia camino de Cataluña, como si se tratase de expediciones de heridos. Mostró Delbos su simpatía personal,

pero admitió que en un caso de tanta importancia tendría que consultar a sus compañeros de Gobierno. Mas ya no interesaba la contestación francesa, pues el señor Prieto me comunicó desde Valencia, que, sometido el caso por dos veces al Consejo Superior de Guerra, mi petición había sido desestimada por "*motivos políticos y militares*".

Yo declíné toda mi responsabilidad en telegrama que dirigí al Presidente Azaña, y volé a Santander dispuesto a hacer aquello que mejor contribuyera a salvar el mayor número posible de hombres.

Llegamos milagrosamente después de haber volado doscientos kilómetros por encima de la costa adversaria. Los aviones de bombardeo y caza enemigos nos habían dado alcance ya en las proximidades de Santander, y no tuvimos tiempo más que de saltar del avión tan pronto como llegamos al aeródromo y meternos en un refugio, mientras una lluvia de bombas caía sobre el campo, sin que afortunadamente ninguna de ellas alcanzara a nuestro avión, que era el único que teníamos.

Este avión tiene su historia. Perteneció al Emperador Haile Selassie, durante la guerra de Abisinia. El Gobierno Vasco lo adquirió del Negus en cerca de cinco mil libras. Era de caza, tipo Curtis, sin armamento y acomodado para viajes rápidos. Tenía dibujados en su carlinga los escudos de los países en los que había servido, entre ellos los de varios estados americanos, el león de Judá y finalmente el escudo de Euzkadi. Lo manejaba el piloto francés Lebaud, al servicio de esta línea de un solo aparato. Al avión lo bautizó el pueblo con el nombre de *El Negus*, y como *El Negus* lo conocimos todos.

Por fortuna, Lebaud era un hombre de nuestra entera confianza por su lealtad, que contrastó con el innoble proceder de un piloto español que había sido comprado por los agentes franquistas y que, bajando en la playa de Zarauz, preparada al efecto, entregó al enemigo al Ministro de Sanidad del Gobierno Vasco, señor Espinosa Oribe, y al Jefe de nuestra Artillería, Comandante Aguirre. Ambos fueron inmediatamente fusilados por el único delito de defender la libertad de su pueblo contra el despotismo totalitario.

El incumplimiento de una promesa

Como lo habíamos previsto, el avance de las tropas ítalo-franquistas por el Sur de Santander se producía con rapidez. El frente fué roto con facilidad y en diez días las tropas fascistas alcanzaban la capital montañesa y llegaban a la costa, dejando sin salida y copadas a las divisiones vascas que no fueron atacadas. Nuestras previsiones se habían cumplido.

Entonces se produjo uno de los episodios más trágicos de la historia vasca. El general italiano Mancini, jefe de la división Littorio, ofreció a los *gudaris* que se hallaban copados en Santoña y Laredo, unas condiciones de rendición que, por ser honorables, fueron aceptadas por los vascos. Plenipotenciarios de éstos, atravesaron las líneas de fuego y convinieron con el general italiano lo que se ha llamado el Pacto de Santoña.

Las condiciones estipuladas fueron las siguientes: el ejército vasco se comprometía: 1º, a deponer las armas y entregarlas a los italianos que ocuparían la región de Santoña sin resistencia; 2º, a mantener el orden en la zona ocupada por ellos; 3º, a asegurar la libertad de los presos políticos que se hallaban en Laredo y en el Presidio de Santoña. Estas tres condiciones fueron fielmente cumplidas por los vascos.

Los italianos por su parte se comprometían: 1º, a garantizar las vidas de los combatientes vascos; 2º, a garantizar las vidas y autorizar la salida al extranjero de todas las personalidades políticas vascas que se hallaban en territorio santanderino; 3º, a considerar a los combatientes vascos sujetos a esta capitulación libres de todo compromiso de combatir al lado de Franco, y 4º, a asegurar que la población civil leal al Gobierno Vasco no sería objeto de represalias.

Al anochecer del 25 de agosto los italianos empezaron a entrar en Laredo, y un teniente coronel que los precedía leyó públicamente en la plaza las condiciones del armisticio, y las fijó en las esquinas de las calles juntamente con una bandera italiana, para demostrar que lo allí escrito era sagrado para

ellos. El 26, los italianos entraban en Santoña y acto seguido la Junta de Defensa Vasca hacía entrega de la población al Coronel Fergosi. Aquella misma noche habían anclado en la bahía de Laredo dos barcos ingleses, el *Bobie* y el *Seven Seas Spray*, que ocupados en transportar refugiados a Francia, venían a buscar a nuestros *gudaris*.

El puerto estaba por demás animado a la llegada de dichos barcos. Multitud de barquitos pesqueros se hallaban anclados, abarrotados de gente. Soldados vascos guardaban el muelle y sus alrededores, mientras que sus compañeros iban arrojando sus armas en unos montones: rifles, revólveres, ametralladoras, cinturones con cartuchos, de todo. Por los caminos que bajaban al puerto venían las tropas en buena formación, y una vez desarmadas se dispersaban.

Cuando los capitanes de los barcos ingleses se dirigieron al Ayuntamiento que se hallaba rodeado de una multitud vasca sin armas, les costó trabajo llegar a la habitación donde se hallaban reunidos los líderes. Esta habitación había sido también invadida por la gente, y se veían heridos por todas partes. Los capitanes pidieron instrucciones para el embarque de los *gudaris* y les contestaron que estaban esperando noticias.

Al día siguiente por la mañana el Ayuntamiento ya estaba rodeado por soldados italianos. Los vascos se agrupaban en el muelle en buen orden, esperando ser embarcados. A las nueve los capitanes recibieron órdenes para embarcar a todos aquellos que estuviesen en posesión de una contraseña expedida por sus líderes o del pasaporte del Gobierno Vasco. El oficial observador del Comité de No Intervención, señor Costa e Silva, examinaba la documentación en compañía de los capitanes del *Bobie* y del *Seven Seas Spray*.

A las diez de la mañana, un español vistiendo el uniforme del ejército italiano y luciendo la insignia falangista, ordenó que se interrumpiese el embarco. Según él, esta orden emanaba del Coronel italiano Fergosi, que mandaba la plaza de Santoña. Poco tiempo después, varias secciones italianas aparecieron en el muelle, rodeando a los vascos que esperaban para subir a bordo, y colocaron cuatro ametralladoras en puntos

estratégicos del muelle. Toda comunicación entre tierra y los barcos fué prohibida.

Aquella tarde los capitanes ingleses y el Oficial de la No Intervención, custodiados por soldados italianos, visitaron al Coronel Fergosi en el Ayuntamiento que se hallaba enteramente ocupado por sus soldados. Este les dijo que había recibido órdenes terminantes de Franco para que nadie abandonase Santoña. Los capitanes le llamaron la atención sobre el hecho de que todos los embarcados se hallaban bajo la protección del pabellón británico, y que en caso de que no se permitiese el embarque de más hombres, podían sin embargo marchar los barcos con los que ya estaban a bordo. La contestación del coronel fué definitiva: nadie podía abandonar Santoña, y para impedirlo estaba vigilando en el mar el *Almirante Cervera*.

Aquella misma noche oficiales falangistas ordenaron a todos los vascos que se hallaban a bordo que desembarcasen, y registraron minuciosamente los barcos. Aquellos hombres fueron puestos en camiones en que ondeaba la bandera italiana y llevados hacia Laredo. A los demás vascos les fueron colocando en el muelle en dos grupos: en uno los soldados que habían sido desarmados y en el otro los jefes políticos. La fuerza italiana estaba mandada por el Coronel Farina, con quien también se hallaban los Coroneles Fergosi y Piesch, este último encargado de los campos de concentración. Tanto Farina como Piesch exteriorizaban su indignación por lo que se estaba haciendo. Aquél dijo al Oficial de No Intervención: "Es lamentable que un general italiano no cumpla con la palabra dada; no hay en la historia un caso semejante."

El capitán del *Bobie*, preguntó al Coronel Fergosi, en presencia de Farina, si los vascos eran realmente prisioneros del Ejército italiano, y solamente del Ejército italiano. El Coronel aseguró que ése era el caso, y que el General Mancini no tenía intención de entregarlos a los falangistas, fuesen quienes fuesen. Por la noche soldados falangistas volvieron a revisar el barco, que poco más tarde se hizo a la mar.

Así quedaron los vascos abandonados por unos y traiciona-

dos por otros. La historia juzgará quiénes fueron los más responsables. En camiones llevaron hacia su cautiverio a aquellos valientes que habían dado todo por defender la libertad y la democracia. Y unos fueron fusilados, otros ahorcados y todos condenados a sufrir hambre, miseria y vejaciones en las prisiones de Franco.

Los jefes militares y políticos fueron encerrados en la Penitenciaría del Dueso en Santoña. Desde el día siguiente, comenzaron los fusilamientos de varios de ellos, en aquella misma plaza donde se les había prometido solemnemente respetar sus vidas, mientras que muchos *gudaris* fueron sacados a viva fuerza de los campos de concentración, y asesinados de noche en las playas o en las carreteras solitarias.

De esa manera, jugaron los modernos romanos con la desesperación de un pueblo abandonado por todos, tal vez para vengar aquellas palabras que todavía se oyen cantar en las montañas de Euzkadi:

Orain bi mila urte, hainitz Erromano
Gerlan ethorri ziren Eskual Herriraino,
Kantabro hazkar heiek zioten oraino:
—Nahiago dugu hil sumetitu baino.
Hitz hori ez da galdu orai arteriano.

Hace dos mil años una legión de romanos
Vinieron a hacer guerra a la Tierra de los Vascos.
Los obstinados cántabros buena respuesta les dieron:
—Preferimos morir que ser sometidos.
Estas palabras hoy no han sido aún olvidadas.

Hacia el exilio

Era el día 23 de agosto. Yo, me encontraba en Santander en una finca cerca de Cabo Mayor. Separado de mis tropas, con mi guardia personal por toda defensa, pasé unos días de angustia que difícilmente podré olvidar. Ya habían comenzado en la ciudad los primeros movimientos de revuelta a cargo de la quinta columna, envalentonada con la aproximación de las tropas ítalo-franquistas. Aquella noche la pasé en vela con los

dos ministros vascos que se habían quedado conmigo; el resto del Gobierno había salido por orden mía para Francia a organizar la ayuda de los 150.000 vascos emigrados ya. Nos paseábamos por el jardín de la casa junto al mar, esperando de un momento a otro el asalto, lo mismo de las avanzadas del ejército de Franco, que de los elementos sublevados cuya intención era apoderarse de Santander. Todos los medios de defensa estaban agotados, no existía ejército y la seguridad personal había desaparecido.

Al amanecer nos retiramos a descansar un par de horas, cuando el General Gamir Ulibarri, antiguo jefe del Ejército Vasco y jefe a la sazón del Ejército del Norte, vino a invitarme a salir para Asturias en un submarino que quedaba en el puerto. En él iban a marchar el Estado Mayor del Ejército del Norte y las autoridades de Santander. Yo no acepté el ofrecimiento.

Al mediodía llegaron los dirigentes del Partido Nacionalista Vasco, organización política a la que pertenezco.

—Venimos a rogarle —me dijeron—, y si es preciso a ordenarle como jefes políticos que somos de usted, que salga inmediatamente. Nuestras fuerzas están copadas sin salida posible y Santander puede caer en pocas horas. La quinta columna es ya prácticamente dueña de la población.

—Os agradezco mucho vuestra visita. Todo lo que me habéis dicho lo sé muy bien —les contesté—, hasta el punto que hemos pasado toda la noche con las pistolas preparadas esperando un asalto. Pero ¿por dónde queréis que salga?

—¿No llegará hoy *El Negus*? —interrogó uno de ellos.

—Ya sabéis que suele llegar al anochecer, a eso de las ocho. Quizá para entonces ya sea tarde.

—Pues usted es nuestro Presidente y tiene que salir inmediatamente. Hay que arbitrar un medio por donde sea.

—El General Gamir Ulibarri me ha propuesto llevarme en submarino a Asturias y yo no he aceptado. Yo nada tengo que hacer allí separado de nuestras tropas.

—Su salida es necesaria, porque es preciso continuar la lucha por nuestra libertad desde el extranjero y usted es el indicado para dirigirla.

Este diálogo tenía lugar dos días antes de los sucesos que condujeron a los tristes episodios de Santoña que antes he relatado.

Quedamos todos pensativos, en silencio, abrumados por la trascendencia de aquellos momentos. Mirábamos al mar que parecía brindarnos mil rumbos de libertad, cuando divisamos en el horizonte un pequeño punto que fué agrandándose. Era un avión, probablemente enemigo. Con ansiedad indescriptible veíamos agrandarse su silueta, hasta que pudimos reconocerlo claramente. Era nuestro avión, era *El Negus*. Aterrizó como pudo en el campo de aviación destrozado, y al poco tiempo el piloto Lebaud llegaba jadeante hasta nuestra casa.

—No hay un momento que perder, señor Presidente —me dijo—; han comenzado los tiroteos y el aeródromo puede ser ocupado por los franquistas en poco tiempo.

—¿Pero cómo se le ha ocurrido venir hoy tan temprano? —le interrogué.

—Cuando ayer salí para Biarritz —me contestó Lebaud—, me di cuenta por el estado de la población de que hoy sería el último día de Santander. Tenía este presentimiento y no estaba tranquilo. Por eso he venido a la una en vez de las ocho.

—¿Y vosotros qué pensáis hacer? —pregunté a los dirigentes vascos.

—Una vez salvado el Presidente —me contestaron—, seguiremos la suerte de nuestras tropas.

Y aquellos hombres magníficos, quisieron celebrar mi marcha, y trajeron dos botellas de champaña que había en la bodega de la casa. Entre el tiroteo de la fusilería que ya se oía cercano y el estampido de los aviones, levantaron sus copas para brindar por mi segura llegada a Francia y por la libertad de Euzkadi. En los corazones de aquellos hombres de ideal, las derrotas materiales no habían debilitado un ápice la fe en el triunfo de nuestra causa; bebieron con la sonrisa en los labios aunque sabían que pronto iban a verse delante de un pelotón de ejecución o dentro de los muros de una cárcel. Ajuriaguerra, Arteche, Rezola, Unceta... nombres que vivirán en el recuerdo de todos los vascos, porque obedecieron

el mandato de sus conciencias sin permitir que la muerte les amedrentase.

Salimos en un coche en medio de un fuerte bombardeo. En la puerta del jardín se cuadraron los *gudaris* de mi guardia presentando armas. Más firmes que nunca, con las lágrimas en los ojos, era el homenaje de la última despedida que dedicaban a su Presidente. Fué de las pocas veces que he llorado en mi vida. Aquellos entrañables amigos, todavía con las copas del brindis en sus manos, los soldados de mi guardia que siempre me habían acompañado con ejemplar fidelidad, y, apremiándome, el piloto Lebaud, muerto gloriosamente en 1940 defendiendo a Francia contra la aviación hitleriana . . . , un cuadro que llevo grabado en mi alma y que no se borrará de ella mientras viva.

Venían conmigo mis compañeros de Gobierno, Torre y Monzón. Llegamos al aeródromo en medio de un nutrido bombardeo de aviación, pero como una espera en el refugio podía significar la pérdida del aparato, empujamos entre todos al viejo *Negus* y de una sola arrancada ascendimos internándonos en el mar, volando cerca del crucero *Canarias*, que preparaba su entrada en el puerto de Santander.

Una hora más tarde llegábamos a Biarritz, y nos reuníamos con otro pedazo de nuestro pueblo que se había exilado voluntariamente por no someterse al despotismo de quienes escriben con bayonetas tintas en sangre. Eramos los heraldos del eclipse de la libertad en el mundo.

En Biarritz me reuní con mi esposa y mi hijita Aintzane —entonces tenía dos años—, que habían sido evacuadas cuando fué decretada por el Gobierno Vasco la salida de Euzkadi de las mujeres, niños y ancianos. Habían estado pasando una temporada en el interior de Francia, porque la persecución llegó hasta ellas de la manera más vil y cobarde. Hasta entonces no me enteré del nefando complot de que habían sido víctimas.

Un día el Subprefecto de Bayona Mr. Daguerre se presentó a mi esposa a cumplir con una noble tarea de protección: "Señora —le dijo—, nuestro servicio secreto está enterado de una abominable maniobra que traman unos cuantos partidarios de

Franco. Intentan raptarle su hija. Aunque nosotros estamos dispuestos a impedirlo por todos los medios, sería conveniente que por el momento se fuesen a vivir a un pueblo del interior."

Así actuaban quienes se habían levantado en armas para defender, entre otras cosas, la civilización cristiana. Nos hallábamos en plena crisis de la caridad, en momentos en que los sentimientos de la sociedad europea, podían calificarse como se quiera, pero no con el nombre de cristianos. Por oponerse a esa sociedad hipócrita y sacrílega, el pueblo vasco había luchado y había sido vencido; de sus hijos, unos habían caído en el cautiverio y los otros habían iniciado su peregrinación por el destierro.

III

EN LA FRANCIA QUE FUÉ A LA GUERRA CON EL ALMA DIVIDIDA

La canción de los incomprendidos

La historia, que nunca se mostró amiga de los vascos, ha querido que llegásemos al siglo xx divididos en dos Estados diferentes, ocupando las dos vertientes del Pirineo. Cuatro regiones —Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra— pertenecen al Estado Español, y las otras tres —Laburdi, Zuberoa y la Baja Navarra— al Estado Francés. Solía decir un amigo mío que la Providencia nos había dispuesto una habitación con dos manos, para poder cambiar de aposento en caso de incendio. Y así fué; cuando la conflagración totalitaria que arrasó nuestra patria nos arrojó de nuestras casas, nos refugiamos en la parte vasca de nuestros hermanos de Laburdi, Baja Navarra y Zuberoa.

En septiembre de 1938 visitaba yo nuestras organizaciones para refugiados, acompañado de un notable periodista francés.

—¿Quién es ese señor —me preguntó—, ése que sale en este momento del edificio?

—Pues mire usted —le contesté—, hasta nuestra salida de Euzkadi era un millonario; ahora es el encargado de esa institución. Ha preferido vivir pobremente en tierra libre a disfrutar de su dinero bajo el opresor de su patria.

Aquel hombre seguía su camino conservando todos los signos de su antigua grandeza. Su traje raído pero bien planchado, su cuello almidonado, sus zapatos viejos, pero relucientes, denotaban que no se trataba de un nuevo rico sino de un pobre nuevo. Marchaba apoyándose en su bastón y dando respetuosos sombrerazos a las personas de su conocimiento con quienes cruzaba. En nuestro mundillo de refugiados no era difícil dar con casos de metamorfosis como éste del señor encargado de la Roseraie.

La Roseraie era una magnífica finca de recreo que el famoso aventurero de las finanzas, Stavisky, había construído en Ilbarritz, a pocos kilómetros de Biarritz. En el lugar donde el aristocrático estafador había ideado jardín, piscina, *cabaret* y sala de juego, se instalaron los mutilados vascos para ser curados y luego ser entrenados profesionalmente en los talleres que instalamos al efecto. Más de 800 hombres jóvenes con sus miembros destrozados por la metralla, pasaron por aquella suntuosa construcción de recreo. También el pueblo emigrado tenía allí su consultorio y su clínica gratuitos, y muchos cientos de nuevos vasquitos vieron la primera luz entre aquellas paredes. Médicos vascos, igualmente exilados que sus pacientes, los atendían. Ante aquel ejemplo de fraternidad patriótica, los doctores franceses les permitieron el ejercicio de su profesión, aunque con ello quebrantaban los reglamentos de Francia. Mas de 300.000 francos mensuales costó a nuestro pobre Gobierno exilado aquella instalación, en la cual la abnegación y el espíritu de cristiano compañerismo dieron ejemplos tan magníficos.

El día que yo visité la Roseraie cantaba el coro de mutilados en mi honor. Pocas veces he sentido una emoción más profunda. Cantaban a su Patria martirizada como sus cuerpos. Cuando colgados de sus muletas, unos sin piernas, otros sin brazos, algunos ciegos, lanzaban de sus gargantas las notas nostálgicas de las melodías populares vascas, hubiera querido que el mundo entero hubiese estado presente mirando de frente a aquéllos a quienes ciertos "amigos del orden" llamaban *la canaille*.

A mi lado me decía el capellán de la Institución: "Son unos angelotes; ¡qué gente más buena es el pueblo humilde!" He dicho *el capellán*, porque el pueblo vasco emigró con sus creencias y con sus sacerdotes. Ellos eran también hijos del pueblo, y siguieron el destino de los perseguidos lo mismo en el exilio que ante el pelotón de ejecución.

Para el vasco la religión es una necesidad del alma, y en aquellos momentos era además fuente de consuelo. Por eso acudían devotamente a los templos de los lugares donde se ha-

llaban refugiados. Un día, desde el púlpito de la iglesia de Cambo, un sacerdote anunció: "Las misas para el pueblo se celebrarán a la hora de costumbre; para los refugiados se dirá una misa a las ocho de la mañana." Los separaban como a indeseables.

Aquel pueblo sencillo no podía comprender que la religión de Cristo declarase parias a algunos de sus seguidores, y sobre todo cuando se hallaban en desgracia. Y es que la propaganda de los enemigos de la libertad había llegado hasta el altar. Lo peor era que el templo había abierto sus puertas a la falsedad, inspirado por quienes creían que el fascismo era la única defensa de la religión. Era que el mundo empezaba a contagiarse por una epidemia espiritual que había tenido su origen en España: la crisis de la caridad.

Pero los mutilados seguían cantando por los pueblos y aquellas gentes sencillas los recibían con admiración, porque supieron comprender que quienes así cantaban llevaban el perdón en el corazón. Aunque parezca mentira, el sufrimiento apaga la sed de venganza, y con la lucha se aprende a perdonar al enemigo. Las suaves melodías vascas en los labios de aquellos jóvenes que habían peleado virilmente, explicaban mejor que nada lo que era la paz, y cómo son los hombres buenos que van a la guerra por defender esa paz. Porque con sus cantos no predicaban el odio a nadie, sino el amor a las cosas sencillas, que solamente quienes han sido privados de ellas saben cuanto se las ama.

Cantaban su casa, su río, su perro, todo lo que les habían quitado, en aquellas simples palabras de Elissanburu que encierran para el vasco toda la poesía del mundo:

Ikusten duzu goizean	¿No ves por la mañana
Argia asten denean,	Cuando empieza la aurora
Menditxo baten gainean,	Encima de un montecito
Etxe txikitxo aitzin txuri bat,	Una casita muy blanca
Lau aitz ondoren artean,	Entre cuatro peñas grandes
Iturriño bat aldean,	Una fuentecita cercana,
Txakur txuri bat atean?	Con un perrito blanco en la puerta?
An bizi naiz ni bakean.	Allí vivo yo en paz.

La conducta de los refugiados iba surtiendo efecto y convirtiendo a nuestra causa a los equivocados. Un día se suprimieron las separaciones en las iglesias, y otro era el propio Cardenal de París, el insigne Verdier, quien alentaba y bendecía a los huérfanos de Guernica, que con sus voces angelicales maravillaban a los auditorios de París, con su *Elai-Alai* —Golondrinas Alegres—, que era un espectáculo de coros y danzas infantiles vascas.

Sobre nuestra tierra habíamos terminado la guerra, pero no por eso nuestro espíritu se había muerto para el mundo. Quisimos mostrar en el extranjero cómo vibraba aquella alma vasca que había sido sacrificada en aras del totalitarismo que amenazaba invadir la humanidad, y organizamos periódicos, revistas y espectáculos teatrales. Estando yo en Santander, tres días antes de su caída, olvidé por un momento las amarguras que estábamos viviendo, y llamando a un notable músico vasco, le hablé así: "Es posible que nosotros no podamos salir de aquí. Pero por eso no ha de concluir la lucha, que quiero sea llevada también al campo artístico. Le encargo a usted salga inmediatamente para Francia y forme entre nuestros refugiados el coro más selecto posible, que lleve por el mundo a través de nuestras melodías el recuerdo de un pueblo que muere por la libertad, porque todavía no saben en el extranjero que se lucha por ella. Si caemos nos dedican un recuerdo y sigan cantando."

Salió el director en *El Negus*, y el coro que se llamó *Eresoinka*, cantó en las principales ciudades de Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra, esparciendo nuestro arte al mismo tiempo que iba cambiando la opinión. Propaganda, sí, propaganda por la libertad, porque cantando solamente pueden desparramarse semillas espirituales. Y cantando, los vascos anunciaban al mundo que la misma fuerza bruta que había desterrado de Euzkadi aquellas bellísimas canciones, era capaz de sellar los labios de los pueblos que se creían más seguros. Mas el mensaje de nuestros artistas, fué oído pero no entendido por muchos de aquellos que iban a ser las futuras víctimas de los nuevos invasores.

Antes Hitler que Blum...

¡Qué pocos nos comprendieron especialmente en Francia!... Para algunos éramos unos indeseables, para otros unos pobres engañados, y no faltaban quienes mirándonos con desprecio nos acusaban de ser los causantes de los males de Francia.

—Ustedes nos dividen —nos dijo más de uno—, por causa de ustedes discutimos.

Olvidaban que no es a la víctima sino al agresor a quien deben dirigirse estos reproches, y a quienes, triunfantes entonces, gracias a Hitler, emponzoñaban las conciencias francesas para preparar el triunfo nazi en su patria. Y ¿cómo no habían de olvidarlo, si entonces ya florecían en el suelo francés las asociaciones de cooperación francoalemana impulsadas por el propio Otto Abetz?

Pero ¿cómo iban a achacar los males de Francia a Franco, que era nada menos que el paladín de la cruzada anticomunista, el defensor de la civilización cristiana y del orden?

—Pero ustedes —se nos decía—, siendo católicos y personas serias, ¿cómo se oponen al glorioso levantamiento de los buenos españoles? ¿No comprenden que con su actitud causan daño a la cristiandad y ayudan al bolchevismo?

—Pues, señores —les contestábamos nosotros—, más que todas esas cosas que ustedes dicen, vale la libertad, porque sin ella no habrá civilización, ni orden, ni cristiandad. Quizá se den cuenta de ello antes de lo que ustedes piensan, para desgracia suya y de todos.

Nos daban la razón aquéllos a quienes el miedo de males probables no impedía ver la proximidad de amenazas urgentes, y los que se daban cuenta de que el problema de un pueblo tan pequeño como el nuestro, no era más que el mismo problema del mundo entero.

Aquellos franceses que se hallaban cegados por el odio al enemigo político, y no pensaban más que en aplastarlo sin reparar en los medios, no podían comprendernos. Y Francia estaba llena en sus clases más cultivadas de estos antagonismos

suicidas. El pueblo, el buen pueblo francés, aparecía desorientado y desmoralizado.

Un día asistí a la conferencia que la Duquesa de Atholl pronunció en el teatro *Ambassadeurs* de París sobre la guerra de España. Fué una disertación documentadísima, llena de visión de futuro, exponiendo argumentos que no tenían réplica. Entre la parte elegante del auditorio las muestras de desagrado eran continuas. Una señora protestó airadamente, otras empleaban la carcajada, incapaces de rebatir sus razonamientos. La Duquesa replicaba con calma a sus interruptores. A su juicio —dijo a uno de los protestantes—, la República Española representaba el derecho frente a la agresión, y no dudaba que si se diese el caso de una sublevación contra las instituciones francesas ayudada por Hitler, su interpelante defendería a Francia. La contestación fué contundente: "Antes con Hitler que con Blum."

Esta sola frase decía más del peligro en que se hallaba la sociedad francesa, que todas las historietas picarescas sobre las amantes de los ministros y las inmoralidades de los políticos franceses. El mal era más profundo que todo eso. Tenía su fundamento en la desorientación de los espíritus y en el relajamiento de las virtudes tradicionales de una buena parte de la sociedad francesa, ocasionado por la crisis del sentido humano y del sentido social. La despreocupación espiritual, el egoísmo en la vida, la ligereza en los juicios, el considerar como cosas de otro mundo los males ajenos, etc., eran sus fatales consecuencias. Cada cual sentía una Francia que se acomodaba a sus convicciones, y cuando se trataba de cumplir un deber, todos miraban a su vecino como si el llamamiento no les correspondiese a ellos.

La obsesión del comunismo había transformado a Francia en una casa embrujada llena de fantasmas rojos que asomaban por todas partes, lo que era hábilmente explotado por los incansables agentes alemanes, que a su tenacidad unían su perfecta organización. Nosotros habíamos conocido el mismo ambiente en España antes de la rebelión. Los síntomas no engañaban y las consecuencias tenían que ser las mismas o parecidas. El desastre gravitaba sobre Francia, pero los franceses se hallaban

cegados por las querellas internas para poder darse cuenta del peligro.

Recuerdo los artículos de Charles Maurras que yo leía diariamente, y que eran un cúmulo de contradicciones. Al mismo tiempo que hacía la apología del fascismo italiano y del falangismo español, atacaba furiosamente a Alemania —no al nazismo, entiéndase bien—, a la cual por un cálculo de equilibrio había que parcelar en sus antiguos Estados y reinos. Fácil es comprender la confusión en que se hallaban sumidos aquellos millares de jóvenes que seguían ciegamente las enseñanzas del maestro, que siempre fué para mí de lo más atrabiliario y difícil de entender.

Aquellas campañas italianistas de la prensa francesa de derecha eran por demás demoledoras. La unión de las hermanas latinas, es decir, de las potencias llamadas cristianas —Italia, Francia, España y Portugal— que rodean el Mediterráneo y asoman al Atlántico, constituía un tema obsesionante. El fascismo italiano era tabú. Cualquier ataque dirigido contra él era considerado como un acto antipatriótico. "Si un día Italia nos declara la guerra —decía en letras gruesas una *manchette* de la *Action Française*—, ya sabemos quién es el responsable: Blum." El líder socialista era el *bouc émissaire* que cargaba con todo lo malo que ocurría en Francia.

Toda esta ponzoña espiritual que se destilaba con intención preconcebida, iba infiltrándose muy dentro del pueblo francés, desorientándolo y paralizando sus centros vitales. Porque dicha propaganda era principalmente dirigida contra aquellas personas que en caso de guerra habían de nutrir la oficialidad del ejército, y las oficinas y servicios principales.

La premeditación egoísta de los impotentes

A la desorientación en la vida social, correspondía la debilidad y el cálculo en la política. Un día me llamó una personalidad francesa para llevarme a presencia del señor Bonnet, entonces ministro de Negocios Extranjeros. Me condujo en coche hasta la villa, en las cercanías de París, donde traba-

jaba en aquella época el político francés. Era el 8 de agosto de 1938.

La conversación duró una hora larga.

—Le agradezco que haya usted venido —me dijo—, porque deseo conocer su opinión sobre la marcha de los acontecimientos en el territorio gubernamental español. Conocemos bien los sentimientos que animan a los vascos, y usted, por su significación especial en la guerra, puede emitir una opinión más imparcial y objetiva.

Agradecí al Ministro estas palabras y comencé mi explicación:

—El señor Ministro sabe perfectamente —le dije—, que cuando a un país se le priva de los órganos coactivos de gobierno, se produce uno de estos dos fenómenos: o es sometido inmediatamente por quienes consiguieron apoderarse de los elementos de fuerza, o tiene que pasar por un período de desorden hasta que aquellos resortes coactivos que desaparecieron sean sustituídos por otros que, por haber nacido en épocas de violencia, tendrán siempre un sello especial. Durante dicho período la irresponsabilidad se apodera de las masas, originándose crímenes y atropellos que son explotados por la propaganda adversaria en detrimento de una causa legítima, como es la de la República Española. Pero usted sobradamente conoce que los crímenes de guante blanco de los adversarios han sido aún mayores y más repugnantes...

—Bien; pero, ¿cree usted —me atajó el Ministro— que los gobernantes de la República cuentan hoy con suficiente autoridad y que sean capaces de realizar un compromiso serio?

—Los hombres que hoy gobiernan la República —le contesté—, con todos los defectos que usted quiera, tienen el mérito de haber dominado el desorden inicial, imponiendo la normalidad donde antes existía la anarquía y formando un ejército disciplinado donde antes no había más que núcleos irregulares de combatientes sin mando ni control. Así lo están demostrando en la batalla del Ebro, pues sin una jerarquía y una autoridad, no se concibe el comportamiento de las tropas. Falta solamente —añadí— un poco de calor exterior; en una

palabra, que Francia e Inglaterra abandonen su política de prudencia y se decidan a actuar como aconseja la justicia y su conveniencia.

—Está bien —me interrumpió sonriendo M. Bonnet, a quien el tema planteado no parecía agradar—, pero deseo una contestación concreta. ¿Cree usted que la República Española resistirá hasta el próximo 1º de octubre?

—¿Hasta el 1º de octubre? —repetí—. Sin duda alguna, señor Ministro.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro.

—Le agradezco esta respuesta, créame que se la agradezco mucho —me respondió.

Yo no salía de mi extrañeza ante la satisfacción demostrada por el Ministro, pero acordándome de que por aquellos días volvía a recrudecerse la cuestión de los Sudetas, le dije:

—*¿Me permite el señor Ministro que yo le interrogue a mi* vez, si no es impertinencia?

—Con mucho gusto —me respondió.

—¿Cree el señor Ministro que la guerra está cercana?

El señor Bonnet sonrió y luego me contestó:

—Cercana no sé... —y aquí hizo una pausa—, pero es inevitable.

Volví entonces a los argumentos que fueron interrumpidos anteriormente, y sostuve la teoría de que la subsistencia de la República Española era una garantía para las democracias, y que su hundimiento supondría el establecimiento de un poder desafecto al sur de los Pirineos.

Terminada la entrevista me acompañó hasta la puerta del coche, y una vez más volvió a preguntarme:

—¿Está usted seguro de que en esa fecha que le he dicho la República Española seguirá en pie?

—En absoluto, señor Ministro —le contesté. Nos dimos la mano y yo partí hacia París.

Poco tiempo después sobrevenía la crisis provocada por el caso de los Sudetas, en el que la intervención de Hitler alarmó al mundo y produjo el primer resbalón de la democracia en

la Conferencia de Munich. Entonces me acordé de la obsesión de M. Bonnet y de la precisión de la fecha: 1º de octubre. El pacto de Munich se firmó el 28 de setiembre. Sus cálculos habían sido exactos. No sé si en su espíritu anticipaba ya rendirse en Munich. No me corresponde juzgarlo. Solamente deseo citar este dato, a guisa de testigo personal. La democracia peninsular, que había jugado un papel importante en el prólogo de la tragedia mundial, inició a partir de aquel momento el camino de la derrota a manos del fascismo europeo. El frío egoísmo de las cancillerías condenó a muerte a quienes entonces eran los únicos que estaban defendiendo con las armas los ideales democráticos, creyendo que así se iba a salvar una paz que a todo trance se deseaba. Pero con esto no hicieron más que aumentar la violencia de la guerra que se venía encima.

Unos meses más tarde, el 4 de febrero por la mañana, salía el Presidente de Cataluña señor Companys por el monte, camino del exilio. A su lado marchaba yo. Le había prometido que en las últimas horas de su patria me tendría a su lado, y cumplí mi palabra. También el pueblo catalán emigraba, y también la aviación de Hitler, Mussolini y Franco, asesinaba a mansalva a aquellos peregrinos indefensos. Las tropas de la República se retiraban hacia la frontera francesa. El abandono más absoluto por parte del mundo acompañaba a la derrota de aquellos adversarios del totalitarismo. Yo miraba con dolor a los fugitivos, porque para nosotros los vascos se habían guardado en Francia aquellas normas de pudor que impone la desgracia digna. Se nos atacó y calumnió por los *bien pensants*, pero vivimos en nuestras propias instituciones y fuimos distinguidos con afecto por las autoridades y por personalidades de todas las ideas. Pero a aquella inmensa caravana de gente sin patria y sin hogar, le esperaba los campos de concentración como toda hospitalidad.

Jamás como entonces se vió hasta dónde son capaces de llegar los instintos del odio, cuando sobre la desgracia se ceba el insulto y el furor de venganza. "Que los envíen a las colonias", pedía la prensa francesa amiga de Italia, la "herma-

na latina", mientras toda clase de estadísticas de crímenes, de malversaciones, de bajas calumnias se esgrimían contra quienes eran acreedores de un trato más humano, aunque no fuese más que por el estado de desamparo en que se encontraban.

"¿Resistirá la República Española hasta el 1º de octubre? . . ." Sí, la República había resistido y pudo resistir más, pero, como se firmó el compromiso de Munich, los aviones alemanes pudieron seguir llegando para ayudar a Franco; se derrumbó la resistencia catalana, y cayó deshecha la primera trinchera de la actual guerra, que las democracias cedieron a su enemigo para que desde ella pudiera atacarles. El maquiavelismo político de los prohombres del Quai d'Orsay y de Downing Street empezaba a sacrificar víctimas amigas en aras de un egoísmo suicida, mientras que Hitler se asomaba a Francia por la frontera del Pirineo y conseguía que su esfera de acción llegase hasta el Mediterráneo. Desde entonces han muerto millares de ingleses, franceses, polacos, americanos, etc., pero la funesta doctrina del utilitarismo sigue viviendo y haciendo que las victorias militares sean al mismo tiempo derrotas espirituales.

A QUIÉNES FALTABA VERDADERAMENTE EL ESPÍRITU

Un día del mes de marzo de 1939, el Presidente Herriot nos recibió en su despacho de la Cámara de Diputados. Íbamos a pedir su nombre para la Presidencia de Honor de la Liga Internacional de Amigos de los Vascos, que se había fundado en París. Compartiría con él la Presidencia Su Eminencia el Cardenal Verdier, que la había aceptado. Varias notables personalidades políticas y culturales formaban el Comité Central de la Liga.

Expuesta nuestra idea, el Presidente Herriot nos dijo:

—Acepto muy gustoso el honor que me hacen, porque ustedes han sido un pueblo que ha sabido luchar con bravura hasta el fin. Cuando se lucha así, se merece el respeto de todo el mundo. No ha pasado lo mismo en el frente de Cataluña. Pero ¿qué ha pasado ahí?

Nosotros procuramos explicarle de la mejor manera posible la carencia absoluta de ayuda en que se hallaban los ejércitos de la República, mientras que Franco era cada día más apoyado por sus amigos totalitarios, sin que se dieran cuenta de ello los países interesados en evitarlo. Además Munich...

—Sí, todo eso es verdad —nos contestó—, pero también ustedes fueron abandonados. Miren ustedes...

Y sacó un álbum de mapas, en los que pudimos ver que había seguido paso a paso toda la guerra vasca.

—Aquí estaban ustedes cuando comenzó la ofensiva de marzo de 1937, y ya llevaban ocho meses defendiéndose —dijo señalando exactamente las líneas vascas en aquella época—. Pues bien, para avanzar escasamente cuarenta kilómetros que les separaban de las puertas de Bilbao, necesitaron las tropas de Franco tres meses. Pero el frente de Cataluña se ha derrumbado en un mes...

Replicamos nosotros con la discreción debida, dada la naturaleza de nuestra visita, recordando el heroísmo demostrado por los catalanes y las tropas republicanas en el Ebro. El Presidente Herriot nos contestó:

—Allí ha faltado el espíritu.

Se mostraba enfadado con todos y le obsesionaba "la falta de espíritu". Olvidaba la sangre que se había derramado y el desprecio con que habían sido tratados los defensores de la República por parte de quienes debieran haber previsto que el abandono culpable en que dejaron a la democracia peninsular había de concluir en catástrofe. Además, no podían acusar de falta de espíritu quienes eran los principales responsables de esa misma falta.

Pasaron pocos meses y Francia estaba en guerra. Entraba en malas condiciones. A la confusión en el campo de las derechas, se unía la desorientación en el campo de las izquierdas. El pacto Hitler-Stalin producía otro fenómeno de profunda trascendencia en las masas francesas. Al grito "antes Hitler que Blum", sucedió ahora otro de consecuencias tan suicidas y traidoras: "Antes Stalin que Daladier."

Parte del proletariado francés, sometido a un servilismo inconsciente, también se había dejado envenenar el alma, y llegó a creer que sirviendo a Hitler ayudaba a Rusia. Cuando después de pasados unos meses, las personas de esa misma ideología se pusieron a mirar de nuevo a Londres para servir a Rusia, hicieron comprender a quienes aun no estaban percatados, que esos procedimientos no se han hecho para gobernar a los hombres dotados de razón.

Debilitada por la derecha y por la izquierda, Francia entraba en la guerra con el alma en derrota.

El 8 de mayo de 1940 salía yo en dirección a Bélgica. Una simple visita familiar fué el motivo del viaje. La guerra, unida a las dificultades para la obtención de permisos, había impedido que dos abuelas que vivían a trescientos kilómetros de distancia hubieran visto a sus nietos hacía más de un año. Acompañado de mi esposa y mis dos hijos me trasladé a La Panne, primer pueblecito de la costa belga, donde nos esperaban nuestros familiares. El lugar nos pareció siempre seguro, y además aquellos días corría por París el rumor de que el próximo ataque alemán se produciría por Yugoslavia. De esta manera enturbiaban los nazis las opiniones, antes de dar un golpe decisivo.

En el tren de París a Dunkerque tuvimos ocasión de viajar con varios oficiales franceses, algunos de ellos de categoría. Pronto comenzaron a hablar de las dificultades de la movilización. Uno de ellos dirigiéndose a sus compañeros les dijo:

—Pero, señores, ¿es que se puede saber por qué luchamos? ¿Creen ustedes que vamos a alguna parte con este *sale gouvernement*?

Se refería al Gobierno de Reynaud. Los demás compañeros, unos asintieron y otros permanecieron silenciosos. No pude menos de mirarlos con extrañeza, y salí al pasillo con el pretexto de fumar un cigarrillo, pero en realidad por no seguir escuchando aquellas expresiones en labios de unos militares de cuya conducta iba a depender la vida de Francia. Porque nada menos que por la vida de Francia se estaba luchando.

Pero aquel Jefe del ejército francés no lo sabía, y sus compañeros que le habían dado la razón o habían asentido con sus palabras, tampoco.

Yo había creído que aquella confusión espiritual que minaba la fortaleza del pueblo francés no había llegado hasta el ejército, y que éste una vez más sería el baluarte de la libertad. Pero desgraciadamente me había equivocado. No me había dado cuenta de que un ejército no es más que el pueblo en armas.

Entonces recordé las palabras del Presidente Herriot, y me dije apesadumbrado: "Aquí ha faltado el espíritu."

IV

EN LA VORÁGINE

Se inicia el desastre

Pocos días duró nuestra alegría en La Panne. El contento de la vida en familia, lejos de las preocupaciones que constantemente nos rodeaban en París, nos hizo casi olvidar la guerra, en aquellos suaves días de mayo junto al mar. Solíamos pasearnos por la inmensa playa cubierta de dunas, que se extiende kilómetros y kilómetros uniendo los pueblos de la costa flamenca, hasta internarse en Francia. Dunkerque se divisaba claramente, pues solamente quince kilómetros le separan de La Panne.

En la madrugada del 10 de mayo fuimos despertados por un intenso bombardeo. Cuando salí a la calle, negras humaredas cubrían el cielo que empezaba a iluminarse con la luz del amanecer. Los alemanes habían bombardeado los depósitos de gasolina de Dunkerque provocando enormes incendios. La guerra se acercaba de nuevo a nosotros amenazándonos con nuevas zozobras.

A eso de las nueve de la mañana comenzaron a pasar por La Panne las primeras unidades del Ejército Francés que acababan de atravesar la frontera. Algunos camiones con soldados primeramente, más tarde motociclistas, luego oficiales en sus pequeños coches, más tarde algunos elementos de la Marina. Aquel desfile era continuo, pero me causó una pobre impresión. Dispersos, sin formación u orden alguno, no daban sensación de poder, porque eran elementos de diferentes cuerpos que parecían ir precipitadamente a los puestos adonde habían sido destinados, cumpliendo órdenes dadas de la misma manera. Me recordaron aquellos voluntarios que se improvisaron al principio de nuestra guerra, cuando carecíamos de organización militar y armamento.

El pueblo belga recibió con entusiasmo a aquellos soldados

que venían a defender su territorio injustamente atacado. La unión sagrada de la pasada guerra renacía de nuevo. Las mujeres obsequiaban a los defensores con chocolates, galletas y cigarrillos, y las gentes les arrojaban flores mientras agitaban banderolas con los colores franceses y belgas. Todos nos habíamos unido al entusiasmo de aquel pueblo que creía en la victoria, y yo levantaba en alto a mi hijo para que viese el paso de los futuros triunfadores.

Poco tiempo duró nuestro optimismo pues al día siguiente ya empezaban a llegar las malas noticias. Las traían los numerosos fugitivos que utilizando coches particulares, se apresuraban a ganar la frontera francesa principalmente por La Panne y Bry Dunnes, por ser los puntos más cercanos a la costa. Entonces nos enteramos de que los alemanes, después de haber atravesado Luxemburgo, se habían lanzado hacia el interior de Francia acercándose a Sedán al mismo tiempo que rompían las defensas belgas por el frente de Lieja.

Nosotros habíamos decidido también huir a Francia, pero no quise iniciar la marcha sin que se hubiesen unido a nosotros 45 vascos que se hallaban refugiados en Bélgica, a quienes habíamos avisado para que nos encontrasen en La Panne. Así dejamos transcurrir tres días, viendo cómo aumentaba el éxodo de los fugitivos. Por fin llegaron todos nuestros compatriotas. Las impresiones que traían eran por demás pesimistas. Dos de ellos habían huído de Lieja oyendo el ruido de las fuerzas motorizadas de Hitler que avanzaban con facilidad.

Era preciso ponerse en marcha cuanto antes para llegar a Francia, pero no encontrábamos medios para hacerlo rápidamente. Pretendimos andar los quince kilómetros que separan La Panne de Dunkerque para tomar el tren de París, pero éste no andaba porque la vía había sido destrozada por los bombardeos de los aviones alemanes. Todos los medios de locomoción por carretera habían sido requisados o alquilados, y por otra parte la gasolina escaseaba de tal manera que los bidones de este líquido se pagaban a precio de oro. Conseguimos alquilar en firme un automóvil en el que nos pondríamos a salvo

las personas más comprometidas, pero no acudió a la cita, después de haberlo estado esperando angustiosamente.

Mientras tanto una masa humana de muchos miles de personas que semejaba una serpiente sin fin, descendía a pie por la carretera de la costa y engrosaba a medida que las fronteras lindantes con Francia iban cerrándose a causa del avance alemán. Aquellos rostros reflejaban la tragedia y el dolor. Mujeres con niños en brazos, jóvenes y ancianos, sacerdotes y religiosas, todas las clases sociales confundidas abandonaban sus hogares para huir del invasor.

Las noticias eran contradictorias. Había quienes decían que el ejército francés en una brillante contraofensiva había roto la línea Siegfried; otros, mejor enterados, aseguraban que los alemanes avanzaban rápidamente y no había tiempo que perder. Nuestras dudas se disiparon cuando aparecieron las primeras unidades del ejército en retirada.

El 17 de mayo decidimos ponernos en marcha hacia la frontera francesa de la que nos separaban unos tres kilómetros. Un discurso tétrico de Reynaud nos hizo adoptar esta decisión. Caminando a pie, llevando los hombres jóvenes las maletas, salimos de La Panne. Eramos 46 en total, de los cuales trece eran mujeres —algunas de edad avanzada—, siete niños y cuatro sacerdotes. Mi hijo Joseba, que aun no había cumplido dos años, era el más satisfecho de todos, porque uno de nuestros compañeros lo montó en su bicicleta que iba cargada de maletas. Entre la inmensa caravana de refugiados de todas las nacionalidades avanzó el grupo vasco que fué desde aquel día la representación viva de nuestro pueblo. Fué el primero que había tenido que huir del invasor totalitario, y doquier aparecía este enemigo de la civilización cristiana tenía aquél su representación, como indicando que los hijos de la vieja democracia vasca jamás claudicarían ante la fuerza bruta.

Apenas habíamos salido de La Panne cuando sufrimos el primer ataque de la aviación alemana. Conseguimos recoger a las mujeres y a los niños, que se habían puesto a correr enloquecidos por el pánico, obligándoles a refugiarse bajo los árboles, a fin de protegerlos más que de las bombas, contra los

cazas que ametrallaban las carreteras y las calles de La Panne. De pronto vimos descender en paracaídas un piloto alemán cuyo avión había sido derribado por los antiaéreos; toda la fusilería de la plaza se puso a disparar contra él, acribillándolo a balazos. A las cinco de la tarde desapareció la aviación alemana; recogimos nuestras maletas y bultos, contamos los chiquillos y ya rehecho el grupo, nos pusimos de nuevo en marcha. Íbamos con lentitud, porque las mujeres, especialmente las ancianas, caminaban muy despacio, y teníamos que ayudar a los niños constantemente.

Las fronteras no entienden de dolores

A eso de las ocho de la noche llegamos a la frontera. El espectáculo era impresionante y desconsolador. Una muchedumbre despavorida y anhelando escapar, se aglomeraba contra la barrera. Conseguimos llegar hasta ella, pero estaba cerrada. Un fuerte cordón de gendarmes y de policías vestidos de paisanos, impedía el paso de aquellos miles de personas que ansiaban salvar sus vidas.

¿Qué íbamos a hacer? El lugar era inhospitalario, y el único edificio existente era una casita, de los peones camineros seguramente, que se hallaba cerrada. Volver a La Panne era imposible a causa de las mujeres y sobre todo de los niños. Nos informaron que la frontera se abriría entre las cuatro y las cinco de la mañana. La enorme aglomeración aconsejaba guardar turno y decidimos pasar allí la noche. Como escaseaban los víveres que necesitábamos para los niños principalmente, los jóvenes que formaban parte de nuestra expedición, volvieron a La Panne para recoger en nuestras casas abandonadas los comestibles que habían quedado.

Al borde de la carretera establecimos nuestro pequeño campamento. La noche era muy despejada y fría. Toda aquella muchedumbre vencida por el cansancio fué acomodándose en el suelo y en los campos que bordeaban la carretera, no queriendo perder sus puestos para el paso de la frontera al día siguiente. Recostados unos contra otros, cubiertos con los

abrigos y arrebujados detrás de las maletas para protegernos contra el viento frío de la noche, intentamos conciliar el sueño. Apenas había transcurrido una hora, cuando la gente empezó a correr alocada huyendo al campo. Los gendarmes acababan de anunciar que era peligroso permanecer cerca de la carretera, pues la noche anterior había sido ametrallada por los cazas alemanes. Como nuestros niños dormían profundamente y nos hallábamos en cierto modo protegidos por la casita de los camineros, preferimos no movernos. Se oía el trepidar de los motores de aviación y el tableteo de las ametralladoras; con la experiencia que habíamos adquirido en nuestra guerra, pronto nos dimos cuenta de que se hallaban lejanos. Estarían entretenidos asesinando alguna otra caravana de indefensos refugiados. Pero más que las detonaciones, impresionaban las bengalas que arrojaban los aviones de reconocimiento enemigos, y que descendían en la noche cual misteriosos meteoros. Por medio de ellas buscaban la presa sobre la que se ensañarían los aviones de bombardeo. Aquellas bengalas, precursoras de la muerte, nos producían escalofríos.

Mientras tanto se sucedían los incidentes tan pronto como algún refugiado intentaba pasar la frontera furtivamente. Los gendarmes la defendían con tenacidad digna de mejor causa, incomprensible crueldad que contrastaba con la angustia de aquellos miles de desgraciados que veían en ella su salvación. Jamás olvidaré a aquel agente que se paseaba todo excitado al otro lado de la barrera, enarbolando un grueso garrote. La gente presa de pánico se clavaba materialmente a las alambradas, y aquel bárbaro descargaba tremendos garrotazos para obligarla a retirarse, levantando clamores de indignación. El ser humano había descendido a la categoría de las bestias; mejor dicho, en los países civilizados tenían más consideraciones con las bestias.

Para las tres de la mañana miles de personas nos apiñábamos contra las alambradas de la frontera. La gente se disputaba los puestos entre gritos e insultos, mientras el gendarme arreciaba sus garrotazos. En este ambiente de excitación la abrieron a las cinco de la mañana. Uno a unb iban pasando los

refugiados por un estrecho pasadizo abierto entre las alambradas. El examen de la documentación se hacía con un rigor y una lentitud indignantes que contrastaba con la velocidad de los acontecimientos y la ansiedad de aquellos desgraciados.

Por fin nos llegó el turno a nosotros. Iba yo en cabeza suponiendo que mi documentación *privilegiada* —pues estaba autorizada por el Estado Mayor Francés—, tendría una mayor eficacia para abrir el camino a mis compañeros de peregrinación, todos los cuales tenían pasaportes de la República Española extendidos por las autoridades del Gobierno Vasco. Como Franco había sido reconocido por Francia, aunque todo el mundo sabía que era un aliado de Hitler, temíamos que la oficialidad de los papeles pesase más que nuestra calidad de demócratas perseguidos. No obstante nuestra amistad a Francia y la enemistad de Franco para con ella, nosotros, en aquellos momentos, no éramos más que unos exilados sin un pedazo de papel "oficial" que acreditase nuestra personalidad. Huíamos de los alemanes porque nos trataban como enemigos, pero a pesar de ello Francia iba a prohibirnos la entrada en su territorio por indocumentados. Todo nuestro dolor y la consideración del peligro que corríamos eran incapaces de cambiar la mentalidad burocrática de aquel aduanero, y hacer que juzgase nuestros documentos a través de nuestros sentimientos.

—Su documentación está en regla —me dijo el gendarme—, pero los pasaportes de los demás ya no valen.

—Esperaba que me dijera usted eso —le contesté—, pero ¿no vale nada en estas circunstancias la lucha que hemos mantenido contra éstos que ahora atacan a ustedes como antes nos atacaron a nosotros? ¿No es nuestra actuación contra los alemanes nuestra mejor documentación? ¿No nos atacaron antes que a ustedes esos mismos aviones, y no mataron sus bombas, vascos antes que franceses? ¿Va a permitir usted que este grupo de refugiados quede a merced de sus adversarios, fundándose en una apreciación legal sobre la validez de los pasaportes, que en las actuales circunstancias resulta injusta?

El gendarme se quedó mirándome algo aturdido, cual si vislumbrase toda la verdad que encerraban mis palabras, e

hizo lo que suelen hacer las personas investidas de autoridad en casos semejantes: llamó a su superior, que en este caso era un suboficial. Y con ello salimos perdiendo. Porque éste nos dijo bastante malhumorado:

—Ahora, ni usted puede pasar, porque hemos recibido una orden diciéndonos que solamente permitamos el paso de la frontera a los belgas, holandeses, franceses e ingleses. Los demás lo harán cuando nos lo ordenen.

No era posible discutir. Con nosotros se retiraron otros cientos de refugiados, víctimas del concepto burocrático que los Estados tienen de las personas. La gente lloraba, suplicaba, se desesperaba, pero la orden se cumplía a rajatabla. Retirados a ambos lados de la carretera, estuvimos todo el día viendo pasar aquella fila interminable de seres humanos que tenían la suerte de no pertenecer a un pueblo que sucumbió en la defensa de los ideales democráticos. A medida que avanzaban las horas el número de los que engrosaban nuestras filas iba en aumento. Todas las nacionalidades del mundo se habían dado cita en aquel conglomerado de desterrados que huían ante el mismo adversario. Y es que el totalitarismo ha fundido a todas las nacionalidades en una sola categoría de ciudadanos: la de defensores de la libertad.

Surge el campo de concentración

La noche descendía lentamente por el cielo azul, cuando me di cuenta de que un grupo de gendarmes estaba clavando estacas en tierra y de que luego las unían por medio de alambradas, cerrando de esta manera una gran extensión de terreno. Veía con terror que ante nosotros iba surgiendo ese nuevo invento moderno que se ha dado en llamar *campo de concentración,* y que con mayor razón debería denominarse *infierno de vivos.* Yo no quería creer lo que estaban viendo mis ojos, pero pronto las voces imperiosas de los gendarmes me sacaron de dudas: "Todos a colocarse dentro de las alambradas."

Sí, era el campo de concentración, uno más en el suelo ultrajado de Europa. Uno por uno fuimos entrando todos, mu-

jeres, niños, viejos y sacerdotes; los que habíamos sido expulsados de nuestra patria por defender la libertad, éramos tratados como un rebaño de animales en un país que también se había levantado en armas para defender su libertad. Más contradicciones y más confusión. ¿Cómo iban a saber los militares por qué luchaban, si los Gobiernos no sabían qué defendían? A fuerza de tergiversar las ideas más puras y sencillas, Europa se había vuelto loca, y en su locura maltrataba a los hijos que mejor la querían.

Junto a una miserable tejavana pudimos colocar a los niños, poniéndonos las personas mayores en torno de ellos, para protegerlos en cierto modo contra el frío. Lo que podíamos darles era agua y alimentos apropiados. Y rezamos: la oración a Dios es el mejor consuelo cuando el hombre no atiende las súplicas de los desamparados.

Las escenas que presenciamos en nuestro derredor desgarraban el alma. Muchas de aquellas personas que para llegar hasta allí habían padecido una larga peregrinación, empezaron a flaquear a causa del cansancio y del hambre. Vimos a algunos que se desmayaban, otros que yacían en el suelo víctimas de la fiebre, y hasta unos cuantos murieron. El lugar era arenoso y sucio, y no aparecía el más leve vestigio de agua.

Había austríacos, polacos, checos, algunos escandinavos y unos tres mil judíos, que eran los que denotaban una mayor preocupación por su suerte. Con sus largas barbas, que daban a conocer su procedencia de los países eslavos, aquellos hombres, sobre quienes se concentraban todos los odios de la propaganda totalitaria, me causaban honda lástima. Brutalmente perseguidos, tratados con dureza en la frontera, despreciados por muchos de los que compartían con ellos los mismos sufrimientos, no podía yo comprender que el sentido humano hubiese llegado a escalas tan bajas como para olvidar que en la desgracia todos los hombres son iguales. Aquellas mujeres y niños judíos padecían y lloraban lo mismo que los míos, y un mismo dolor se clavaba en el corazón de aquellos hombres y en el mío. No me cabía en la cabeza que personas que se dicen cristianas, hubiesen llegado a abrigar en sus pechos sen-

timientos tan fundamentalmente anticristianos, al dejarse dominar por un odio racial. Vivíamos en un mundo en que las propagandas de Goebbels hacían olvidar las doctrinas de Jesucristo, el cual, al fin y al cabo, era también judío. Aunque no fuese más que por este hecho, el antisemitismo debería ser desterrado de los corazones cristianos.

Pasamos aquellos días entre las alambradas, custodiados por soldados senegaleses, cual si fuéramos espías de Hitler. Sufrimos hambre y sed porque nadie se preocupaba de procurarnos víveres o bebidas. Durante el día el calor se hacía insoportable, pues la arena sobre la que vivíamos se ponía candente bajo los rayos del sol. Pero el frío de la noche era el que daba el golpe de gracia a los más desfallecidos.

Sin embargo, en aquel mundillo de seres, que más parecíamos pertenecer a las últimas capas del reino animal por la manera con que éramos tratados, pronto empezaron a darse manifestaciones que nos recordaron a la sociedad en que habíamos vivido. Unos cuantos judíos, haciendo honor a los instintos comerciales de su raza, empezaron a vender cigarrillos... a doble precio. Esto fué suficiente para que los antisemitas de nuestra miserable colonia diesen rienda suelta a su indignación, protestando de que aquellos *sales juifs* —como los llamaban— se aprovechasen de nuestra desgracia para ganarse unos francos. Yo no me explicaba aquel enfado, pues aquellos avisados israelitas no hacían más que poner en práctica en nuestra desventurada comunidad, lo que hombres de todas las razas hacen todos los días en todas partes del globo. Además, el que hubiera podido permitirse el lujo de comprar pitillos y no fumaba porque no los conseguía, tenía oportunidad de proporcionarse ese consuelo gracias a la prevención de los modestos Shyloks de nuestro campamento. Más que vituperarlos, los fumadores empedernidos no podíamos menos de agradecerles el buen servicio.

Las noches transcurrían en relativa calma, pues ya nos habíamos acostumbrado al ruido del bombardeo lejano. Más nos costó acostumbrarnos a los ronquidos de uno de nuestros buenos sacerdotes, que dormía beatíficamente sobre el santo

suelo. Seguramente, para el Padre Domingo, aquel duro lecho con todas sus incomodidades, tenía más encantos que una de las últimas noches pasadas en territorio belga. El Padre Domingo, uno de los muchos sacerdotes vascos que sufrió el destierro para librarse de la furia falangista, vivía recogido en el Monasterio de Benedictinos de Lovaina. Cuando comenzó la invasión de Bélgica, el Padre Prior reunió a sus monjes, les dió la bendición y cien francos a cada uno, y además la libertad para que huyesen del invasor. El Padre Domingo, con otros cuantos compañeros, se dirigió a pie hacia Francia. Rendido por la fatiga —tenía 64 años de edad y era muy grueso—, se separó del grupo, cuando fué detenido por un piquete de soldados belgas. Le encontraron en la maleta anuncios de unas obras de agricultura escritas en alemán, lo que fué suficiente para que aquellos atolondrados militares le detuviesen acusándole de paracaidista nazi. Como entre las muchas fantasías que se contaban, una de ellas era que los alemanes descendían en paracaídas disfrazados de curas, el pobre Padre Domingo fué declarado paracaidista a pesar de sus años y de sus kilos. Hasta tal grado de ridícula desmoralización habían llegado aquellos soldados y oficiales improvisados. Y sin más averiguaciones le pusieron en capilla anunciándole que al día siguiente sería fusilado. Afortunadamente el Prior se dió cuenta de la falta del Padre Domingo, y llegó a tiempo para evitar que fuese pasado por las armas. Por eso, todas las incomodidades del campo de concentración le parecían nada, comparadas con las angustias que había pasado en capilla, y contestaba con sonoros ronquidos a las lejanas detonaciones que, al fin y al cabo, no iban dirigidas contra él.

Tres días pasamos en aquellas condiciones inhumanas, al cabo de los cuales los oficiales franceses se conmovieron de nosotros, y se decidieron a poner remedio a nuestras desdichas. A ello contribuyó un incidente que tuvo lugar el tercer día.

Un sacerdote holandés, con su bicicleta en una mano, había llegado a la barrera de la frontera. Presentó el pasaporte.

—¿Holandés? —le preguntó hoscamente el gendarme.

—Sí, señor —contestó el sacerdote.

Al oír esta contestación, el gendarme, fuera de sí, comenzó a gritarle:

—Los holandeses están ustedes disparando contra nuestras tropas . . . ¡Atrás, traidor! . . .

El sacerdote le respondió con calma:

—Si fuese un traidor yo no estaría aquí . . . Protesto contra este incalificable atropello.

Se levantó un griterío de protesta de todas partes, saliendo de entre nuestras alambradas las voces más airadas. Los hombres excitados se lanzaban contra ellas queriendo romperlas. Pánico, indignación, fatiga, hambre, e impaciencia ante el continuo paso de miles de almas por la frontera, todo se mezcló en aquel momento de airada protesta que llegó a alarmar a los oficiales franceses.

Todos son iguales

El día 20 a las siete de la tarde, media hora antes del cierre de la frontera, pasamos todos los que habíamos estado concentrados. Pero cuál no sería nuestra desesperación, cuando a los doscientos metros nos encontramos con otra barrera que estaba cerrada, y que no se abriría hasta el día siguiente. Una noche más tuvimos que dormir bajo el techo del cielo, recostados contra unas casas solitarias de las cercanías de Bry Dunnes. En el retrete de una tejavana de cerdos pasó la noche mi madre política, con su nieto, mi pequeño Joseba, en brazos. A mi madre le hicieron sitio en un establo unos campesinos belgas. Era el día de su cumpleaños. Jamás hubiéramos sospechado allá en los días felices de nuestra casa de Euzkadi, que andando los años le iba a tocar pasar fecha tan señalada, durmiendo en un establo sin haber comido un pedazo de pan, mientras sus hijos y nietos dormían en el desamparo, por el delito de haber defendido la tierra de sus mayores.

Para las cuatro de la mañana ya estábamos de nuevo ante la nueva barrera esperando ansiosamente a que se abriese. Yo llevaba en brazos a mi hijo pequeño tratando de salvarle de

las apreturas de aquella aglomeración. Un matrimonio belga, personas de porte distinguido, se reían ante los esfuerzos del pequeño para defender su *casquette* que constituía su única preocupación en aquellos momentos. Encima de la visera llevaba prendido un escudito con las armas de Euzkadi. Al enterarse de que éramos vascos, y al ver que nos acompañaban sacerdotes, me preguntó la señora extrañada:

—¿Pero ustedes habrán estado con Franco?

—No señora —le contesté—, estamos aquí precisamente por lo contrario, por haber combatido a Franco.

—¿Pero ustedes no son católicos?

—Sí, señora, católicos, que defendimos la libertad de nuestro pueblo contra la agresión, y luego hemos tenido que huir de él, como ustedes dejan ahora su patria ante la agresión nazi. Supongo que ya sabrán ustedes que Hitler es el mejor amigo de Franco.

—¡Ah! . . . entonces todos son iguales —exclamó la señora.

Mi pequeño pudo al fin sentarse en un hueco que le hicieron unas religiosas holandesas que como nosotros esperaban el paso de la frontera. Una de ellas lo acariciaba maternalmente, como extrañada de encontrar en su camino un desterrado tan diminuto. Yo contemplaba en silencio aquel cuadro y pensaba: "Si supieras de quien es hijo el niño que acaricias, te asombrarías a buen seguro, porque te habrán dicho que Franco es el salvador de la fe católica y el defensor del orden. No se habrán atrevido a decirte lo mismo de Hitler, pero eso importa poco, porque Franco es como un puente de confusiones que conduce directamente al nazismo. Y si malo es el totalitarismo pagano de Hitler, peor es el que se disfraza de catolicismo para meterse en las conciencias sencillas como la tuya, pobre monjita desterrada por las fuerzas de la antilibertad."

Sí, todos son iguales, como dijo la señora belga. Por causa de Hitler salían las monjitas holandesas de su patria, como por causa de Franco habían salido los sacerdotes vascos. El nombre poco importa, porque *führer* o caudillo, católico o pagano, ambos no tienen más que un designio: destruir la libertad que es la base de la vida cristiana.

Una noche de horror

Por fin conseguimos cruzar la frontera, y en la primera iglesia de Bry Dunnes celebraron misa nuestros sacerdotes. En la iglesia solitaria, la figura de Cristo Crucificado parecía decirnos que había reservado para nosotros la suerte que había escogido para El. Y nos animaba a perseverar, a seguir hasta el fin, porque, por muchas que sean las tinieblas, siempre se sale a la luz.

Nos pusimos de nuevo en marcha. Pudimos convencer al chófer de un camión para que llevase a nuestras mujeres y niños hasta la salida de Dunkerque, donde nos esperarían en un lugar determinado. De esta manera los hombres solos pudimos caminar más aprisa. Habíamos andado diez kilómetros cuando nos detuvo un gendarme.

—A Calais... rápidamente a Calais —nos dijo—, si no quieren ser hechos prisioneros.

Nosotros no le hicimos caso y seguimos adelante. Los bombardeos se sucedían sin cesar y Dunkerque aparecía cubierto de humo. Por dos veces tuvimos que echarnos en los bordes de la carretera para protegernos de la aviación alemana y de los casquillos que caían de los proyectiles antiaéreos.

Recogimos a nuestras mujeres y niños, que, además de los sustos que les había dado la aviación alemana, se hallaban desolados porque les habían cerrado todas las puertas a las que habían llamado buscando refugio. La noche se echaba encima, y todos nuestros intentos resultaban inútiles. Por fin divisamos una gran *ferme* destinada a depósito de forraje que nos pareció abandonada. Nos produjo mayor alegría que si hubiese sido un magnífico hotel, pues ya nos veíamos durmiendo sobre una mullida paja y bajo techado, después de tantas noches a la intemperie y sobre el suelo duro. Cuando abrimos la puerta, la oscuridad nos impidió ver lo que había dentro, aunque inmediatamente sentimos un vaho repelente propio de lugares donde hay muchas personas hacinadas. Fuimos recibidos con un griterío de protestas, pero no hicimos caso,

y en la *ferme* nos metimos los 45 que componíamos nuestro grupo. Poco a poco la indignación de los ocupantes fué calmándose y fuimos haciendo conocimiento con nuestros compañeros de hospedaje; la mayoría eran fugitivos austríacos, además de un grupo de soldados belgas y holandeses.

En la parte exterior, bajo una tejavana, había un carro cargado de yerba seca, que me pareció el lugar más apropiado para los pequeños, pues en el interior de la casa la atmósfera era irrespirable. En el carro me instalé con mi esposa, mis dos hijos, mi suegra y mi cuñada. Pronto el sueño empezó a rendirnos a todos, a pesar del ruido de los aviones que no cesaba un instante. Yo tenía mis inquietudes, pues la *ferme* se hallaba situada en uno de los ángulos de un extenso campo de labor, que por su configuración muy bien podía ser confundido desde el aire con un campo de aviación, especialmente de noche.

Apenas habíamos conciliado el sueño, cuando un ruido terrible acompañado de un inmenso resplandor, nos despertó sobresaltados. El ruido crecía cuanto más se acercaba llenándonos de terror. No cabía duda de que nuestra última hora había llegado. Cegado por el resplandor y ensordecido por aquel estrépito que se aproximaba como un silbido estridente, en un principio creí que se trataba de bombas explosivas arrojadas por algún avión. Una de ellas cayó en nuestro carro dando en una de sus esquinas y rebotando hacia el exterior. Me levanté de un brinco y grité:

—No tengáis cuidado, son bombas incendiarias.

El espectáculo que presentaba el campo era impresionante y bellísimo al mismo tiempo. Varios centenares de bombas incendiarias arrojadas en racimo ardían en el suelo. Dos solamente ardían junto a la pared de la casa. El tejado estaba intacto. Si hubiese caído una tan sólo encima de la casa, habría atravesado el tejado fácilmente, incendiando la yerba y las pajas secas que había en el interior, con el resultado que es fácil suponer.

Con tierra y ladrillos apagué las bombas cuyo fuego amenazaba la casa, y aislé las que se hallaban más cerca. Entonces

salieron precipitadamente algunos soldados y un sargento holandés. Me miraron aterrados. Una mezcla de sospecha y horror reflejaban sus semblantes.

—¿Qué hacen ustedes? —les dije—. Vengan a ayudarme. ¿No conocen las bombas incendiarias? No tienen peligro cuando son localizadas a tiempo. Además no estallan. Ven ustedes, ya están aisladas; ya no hay peligro.

Ante mi asombro, aquel holandés con los ojos desorbitados por el sueño y el terror, estrechó mis dos manos entre las suyas, mientras no dejaba de repetir:

—*Merci* . . . *merci* . . . *merci* . . .

Me dieron lástima aquellos soldados que estaban haciendo la guerra sin saber siquiera lo que eran bombas incendiarias.

Las bombas fueron apagándose poco a poco y el campo recobró su aspecto normal. Los que se encontraban dentro de la casa no se habían despertado, tan fuerte era su sueño. Al día siguiente no querían creer que varios cientos de bombas incendiarias sembrando la muerte —y qué muerte— habían rondado la casa donde dormían cien personas sobre paja seca.

No olvidaré fácilmente la noche del 22 de mayo de 1940.

Copados

Para las seis de la mañana un religioso jesuíta, que era uno de los cuatro sacerdotes del grupo, bajaba conmigo hacia Dunkerque. Hijo eminente de la Compañía de Jesús, vivía desterrado en Amberes por el enorme delito de querer a su patria, y ser una autoridad en problemas sociales. Nuestro viaje tenía por objeto visitar al Jefe Naval de la Base de Amberes, para conseguir que todo nuestro grupo pudiese embarcar y fuera conducido a un puerto más al Sur de Francia. Como no conocíamos nuestra verdadera situación, por carecer de noticias, aun no había entrado en nuestros cálculos el embarcarnos para Inglaterra.

Después de haber sido interrogados extensamente por un piquete de soldados, entramos en Dunkerque, que se hallaba

militarmente ocupada. La ciudad, llena de ruinas, parecía muerta. Las calles solitarias y cubiertas de escombros daban una impresión de desolación que encogía el corazón. Todos los edificios estaban herméticamente cerrados, y de vez en cuando, una cara de mujer asomaba por una ventana o una puerta entreabierta y nos miraba como preguntándose:

—¿Un cura y un paisano? ... ¡Qué vendrán a hacer aquí estos bichos raros!

Una ligera capa de nubes flotaba sobre toda la población dando un mayor dramatismo al espectáculo. Por las calles desiertas resonaban de vez en cuando las botazas de los soldados que andaban patrullando. Allí vimos los primeros soldados ingleses que acompañaban a hacer el servicio de vigilancia a los franceses.

El Padre Alberto —así quiero llamarlo— deseaba celebrar Misa, esperando al mismo tiempo que los sacerdotes de la Catedral pudiesen orientarnos. El templo se hallaba también desierto; arrodillado entre los bancos vacíos un anciano ocultaba su cara entre las manos. En uno de los altares estaba celebrando un sacerdote, a quien asomaban por debajo de sus ornamentos las polainas militares. En el silencio de la iglesia llegaba hasta nosotros el murmullo de la oración de aquel sacerdote:

—*Iudica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo, et doloso erue me.*

Repetimos con él esas palabras que en aquellos momentos tenían para nosotros un sentido tan profundo:

—Hazme justicia, oh Dios, y defiende mi causa de la gente malvada; líbrame del hombre injusto y engañador.

Entramos en la sacristía, donde nos recibió un sacerdote joven. Le dijimos quiénes éramos y a qué veníamos.

—¿Ustedes son vascos? Yo leo continuamente su periódico *Euzko-Deya* ([1]), ¿no se llama así? Miren ustedes, aquel religioso que en este momento está diciendo misa, es muy amigo de ustedes. Espérenlo y él les orientará.

([1]) Este periódico semanal era publicado en París por el Gobierno Vasco en exilio. Su nombre en castellano quiere decir *La Voz de los Vascos*.

Se refería al sacerdote de las polainas militares.

Tan pronto como éste entró en la sacristía, nos acercamos a él. Cuando oyó mi nombre me dijo:

—¡Aguirre! Pero ¿qué hace usted aquí? ... ¿No sabe que si le detienen lo fusilan? ... ¿No saben ustedes que estamos copados?

—¿Cómo copados? —respondimos el Padre Alberto y yo al mismo tiempo, llenos de sobresalto.

—Sí, prácticamente, desde el día 17. No tenemos otra salida que el mar y sólo Dios sabe cuántos podrán utilizar ese medio.

La noticia nos llenó de consternación, y no sabíamos qué responder. Nos dábamos cuenta de lo grave de nuestra situación, especialmente la mía, y de que teníamos que buscar una solución urgente.

—Yo haré cuanto sea posible para ayudar a ustedes —dijo el religioso—, pero tengan en cuenta que aquí existe un desaliento y un desorden tan grandes, que me parece difícil podamos llegar a ninguna conclusión práctica. Además, muy a pesar mío, sólo podré acompañarles hasta las doce, hora en que tengo que entrar de servicio.

El religioso pertenecía a la Policía Militar Francesa, y conocía bien los problemas peninsulares, pues había estado tres años en Madrid.

—Cuando se instauró el régimen franquista —nos dijo—, mi dignidad de francés no me permitió seguir por más tiempo allí, y salí de España.

Antes de ir a las oficinas del Almirante nos detuvimos en la Policía, delante de la cual había una dársena en la que yacían varios barquitos hundidos por la aviación. Mientras indagábamos el paradero del Jefe, que no aparecía por ninguna parte, sonó la sirena y tuvimos que bajar al sótano convertido en refugio. En él había unos cuantos gendarmes tumbados en camastros y cubiertos con mantas; hombres tristes, resignados, que oían con calma las explosiones del bombardeo que afortunadamente fué corto.

En el Almirantazgo nos dijeron que allí no se recibía más

que a los militares y únicamente para asuntos relacionados con la guerra. Era muy comprensible. ¿Qué interés teníamos para ellos, nosotros que no íbamos más que a pedirles una solución para salvarnos? Lo mismo sucedía a aquellos ríos humanos que marchaban por las carreteras sin una orientación, ignorando que se hallaban copados. En vista de la negativa, visitamos a un eclesiástico, persona influyente, pero que tampoco pudo hacer nada. Mientras andábamos de un lado a otro, por dos veces tuvimos que guarecernos en los refugios, pues la aviación alemana bombardeaba con toda impunidad. Todo el mundo se quejaba amargamente de la indefensión en que se hallaba, pues no se veían aviones franceses por ninguna parte.

A las doce, como nos lo había anunciado, el religioso se despidió de nosotros, y de nuevo quedamos solos. Nos hallábamos rendidos por la fatiga y por la sed. No había agua porque las tuberías habían sido rotas por los bombardeos y nadie quería vendernos un poco de líquido para apagar nuestra sed. Llevábamos varios días sin comer más que unos trozos de galleta y chocolate, apenas descansando a la intemperie, y aquel día habíamos estado gestionando desde las seis de la mañana sin haber probado un bocado, ni bebido una gota de agua. Al fin se compadeció de nosotros una mujer que tenía su taberna medio abierta, y nos dió vino blanco servido en copas de licor. Las bebimos poco a poco como si estuviésemos saboreando un néctar de los dioses. Y así reconfortados, nos pusimos en camino de vuelta a la *ferme* donde habíamos dejado a los nuestros. Allí nos esperaban solamente tres de los jóvenes. El resto del grupo se dirigía hacia Bergues, pueblecito del interior, para tomar desde allí la carretera hacia Calais, pues no dejaban transitar por la costa. Los infelices no sabían que su caminata era inútil, pues nos hallábamos copados.

Al llegar a la *ferme* nos encontramos con la agradable sorpresa de que habían conseguido pan, chocolate y unos trozos de jamón, en una expedición que habían hecho hasta las afueras de Dunkerque, pero se hallaban inquietos pues dos de los compañeros que se habían separado para conseguir provisiones

por su parte, no aparecían y eran ya las cinco de la tarde. Una hora más tarde llegaban acompañados de un suboficial y dos soldados franceses. Habían sido detenidos por espías. Invocaron mi testimonio, y con la exhibición de mis documentos se arregló todo satisfactoriamente, después de dos horas de detención e interrogatorio.

Después de caminar otros quince kilómetros, alcanzamos al resto de nuestra caravana en Bergues. Les encontramos desolados, especialmente a las mujeres que no hacían más que sollozar. Mi esposa había sido detenida por espía. Un oficial, que como la mayoría de aquellos militares franceses parecía haber perdido la razón, la había detenido, sin hacer caso a razonamientos ni a la documentación exhibida, ni a los lloros de nuestra hija de cinco años que a gritos pedía que no se llevaran a su madre. La tuvieron incomunicada durante algún tiempo, hasta que el oficial entró en razón, y entonces sus excusas fueron tan abundantes como antes había sido irreflexiva y atolondrada su actitud.

Por si esto fuera poco, y encima de la preocupación que tenían por nuestra prolongada ausencia, los habitantes de Bergues les recibieron en un estado de enloquecimiento general. Corrían, gritaban, lloraban, porque, según decían, algunos tanques alemanes habían entrado ya en el pueblo. Cuando llegamos pudimos calmarlos un poco —ocultamos la fatal noticia del copo—, aunque la verdad era que, en efecto, algunas unidades motorizadas, penetrando por una de las quebraduras de la línea aliada, habían llegado hasta las cercanías de Bergues.

Pasamos la noche en las afueras de Bergues, en el caserío de unos humildes labradores, en que, compadecidos de nuestro estado, permitieron sus dueños que nuestras mujeres y niños durmiesen. A los hombres nos tocó hacerlo en unas cochiqueras que tenían escasamente metro y medio de diámetro. En cada uno de aquellos recintos, que habían sido destinados a cerdos, dormimos cuatro hombres. Fué una noche de pesadilla. Cada ruido que oíamos se nos figuraba ser el que hacían los tanques alemanes que se acercaban.

La obra de un mal vasco

Yo estaba viviendo, sin saberlo, momentos de extraordinario peligro. Había sido nombrado Ministro del Gobierno de Francia, M. Ibarnegaray, un vasco francés que, por haber jugado la carta de Franco desde el primer momento, cobró por nosotros, sus hermanos de raza amantes de la libertad, un profundo odio. Pertenecía además a la agrupación de los *Croix de Feu* cuyas tendencias fascistas son bien conocidas.

Este Quisling vasco, tan pronto como llegó al Ministerio, hizo unas declaraciones en las que prometía a Franco que todos los vascos que se encontraban refugiados en Francia, serían puestos en campos de concentración, y que Aguirre —decía textualmente— "se había salvado por haberse fugado a Bélgica y seguramente a Alemania". Con esto quería dar a entender que mi *fuga* tenía por objeto traicionar a Francia.

Este magnífico ejemplar de contradicción, servil ante Franco, y que me acusaba a mí de traidor, fué Ministro en el primer Gabinete del Mariscal Petain, y uno de los miembros del Gobierno que fué a mendigar el bochornoso armisticio que entregó su patria a Hitler.

Hasta la llegada de Ibarnegaray al poder, habíamos vivido en Francia como en una tierra de consuelo. Cada día éramos mejor comprendidos y las autoridades nos distinguían a los vascos entre todos los demás refugiados. Más de 150.000 vascos habían pisado aquella acogedora e inolvidable tierra, tan llena de sentido humano. Nuestros compatriotas demostraron a Francia su agradecimiento con su conducta que fué en todo momento ejemplar, y abrazando la causa del pueblo francés cuando éste se vió envuelto en la guerra. Nuestros jóvenes se alistaron voluntariamente para el ejército y más de 7.000 de ellos, que eran obreros especializados, fueron admitidos en las industrias de guerra, y su trabajo mereció elogios de los jefes.

Pero nadie se salvó del odio fratricida de Ibarnegaray. Todos, sin excepción de clases ni de edades, fueron recluídos en el

campo de concentración de Gurs. Hasta los sacerdotes vascos fueron sacados de noche de sus casas y llevados en camiones como si fueran los más peligrosos enemigos. Y hasta cierto punto tenían razón, porque los vascos que habíamos luchado en nuestra patria contra los enemigos de la libertad y de la democracia, no podíamos ser considerados como amigos por quienes venían a destruir la libertad y la democracia en Francia. La Francia de ellos era una Francia traidoramente elaborada en Berlín, Roma y Madrid, y la nuestra era la Francia libre de los franceses libres. Con Ibarnegaray y los que pensaban como él, asomó el totalitarismo er el suelo francés, y desde aquel momento Francia empezaba a dejar de ser la tierra por excelencia de la hidalguía y de la hospitalidad, que había sabido recibir con calor cristiano a tanto idealista perseguido. En adelante ya no se podría decir que todo hombre tiene dos patrias, la suya y Francia, porque la que fué asilo iba a convertirse en cárcel, por obra y gracia de los franceses despechados que querían entregar su patria al fascismo.

Como desconocía en aquellos momentos de triste peregrinación la persecución de que eran objeto mis compatriotas y la infame insidia que se había lanzado contra mí, enseñaba yo a los gendarmes y oficiales franceses mi documentación, haciendo valer nuestros trabajos en favor de Francia, mi Manifiesto a los vascos al principio de la guerra, del que nació nuestra modesta pero sincera contribución al lado de las democracias, en fin, cuanto pudiera predisponerles favorablemente hacia nosotros. Afortunadamente, ellos vivían en la misma incomunicación que nosotros, y a esto y a la Providencia debo el haber salvado la vida en aquellas circunstancias.

Más tarde, pude enterarme con más detalle de la gestación y desenlace de este bochornoso asunto. Pocos días antes de mi salida de París para Bélgica, nuestros servicios recibieron una información confidencial de suma importancia para nosotros, la cual fué captada muy cerca del Gobierno de Franco. Se trataba de unas instrucciones que el Gobierno Alemán había comunicado a Serrano Suñer, apremiándole para que en Francia se consiguiese realizar una acción de tipo persecutorio contra

los vascos, acción que alcanzara no sólo a las personas en su aspecto físico sino también a su honra y reputación. Serrano Suñer cursó las órdenes al embajador español en París, señor Lequerica, el cual puso reparos en lo que se refería a la campaña de difamación, por considerarla contraproducente, ya que tanto el pueblo como los dirigentes vascos gozaban de alta estima en Francia por su conducta. Serrano Suñer insistió en sus instrucciones sin admitir discusión, pues consideraba que la influencia de los refugiados vascos, tanto en la Península como en América, dificultaba ciertos planes importantes que iban a desarrollar. En vista de esto, Lequerica se puso a trabajar para que las órdenes de Serrano Suñer se llevasen a efecto. Tan pronto como recibieron nuestros servicios esta información, se la comunicaron a las autoridades francesas que se ocupaban de estos asuntos.

Pasó algún tiempo, comenzó la ofensiva alemana contra Francia, y el 25 de mayo aparecieron en el periódico "Paris-Soir" las declaraciones del Ministro señor Ibarnegaray, contra los vascos, a que he hecho referencia anteriormente. De esta manera empezaron a ejecutarse, y nada menos que por todo un Ministro del Gobierno francés, las órdenes dadas por los alemanes, precisamente cuando éstos atacaban a Francia a sangre y fuego.

Pero Ibarnegaray y sus cómplices no se conformaron con las palabras difamatorias que habían hecho públicas, y pronto todos los refugiados vascos, fueron llevados *manu militari* a campos de concentración, cual si se tratase de los mayores enemigos de Francia.

Todos nuestros servicios —que trabajaron casi exclusivamente para Francia y los Aliados— fueron disueltos, nuestro semanario *Euzko-Deya* suspendido y la Delegación Vasca de París clausurada. Pero quienes tuvieron que ejecutar todas estas órdenes conocían perfectamente, por habérselas comunicado nosotros a su debido tiempo, las instrucciones que Serrano Suñer dió a Lequerica por orden de los alemanes, y hubo funcionario que con las lágrimas en los ojos dijo al Secretario de la Presidencia Vasca, señor Irala:

—Ustedes nos han dado la prueba de que estamos vendidos. Si esto pasa con ustedes, ¿qué será en cuestiones de tipo militar?

El escándalo que se produjo fué grande, y pese a los trágicos momentos por que atravesaba Francia, alcanzó a las más altas esferas. Algunos funcionarios se negaron a ejecutar las órdenes se reconsideró el asunto, y por lo que respecta a París, se acordó como medida transaccional, que la Delegación Vasca continuase en su puesto pero con la puerta y ventanas cerradas, y que el señor Irala saliese de París desterrado, medida que tampoco se cumplió.

Por otra parte, en el Departamento de los Bajos Pirineos, la injusta detención de los vascos produjo enorme revuelo. Todos los partidos políticos, a excepción de los Cruces de Fuego, celebraron una reunión en Bayona, elevando un escrito de protesta al Ministro del Interior. Por su lado el Cura Párroco de Cambo, en nombre de varios párrocos de aquel Departamento, se dirigió directamente al señor Ibarnegaray, amenazándole con separarse en absoluto de la organización política a que éste pertenecía, si no rectificaba la medida.

Al mismo tiempo en París, el diputado Ernest Pezet, Presidente en la Cámara de la Sección de Negocios Extranjeros y miembro destacado de la Liga Internacional de Amigos de los Vascos, dió al asunto alcance político, redactando unos escritos de gran valentía, en los que se hacía historia detallada del vergonzoso *affaire*. Por aquellos días había mucho mar de fondo dentro del Gobierno francés. Reynaud quería empapelar a Bonnet por traidor e incluso fusilarlo. Ante la actitud de Franco que amenazaba con entrar en guerra al lado del Eje, Reynaud estaba dispuesto a romper relaciones con él, e incluso llamó al líder republicano español don Miguel Maura para que formase un gobierno español en el destierro. Para llevarlo a cabo, Maura quiso contar conmigo, y como en aquellos días aciagos me encontraba yo en Bélgica, me envió un telegrama para que me personase inmediatamente en París. Pero los acontecimientos militares se precipitaron desastrosamente para Francia y Bélgica, y nada pudo hacerse.

Uno de los que recibieron el escrito del Diputado Pezet fué el Mariscal Petain que a la sazón colaboraba en el Ministerio de la Guerra. Como la intención de nuestros perseguidores era que los vascos que habían sido llevados a los campos de concentración fueran trasladados a España, Petain se opuso terminantemente a ello. Entonces pidieron que si no todos los vascos, por lo menos los más responsables fueran entregados a Franco, a lo que también se opuso el Mariscal Petain. Todo lo que consiguieron nuestros enemigos fué que a los vascos cuyos nombres ellos designaran, se les negara la autorización para marchar al extranjero.

Este escueto relato demuestra mejor que nada, cómo el pueblo francés fué traicionado por quienes se decían sus amigos y no eran más que agentes de Alemania, y cómo éstos consiguieron anular una labor, que, como la de los vascos, redundaba en provecho de Francia y de las Naciones Aliadas.

Huyendo sin salida

En Bergues permanecimos unos pocos días que nos sirvieron de descanso. Aquellos humildes campesinos, conmovidos por nuestra desgracia, nos trataron con esa generosidad y afecto tan propia de la clase modesta: lo poco que poseen lo reparten con quien necesita más que ellos. Nos proporcionaron leche para los niños, nos traían pan buscándolo entre sus amistades, nos dieron huevos y algo de queso, y nos dejaban su cocina para que calentáramos los alimentos.

Mi hija y otra niña del grupo llevaban siempre sus muñecas abrazadas contra el pecho. Allí las dejaron como regalo para las nietecitas de aquellos buenos campesinos franceses. Les costó algunas lágrimas la separación, pero comprendieron que aquel obsequio valía más que los pocos francos que a sus padres podíamos entregarles.

Tuvimos que desistir de nuestro viaje a Calais. Regresaban de aquella dirección grandes grupos de refugiados, anunciando que los alemanes estaban llegando a Calais. Desgraciadamente, la verdad era que estaban más cerca aún.

Hacia el día 26 empezaron a llegar las primeras tropas inglesas en retirada. Me llamó la atención la instalación de los hilos del teléfono de campaña, y me acerqué a los soldados ingleses para preguntarles si el teléfono era del Mando del Cuerpo de Ejército o del Divisionario. Me contestaron que era el de la División. Entonces comprendí que el enemigo se acercaba estrechando el cerco.

Ante la inminencia del peligro decidimos huir, pero no sabíamos adonde, pues nos hallábamos cercados por todas partes. La constante preocupación de mis compañeros de grupo era yo, y estaban dispuestos a sacrificarse para que me pusiese a salvo.

—A nosotros no nos han de fusilar, a ti sí —me decían—, con que tú te salves nos damos por satisfechos.

Y decidimos dirigirnos hacia la costa, para llegar a La Panne si era posible, único lugar donde existía una probabilidad de embarcarnos.

Comenzamos de nuevo la marcha, llevando maletas y niños como podíamos, bajo la acción constante de los aviones alemanes, que continuamente descendían para ametrallar la carretera. Llegó un momento en que ni tan siquiera les hicimos caso y, cual movidos por un instinto colectivo de demencia, seguimos caminando por aquella carretera descubierta que parecía relucir en la tarde espléndida de mayo.

Cuando llegamos a las puertas de Bry Dunnes, último pueblo francés de la costa, uno de los centinelas que hacía guardia en el puente que atravesando el pueblo llega a Dunkerque, nos detuvo para decirnos:

—No sigan adelante. Bry Dunnes es el sitio de mayor peligro. Las tropas han comenzado a retirarse hacia Dunkerque y la carretera está siendo muy castigada. Además no les permitirán pasar.

—¿A dónde quiere usted que vayamos? —le replicamos desesperanzados.

—Es verdad. Hagan lo que quieran —nos contestó el soldado conmovido.

Todos los caminos estaban abarrotados de refugiados que

caminaban lentamente, en silencio, cargados con sus equipajes. Aquellas mujeres extenuadas, con sus niños en brazos, causaban un inmenso dolor. Algunos se esforzaban por continuar caminando, pero no podían más, y caían en tierra. Otros, tumbados en los bordes de la carretera, parecían morirse lentamente, mientras la caravana pasaba insensibilizada por tanto sufrimiento. A nadie importaba el peligro, pues habíamos superado el miedo físico. El espectro del campo de concentración empezaba a dibujarse como fin de la dolorosa jornada.

Nosotros nos dirigimos a una humilde casita de campesinos, en la que días atrás nos habían permitido lavarnos los pies para encontrar algún descanso después que atravesamos la frontera. Allí permanecimos cuatro días, durante los cuales presenciamos el derrumbamiento total de un ejército y de un pueblo.

Iban llegando las tropas en completo desorden, sin mandos de ninguna clase. Unicamente las inglesas conservaban la disciplina. Se dirigían a la playa donde se estaban construyendo pasarelas de madera, a manera de pequeños y estrechos puentes desde las que se embarcarían los soldados en las barcazas que les iban a conducir a los transportes que empezaban a llegar.

Llegué hasta la playa, donde reinaba más orden. A lo largo de ella había unos veinte mil soldados, más franceses que ingleses. La aviación alemana volaba constantemente, no en gran número, pero de la aliada no había más que unos pocos cazas canadienses —así los llamaban—, incapaces de trabar combate. Eran las seis y media de la mañana del 29 de mayo.

Era el segundo día que volvía a la playa en busca de un jefe militar con quien poder hablar. Por fin me indicaron un Coronel, que tenía sus oficinas en la misma playa. Era un hombre pequeño, grueso y muy atento.

Cuando le expliqué nuestra situación y mis pretensiones de embarcar, me dijo con afecto:

—Lo comprendo bien, pero siento no poder prometerle nada. ¿No le parece que ya tengo bastante con cuidar de toda esa multitud que me ha sido confiada? De todos modos, veremos si al final es posible complacerles, por lo menos a usted.

A mi regreso era ya la anarquía en la carretera. Barricas abiertas chorreaban, mientras se vaciaban camiones de víveres. Por todas partes se veían soldados borrachos, muchos de ellos en el suelo completamente inconscientes. Eran tantos los vehículos abandonados, que la carretera quedó completamente congestionada, y hasta el tránsito a pie se hacía imposible. Yo he presenciado varias emigraciones en sus últimos y más críticos momentos, pero ésta de Dunkerque supera a todas en dramatismo y desorden.

Apenas había llegado a la casita cuyas cuadras nos servían de morada provisional, cuando irrumpió violentamente una patrulla de soldados franceses con dos oficiales a la cabeza. Apuntándonos los soldados con sus fusiles ametralladoras y los oficiales con sus pistolas, nos colocaron a los hombres en un grupo con los brazos en alto, e hicieron levantarse a las mujeres y niños que se hallaban descansando. Con maneras violentas nos exigieron la documentación. El incidente atrajo a un grupo de soldados y paisanos, que nos increpaban airadamente. En un principio no sabíamos de qué se trataba, pero por fin averiguamos que se nos acusaba de espías.

Dirigiéndose al Padre Alberto, le dijo el oficial en tono violento:

—Usted no es sacerdote.

—¡Cómo que no soy! —le replicó el venerable jesuíta.

—Ahora lo vamos a ver —añadió el oficial, al mismo tiempo que llamaba a otro oficial, que resultó ser sacerdote, y a quien dió algunas instrucciones.

El oficial-sacerdote pidió entonces al Padre Alberto que recitase las palabras de la absolución. Comenzó a decirlas en latín, pero el oficial-sacerdote le atajó bruscamente:

—Más despacio, que no puedo entenderle. Eso no está bien.

Yo no pude aguantar más y exclamé malhumorado:

—Protesto contra la incorrección que están ustedes cometiendo con este sacerdote. Somos lo suficientemente conocidos en Francia por nuestros sacrificios, para que pueda tolerarse este trato. Usted estaba en la frontera —seguí diciendo al oficial—, y fué uno de los que permitió nuestro paso. Aquí

están mis papeles, examínelos, y sobre todo fíjese en este documento.

Era el último permiso que yo había obtenido en la gendarmería de Bry Dunnes para permanecer en aquella casa, y en el que se especificaba nuestra situación. El documento estaba firmado por su sustituto.

El oficial quedó turbado y ordenó bajar las pistolas y los fusiles. Empezó a conversar con nosotros serenamente y terminó excusándose por la actitud que había adoptado. Y terminó disolviendo los grupos de soldados y paisanos que nos rodeaban en actitud amenazadora, creyendo que en nosotros —pobres hijos de la desgracia— residían todos los males de la derrota, olvidando que eran los *stukas* y las tropas alemanas la causa primordial de todo aquel desastre.

Más tarde nos enteramos de que unas vecinas enemistadas con nuestros buenos campesinos, y envidiosas porque les pagábamos una cantidad diaria a cambio de la hospitalidad que nos concedían, nos habían denunciado como a espías.

Viviendo la derrota

Como no habíamos perdido la esperanza de poder embarcar, nuestras visitas a la playa eran constantes, pues desde ella hasta donde nosotros nos encontrábamos, no había más que quinientos metros escasos. El 30 de mayo por la tarde, conté unos cuarenta barcos que habían llegado para salvar a las tropas. Con mi vista alcanzaba hasta Dunkerque, y por todas partes afluían soldados a la playa para ser embarcados. Tan pronto como se oía el silbido de los *stukas*, la voz de mando ordenaba "todos a tierra", y aquella inmensa masa de soldados se arrojaba al suelo. El avión pasaba por encima de nuestras cabezas con un zumbido impresionante, y pocos momentos después una gran explosión indicaba que había lanzado su proyectil sobre las tropas en derrota.

Aquella tarde llegué hasta cerca de la playa con dos oficiales y dos soldados franceses que también pretendían embarcar. En vista de la imposibilidad de entrevistarme con los jefes, volví

a nuestro refugio, convencido de que no era posible el embarcar a todo nuestro grupo, y pensando que tal vez podría hacerlo yo sólo, vestido con un uniforme de soldado francés que yo había recogido en un camión abandonado en la carretera. Apenas había transcurrido media hora, cuando aparecieron aquellos oficiales con los rostros desencajados. Habían presenciado la explosión de una de las bombas que arrojaban los aviones, en uno de los barcos cargados de soldados. El espectáculo había sido horrible. El buque hecho pedazos voló por los aires con todos sus ocupantes. Decidieron marchar hacia Dunkerque en unas bicicletas abandonadas. Uno de ellos cayó atravesado por los disparos de una ametralladora.

Dormíamos en los establos, y durante el día permanecíamos sentados en un pequeño patio al aire libre, desde donde veíamos evolucionar a los *stukas* sobre nuestras cabezas, para dirigirse a la playa a bombardear a los transportes y a los *destroyers*, que se mantenían algo alejados de la costa. Cuando aparecían los aviones alemanes, toda clase de cañones, ametralladoras, y pistolas antiaéreas empezaban a disparar, haciendo un ruido ensordecedor, pero sin ningún resultado práctico. Durante los cuatro días que estuvimos en Bry Dunnes no vimos caer ni un solo avión enemigo.

Cuando he referido a algunas personas que el número mayor de aviones alemanes que vi operar en conjunto fué el de veintiséis, se han extrañado, y sin embargo así fué. También se han extrañado cuando les he dicho que el grupo mayor de cazas aliados que vimos actuar fué el de trece. Pero el número poco importaba, porque el desorden y la desmoralización existentes causaban efectos más desastrosos que los ataques de la aviación. Por nuestra situación y la esplendidez de aquellos días, pudimos contemplar con toda claridad aquella escena impresionante, desde que el sol delataba con sus reflejos la presencia de los aviones alemanes, hasta que picaban para ametrallar aquella masa heterogénea de soldados y población civil, que marchaba sin tino en completa desmoralización.

Pero nos quedaba por ver un espectáculo que difícilmente olvidaremos: el incendio de los vehículos motorizados. Tanques

y camiones fueron esparcidos por los campos e incendiados para que no cayesen en poder del enemigo. Las hogueras en la noche iluminaban lúgubremente los restos de aquel ejército en derrota, en uno de los mayores desastres militares que la historia ha conocido. Mientras tanto los fugitivos de la interminable caravana, deshechos de hambre y fatiga, contemplaban atónitos aquella inmensa llamarada, mientras caminaban como autómatas hacia donde sus piernas quisieran llevarles, pues por todas partes habían de topar con el enemigo.

Más de una vez grupos de soldados excitados y nerviosos irrumpieron en la casa en que nos hallábamos, y arrojándonos violentamente de los establos que eran nuestra habitación, se pusieron a dormir.

—Primero es la tropa, y después los refugiados —gritaban amenazadoramente. No estaban en condiciones de comprender que en la guerra moderna, el pueblo que se halla cerca del campo de batalla, sufre más que los militares, pues además de ser igualmente atacado, se halla indefenso.

Aquella misma noche llegó un grupo de oficiales y nos ordenó que desalojáramos la casa. Entonces comprendimos que había llegado el momento más doloroso de nuestra peregrinación, después de haber recorrido a pie setenta kilómetros en medio de constantes peligros. A la mañana siguiente partimos hacia La Panne, confiando aún en que allí pudiésemos encontrar alguna embarcación pesquera que nos condujese a Inglaterra. Las penalidades y la falta de alimentos habían disminuído nuestras fuerzas de tal manera, que hubimos de dejar varias de nuestras maletas abandonadas.

Cuando llegamos a la línea fronteriza francobelga, de tan amargos recuerdos, ya no había ni gendarmes, ni barreras ni alambradas. Marchábamos en dos grupos. Encontramos un grupo de soldados que se hallaban parapetados entre unos escombros. El Coronel que los mandaba, un hombre corpulento y simpático, nos salió al paso.

—¿Pero a dónde van ustedes? —nos preguntó.

—A La Panne.

—Pero ¿no saben ustedes que los alemanes se acercan a

La Panne, y que ha sido restablecida por Calais la comunicación con el resto del territorio francés?

—Mi Coronel —le repliqué—, no es posible lo que usted nos dice, porque esta misma noche hemos visto las explosiones de los obuses a dos kilómetros de Bry Dunnes, y por el sur de Dunkerque los alemanes están acercándose a la plaza.

—Pues yo les digo que me crean y no sean temerarios, porque si siguen hacia La Panne, caerán prisioneros de los alemanes.

—De todas formas, mi Coronel —le dije—, en el estado de desfallecimiento en que nos encontramos, no nos sería posible recorrer de nuevo tan largo camino. Además, tal vez en La Panne podamos encontrar algún medio de embarque.

—En fin —nos dijo el coronel como si hubiese empezado a dudar de sus propias convicciones—, hagan lo que mejor les parezca . . . y buena suerte.

Apenas nos habíamos puesto en marcha, cuando dos aviones alemanes descendieron a unos cien metros encima de nosotros, arrojando unas bombas, que Dios quiso estallaran a veinticinco metros de donde nos hallábamos, sobre unos caballos abandonados que pacían en el campo. Uno de ellos quedó destrozado en el suelo.

¡Y POR FIN NOS VISITÓ LA MUERTE!

A la una del mediodía llegábamos a La Panne, coincidiendo con las explosiones de los primeros obuses de la artillería alemana. Varias veces tuvimos que tumbarnos en el suelo cuando caminábamos por la avenida que conduce al pueblo. Nuestras mujeres y niños, víctimas del terror, gritaban y lloraban. Por fin pudimos llegar a la casa que ocupamos cuando vinimos de París, y que habíamos alquilado para pasar una temporada con nuestra familia. La casa se hallaba llena de refugiados, y hubiese sido inútil pretender echarlos en aquellas circunstancias. Mientras tanto los obuses seguían estallando en todas direcciones. Tomamos a nuestros niños en brazos, y, atravesando rápidamente la avenida, forzamos la puerta de otra casa y entramos en ella. Sus ocupantes quisieron arrojarnos violen-

tamente, pero después de forcejeos y discusiones conseguimos quedarnos. Uno de los presentes, cuando conoció nuestra nacionalidad, nos dijo con dañina intención:

—Yo he ido y he vuelto de Ostende donde están los alemanes. Son amabilísimos y muy correctos con todo el mundo. Allí me he enterado de que a los que en la guerra de España estuvieron con Franco los enviarán a su país, pero que a los que lucharon contra él los mandarán al Campo de Concentración de Koenisberg.

No pudo elegir mejor momento para decir aquellas palabras tan llenas de veneno. Nuestras mujeres se echaron a llorar con desconsuelo. Los hombres lo miramos con desprecio, pues no teníamos fuerza para más. El resto de la gente que allí había, opinaba de la misma manera que aquel cobarde. La quinta columna hablaba ya sin reparos. Alegando una pausa en el bombardeo, nos invitaron a salir, y nosotros así lo hicimos. Afortunadamente un Cónsul Sudamericano había desalojado aquel mismo día una casita cercana, y en ella nos metimos los 45 de nuestro grupo.

Se retiraban las tropas. Eran de infantería inglesa. Montados en camiones unos, a pie y formados correctamente con sus oficiales otros, tomaban el camino de Dunkerque. Yo salí de casa con mi esposa con el fin de dar con algún oficial inglés que me orientase para llegar hasta los mandos británicos. Estaba seguro de que la Delegación Vasca de Londres se hallaría gestionando nuestra posible salida, con las autoridades inglesas. Luego me he enterado de que así fué, pero los destroyers ingleses habían recibido instrucciones de recogerme en Ostende o en Bayona. Los oficiales con quienes hablé, suponían que el mando estaría en Dunkerque, pues Ostende, que era donde se encontraba antes, había caído en poder de los alemanes.

Cuando llegamos al paseo del muelle, en una de cuyas villas nos dijeron que pudiera haber algún jefe inglés, tuvimos que echarnos en tierra varias veces, pues se renovó el furioso bombardeo de la artillería alemana, que no iba a cesar en muchas horas. Varios obuses cayeron en la playa a unos cincuenta metros de donde nos encontrábamos. Arrimados a las paredes

pudimos llegar hasta nuestra casa. A mi esposa le fallaban las piernas y no podía andar, y entre otro compañero y yo tuvimos que llevarla a rastras hasta casa.

Faltaba por llegar otro grupo formado por mis dos hermanas, mi cuñada y Cesáreo de Asporosa, que habían salido con la idea de encontrar alguna embarcación que nos sacara de aquel infierno. Al poco tiempo llegaron las tres mujeres, pálidas de terror y sin poder hablar. Cuando se acercaban a casa huyendo del bombardeo, uno de los proyectiles les alcanzó, cayendo Asporosa mortalmente herido, con el corazón atravesado por una esquirla del obús. Mis hermanas y mi cuñada estaban heridas en el hombro. Asporosa era uno de los jefes de la Delegación Comercial Vasca en Bélgica, que desde Amberes dirigió el aprovisionamiento del territorio vasco durante la guerra civil. Era un hombre de cuarenta años, lleno de vida, espléndido tipo de fortaleza física y moral.

Salimos a la calle a recoger a nuestro amigo, conduciéndolo a un botiquín de urgencia, en donde falleció poco después rodeado de su amigo el Presidente de su País, y el Padre Alberto, el jesuíta desterrado. Aquel cuadro representaba la hondura moral y física de la tragedia vasca.

Mientras tanto por la calle principal de La Panne bajaba un batallón de infantería inglesa. A pesar de que los obuses caían en abundancia, aquellos hombres con sus oficiales a la cabeza, iban en correcta formación, cantando. Yo que siempre he creído en la victoria de la libertad, me convencí en aquel momento más que nunca del triunfo de los ejércitos del bien, pues un pueblo que canta en medio de las bombas, no puede ser vencido.

Los camilleros se llevaron a nuestro buen amigo al cementerio de La Panne, donde cientos de refugiados iban encontrándose, después de pagar el tributo a la muerte. Ellos también habían caído en el campo del honor, vistiendo el uniforme civil que hace iguales a los hombres.

Desde las seis de la tarde, el bombardeo no cesó un solo instante. Por las calles desiertas, algunas patrullas francesas y el resto de las tropas inglesas, pasaban camino de Dunkerque,

protegidas por las baterías ligeras inglesas que disparaban desde la entrada de La Panne. Nos recluímos en el sótano unos, y otros en el garage, situado medio metro más bajo que el nivel de la calle. La casita en que estábamos era de frágil construcción, y no había agua ni luz. Cuarenta y cinco personas nos apiñábamos en aquellos recintos completamente a oscuras. El silbido de los obuses, que siempre creíamos que iban a terminar por hacer blanco en nosotros, hacía más angustiosa la situación. Como disparaban en batería, se oían constantemente cuatro o cinco silbidos casi al mismo tiempo. Uno de los obuses arrancó una esquina superior de la casa, y un poco más tarde, otro obús daba en la puerta del garage, llenando aquel ambiente enrarecido, de polvo, humo y astillas. Varios fueron alcanzados por los casquillos, entre ellos mi hermana Encarnación que recibió heridas en el brazo y el pecho, a causa de las cuales pocos días más tarde moría en un hospital. Aquel cuadro era de un dramatismo difícil de igualar. A los gemidos de dolor de Encarna y a los lamentos de la hermana de Asporosa, se unían los llantos y las invocaciones al cielo de las demás mujeres. Uno de los sacerdotes entonces nos habló así:

—El peligro de muerte en que nos encontramos es inminente. Yo os invito a cesar en las congojas, y a preparar nuestras almas, pues Dios parece haber dispuesto que nuestra última hora ha llegado.

Todos arrodillados recibimos la absolución colectiva *in extremis*. El estampido de los obuses, la voz del sacerdote que recitaba la fórmula sacramental, y el murmullo de nuestras contestaciones en medio de aquella oscuridad impenetrable, constituyen uno de esos momentos que el hombre vive una sola vez en su vida, y que son imposibles de describir.

A eso de las cuatro de la mañana fué cesando el bombardeo. Empezó a amanecer, cuando en medio de un gran estruendo se retiraban los tanques ingleses a gran velocidad. A eso de las ocho de la mañana entraban en La Panne las primeras patrullas ciclistas alemanas y una hora más tarde, por las calles en escombros, desfilaban las primeras formaciones. Estábamos en

poder de los alemanes, lo que para mí significaba primero la cárcel y después el fusilamiento.

Existe un episodio que mi pluma se resiste a relatarlo por todo el dramatismo que encierra, y porque en él juega papel importante nuestro inolvidable amigo Cesáreo de Asporosa, aun después de muerto. Cesáreo era el administrador de los menguados fondos de que disponía nuestro grupo. La cantidad más importante consistía en unos pocos cientos de dólares en papel, que, para mayor seguridad, Cesáreo los llevaba cosidos en el forro de su chaqueta. Ninguno de nosotros pensó en este dinero cuando acaeció la muerte de nuestro excelente compañero; la pena que nos embargaba era demasiado grande para que pudiera preocuparnos otra cosa que la desaparición de nuestro amigo. Hasta llegada la noche no nos dimos cuenta de que con el cadáver de Cesáreo los camilleros se habían llevado al cementerio aquel dinero que tan urgentemente necesitábamos. Por muy duro que fuese, no había más remedio que rescatarlo.

Mi hermano y otros dos compañeros más se dirigieron al depósito de cadáveres. En él yacían hacinados los cuerpos de ochocientos desgraciados refugiados que habían sufrido la misma suerte que Cesáreo. A unos les habían robado los zapatos, a otros alguna prenda de su indumentaria... el espectáculo no podía ser más impresionante. Alumbrados por la luz vacilante de una vela, buscaron el cadáver de Cesáreo por entre aquellos montones macabros de seres destrozados. Por fin dieron con él. Le faltaban los zapatos, pero no la chaqueta. La habían despreciado por demasiado vieja. Así pudimos hacernos de nuevo con aquellos dólares que tanta falta nos hacían.

Miserias de la vida, que hasta obligan a turbar el sueño eterno de un ser querido.

V

ESCONDIDO EN LA BÉLGICA OCUPADA POR LOS ALEMANES

Donde hace su aparición el hombre providencial

Cuanto más crueles sean las calamidades, más frutos de enseñanza pueden sacarse de ellas, y la guerra, que es la más cruel de todas las calamidades, es escuela de dolor en la que mucho se aprende. Y una de las cosas que me enseñó mi experiencia militar en la guerra contra Franco fué, que un ejército de ocupación por muy disciplinado que sea, necesita por lo menos veinticuatro horas para organizar sus servicios, en cuyo tiempo apenas se ocupa de la población civil. Tenía por lo tanto un día para tomar una decisión terminante. Y me puse a pensar serenamente, porque sabía que la mejor manera de perder la vida, es empezar por perder la cabeza.

Mis compañeros de desgracia, y en especial mis familiares, estaban hondamente preocupados por mi suerte. No hacían más que decirme llenos de angustia:

—No puedes perder ni un momento. No tienes más remedio que ocultarte en algún sitio o huir ahora mismo. La Gestapo ya habrá empezado a actuar, y si caes en sus manos estás perdido para siempre.

Yo no perdí ni un momento la sangre fría. Desde que me vi prisionero dentro del cerco alemán, una seguridad interior me acompañó en todo momento; había algo que me decía que confiase en mí mismo, y en los designios de Dios, el cual a veces nos conduce por sendas de tribulación para salvarnos de males mayores. Y así fué en mi caso, pues de haberme quedado en Francia, seguramente hubiese seguido la suerte del Presidente Companys, de Julián Zugazagoitia y tantos otros, que fueron entregados a Franco y luego fusilados. Con razón solía decirme aquel religioso vasco:

—A ti Dios te ha echado a patadas de París; lo has de ver.

A todos ha extrañado que yo no hubiese huído en aquellos momentos, en vez de quedarme metido en la ratonera alemana. En los instantes más críticos de su vida a veces el hombre actúa por motivos desconocidos, que si entonces parecieron fruto de una inconsciencia suicida, pasado el tiempo aparecen como un dechado de sesudez y premeditación. Y eso fué lo que me sucedió a mí. Proyectaba ponerme el uniforme francés que había recogido en la carretera, y así disfrazado marcharme con las últimas tropas, pero había algo dentro de mi corazón que me retuvo, y me quedé. De lo que no me cabía duda era que desde aquel momento tenía que esfumarse la personalidad de José Antonio de Aguirre, para que en su cuerpo encarnase un nuevo personaje. Pero el problema de la documentación —siempre los malditos papeles— era de dificilísima solución, y esto me inquietaba grandemente.

Un miembro de mi familia, cuyos consejos siempre había apreciado por su ponderación, me sacó de mi meditación con las siguientes desconcertantes palabras:

—Donde tú estarías más seguro sería en Berlín, si pudieras llegar hasta allí...

Yo le miré perplejo. ¿Habría perdido la razón después de tantas catástrofes? ¿Tendría ganas de bromear después de tanta tristeza? Pero después de unos momentos volví a recapacitar y pensé que tal vez la mejor manera de salvarme del peligro nazi era meterme en él. Y así decidí hacerlo.

Yo debería hacer ahora una pausa para dedicar un elogio emocionado al que pudiéramos llamar *el hombre providencial*. El hombre providencial es ese ser anónimo, que en los momentos más desesperados, se presenta de pronto sin saber de dónde ha venido, portador de una solución salvadora. Con varios de ellos he tropezado en mi azarosa vida. Y aunque estos seres admirables son instrumentos que la Providencia coloca en nuestro camino, no siempre son precisamente ángeles. En el caso presente el hombre providencial era catalán, *rojo* y masón.

Apareció con su esposa y su automóvil. Vivían en Bruselas

de donde habían salido con su coche abarrotado de maletas huyendo de los alemanes, y ahora volvían muy a pesar de ellos, sin maletas pero con su coche, que no era poco. A mí me habían conocido poco antes de nuestra trágica odisea, y en aquella ocasión me habían colmado de atenciones.

El jesuíta vasco, el Padre Alberto, era un tipo venerable, alto y de porte distinguido. Desde que lo vió, el catalán no se separaba de él.

—Padre —le dijo al fin— yo podría llevarle a Bruselas, pues me he enterado de que han circulado órdenes para que todos los coches regresen al interior, así como todos los refugiados que puedan. He podido obtener algo de gasolina. ¿Por qué no se viene con nosotros, Padre?

Parecidas palabras le repitió varias veces.

Pronto descubrimos la razón del súbito *clericalismo* del buen catalán, que nunca sintió predilección por los hijos de la Compañía de Jesús. Como era masón y antifranquista, buscaba la vecindad del Padre Alberto como medida protectora. Aquel hombre pensaba que la sotana del jesuíta podía servirle de salvavidas entre los nazis, pues a pesar de que éstos jamás se han distinguido por su afecto hacia los católicos, muchos de ellos son considerados desgraciadamente como amigos de los totalitarios. El motivo de esta contradicción tiene su origen en la insensata posición de ayuda a Franco, que la mayoría de los católicos y su clero adoptaron en la guerra civil de la Península. Y sin embargo, aquella sotana que iba a servir de amparo a un *rojo* era la de un religioso vasco, exilado de su patria por no haber compartido la opinión de que Franco era el salvador de la fe y del orden.

Ante la insistencia del catalán, el Padre Alberto le contestó:

—Agradezco su invitación y la acepto. Pero con una sola condición.

—Usted dirá, Padre —le respondió reverentemente el catalán.

—Pues que lleve también con nosotros al Presidente Aguirre.

El catalán abrió unos ojos de espanto y contestó:

—Imposible, Padre, eso sería comprometernos todos.

—Pues, piénselo —le contestó el jesuíta—, porque sin esa condición yo no puedo acompañarle.

El catalán se marchó a reflexionar, y después de un rato de cuchicheos con su esposa, volvió y dijo:

—Acepto, Padre; dígale al Presidente Aguirre que estoy dispuesto a llevarlo.

Yo le tranquilicé.

—He roto toda mi documentación— le dije— y ahora según este *carnet* soy un estudiante belga.

—¿No es usted un poco demasiado viejo para estudiante, señor Presidente? —me interrumpió desconfiado.

—No se apure —le repliqué—, saldremos al anochecer, y a pesar de mis 36 años, en la oscuridad puedo pasar por estudiante. Además, para la noche los controles de la carretera estarán muy cansados, y no nos harán mucho caso.

—No sé, no sé —dijo el catalán, rascándose la cabeza.

Aunque parezca petulancia he de confesar que me conservo más joven de lo que representan mis años. Ya son varias las personas que al verme por primera vez me han dicho:

—Pero si yo creía que usted tenía barba.

No comprendo ese empeño de ciertas gentes de que yo tenga barba; yo suponía que me lo decían como una gentileza por no decirme:

—¡Pero si es usted un crío!

En cierta ocasión, durante la guerra, en el País Vasco, llegó hasta mi despacho de la Presidencia un periodista extranjero, y al verme me preguntó algo extrañado por *Monsieur le Président*. Al decirle que yo era, me contestó con toda franqueza:

—Oh . . . Yo creí que usted era su secretario.

Estos episodios siempre me ha gustado recordarlos y me infundieron un convencimiento de mi juventud que me fué muy útil en aquellas trágicas circunstancias, porque crearon en mí una especie de estado psicológico de seguridad y confianza, basado en que a lo sumo me podían tomar por "su secretario".

Rumbo al enemigo

Salimos a las seis de la tarde, y aquel suave atardecer me pareció impregnado de una inmensa congoja. Allí dejaba abandonado todo lo que más quería en el mundo: mi mujer, mis hijos, mi madre, mis hermanos —entre ellos la pobre Encarna que moría a los pocos días— y a mis amigos leales, que en todo momento se habían olvidado de ellos para pensar solamente en mí. Dejaba un pedazo de ese pueblo mío, de quien siempre recibí muestras de devoción y cariño, y por quien cualquier sacrificio resulta pequeño y llevadero. ¡Cómo duele cuando uno siente que dentro del pecho se le rompe el corazón! . . .

Mi hija Aintzane, que a pesar de sus cinco años se daba cuenta de todo, al ver el dolor y el llanto de su madre, creyó que me llevaban a la fuerza, y empezó a gritar:

—Yo no quiero que se lleven a mi *aitatxu* (1) porque los alemanes son muy malos . . .

La pobre niña en su desesperación devolvió lo poco que había comido aquel día, y tuvieron que retirarla para no aumentar la amargura de la separación.

—¿Hasta cuándo? —me dijo mi mujer entre sollozos.

—Hasta cuando Dios quiera —le contesté. Y me metí rápidamente en el coche para cortar la despedida. Mucho había sufrido hasta entonces, pero aquel momento fué el más cruel para mí. Y partimos hacia lo desconocido, sin saber lo que iba a ser de los míos.

El matrimonio catalán estaba nerviosísimo. Por todas partes veían surgir a la Gestapo, y solamente se olvidaban de ella para alarmarse ante la proximidad de supuestos aviones que venían a ametrallarnos. Con tanto sobresalto estuvimos a punto de volcar varias veces. En una ocasión nos metimos por encima de los escombros de una casa derruída, y anduvimos dando botes mientras la esposa del catalán prorrumpía en gritos desafora-

(1) Padrecito, en idioma vasco.

dos. Esquivando ruinas y marchando sobre muebles rotos y cables caídos pudimos llegar a campo abierto, dejando detrás de nosotros aquel impresionante espectáculo de destrucción. ¡Cuántos huesos de refugiados yacerían bajo aquellos montones de polvo y piedras rotas! Pero yo llevaba una tragedia muy grande dentro de mí, y no hacía más que pensar en lo que sería de mis familiares y amigos que habían quedado en La Panne, envueltos en toda clase de peligros y sin nadie que les protegiese.

No sólo no había controles en la carretera, sino que varios soldados alemanes que encontramos a la salida del pueblo, nos ordenaron imperiosamente que avanzásemos más de prisa. Había que ver entonces la cara de satisfacción del catalán. Yo no me había equivocado; las primeras horas las habían dedicado a descongestionar pueblos y carreteras de población civil, y a organizar rápidamente los servicios militares. ¿Qué les importaban los masones, los vascos antitotalitarios, y demás enemigos de Hitler, si ya nos tenían a todos en la trampa y luego podrían hacer con más calma el recuento de las víctimas?

—Me está pareciendo que entramos en un enorme campo de concentración, del cual no podremos salir hasta terminada la guerra —dije al Padre Alberto.

—Así es —me contestó—. Felices los que se quedan en el mundo de la libertad, porque mal o bien, podrán moverse cuando quieran, y hasta cambiar de países. Pero nosotros...

—No hemos hecho más que empezar, y ya me parece estar bajo la presión de una cubierta que va a aplastarnos poco a poco. Se me figura que marchamos por un embudo que nos conduce a un agujero sin salida. Vamos a despedirnos del mundo, Padre.

Pronto tuvimos que acortar la marcha. Una fila interminable de coches avanzaba lentamente, porque había que cruzar con precaución los puentes provisionales de madera que sustituían a los que habían sido destruídos por las bombas alemanas, o volados por las tropas aliadas en su retirada. No encontramos tropas en nuestro camino. Solamente algunos carros arrastrados por percherones, que conducían sacos —probablemente de víveres— y cocinas de campaña.

Todo lo tenían previsto los alemanes. Por una ruta marchaban los soldados, y por otra se procedía a la descongestión del elemento civil. En las bifurcaciones y cruces de carreteras estaban ya plantados los letreros que nos indicaban la dirección que teníamos que tomar los que no éramos militares. No podíamos menos de recordar la confusión que existía en las carreteras belgas y francesas, donde soldados y paisanos caminaban en desordenada aglomeración, produciendo estancamientos que, a cada instante, ocasionaban la paralización de los servicios.

Apenas se hizo de noche, la inmensa caravana de vehículos y de personas que marchaban a pie, tuvo que detenerse. Había orden de suspender la marcha hasta que clarease el día. ¿Sería para pedirnos la documentación? Con este motivo aumentaron la zozobra y los cabildeos del matrimonio catalán. Cerca de Newport, a quince kilómetros nada más de donde habíamos partido, pasamos la noche del 1 al 2 de junio, hasta las cuatro y media de la madrugada, hora en que empezó a asomar el día. Antes de disponernos a dormir, la señora catalana sacó unas provisiones que llevaba cuidadosamente guardadas y nos pusimos a cenar, bajo un cielo fantasmagóricamente iluminado por los reflectores alemanes. Pero empezaron a sonar las sirenas de Newport y tuvimos que correr a escondernos con el bocado entre dientes. Lo mismo hicieron unos cuantos soldados que pasaban por la carretera. Al fin y al cabo el uniforme no les impedía ser hombres como nosotros.

Nos arrebujamos en el coche para dormir. En medio de la serenidad de la noche, el ronco bombardeo impresionaba grandemente, pues parecía más cercano. Yo no podía dormir pensando en mi mujer, en mis hijos, en mi madre, en mis hermanos, en mis amigos... Por la posición actual de los combatientes era indudable que la artillería alemana tiraba desde Dunkerque sobre La Panne y que los cañones aliados replicarían debidamente. ¿Estarían pasando una noche como la anterior? La incertidumbre me atormentaba constantemente. Además, ¿qué harían con ellos cuando comenzasen los registros? ¿El campo de concentración de Koenisberg? ¿Serían llevados a Es-

paña, lo que significaba la cárcel en el mejor de los casos? ... Estas suposiciones eran mi constante pesadilla.

A la madrugada iniciamos lentamente la marcha. Llegamos a Gante a las siete y media de aquella mañana donde nos detuvo un control alemán, ocasionándonos el consiguiente susto. Pero nos dejaron pasar sin tan siquiera pedirnos la documentación. Respiramos. Solamente detenían a los camiones y autobuses, que eran requisados inmediatamente. Era el programa que venían desarrollando los alemanes desde su entrada en Bélgica; quedarse con todo lo que tuviese alguna utilidad, ya fuese grasa o camión.

Después de desayunar en Gante continuamos nuestro viaje. Cada control que pasábamos sin incidentes, nos quitaba un peso de encima y entonces nos mirábamos unos a otros como diciendo: "Esto marcha."

A las diez de la mañana llegamos a Bruselas. En pleno Boulevard Ans-pach nos despedimos de nuestro amigo con un fuerte apretón de manos. Yo creo que respiró para toda su vida al dejar en la acera mercancía tan comprometedora. No he vuelto a saber más de él, pero siempre guardaré un profundo agradecimiento a aquel hombre providencial, que me puso en el camino de la salvación. Espero que Dios lo habrá protegido.

Me escondo en un convento

El Padre Alberto me había dicho repetidas veces:

—Tan pronto como lleguemos a Bruselas te vienes conmigo al Colegio de San Francisco Javier. El rector es un hombre muy bueno, y estoy seguro que nos ayudará.

Subimos por unas calles en cuesta del viejo Bruselas, mirando a todas partes por miedo a tropezar con alguna persona que nos conociese. Las calles estaban muy tristes, apenas había movimiento. Se veían bastantes oficiales alemanes, especialmente en los cafés, desayunando.

El Padre Alberto tuvo una entrevista con el Rector. Le expuso mi caso. Yo era antiguo alumno de los jesuítas, y éste ya era un título para que me amparasen. Poco tiempo después el

Rector me recibió con todo afecto. Era un hombre pequeño, de aspecto muy inteligente y de maneras finas. Hablaba con voz segura y tenía una mirada llena de nobleza. Tomando mis manos en las suyas me dijo con emocionado cariño:

—El Padre Alberto me ha contado rápidamente todo. ¡Qué tragedia la suya! . . . Pero aquí está usted en su casa. Permanezca en ella el tiempo necesario, pero procure arreglar pronto su situación porque una estancia prolongada en el Colegio podría despertar sospechas. Además no estamos libres de ser registrados de un momento a otro. Ante la gravedad del caso yo sólo estaré en el secreto. No digan a nadie. Usted, Padre Alberto, puede presentarlo como antiguo alumno nuestro que prepara sus documentos para salir de Bélgica.

El mismo me acompañó a la habitación que había de ocupar, y me proveyó de cuanto precisaba, pues yo carecía de todo; no llevaba más ropa que la puesta, pues dejé en La Panne todas las prendas de vestir de que disponía, para que en caso de ser revisado no se encontrase contradicción entre las iniciales de mi ropa y la tarjeta de estudiante que llevaba conmigo. Ni la camisa ni el sombrero que llevaba puestos eran míos. Y como todo capital llevaba en el bolsillo mil francos, que me entregaron en La Panne mis compañeros de desgracia, de lo poco que quedaba del dinero que teníamos en común.

La bondad del Rector creció de día en día, a medida que mi situación se hacía más comprometida. Del masón providencial había pasado a la protección del bondadoso jesuíta que sabía muy bien, que ni el don de profecía ni la fe que transporta las montañas sirven para nada, si no existe la caridad. Yo era el prójimo a quien el buen samaritano de la parábola, curó con aceite y pagó la posada hasta que sanase.

En aquel ambiente de paz y recogimiento, hice dos cosas muy importantes: los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, y dejarme crecer el bigote. Con lo primero reposaba mi espíritu y se fortalecía mi fe, esta fe que a Dios debo y agradezco, sin que me importe lo que digan los hombres, sobre todo cuando éstos manejaban la calumniosa propaganda totalitaria. Con mi bigote y unas gafas de diez francos, que me trajo el

Padre Alberto, surgió una nueva personalidad que *debidamente documentada*, viviría en Alemania, y pasando por Suecia llegaría más tarde al Brasil y al Uruguay, donde volvería a surgir de nuevo José Antonio de Aguirre.

En el Colegio hice la vida ordinaria de la Comunidad. Me acostaba cuando se ponía el sol y me levantaba temprano. Ayudaba la misa del Padre Alberto y pasaba el día en mi habitación leyendo y meditando. Desde la ventana contemplaba a los colegiales que jugaban en el patio a las horas de recreo, y en mi pensamiento se agolpaban recuerdos de mi infancia, de los años escolares en mi patria. Comía con los religiosos, frugalmente, y aquellos manjares sencillos me sabían a gloria después de tantos días de dieta prolongada.

Uno de los días, a la salida del comedor se me acercó un religioso que según creo era el Padre Prefecto. Quizá le extrañaron mis bigotes incipientes, pero no dió mucha importancia a mi persona. Se contentó con una presentación muy rápida y superficial que de mí le hizo el Padre Alberto. Como es natural, el tema de la conversación fué la guerra.

—Los ingleses ya han perdido la guerra —me dijo—. Ahora verán que no es lo mismo luchar solos, que lanzar a otros a pelear por ellos.

—¿Usted cree verdaderamente que los ingleses han perdido la guerra? —le recalqué.

—Absolutamente —añadió—. Eso lo cree todo el mundo. Además, los alemanes de hoy son muy diferentes de los de la otra guerra. Estos son correctos y corteses, y con su buen comportamiento se están ganando las simpatías de todos.

Yo le oía asombrado. ¿Llamaría *buen comportamiento* a los bárbaros ametrallamientos de la población civil y a los campos de concentración? Si hubiera andado como yo por aquellas carreteras de dolor, a buen seguro que hubiera tenido una idea muy diferente de la corrección alemana. Ante mi silencio que denotaba absoluta disconformidad, el religioso habló de esta manera:

—Sí, sí, tenían que cambiar las cosas. Hacía falta un poco de orden.

—No hay que olvidar la tenacidad de los ingleses y su enorme poder de resistencia —le repliqué—. Eso nos lo dice la historia. Para el pueblo inglés una derrota no es más que un mal paso en el camino hacia la victoria. La última batalla es la que cuenta para los británicos, y la darán cuando estén seguros que de ella saldrá el enemigo aplastado.

Mis observaciones debieron de parecerle las de un discípulo que nunca tiene razón ante su maestro y me contestó con suficiencia doctoral:

—No, ahora las cosas han cambiado; la rendición de Francia es segura e Inglaterra será invadida pronto.

Luego hablamos de la actitud del pueblo belga y en especial de la del Rey, pues de la postura por él adoptada dependían muchas de las simpatías circunstanciales hacia Alemania, especialmente de una buena parte del clero belga.

—El Rey Leopoldo ha cumplido con su deber —me dijo—, porque no se puede luchar cuando nos engañan y nos abandonan. No cabe duda que el Rey ha interpretado fielmente lo que su pueblo quería.

—Pero, ¿no cree usted que esa actitud puede tener repercusiones muy graves en el futuro? —le pregunté.

—Nada de eso —contestó—. ¿Quién podrá atreverse a exigir responsabilidades? ¿Los que se fugaron? . . . Esos han muerto para siempre.

Ante manifestaciones tan rotundas opté por callar. Indudablemente había algo que no marchaba en el pueblo belga. Más tarde lo iba a ver con toda claridad.

Mientras yo permanecía recluído en el Convento, el Padre Alberto realizaba activas gestiones. Como no había medios de locomoción, se pasaba los días en la calle andando de un lado a otro. Visitó al Cónsul de Venezuela, doctor Rómulo Araujo, actualmente Secretario de la Embajada de su país en Wáshington. Desde el primer momento este excelente caballero supo comprender mi situación. Pero su *status* no estaba definido aún por haber sido nombrado Cónsul recientemente y temió que el pasaporte que pudiera extenderme, fuese más perjudicial que beneficioso. Me envió unas camisas y unos pijamas, que yo

agradecí en todo lo que representaban para mí en aquellos momentos en que mi ajuar estaba exhausto. Más tarde intervino en mi caso y en el de mi esposa con eficacia inolvidable.

También visitó el Padre Alberto al Nuncio Apostólico Monseñor Micara, personalidad destacada en los medios diplomáticos. Manifestó que podía hacer muy poco por mí en aquellas circunstancias, porque dentro de dos días tendría que abandonar el territorio belga por mandato de las autoridades alemanas, orden que alcanzaba a todo el cuerpo diplomático que se hallaba en Bruselas. El Nuncio dió un consejo útil al Padre Alberto:

—Diga a Aguirre —le dijo—, que no se esconda, que haga una vida normal. Ni ocultarse ni exhibirse demasiado; que adopte un término medio. Es el mejor consejo que puedo darle. Yo por mi parte hablaré en el Vaticano para prevenir en su caso un desenlace desagradable. Pero, por favor, que no nos ponga en ese trance.

El Padre Alberto me dió la triste noticia que conmovió al mundo entero. La capital de Francia había caído en poder de los alemanes. París tiene algo que es de todos y a todos nos tocaba compartir aquella enorme desgracia. Momentos después el Padre Rector nos anunció que ya habían empezado los registros en las Comunidades Religiosas. El día anterior había sido registrada minuciosamente la Residencia de los Padres Jesuítas. Me advertía del peligro que corría, especialmente por hallarme indocumentado, pues en caso de ser descubierto no tenía Cónsul que pudiese salir en mi defensa. Era verdad, no tenía a nadie que pudiese garantizar mi personalidad. Y decidí marchar. ¿Qué derecho tenía yo a perturbar la paz de aquella santa casa cuyas puertas se me habían abierto tan generosamente?

Es difícil que las personas que viven una vida normal puedan darse cuenta de las amarguras que pasan los perseguidos políticos víctimas de los regímenes totalitarios. Sin ninguna autoridad que pudiera protegerme, y lo que es más, convertido en un ciudadano indeseable. Sencillamente yo era un apátrida. Los Tribunales de Franco me habían condenado a muerte, a la

confiscación de todos mis bienes y los de toda mi familia, a cien millones de pesetas de multa y a la pérdida de la ciudadanía española. Ante los mismos países democráticos mi posición era ilegal, pues los únicos pasaportes españoles legalmente reconocidos eran los expedidos por las autoridades franquistas, y ante la fría reflexión diplomática que no entiende de leyes naturales yo era un representante de la rebeldía contra la legalidad. Ante los totalitarios yo era un enemigo peligroso a quien se buscaba para entregar a Franco que me aplicaría la condena de muerte dictada por él mismo contra mí. Para el Gobierno Franquista yo era un adversario más peligroso que aquellos a quienes denominaba *rojos*, por ser un católico de toda la vida, que con mi actitud lanzaba un rotundo mentís a la legitimidad de su Cruzada. Solamente un corazón generoso que comprendiera mi situación podría revestirme de legalidad con un documento en regla.

Me despedí del Padre Rector expresándole todo el agradecimiento que sentía, y abandoné aquella mansión de paz para luchar por mi libertad, y por la de mi pueblo.

Hace su aparición el doctor Álvarez Lastra

Ya era anochecido cuando salí del Colegio de San Francisco Javier. Tomé el tren para Amberes y cuando llegué me dirigí a la casa que allí tenía el amigo Cesáreo Asporosa, muerto en La Panne. Sabía por el Padre Alberto que su hermana, que nos había acompañado en nuestra dolorosa peregrinación, había regresado a Amberes. Llamé a su puerta, y cuando la abrió en seguida me reconoció a pesar de mi bigote. Es difícil describir la impresión que recibió al encontrarse frente a mí. Se echó a llorar amargamente. Eran muchos sus recuerdos, y mucho lo que aquella mujer quería al Presidente de su Pueblo, para que hubiese podido contener su dolor. En aquella casa había vivido con su hermano y ahora estaba sola. Aquella excelente amiga no pensó por un momento que podría comprometerla, antes por el contrario me recibió con el mayor cariño. Pero ahora las cosas habían cambiado: yo ya no podía ser su

Lendakari sino un fulano de tal que pedía hospitalidad. Tenía recogidos a varios refugiados, y allí pasé ocho días, sin salir para nada, durmiendo sobre una colchoneta para no distinguirme de los demás.

Mi familia había vuelto a Lovaina. Con el conveniente sigilo se les avisó que me encontraba bien. Excuso decir la alegría de todos los míos, que ignoraban dónde me hallaba, al saber que me encontraba a salvo y no lejos de ellos. Pero al mismo tiempo, ¡qué nuevo motivo de preocupaciones! . . .

Una noche vino a verme cierta persona de mi familia. Venía a darme la fatal noticia de la muerte de mi hermana Encarna, en un hospital de Knox, cerca de Ostende. Por efecto de la falta de cuidado en los primeros momentos se le declaró la gangrena. Los médicos lograron contrarrestar la infección, pero la potencia de las inyecciones paralizó aquel corazón debilitado a causa de tanto sufrimiento. Triste muerte de refugiada la suya, lejos de su patria, en la sala común de un hospital, rodeada de amargura y de pobreza. ¡Una mártir de nuestra libertad!

En cierta ocasión el Cónsul de Méjico en Amberes dijo a uno de mis compatriotas:

—Si algún día se encuentran ustedes en peligro acudan de mi parte al Cónsul panameño señor Guardia Jaén, porque es la mejor persona que he conocido. No duden, que les atenderá.

Mi compatriota se acordó del consejo, y fué a verle acompañado del Padre Alberto. El señor Guardia Jaén tenía unas ideas peregrinas. Era un entusiasta de España, y con tal que fuese grande y gloriosa le importaba poco el régimen que la gobernase. Ante la incapacidad republicana —según decía— esperaba que Franco fuese una solución. Pero en cambio simpatizaba con los vascos por haber sido víctimas de una agresión injusta, y este ataque a su juicio constituía la mayor equivocación del General Franco, porque le había acarreado muchas antipatías.

Cuando le explicaron mi caso, el señor Guardia Jaén quedó pensativo, pero pronto se dejó guiar por sus nobles sentimientos y pidió que yo fuera a verle al Consulado. Así lo hice con

toda clase de precauciones. La entrevista fué breve, pero con la misma rapidez comprendí que me encontraba ante un alma muy noble. No me equivoqué. Dos días más tarde tenía en mi poder un ingenioso documento, que tenía el valor de un pasaporte provisional hasta que las autoridades de Panamá —según se decía en él— enviaran el permiso para otorgar el definitivo. Se hacía constar en el documento, que el antiguo lo había perdido con mis equipajes en una de las aglomeraciones de la frontera. Combinamos los nombres con el fin de que las iniciales coincidieran con las de José Antonio de Aguirre y Lecube, y que respondieran además a apellidos conocidos de Panamá. De esa manera surgió al mundo el ciudadano panameño José Andrés Alvarez Lastra, doctor en Leyes y propietario de fincas en la provincia de Chiriqui.

Acompañado por uno de los empleados belgas de la Delegación Comercial Vasca de Amberes, único que estaba en el secreto fuera de unos pocos compatriotas, fuí a la Policía que aun extendía tarjetas de identidad para extranjeros. El gendarme que nos recibió era conocido de nuestro empleado, y cuando éste le dijo que yo era el doctor Alvarez Lastra me miró como diciendo:

—¡Pues por mí que lo sea!

Estaba furioso contra los alemanes, los cuales en su opinión no podían ganar la guerra. Me hizo varias preguntas extrañado de que viniera de Francia, cuando debería haber marchado hacia el Sur. Para explicarlo había fraguado yo una historieta: Había sido sorprendido por los alemanes en Bélgica, a mi paso para Holanda donde pensaba embarcar para Venezuela el 13 de mayo. En efecto, ese día salía un barco de Amsterdam para Venezuela. Intenté regresar por la frontera de La Panne pero no me fué posible, y entonces volví a Bruselas y luego a Amberes donde residía *mi cónsul*, cuya garantía daba fe al pasaporte provisional que llevaba conmigo. Mi estancia en Bélgica sería provisional, hasta tanto recibiese dinero de Panamá para embarcarme. El policía quedó satisfecho con mis explicaciones y pudo seguir despotricando contra los alemanes. Aun no había entrado en funciones la *Komandantur* alemana. Cuando exa-

minó mi pasaporte no dió mucha importancia a mi título de doctor. No le pareció de suficiente categoría. Cuando a preguntas suyas respondí que era también propietario, allí donde dice profesión borró la palabra doctor y puso *Landerpachter*, que en flamenco quiere decir propietario de tierras. Por lo visto le sonaba mejor y era un título más positivo. Esta carta de identidad la conservo como uno de los recuerdos más preciosos.

En casa de madame de Tirlemont

Ya empezaba a empapelarme, pues, como exige esta estúpida sociedad en que vivimos, siempre más atenta a los formalismos que a los sentimientos. Era doctor Alvarez y tenía en mi poder dos documentos: el del Cónsul y el de la Policía. Ahora necesitaba una casa de toda confianza para vivir, pues la de Asporosa podía ser revisada por la Gestapo, como sucedió pocos días después de haberla abandonado.

El empleado belga de quien antes he hablado, tenía una señora amiga, madame de Tirlemont, que para complacer a sus amistades solía recibir de vez en cuando en su casa a huéspedes de confianza. Mi amigo le habló de mí como de un caballero de su intimidad, asegurándola que Monsieur Alvarez era persona muy conocida en Panamá y de buena posición social, que había tenido la desgracia de perder todo su equipaje en los atropellos de la frontera al intentar pasar a Francia.

Madame de Tirlemont me acogió con toda bondad.

—Ya no pensaba recibir más huéspedes en mi casa —nos dijo—, pero siendo empeño de este buen amigo mío, haré muy gustosa una excepción con usted.

Era una señora llena de distinción y simpatía. Hablaba pausadamente, denotando un espíritu sereno y cultivado. Había perdido hacía poco tiempo a su esposo, y toda su ilusión se concentraba en su familia, en la que era figura central y respetada. Vivía con tres de sus hijas, muchachas cultas que habían sido educadas en Inglaterra y Alemania, una de las cuales trabajaba en una oficina y las otras dos como profesoras de colegios de niñas. Tenía otros dos hijos casados, cuyos niños pasa-

ban por turno temporadas en casa de su abuela. Aquel hogar que presidía Madame de Tirlemont, era un cálido lugar de reunión de una familia tradicional y cristiana, de las que forman la solera del pueblo flamenco.

A las jóvenes —solteras al fin y al cabo—, debí causarlas muy mal efecto. Aquellos bigotes tan raros, aquellas gafas... Más tarde me confesaron que la primera impresión fué de lo más deplorable.

—Además —le decían a su madre— no ha traído más que un maletín por todo equipaje. ¡Vete a saber a quién has recibido en casa!

Afortunadamente aquellas señoritas desconocían que las dos camisas, los dos pares de calcetines y los tres pañuelos que traía en el maletín, pertenecían al pobre Asporosa. Me los había dado su hermana, así como la muda y los zapatos que llevaba puestos. Tampoco sabían que no tenía más que trescientos francos por todo capital.

Seis meses estuve en aquel acogedor hogar donde cada día que pasaba crecía el afecto mutuo, viviendo toda la familia en una angelical ignorancia, sin dejar de creer ni un momento en la desgracia pasajera de Monsieur Alvarez, y envidiándole al mismo tiempo, pues en cuanto le enviaran dinero de América se marcharía a su país que estaba en paz.

—¡Qué suerte la de los neutrales!... —solían decirme con gesto lastimero.

Yo, que gracias a Dios nunca pierdo el buen humor, seguí representando la comedia, y esta es seguramente la hora en que aquella buena gente no conoce la verdadera personalidad del caballero del traje único.

Esta ignorancia de la familia Tirlemont estuvo a punto de ir al traste a causa de un percance que pudo haber tenido fastidiosas consecuencias.

Yo había estado en Amberes hacía año y medio, escasamente, invitado por la Cámara de Comercio de aquella capital. Hice el viaje acompañado de varios financieros vascos con el fin de estudiar algunos proyectos de tipo económico, con los belgas. Fuimos muy bien recibidos y obsequiados, y entre las

visitas recibí una del Director de la Standard, empresa importante que editaba, según creo, seis periódicos flamencos y algunas revistas. Había mucho interés en conocer mis puntos de vista sobre la guerra civil que se estaba desarrollando en la Península, y prepararon una comida a la que asistieron un grupo de escogidas personas. Entre ellas estaba una señorita de distinguida familia flamenca, dedicada con gran éxito al periodismo. Era ferviente admiradora de los vascos y muy amiga de un hermano mío que vivía exilado en Amberes. Terminada la comida me pidió una entrevista y con este motivo continué hablando con ella hasta bien entrada la noche. Al día siguiente por la mañana continuó la entrevista. Señalo estos detalles insignificantes porque tienen relación con los hechos que a continuación se citan.

Estando desayunando una mañana con la familia Tirlemont, una de las hijas dijo:

—Hoy podrá conocer M. Alvarez a Betty.

—¿Quién es Betty? —pregunté algo alarmado.

—¿Pero no conoce usted a Betty? —me preguntaron. Es una muchacha muy inteligente, que escribe y se dedica al periodismo. Betty Lagarde.

Cuando oí el apellido me dió un vuelco el corazón. Betty era la periodista que había conocido el año anterior en las circunstancias que he relatado. A una mujer soltera que ha pasado de los treinta años —pensé yo— no se le escapa fácilmente una fisonomía masculina. El peligro era indudable. Como me dijeron que venía a *díner*, nombre con que en Bélgica designan a la comida del mediodía, antes de salir me excusé con Madame de Tirlemont por no poder venir aquel día hasta la noche, pues tenía una invitación para almorzar. Me extrañó que Madame de Tirlemont no me recordara la visita de Betty.

Por callejuelas apartadas y tortuosas me dirigí a una casa donde solía reunirme con unos pocos compatriotas que estaban en el secreto de mis andanzas. Cuando les conté el peligro que había corrido se echaron todos a reír y me dijeron:

—De buena te has librado. Betty te hubiese reconocido inmediatamente, y figúrate el susto de la familia Tirlemont.

Además, Betty conoce mucho a tu hermano Juan, y seguramente habrá hablado de tu familia. En fin, has tenido suerte de haberte enterado a tiempo.

A las siete y media, suponiendo que el peligro habría desaparecido, me fuí a casa. Abrí la puerta y cuál no sería mi asombro cuando la primera persona que vi fué Betty. Había interpretado mal la palabra *diner*. La cosa ya no tenía solución y no tuve más remedio que afrontar los acontecimientos, pasase lo que pasase.

El corazón me trepidaba cuando nos presentaron.

—Aquí nuestro huésped el doctor Alvarez, aquí la señorita . . .

Empecé a sudar copiosamente y no porque hacía calor ni porque había caminado mucho, sino a causa de la presencia de Betty. Cada sonrisa, cada gesto, cada mirada, se me antojaban intencionadas.

En la mesa me colocaron junto a Betty. Como yo me hacía pasar por soltero y rico, al fin y al cabo aquello era un honor que hacían a Betty. Pronto caí en cuenta de que ésta estaba tan preocupada con sus pequeñas tragedias particulares, que no se fijaba en mi nariz y en mi barbilla que no engañan. Nos contó que había pedido permiso para ingresar en un manicomio, cuya Directora, que era amiga de ella, le había prometido el ingreso. Se rieron todos los comensales. Cosas de Betty. Yo no pude menos de soltar una carcajada. Más que de Betty me reía de mí, de mis bigotes, y de mis gafas de diez francos.

—¿Se ríe usted porque no me cree, M. Alvarez? —me interrumpió Betty.

—Le creo a usted en absoluto, señorita —le dije—, pero me río porque en estas circunstancias tiene que haber situaciones tan cómicas como la suya a montones.

Entonces Betty explicó el porqué de su extraña decisión. Había escrito muchos artículos antinazis y había dado conferencias de la misma índole. Unos amigos que tenían relación con la policía, le habían advertido que podía ser detenida en cualquier momento. Por eso buscó la solución del manicomio en el que pensaba entrar seriamente. Ya tenía la documentación

en regla. Hasta para entrar en el manicomio se necesitan papeles.

En un saloncito contiguo al comedor nos sirvieron el café. Hablamos de la guerra y yo me manifesté anglófilo. Ya creí que la situación estaba salvada, cuando Betty dió la noticia del fallecimiento de mi hermana Encarna. Me quedé pegado a la silla, y no pude menos de emocionarme con los piadosos comentarios que hicieron aquellas buenas mujeres.

—Por cierto —preguntó Betty—, ¿dónde está Juan?

Se refería a mi hermano. Los Tirlemont no le supieron dar razón. Yo tenía que guardar el más doloroso de los silencios.

Una de las jóvenes preguntó:

—Y su hermano el Presidente vasco, ¿dónde estará?

—No lo sé —contestó Betty—, pero supongo que habrá salido de París donde vivía últimamente. Yo lo conocí aquí en Amberes. Era un hombre de su estatura, M. Alvarez.

Hice un esfuerzo y rompí mi silencio:

—Verdaderamente, es un caso tristísimo el que han relatado. ¿De quiénes se trata?

Una de las jóvenes explicó quién era la familia Aguirre y luego dijo dirigiéndose a Betty:

—Cuéntale al señor Alvarez cómo te tomábamos el pelo con Juan el año pasado, cuando estuvo aquí su hermano el Presidente.

Con este motivo Betty me contó —a mí . . .— todas las entrevistas que había tenido conmigo, los detalles de mi estancia en Amberes, etc. Estuve a punto de añadir algunos datos que se le olvidó consignar, pero decidí callar.

Yo no sabía si todo aquello no era más que una broma que me estaban gastando aquellas señoritas, pues yo no podía concebir que Betty no me hubiese reconocido. Pero así fué, y luego pude saberlo con absoluta exactitud.

Al fin se fué Betty y yo di gracias a Dios y a mis bigotes de haber salido incólume de aquel trance. Aquella prueba sirvió para convencerme de la eficiencia de mi desfiguración, lo que multiplicó mi confianza para lo futuro. Desde aquel día yo fuí más panameño para la familia Tirlemont . . . y también para mí mismo.

Conversaciones que revelan la moral de un pueblo

—Verdaderamente que los alemanes son correctos —decía en una ocasión una de las jóvenes de la casa—. Yo no sé cómo se portaron en la otra guerra, pero lo que es en ésta no nos podemos quejar. Te advierto, mamá, que todo el mundo está encantado. Los ingleses han roto los puentes, han robado en muchas casas y además nos han engañado. Te repito que la gente está muy contenta con los alemanes.

—¡Como en la otra guerra, hija mía, como en la otra guerra, que vosotras no podéis recordar porque erais muy niñas! —contestó la madre—. Cometieron al principio algunos desmanes, pero en general nadie pudo quejarse de su conducta en los primeros momentos. Mientras a ellos les vaya bien, a nosotros no nos irá del todo mal. Pero Dios nos tenga de su mano el día en que las cosas empiecen a salirles torcidas. Se repetirán exactamente los casos de la otra guerra. Primero el hambre, luego las denuncias, y finalmente la opresión y los fusilamientos. Ya veréis cómo desgraciadamente no me equivovo. ¿No le parece que tengo razón, M. Alvarez?

—Seguramente, señora —contesté—, porque usted tiene sobre nosotros la experiencia de las cosas vividas. Observo que los alemanes cuidan de comportarse correctamente allí donde van, en los cafés por ejemplo y hasta en las mismas calles. Esto es disciplina, que a veces consiste en renunciar a discurrir por cuenta propia. Pero me temo, que esa misma disciplina no les lleve algún día a obedecer órdenes injustas. No será el último caso. Porque olvidan muchos que esta es una guerra de principios, y en ellos es preciso fundamentar posibles conductas que comienzan con actuaciones de guante blanco y terminan con la maza de hierro. Porque quien emplea la fuerza como norma, y estima que el derecho es sólo lo que conviene a su pueblo, con más naturalidad que invadir naciones, atropellará conciencias y sacrificará las vidas de los demás. Es una cuestión de cálculo en el tiempo.

—Estos son muy jóvenes y no recuerdan la pasada guerra —

añadió Madame de Tirlemont—. Yo me tuve que quedar entonces por mis padres, como ahora me he quedado por mis hijos y nietos. Verá usted cómo pronto empezarán a dejarnos de hambre. Se llevarán todo. Si surgen las protestas vendrán los castigos. Son terribles estos alemanes, créame usted; los conocí muy de cerca. Las jóvenes os impresionáis por cualquier cosa —dijo dirigiéndose a sus hijas—, un gesto galante de un buen mozo alemán os cautiva tanto que llegáis a olvidar que es un invasor de vuestra patria. Pero veréis cómo desgraciadamente dentro de poco me daréis la razón.

—Es posible —replicó una de ellas—, pero por el momento la corrección de esos hombres es admirable.

—Yo no me atrevería a afirmarlo tan rotundamente —interrumpí—, pues no hay que olvidar que miles de inocentes están sufriendo toda clase de castigos por no pensar como ellos, y, lo que es más oprobioso, por defender la libertad de sus respectivas patrias. Vean lo que sucede a checos y a polacos. ¿No les parece que esa corrección de que hacen gala, no obedece a una norma de conducta basada en una convicción moral, sino a una regla de cálculo llena de hipocresía?

Este fenómeno producido por lo que pudiéramos llamar "el espejismo de la civilidad alemana", fué muy común en el pueblo belga. Aquellos muchachos rubios de impecable uniforme, con el pelo recién cortado y bien afeitados, y que no levantaban la voz cuando se hallaban en los cafés, tenían que impresionar favorablemente a un pueblo bondadoso y acogedor como el belga. Yo sentía una especie de compasión hacia aquellos soldados alemanes. Porque me parecía monstruoso que una nación que ha llegado a dar a sus hijos una educación externa tan exquisita, haya corrompido al mismo tiempo sus almas de tal modo, que los ha transformado en el peligro más grande que jamás conoció la humanidad. Los observaba en todos sus gestos y movimientos, y cuanto más admiraba su compostura más miedo me daban, pues me parecía que las órdenes que todas las mañanas recibían sonaban a metal, y carecían de esa espontaneidad y frescura que tiene la disciplina al servicio de la libertad.

Otros factores contribuían a esa especie de simpatía que gran

parte del pueblo belga sintió por sus invasores en los primeros momentos. El descrédito de los políticos belgas, que la propaganda alemana había cultivado entre la juventud, especialmente la flamenca, los ataques contra el Gobierno exilado a quien se le acusaba de toda clase de bajezas y dilapidaciones, unidos a la campaña contra las formas democráticas a las que se tildaba de corrompidas y decadentes, hicieron creer al pueblo que en la máquina gubernamental residían todos los males y que el nuevo orden era algo así como la escoba que iba a limpiar todo ese peso muerto inservible. El desprestigio de los hombres públicos, es una de las armas manejadas con más habilidad por la propaganda totalitaria. Una parte del pueblo, de por sí inclinado a la crítica y siempre deseoso de refocilarse con los escándalos de los hombres públicos, cree fácilmente toda clase de embustes, sin darse cuenta de que con ello va introduciendo un elemento de envilecimiento en su espíritu. Cuando este virus se extiende a zonas más amplias, el alma nacional enferma y es inútil pedirle sacrificios.

Recuerdo una señora que solía venir a visitar a Madame de Tirlemont y cuyo hijo había tenido que incorporarse a un Batallón de Intendencia del Ejército Belga. Un día llegó muy satisfecha porque *su Marcel*, como ella le llamaba, venía pronto a su casa. Los alemanes no habían podido hacerle prisionero porque consiguió escaparse de ellos, como antes, de las trincheras. Era un prodigio en fugas, como consecuencia tal vez de los consejos de su madre. Ella le había dicho siempre:

—*Mon cher Marcel*, tan pronto como te encuentres en peligro, te entregas prisionero o te fugas. Porque, ¿no les parece a ustedes que nosotros nada tenemos que ver con esta guerra? . . . ¡Que luchen los políticos, si quieren! Ya ven que se han escapado todos. Gracias a que el Rey se ha portado como un hombre. Ahora, que luchen los ingleses, si quieren.

Una de las jóvenes le interrumpió diciéndole:

—¿No cree usted que si todas las madres dan consejos semejantes a sus hijos, tendremos que renunciar a la libertad, y elegir para siempre la esclavitud de Bélgica?

Pero para aquella señora no había más ideal que su hijo.

Madre al fin, pero ¡qué cúmulo de confusiones encerraban sus palabras! . . . Dirigiéndose a Madame de Tirlemont le preguntó:

—Y ¿qué sabe usted de Pierre, su hijo?

—Desgraciadamente fué hecho prisionero cerca de Ardennes, pero tengo la satisfacción de saber que ha cumplido con su deber hasta el último momento —le contestó Madame de Tirlemont con un gesto de dignidad.

En la tertulia que solíamos hacer después de la cena, se habló de las manifestaciones de la madre de Marcel.

—Usted lo ha oído, M. Alvarez —dijo Madame de Tirlemont—. Lo peor es que de la misma manera piensan aquí muchas personas. Con esa falta de patriotismo ¿cree usted que se podía esperar algo de nuestro ejército?

—Tiene usted razón, señora —le dije tristemente.

Y Madame de Tirlemont añadió dirigiéndose a su hija:

—Me ha alegrado mucho la réplica que le has dado a Madame Martier. Pero ¿no te parece que también vosotras contribuís a que se pierda la fe en nosotros mismos, cuando fácilmente admitís las bondades del invasor y en cambio criticáis acerbamente a nuestros aliados de siempre?

—Es muy humano, señora —dije yo entonces—, no darse cuenta del dolor ajeno y es cómodo cerrar los ojos cuando la casa del vecino está ardiendo. Es corriente en estos últimos años no considerar más que la propia conveniencia, sin pensar que el género humano es el sistema más perfecto de vasos comunicantes. Lo mismo que sucede en el orden internacional, acaece en el privado. El egoísmo y la falta de formación interior, conduce a muchas personas a no ver los males o peligros hasta que no llegan a su dominio privado. Un día verán ustedes a Madame Martier protestar indignada porque los víveres escasean, o porque *su Marcel* ha sido molestado de alguna manera por los alemanes. Entonces le oirán ustedes decir que es intolerable tanta injusticia, y añorar aquellos tiempos de la *opresión inglesa,* en que se vivía con abundancia de espíritu y de mantequilla, a pesar de todas las picardías de los políticos. Les pasa algo parecido a los que, ante los avances sociales o la agitación del pueblo, claman por la fuerza para imponer el

orden, sin ponerse a estudiar la razón o sinrazón de aquellos movimientos. Pero cuando sus deseos se han visto satisfechos, es cuando llega el desengaño. Porque como la fuerza no tiene límites ni leyes, un día ataca a los intereses de cierto sector, otro a los de un grupo religioso o social determinado, y más tarde les toca el turno a los partidarios de la comodidad a ultranza. Y observarán ustedes que estos elementos acomodaticios suelen ser muchos más violentos en sus reacciones que los que nunca se desviaron del camino de la dignidad. Para Madame Martier, su hijo es todo, para otros son sus negocios, y para los de más allá el motivo motor es la intolerancia o el rencor y buscan el momento del desquite. No sienten solidaridad con nada ni con nadie. La agresión a un pueblo libre no les inquieta, la muerte de millares de seres inocentes les deja fríos, y todos los atropellos a la dignidad humana son cosas que no les atañen por suceder de fronteras afuera. "Que no alboroten, que se estén quietos, que no piensen, que no molesten a los demás", es su eterna cantinela. Pero todo este sentido egoísta de la vida está llamado a desaparecer porque la lucha actual es tan profunda que no quedará libre de sus salpicaduras . . . ni Marcel.

Las muchachas se rieron por mis indirectas al hijo de Madame Martier, pero su madre les dijo:

—Donde el señor Alvarez dice Marcel poned los que tienen los ideales marchitos aquí y también en el mundo entero.

Empieza a cambiar el tono de las conversaciones

Pocos días más tarde empezaba a suceder lo que Madame Tirlemont había presagiado. Los alemanes habían vaciado los almacenes de los muelles de Amberes, donde existían acumuladas grandes cantidades de víveres. También se habían llevado toda la mantequilla, los pollos y los huevos de los mercados. A causa de ello la vida empezó a encarecer, y los precios de los artículos se duplicaban y triplicaban. Estos argumentos prácticos que suben del estómago al cerebro empezaron a despertar a los más inconscientes. Y en las tertulias de los colaboracionistas, empezaron a menudear las protestas.

—¿Ve cómo tenía razón? —me decía Madame de Tirlemont—. Durante la guerra anterior, el primer año lo pasamos aceptablemente porque teníamos víveres suficientes y Alemania había entrado en la guerra con más reservas alimenticias que ahora. El segundo año fué bastante malo, y el 16 pudimos resistir gracias a la ayuda americana que nos llegaba por Holanda. Pero cuando al año siguiente los Estados Unidos entraron en guerra y suspendieron los envíos, nuestra situación fué sencillamente espantosa. Pues calcule usted lo que va a suceder ahora, sin ayuda americana y siendo muchos más a comer del mismo plato en Europa.

Yo seguía las conversaciones que se sucedían en el salón de Madame de Tirlemont con verdadero interés, porque eran el reflejo de diferentes sectores sociales. La corrección de las tropas alemanas, tan encomiada en los primeros días, era calificada de hipocresía para encubrir la rapiña. Las restricciones alimenticias, las incautaciones de fábricas y edificios, la requisa de habitaciones y cuantas limitaciones a la libertad se imponían levantaban en el pueblo protestas airadas. Aquello era denominado la "insoportable tiranía de los *boches*" —ya no les llamaban alemanes.

Un día llegó Pierre de Tirlemont, el bravo teniente que había cumplido con su deber de patriota. Refería los sucesos con mucha ponderación. Se habían batido hasta que fueron copados. Hubo muchos casos individuales de heroísmo, pero también lamentables deserciones.

—Nos han ganado la guerra —decía— antes de que los fusiles empezaran a hablar. ¡Qué bien supieron corromper el espíritu de nuestro pueblo! ... He sufrido mucho oyendo a compañeros míos decir, que, fracasadas las democracias, había llegado la hora de Alemania, y que había llegado el momento de tomar una decisión y situarse. Comprenderá usted que con este espíritu no se puede enfrentar uno con el enemigo. Cuántas veces les contesté diciendo, que si había llegado la hora de Alemania, aun no había pasado la de Bélgica ni la de la libertad.

Todos guardamos un silencio pensativo y Pierre continuó:

—Pero el campo de concentración ha sido una buena lección

para estos desviados o engañados, porque, al sentir el dolor de la falta de libertad, se dieron al fin cuenta de que su patria estaba como ellos. Todos los belgas nos fuimos uniendo estrechamente, nuestras ideologías se fueron unificando, y puedo asegurarle que al salir del campo de concentración no teníamos más anhelo que el de librar a nuestro pueblo del yugo alemán. Es indudable que son muchas las cosas que es preciso cambiar en Bélgica, pero para ello no tenemos que matar nuestra propia libertad y mucho menos pedir ayuda y protección al enemigo. Y le prevengo señor Alvarez, que yo fuí uno de los primeros seguidores de León Degrelle.

—Cómo me consuela oírle hablar así, amigo Pierre —le dije con cierta emoción—. Y dígame, ¿cómo les han tratado en el campo de concentración?

—Bastante bien. Sea que temían a nuestra unión, o que su intención era la de ganarse nuestra simpatía, lo cierto es que hemos sido tratados mejor que los demás. Así, los ingleses recibían un trato mucho más duro, y también los franceses. ¡Qué tragedia la de estos últimos, señor Alvarez! No se entendían entre sí, seguían con sus viejas discusiones y daban una sensación de derrumbamiento total que causaba una gran tristeza.

—¿La actitud del general De Gaulle no levantó los espíritus? —le pregunté.

—Sí, los primeros días, pero de nuevo las discusiones sobre quiénes eran los responsables del desastre, y la división entre partidarios y adversarios del Frente Popular, hicieron olvidar el gesto de De Gaulle. Pero yo espero que les sucederá lo que a nosotros, al fin se unirán todos, porque la libertad sólo se aprecia cuando se pierde.

Días después, en casa de uno de los hijos de Madame de Tirlemont conocí a *mon Marcel*. Como es natural, estaba con *su mamá*, que ponía el grito en el cielo por "la situación a que nos han llevado estos malditos *boches*". Marcel explicó sus fugas haciendo unos gestos graciosos que hicieron reír a todos, excepto a Pierre que se retiró diciéndome:

—¿No le parece que cuando tantos hombres han muerto en sus puestos, no puede oírse con calma ese lenguaje?

Madame Martier no podía comprender que yo siguiese en Bélgica.

—Cuando conocí a usted en casa de los Tirlemont, en seguida me dije: ¿Pero cómo puede este señor continuar en este infierno, sin marcharse tranquilamente a América?

—Los americanos somos así, Madame Martier —le contesté—. Me interesan todos estos nuevos sistemas que han surgido en Europa, y me quedo para estudiarlos.

—No creo que esa sea la explicación —contestó una de las jóvenes—. No sé por qué me parece que el señor Alvarez ha venido aquí con algún encargo especial de su país. He ahí el misterio.

—Renée está empeñada —dije— en que soy diplomático.

—Sí, porque nos da usted unas explicaciones de las cosas, que realmente parece que las ha vivido.

—Todo el secreto está en que leo muchos libros y revistas.

—¿Y no piensa usted marcharse? —me preguntó Madame Martier.

—Claro que sí, pero prepararé el viaje con calma, porque ya saben ustedes que hoy la situación es difícil hasta para recibir dinero.

—Ah, pero usted es amerìcano, y con dólares se tienen abiertas todas las puertas. ¡Qué suerte la suya, M. Alvarez! . . . Aquí quedaremos nosotros aislados de todo el mundo, llenos de hambre y miseria, mientras los *boches* se llevan todo a Alemania. ¿Han visto ustedes que la mantequilla se paga ya tres veces más, y no hemos hecho más que empezar? ¿Y las patatas?, ¡si no se encuentran ya! . . . Ya puede usted hablar claro a los americanos, M. Alvarez, para que empiecen a conocer a los nazis y no se dejen engañar.

—Con mucho gusto cumpliré sus deseos, señora. Será una verdadera satisfacción para mí.

De esta manera había cambiado de opinión en poco tiempo Madame Martier, la que hacía pocos días se indignaba contra la *opresión inglesa*. La misma evolución se había operado en todo el pueblo belga. El número de Mesdames Martier se centuplicaba de día en día.

Aumenta el peligro

Debía hacer una vida de gran prudencia. Pero necesariamente tenía que salir a la calle, porque, además de ser verano, mi continua permanencia en casa podía suscitar sospechas en la familia Tirlemont, cuya inocencia era para mí de capital importancia. Cuando iba a ver a *mi cónsul* lo hacía por calles extraviadas, vigilando a las personas que transitaban por ellas. Mis bigotes estaban ya bastante crecidos, y pude comprobar que las nuevas gafas de concha que me había comprado, completaban muy bien mi disfraz. Un día pasé junto a unos compatriotas que me creían en Londres y no me reconocieron.

Vivía completamente incomunicado con mi familia. Solamente me relacionaba secretamente con tres compatriotas, únicos sabedores de mi presencia en Amberes, fuera de mi hermano. Solíamos celebrar nuestras entrevistas en un cafetín de las afueras, con toda clase de precauciones, pues sabíamos que la policía me buscaba. Allí me enteraban de toda clase de noticias, de lo que se decía en la Embajada y en el Consulado españoles, de la situación de los refugiados y de los movimientos de la policía. Me llamaban por mi nuevo nombre José Andrés, y no se equivocaban nunca. Habíamos hecho correr la voz de que yo me encontraba en Inglaterra, adonde había conseguido fugarme a última hora. Los que no sabían la verdad, lo escribieron a sus familiares, y de esta manera se extendió la noticia.

Una noche del mes de julio, estaba yo oyendo en mi casa la emisión castellana de la Radio Berlín, cuando fuí sorprendido con la siguiente noticia que transcribo textualmente: "El ex Presidente de la República Vasca, José Antonio Aguirre, se encuentra refugiado en la Embajada de Chile en Bruselas. Probablemente será reclamado por las autoridades españolas."

Me convenía contrarrestar inmediatamente esta noticia, pues aunque tanto las autoridades alemanas como las españolas sabían que yo no me encontraba en la Embajada chilena de Bruse-

las, la información podía inducirles a suponer que aun me hallaba en territorio belga. Nuestra organización secreta funcionaba perfectamente. Los tres vascos que conocían mi presencia en Amberes, se comunicaban con otros compatriotas, que, creyendome en Inglaterra, hacían otros importantes trabajos, como el de frecuentar el Consulado y la Embajada española de Bruselas. Era una organización de tipo triangular de completa eficiencia. En la Embajada española de Bruselas ejercía las funciones de Representante de Falange Española, un antiguo anarquista llamado Cantelli, que había llegado en cierta ocasión —según me aseguraron— a pisotear la bandera española, pero que ahora, como tantos otros, era ferviente falangista y decidido paladín de las glorias imperiales de España. Su debilidad eran las reuniones en las que lucía su oratoria rebuscada, exhibiendo en preparados discursos su ignorancia y su audacia. Su tema predilecto era la cuestión social, asfixiada en España —según decía— por el capitalismo y el clericalismo. Se mostraba generoso con los *rojos* a los que Falange estaba dispuesta a *admitirlos y redimirlos* y discrepaba en absoluto de los elementos que él calificaba de reaccionarios en el movimiento franquista. Tenía a sus órdenes unos cuantos *rojos redimidos* que le daban guardia con camisas azules y boinas rojas cuando Cantelli se presentaba en algún acto oficial, por lo que recibían una bonita paga. Con un tipo de estulticia y desaprensión como Cantelli, no fué difícil a mis amigos ganarse su confianza. El les proporcionó documentos de identidad que facilitaron sus movimientos. Un buen día Cantelli anunció categóricamente que yo me había fugado a Inglaterra, y poco tiempo después la Embajada española confirmó la noticia con toda solemnidad. Como puede verse, nuestra pequeña organización secreta funcionaba bastante bien.

Una tarde calurosa de fines de julio estaba yo solo en el cafetín haciendo durar un vaso de cerveza, cuando entró muy excitado uno de mis cómplices, y al poco tiempo otro.

—Malas noticias —me dijeron—. Han detenido a Martín. (Se trataba de Manuel, uno de los empleados de nuestra Delegación Comercial de Amberes.)

—¿Cómo ha sido eso? —pregunté lleno de ansiedad.

—Han entrado en la oficina de la Delegación, se han llevado los papeles y la han clausurado.

—Lo de los papeles no tiene importancia —interrumpió el otro—, porque lo que se han llevado no les sirve para nada.

—Me alegro, pues tan pronto como supe la detención de Martín me fuí a la oficina con intención de sacar los documentos comprometedores que pudiera haber, pero ya estaba dentro la Gestapo. Estuve observando, todo con disimulo, desde la calle. Unos funcionarios del Consulado Español eran los que dirigían el registro. Por cierto, han sellado las puertas con unas tiras de papel con los colores de la bandera española.

—No debe salir de casa —me dijeron—. Esto se pone muy feo, porque parece que hay órdenes de detenernos a todos, y a pesar de nuestra contrainformación estamos seguros que le buscan. Eso de que usted está en Inglaterra empiezan a sospechar que no es cierto.

Como no había de volver a ver en unos cuantos días a aquellos buenos amigos, me invitaron a comer aquella noche en su casa. Vivían en una bohardilla cercana al cafetín de nuestras reuniones. Me prepararon una cena que me pareció opípara para aquellos tiempos: vainas con patatas, al estilo de nuestro país, y hasta tomamos vino y café. Aquella modestísima comida la recordaré siempre con más satisfacción que todos los banquetes con que he sido agasajado más tarde. Quien no haya pasado por idénticas circunstancias nunca podrá saber el sabor imborrable que tienen momentos parecidos. La desgracia y la pobreza son cosas tristes, pero sirven para que apreciemos en todo su valor los modestos placeres que en tiempos de bienestar pasarían inadvertidos.

Los vascos de Amberes vivíamos dispersos como los cristianos en tiempos de persecución, pero vivíamos en comunidad económica. Todos habíamos colocado nuestros ahorros, en un fondo común, que administraba con especial cuidado un compatriota, autoridad en cuestiones bancarias. Y por la habilidad que se dió para multiplicar el poder adquisitivo de los francos, más parecía especialista en hacer milagros.

Mientras tanto Martín seguía incomunicado en la cárcel de Bruselas. Ni los esfuerzos hechos por los compatriotas para verle, ni las súplicas de su mujer e hijos lograron nada por el momento. Y así pasó más de un mes.

Los ojos riendo y el corazón llorando

Mi cónsul y yo solíamos salir algunas tardes a pasear por las calles más apartadas de Amberes. Un día fuimos sorprendidos por un señor, que luego de saludar al cónsul le dijo en alemán:

—La Gestapo ha detenido a Juan. ¿Lo conoce usted?

Juan era mi hermano. El cónsul no pudo reprimir su contrariedad, y continuó hablándole en alemán. Quien le daba la noticia era un empleado de una compañía marítima que conocía mucho a mi hermano. La excitación con que hablaba denotaba el interés que sentía por él. Se despidió de nosotros sin siquiera figurarse quién era yo.

—¡Lo que nos faltaba! —dijo el cónsul—. ¿Lo ha entendido usted?

—Naturalmente. ¿No ve usted que ha pronunciado las palabras Gestapo y Juan, que aun desconociendo el alemán, son suficientes para comprender lo que ha pasado? . . .

—Pues sí, han detenido a su hermano y lo tienen incomunicado —y continuó repitiendo su frase favorita:

—La vida tiene recursos inagotables. Peor hubiera sido que le hubieran detenido a usted. Ahora es cuando hay que tener más ánimo.

—Lo malo es que cuando la Gestapo detiene, lo hace para largo. Ahí tiene usted el caso de Martín. Además, no es el caso particular de mi hermano, sino el de toda la familia, que queda sin protección, y a la cual yo no puedo acercarme. La detención de Juan será para ellos un golpe terrible, porque en mi ausencia, hacía las veces de jefe de familia, y era el administrador del poco dinero que tienen. ¿Qué harán, especialmente las mujeres y los niños, sin recursos ni documentos y sin amparo alguno? ¿Comprende usted mi suplicio al no poder ir a verlos en estas circunstancias?

Mi familia vivía en un pueblecito cercano a Bruselas. Al día siguiente de salir yo de La Panne, todos los extranjeros tuvieron que ir a la policía a registrar sus nombres. Como mucha gente había perdido su documentación en aquel desastre, la policía no fué demasiado exigente, y mi esposa pudo dar un nombre falso con el que le extendieron un certificado. Luego se ocultó con nuestros dos hijos en casa de unos parientes, de donde no salió en mucho tiempo.

Me despedí del cónsul, lleno de tristeza. Aquel mismo día quedaban siete mil francos justos en la caja común, con los que teníamos que alimentarnos cuarenta personas y pagar las rentas de nuestras habitaciones. No había más que para una semana. Subí a un tranvía pensando en estas cosas, y cuando pagué el billete recordé que en mi bolsillo tenía escasamente veinte francos, y que había muchas probabilidades de que no pudiese pagar aquel mes mi pensión. Llegué a casa todo apesadumbrado.

—Ya llega M. Alvarez, ya llega . . . —oí que gritaban alegremente los dos nietos de Madame de Tirlemont a quienes correspondía pasar aquella semana en casa de la abuela. Cuando oían sonar el timbre dos veces, sabían que era yo y salían a la puerta a buscarme. No sé por qué aquellos niños sentían por mí una especial predilección, y yo jugaba con ellos pensando que lo hacía con mis hijos.

—Para ser soltero es usted muy amante de los niños —solían decirme.

—Es que me recuerdan a mis sobrinos a quienes quería mucho —les contestaba yo.

Muchas veces me pidieron que les describiese cómo eran mis sobrinos, y yo les hacía el retrato completo de mis hijos. Cuando me preguntaban por mi cuñada, entonces le tocaba el turno a mi mujer.

—Cualquiera diría que está usted enamorado de ellos —me decían.

—Es que la distancia hace querer más —solía contestarles.

Así transcurrían las veladas en compañía de aquella admirable familia, que cada día que pasaba me distinguía con un

afecto más entrañable. Aquella noche estaban todos muy alegres porque se les había arreglado un asunto económico que les traía muy preocupados. Siempre que había algún motivo de regocijo, Madame de Tirlemont abría unas botellas de un excelente borgoña que guardaba en la bodega, y así lo hizo para la cena de aquel día.

—¿Y cómo van sus asuntos, M. Alvarez? —me preguntó Madame de Tirlemont.

—Muy bien, señora, muy bien.

—Usted es un hombre afortunado. Siempre le van las cosas bien y siempre está usted alegre.

—Hoy tenemos que brindar para que M. Alvarez haga un feliz viaje a América —propuso una de las hijas—. Porque me parece que nos va a dejar pronto.

—Aun no tengo nada decidido —le contesté—, pero pudiera suceder que el día menos pensado se me ocurriese preparar el viaje.

—Hará usted muy bien, porque aquí las cosas se están poniendo cada vez peor. Además, seguramente que su familia le reclamará. ¿No ha tenido usted últimamente noticias de ella?

Yo saqué seriamente una carta del bolsillo y les dije:

—Precisamente hoy me han entregado en mi Consulado una carta de mi hermano en la cual me riñe porque sigo en Europa.

Pero la curiosidad femenina no quedó satisfecha hasta que leí aquella carta, que naturalmente era apócrifa. Había mandado imprimir en Amberes unos pliegos en papel de avión con el membrete de Antonio Alvarez Lastra, mi supuesto hermano. Hacía ver que éste me escribía a través del Consulado, en cuyas oficinas recogía sobres llegados de Panamá pasados ya por la censura, sobre los cuales escribía a máquina "Para Don José Andrés Alvarez Lastra". Dentro de ellos metía la carta escrita por mí, y firmada por mi supuesto hermano Antonio. De esta manera se enteraron en aquella familia, como más tarde en la Gestapo, de que mis familiares panameños me reñían por mi locura de quedarme en Europa, que habían hecho gestiones en el Ministerio de Relaciones Exteriores para que me

otorgaran un cargo diplomático en el Oriente, aunque preferían que volviese a América, que mis negocios en Venezuela prosperaban, y en fin, cuantos detalles podrían ayudarme en un caso de apuro.

—¿Ves, mamá, cómo M. Alvarez es diplomático? —dijo Renée, que era la que sostenía siempre esta teoría.

—No lo soy —le repliqué—. Lo que sucede es que deseo conocer el Oriente para continuar mis estudios, y con ese cargo diplomático podría hacer el viaje más fácilmente.

—¿Pero por dónde irá usted?

—Atravesando Alemania, y luego Rusia por el transiberiano, hasta llegar al Japón.

—¡Qué suerte poder hacer un viaje tan interesante! Es usted un hombre afortunado. ¿Por qué no nos consigue unos visados a nosotras? Por vivir en paz yo estoy dispuesta a vivir hasta entre japoneses.

No se me olvidará fácilmente aquella cena en septiembre de 1940, en la que tuve que ahogar el dolor a fuerza de risas engañosas. Un día se enterarán aquellas inolvidables amigas de que era muy cierto lo que Madame de Tirlemont me dijo en una ocasión:

—Usted, M. Alvarez, es uno de los caracteres más alegres que he conocido, pero me da la impresión de que ha sufrido mucho en esta vida.

Lo que no era verdad era el motivo de mis penas, que ellos atribuían a contrariedades amorosas, y que yo les dejaba decir, para disfrazar la tragedia de mi vida.

Separado de mi familia, detenido en la cárcel mi hermano que la cuidaba y dirigía, en constante peligro yo de ser detenido, y con veinte francos en el bolsillo, aquella noche levanté mi copa de borgoña para brindar por "M. Alvarez el siempre afortunado". Y mientras sonreía ocultando mi pesadumbre detrás de aquel grotesco bigote, no pude menos de recordar aquella canción popular de mi tierra:

Begiak barrez barrez,	Los ojos riendo riendo,
Biotza negarrez...	Y el corazón llorando...

Gabarras y aviones

El paseo favorito del Cónsul y mío solía ser el puerto de Amberes. Aunque estaba prohibido el acceso a los muelles, podíamos darnos cuenta de su absoluta paralización. Los escasos buques mercantes que llegaban eran alemanes, que venían a llevar cosas para Alemania sin dejar nada para los belgas. Lo que seguíamos con más interés eran los preparativos para la anunciada invasión de Inglaterra. A lo largo del gran canal de Amberes hasta llegar al mar, había muchas gabarras incautadas por los alemanes. Trabajaban en ellas febrilmente preparándolas para conducir tanques y tropas. Muchas de ellas tenían cortada la proa, la cual era sustituída por una puerta metálica ajustable al lugar de desembarco. Abierta la puerta, el tanque podía salir por sus propios medios. A las gabarras les ponían motores que les permitían navegar con bastante velocidad.

—¿Usted se da cuenta de la enorme cantidad de gabarras que se necesita para una operación de esta naturaleza? —decía yo al Cónsul—. No puedo comprenderla sin la ayuda de una potente escuadra, y esa no la tienen los alemanes.

—No se fíe —me replicaba el Cónsul—. Conozco bien a esta gente, y cuando se deciden a hacer una cosa no cejan en el propósito. Además ¿se da usted cuenta de los miles de gabarras que hay en Amberes solamente? La anchura del Canal de la Mancha es tan corta, que bastarían unas cuantas horas de una de estas oscuras noches de otoño para atravesarlo.

—Lo que usted quiera, pero yo no veo la posibilidad de un desembarco sin escuadra.

—¿Y la aviación?

—Por sí sola no basta para realizar la invasión de una isla como Inglaterra, que seguramente estará bien defendida. Es la fortaleza que han guardado los ingleses con mayor cuidado. Desde Guillermo el Conquistador hasta nuestros días han fracasado todas las tentativas.

—Mire usted —me dijo el Cónsul— esa gabarra lleva un cañón antiaéreo.

Las gabarras subían el Escalda desde la parte del mar. Indudablemente preparaban la invasión de Inglaterra.

Por las noches yo solía oír la radio inglesa con toda clase de precauciones para no comprometer a la familia Tirlemont, pues estaba terminantemente prohibido por las autoridades de ocupación. En aquellos días de septiembre, los ingleses daban cifras muy grandes de aviones alemanes derribados, y los alemanes por su parte hacían lo mismo al referirse a los ingleses. Pareciéndome las cifras exageradas, quise averiguar lo que había de cierto en ello. Mis confidentes conocían a unos obreros que trabajaban en una fábrica de reparación de aviones montada por los alemanes, los cuales les informaron de que el número de aviones averiados era muy grande, a causa de la metralla de las defensas antiaéreas y de las ametralladoras de los cazas ingleses. Aquellos días había aumentado el número de aviones averiados, sucediendo lo mismo en la sección de motores. Esta explicación me pareció acertada. Son muchos los aviones que se deterioran y que prácticamente quedan fuera de combate, así como siempre el número de los derribados es menor del que señalan los partes oficiales.

De todas formas, por las observaciones que hice en Alemania, tengo la impresión de que la escuadra aérea alemana quedó muy quebrantada por la ofensiva contra Inglaterra. De aquí dos conclusiones importantes: Primera, que la producción de aviones alemanes nunca alcanzó las cifras extraordinarias que suelen barajarse (y esto pude comprobarlo más tarde), y segunda, que una ofensiva aérea prolongada agota las disponibilidades, más que por la pérdida de aparatos, por las averías que se les ocasionan.

Llegó el mes de octubre y continuábamos yendo de paseo al muelle. Seguíamos viendo gabarras, pero éstas en vez de subir el Escalda como antes, descendían para ser amarradas en los muelles. Pudimos observar que de muchas de ellas estaban desmontando las plataformas para cañones y las torretas metálicas de protección. Era indudable que la invasión había

fracasado. Recordé entonces aquellas palabras de Hitler en su *Mein Kampf*, cuando refiriéndose a los ingleses dice que éstos, siempre han dado "lo más noble de su sangre nacional" para defender su territorio. Por lo visto seguía siendo verdad y Hitler no lo había olvidado.

Un proyecto de fuga que no se realiza

Después de nuestros paseos generalmente solíamos recalar en el Consulado, aunque a veces nos sentábamos en uno de los cafés cercanos a la Estación a tomar un vaso de cerveza o un poco de té que aun quedaba. En cierta ocasión hasta nos atrevimos a entrar en el Hotel Century, que estaba siempre lleno de oficiales alemanes. Pero no volví a repetir la hazaña, pues, como me dijo el diplomático colombiano y buen amigo Melguizo —que fué quien trajo a mis amigos de América las primeras noticias de donde me hallaba— el tercer mes de ocultación suele ser el más peligroso, porque uno cree que ha pasado el peligro, y comienza a cometer imprudencias.

Por aquellos días pasé bastantes malos ratos. A un campo de aviación cercano a nuestra casa habían llegado abundantes aparatos, y los ingleses, que por lo visto lo averiguaron, bombardearon el aeródromo aunque débilmente. La policía militar alemana empezó las investigaciones en las casas de alrededor. Afortunadamente cuando le llegó el turno a la nuestra yo me hallaba ausente, y la sirvienta de la casa se limitó a dar los nombres de la familia Tirlemont olvidándose del mío. A los extranjeros que encontraron por allí les llevaron a la Policía sometiéndoles a minuciosos interrogatorios, lo que, en mi caso, hubiese sido muy comprometido.

El Cónsul y mis amigos comenzaron a inquietarse y consideraron que debía abandonar Amberes lo antes posible. Uno de ellos, que estaba en relación con un miembro de los Servicios de Inteligencia ingleses, me propuso fugarme a Inglaterra.

—¿Pero, cómo? —le pregunté.

—En un avión inglés —me contestó—. No es la primera

vez que se ha hecho. Yo les he planteado su caso como el de una personalidad política en peligro, pero sin decirles su nombre. Sabrá usted con media hora de anticipación el lugar donde le esperará el avión.

—Conforme —le respondí—, pero como en estos asuntos hay que moverse con mucha cautela, considero prudente realizar primeramente una prueba. Usted dirá a ese agente que envíe a Londres un aviso que yo le entregaré redactado en forma. Una vez que recibamos la contestación, yo daré mi aceptación definitiva.

El aviso en cuestión era una nota redactada con términos vascos y franceses, con el fin de dar cuenta de mi situación a la Delegación Vasca de Londres, al mismo tiempo que les rogaba se enterasen de la conveniencia del viaje. El escrito fué entregado y se envió a Londres según me aseguró mi compatriota. Lo que no llegó nunca fué la contestación.

Tal vez lo de la aparición del avión salvador fué uno de tantos bulos que corrían entre la gente a medida que crecía la reacción antialemana. Con motivo de la fiesta del Armisticio se llegó a asegurar en Amberes que pilotos uniformados de la R. A. F. habían descendido audazmente y depositado una corona a los pies del monumento del Rey Alberto. Cierto es que aquel día se colocaron muchas coronas, que hubo incidentes y que el monumento fué acordonado por la policía, justamente en el instante en que yo pasaba por allí en aquel inolvidable tranvía número 7. Pero la fantasía y el buen deseo popular sobrepasaron la realidad. Todo ello denotaba, sin embargo, un cambio en la opinión.

Una discusión con los nacionalistas flamencos

Nuestra preocupación por la suerte de nuestros presos, hizo a mis amigos entrar en relación con algunos elementos del Partido Nacionalista Flamenco, los cuales simpatizaban con el movimiento de reivindicación vasca pero no aprobaban nuestra alianza con las democracias.

Un día accedí a acompañar a mis compatriotas a una de

las reuniones que celebraban con los nacionalistas flamencos para tratar de la manera de conseguir la libertad de nuestros amigos presos. Yo acudí como doctor en leyes americano que asesoraba a mis compatriotas en dicho caso. Entre los flamencos se hallaba uno de los jefes del movimiento.

—Tenemos la impresión —nos dijo uno de ellos—, de que sus compatriotas no serán trasladados a un campo de concentración, y mucho menos a España. Los alemanes están convencidos de que no se saca ningún provecho con entregar hombres a Franco para que sean fusilados. Además es una mala propaganda.

—Me agrada la noticia —contestó uno de mis amigos—. Lo que hay que conseguir ahora es que no sean llevados a prisiones lejanas, en caso de que no podamos ponerlos en libertad.

—Creo que no será difícil —interrumpió el jefe nacionalista flamenco—. Convénzanse ustedes de que siempre les irá mejor con los alemanes, por ser éstos los que mejor comprenden los problemas nacionales de los pueblos. Vean el caso de los eslovacos. En Berlín todas las nacionalidades —ucranianos, croatas, etc.—, tienen sus representantes que son muy considerados. Ustedes se empeñan en creer en las democracias, que no miran más que a sus propios intereses, y han abandonado a todo el mundo.

—Pero ¿no le parece a usted —contestó uno de los nuestros—, que hay que desconfiar aún más, de los regímenes que niegan las más elementales libertades humanas?

—Eso de las libertades humanas es un mito, amigo mío —añadió el flamenco—. Ustedes creerán, por ejemplo, que aquí, en Bélgica, nosotros vivíamos en un régimen de libertad. Y nada más lejos de la verdad. El sistema democrático, con toda su lacra parlamentaria, era un negocio del que disfrutaban ciertos grupos que lo acaparaban todo para su clientela. En repugnante contubernio socialistas, católicos y liberales, han venido monopolizando puestos, actas de diputados, carteras ministeriales, en una palabra, todo. A la juventud se le cerraban las puertas y todo quedaba entre un grupo de viejos profesionales de la política. Aquí no existía la libertad, sino una

enorme corrupción política al servicio de los intereses financieros. Y cuando ha llegado lo que tenía que venir, vean ustedes lo que ha sucedido: todos han huído al extranjero a vivir del oro belga depositado en América. ¿Ustedes creen que esto es decente y que esto es libertad?

—De acuerdo —contestó mi compatriota—, pero considero que todo eso es de orden interno, que posiblemente se pudiera haber resuelto entre ustedes sin entregarse a Alemania. A mi juicio han elegido ustedes un camino peligroso.

—Nada de eso. Hace falta un nuevo orden en Europa, y ninguna nación con más derecho que Alemania para instaurarlo y dirigirlo. ¿Ustedes creen todavía en Inglaterra? Pero ¿no ven que ha estado sometiendo pueblos hasta que no ha tenido más remedio que soltarlos? Sin ir más lejos, ahí tienen ustedes el caso de Irlanda. Convénzanse de que Alemania comprende mejor el problema de los pueblos. Inglaterra actúa siempre por cálculo, y al que es amigo hoy, mañana le traiciona por su conveniencia. ¿Qué ha hecho con ustedes mismos? Mientras Alemania ayudaba a Franco, Inglaterra les abandonó a ustedes, al mismo tiempo que trataba con Franco. Siempre lo mismo. No crean en ninguna clase de promesas de los ingleses.

—Todo cuanto usted dice sería convincente —replicó el vasco—, si Alemania hubiera respetado a Checoslovaquia, Polonia, Noruega y a ustedes mismos, por no hablar más que de los pueblos pequeños. Si hubiera sido, además, sincera con sus propias ideas?... Porque, quien después de engañar al mundo con el peligro comunista, llega, por su propia conveniencia, al pacto con Stalin, no tiene crédito ni garantía ante nadie, por muchas promesas que haga a los pueblos o a los individuos.

—Sí, el pacto con Stalin no nos ha gustado, pero ya sabe usted que la necesidad de ganar la guerra obliga...

—Si se admite el argumento de la conveniencia para los alemanes, no hay razón para que no sea aplicado a los demás... ¿Qué le parece a usted, señor Alvarez?

—En efecto —contesté aparentando una neutral prudencia—, éste es el gran problema, el de la falta de una norma moral en el orden internacional. Cuando los principios se apli-

can o no, según se trate de amigos o de enemigos, desaparece la confianza y se pone en peligro la paz. Hablar de la libertad de los pueblos y aplicarla sólo a los amigos, es hipocresía calculista que no conduce más que a nuevos conflictos. Y en este aspecto unos y otros tienen mucho de que arrepentirse. Ahora bien, yo suelo fijarme en los resultados prácticos. Alemania por lo general carece de sentido político en sus realizaciones, y la dureza de su ideología llevada a la realidad, suele quedar reducida al empleo de la fuerza como norma de Gobierno. En el caso inglés, y hablando en términos generales, tiene usted una realidad política que es el British Commonwealth, basado en la libertad; en la libertad de los hombres que pueden expresar sus opiniones, y en la libertad de los pueblos que se gobiernan a sí mismos en mayor o menor escala. Allí donde domina el genio alemán no existe esta libertad. Y aceptando los defectos de unos y otros, es preciso consignar esta diferencia. Por cierto, he leído estos días que hay proyectos de crear un Estado Flamenco, o por lo menos una administración autónoma. ¿La han consentido ya los alemanes?

—Le suplico que no toque ese punto —me respondió el jefe flamenco—, porque nos tiene más que preocupados. Esperamos que todo se arreglará, porque de lo contrario me temo que tendremos que empuñar los fusiles contra ellos.

—Pero ¿qué dice usted? —le replicó mi compatriota con asombro fingido.

—Así es; que esto quede entre nosotros, pero es verdad.

Después de palabras tan definitivas, nos despedimos de los flamencos.

Nueva táctica alemana para apoderarse de mí

Un día de octubre mi hermano se presentó en la casa donde habitaban los amigos vascos, a quienes relató todo lo que le había ocurrido.

Después de quince días de incomunicación total, fué interrogado por un oficial de la Gestapo.

—Usted es Juan de Aguirre, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Usted no es José Antonio de Aguirre?

—No, señor.

—Ya lo hemos podido comprobar. ¿Dónde está su hermano?

—No puedo decírselo, porque no lo sé.

—¿No tiene usted noticias de él, desde que salió de París y atravesó la frontera francobelga?

—Estuve con él en la frontera, pero a fines de mayo se marchó y desconozco donde pueda encontrarse ahora exactamente.

—¿Es que lo sospecha usted? ¿Dónde cree que puede encontrarse?

—Probablemente en Inglaterra.

—Nos lo figurábamos, a juzgar por algunas confidencias recibidas.

Después de un rato de silencio el oficial le mostró una fotografía, diciéndole:

—Dígame, ¿quién es éste?

Era el retrato de un individuo en mangas de camisa y pelo alborotado, de esos tipos que se fotografían en momentos de revuelta callejera. Mi hermano, que es hombre de temple, pensó rápidamente cuál pudiera ser la razón de presentarle el retrato de un tipo desconocido, y contestó categóricamente que no le conocía.

—¡Cómo que no le conoce usted! —le replicó el oficial—. Este es José Antonio de Aguirre.

—Si conoceré yo a mi hermano... Este señor no es José Antonio de Aguirre.

Y sacando su cartera —que mi hermano conservaba inexplicablemente, pues al ser detenido fué despojado de todo lo que llevaba en los bolsillos— le enseñó una foto que llevaba en ella.

—Mire, aquí tiene usted a mi hermano.

Se trataba de una fotografía que me tomaron en una de las visitas que hice a nuestras tropas en el frente, durante la guerra civil. Vestía boina, botas altas, chaqueta de cuero con

correaje y arma corta. De aquella foto, a la figura del doctor Alvarez bigotudo y con gafas, mediaba un abismo. El oficial la miró detenidamente y le dijo:

—¿Me permite guardarla?

—Con mucho gusto.

—Su hermano tiene 34 años, ¿no es así?

—No, señor, tiene 36.

Mi hermano pensó que la Gestapo seguía la pista de algún individuo a quien habían confundido y se tranquilizó. El oficial adoptó un tono amable y grave al mismo tiempo:

—Es una verdadera lástima que no sepamos el paradero de su hermano, porque tenemos interés en llegar a él. Se trata de una orden de Berlín. Las autoridades superiores desean hablar con él, y con urgencia.

—Pues como le he dicho, lo más probable es que se encuentre en Londres.

—Bien, queda usted en libertad, pero tendrá que presentarse en esta oficina dos veces por semana. Además, no podrá usted salir del término municipal de su domicilio sin nuestro permiso. No lo olvide, porque toda infracción será castigada severamente, y tenga en cuenta que se le vigila.

Rápidamente llegaron hasta mí todos los detalles del interrogatorio. Si antes vivía separado en absoluto de los míos, ahora tenía mayores motivos para ello.

—La cosa está clara —me dijo uno de los confidentes—. Quieren usar a Juan de gancho. No han creído sus declaraciones y ahora esperan sorprenderle algún día con usted.

—Está visto —contesté yo—, que tengo que tomar una decisión radical y marcharme. Si caigo en poder de los alemanes la reclamación de Franco no se hará esperar. Aquéllos me entregarán, y Franco me mandará al otro mundo después de haber pasado por el pelotón de ejecución.

—Por cierto —dijo uno de los amigos—, me han informado de que días atrás en el Consulado Español, el representante de la Falange, un tal Ruiz, declaró que aunque por el momento usted se les había escapado, estaba aún en territorio ocupado, y que no era posible su fuga a Inglaterra. Añadió Ruiz que

con usted no había que repetir el error que se cometió fusilando a Companys, y que cuando fuese detenido, la Gestapo se encargaría de hacerlo desaparecer sin dejar rastro.

—Nada me extraña lo que me dicen —contesté—, pero yo tengo dos motivos contradictorios que aconsejan mi rápida salida de aquí. El primero es que me busca la policía tal vez con intenciones de hacerme desaparecer, y el segundo, es que quizá se me busque por motivos políticos, y que no sea inexacta la afirmación del oficial a mi hermano de que se trataba de una orden de las autoridades superiores que quieren hablar conmigo. Quienes han firmado un pacto con Stalin son capaces de todo. Su política oportunista y fría no repugna el tratar con sus adversarios, si con ello pueden derivarse ventajas para su causa. Ya oyeron ustedes lo que dijo el directivo flamenco el otro día. Representantes de varios pueblos en los que existe un problema de reivindicación nacional, viven en Berlín, y gozando seguramente de consideraciones extraordinarias. Son cartas que las jugarán o no, pero que las guardan en reserva.

—Tiene usted razón —me contestaron.

—Poca o mucha, nosotros representamos una fuerza en la Península Ibérica, y teniéndome a mí en rehenes, saldrían declaraciones, manifiestos e instrucciones a los vascos, que como comprenderán no necesitarían mi firma. Por este motivo, más aún que por el primero, tengo que tomar una decisión rápida. Nosotros no podemos aceptar ni tan siquiera la insinuación de una cosa semejante. Nuestra causa no es de cálculo, sino de lealtad a unos principios seculares entre nosotros.

Y nos despedimos. Yo me dirigí al Consulado Panameño donde hablé largamente con el Cónsul, exponiéndole el caso y examinando las soluciones posibles.

—La tierra se le está haciendo caliente —me dijo usando una frase favorita suya—, y es preciso buscar una solución. Déjeme pensarlo unos días, pero le repito que la tierra se le está haciendo caliente.

Afortunadamente mis documentos habían ido completándose, y ya tenía en mi poder el pasaporte panameño definitivo

a nombre del doctor José Andrés Alvarez Lastra. El único inconveniente era que la fecha de dicho pasaporte era posterior a la entrada de los alemanes en Bélgica. No pudo hacerse de otra manera, porque el provisional con el cual me dieron la carta de identidad belga, estaba fechado en junio de 1940.

El otorgamiento de dicho pasaporte dió lugar a una escena que no olvidaré. El Cónsul de Venezuela doctor Araujo había recibido un telegrama de su Ministro señor Gil Bornes, en el que se le ordenaba nos diese los visados tanto a mí como a mi mujer. Cuando se disponía a hacerlo, el Cónsul de Panamá señor Guardia Jaén le interrumpió:

—Usted dará el pasaporte a la señora, pero, como Alvarez es una creación mía, no puedo renunciar a la satisfacción de completar la obra. Usted tendrá el pasaporte de Panamá y que Araujo entregue el de Venezuela a su señora.

—Yo no sé qué admirar más en ustedes —les dije—, si su desinterés y afecto o la generosidad y sentido de responsabilidad que están demostrando. Créanme que estoy emocionado, porque veo que los hombres de América aun conservan las grandes virtudes que desgraciadamente van desapareciendo de Europa. No sé cómo expresarles mi agradecimiento.

Allí discutimos largamente el nombre que habíamos de confeccionar para mi esposa. Examinamos cuidadosamente hasta los menores detalles, y muy especialmente el peligro de la inconsciente indiscreción de los niños. Decidimos que mi mujer se llamaría en adelante María Arrigorriaga, y que su nuevo estado sería el de Viuda de Guerra. En boca de los niños Aguirre y Guerra podían tener un sonido parecido para oídos extranjeros. Mis hijos tienen nombres vascos: Aintzane, que en castellano quiere decir Gloria y Joseba que es sinónimo de José. En adelante, pues, serían Gloria y José, como súbditos venezolanos que eran. Les engañamos diciendo que estos nombres eran una traducción en lengua extranjera de los suyos, y que tenían que aprenderlos bien para poder viajar. A pesar de no tener más que cinco y dos años, fueron un modelo de discreción en todo momento; en sus pequeñas almas presentían el peligro que nos acechaba.

Decido marchar a Alemania

Días más tarde, era a principios de noviembre, me llamó el Cónsul señor Guardia Jaén con cierta urgencia.

—¿Quiere usted venir a Alemania conmigo? —me preguntó de sopetón.

—¿Qué está usted hablando? ¿A Alemania? Pero ¿cómo?

—Yo tengo que ir a ver al médico que me trató hace unos años y se viene usted conmigo.

—¿Atravesando la frontera? Y ¿con qué permiso?

—Lo pediremos. ¿No es usted panameño? ¿Es que un panameño no puede ir a Alemania?

—Tiene usted razón. Acepto la aventura. Lo que no creo es que obtengamos el permiso. ¿Se da usted cuenta que hay que pedirlo en la Komandantur y de que es necesario el visto bueno de la Gestapo?

—Pues esta es una oportunidad que a mi juicio no podemos desperdiciar —me dijo.

—Es usted un gran hombre, Guardia —le contesté—. Ya sabe usted que yo no doy un paso atrás cuando tomo una resolución. Pero sería lamentable que, por extremar su generosidad hacia mí, tuviera usted un serio disgusto.

—Mire usted, a mí lo más que me harán será expulsarme de aquí, y con ello tal vez me hagan un favor. Pero a usted le fusilarían; y si no andamos listos me temo que el día menos pensado lo apresen. Mañana tengo que ir a Bruselas e intentaré sacar el permiso para usted. Déme su pasaporte.

Se lo di y marchó a Bruselas. Cuando volvió, al cabo de unos días, me dijo:

—No me ha sido posible obtener el permiso. Tiene usted que presentarse personalmente en la Komandantur.

—Es natural —le contesté—. Pero ¿por qué iban a darle a usted un permiso semejante, saltándose las formalidades y trámites que exigen a todo el mundo?

—Lo siento, porque yo precisamente quería evitar su presentación. Estos alemanes son terribles cuando entran en sos-

pechas. Le harán un interrogatorio tan minucioso que al fin caerá usted en el lazo. Le preguntarán dónde se hizo usted las camisas, dónde compró el sombrero, por qué usa gafas... He vivido muchos años entre ellos y los conozco bien.

—No se apure; lo tengo todo preparado, hasta lo de las camisas. Ya sabe usted que no hay en mi ropa ningún indicio de su procedencia.

—Vamos a ver —añadió el Cónsul—. Usted suele explicar que la víspera de la entrada de los alemanes llegó a Bruselas. ¿Dónde pasó esa noche?

—Pues usted lo verá. Lea esta tarjeta.

El Cónsul la leyó en alta voz: —"Vizconde de Bovigny de Salles..." Y ¿quién es este señor?

—Es un Vizconde belga, antiguo amigo nuestro, quien está ya advertido de que en caso de una investigación policial, declarará que dormí en su casa la noche del 9 al 10 de mayo. Por otra parte, tengo todo arreglado para que en el número 5 de la calle Quintin Bochard de París, digan que estuve viviendo allí antes de venir a Bélgica. Luego se pierde mi pista, porque consta, aunque no es cierto, que yo llegué a Cherburgo a fin de julio del año pasado, a bordo del *Empress of Britain*, que ahora está en el fondo del mar.

—¿Y las cartas?

—¿Las de mi supuesto hermano Antonio? Aquí las tengo, dispuestas a toda clase de pruebas.

De esta manera fuimos examinando minuciosamente todos los detalles que pudieran comprometerme. Y una vez ultimado el plan, nos dispusimos a comparecer ante la Gestapo.

Nuestro amigo el doctor Araujo vivía en Bruselas; solía obsequiarnos espléndidamente en su vivienda, las contadas veces que fuí a la capital de Bélgica. Como por las noches todo estaba apagado, incluso los trenes, a causa del *blackout*, las probabilidades de ser reconocido eran mucho menores. Cuando aparecimos aquella noche en casa del doctor Araujo y le dijimos que íbamos a presentarnos a la Gestapo para pedir un permiso de entrada en Alemania, primero nos miró con ojos de asombro, y luego prorrumpió en una de aquellas carca-

jadas tan características suyas, con las que parecía querer decir: "De ésta terminamos todos en un campo de concentración."

En una ocasión en que fuimos a cenar con el doctor Araujo, su risa estuvo a punto de provocar una catástrofe. Estaba invitado un muchacho venezolano que estudiaba ingeniería en Lieja. Era ardiente partidario del Eje, cosa corriente entre los jóvenes sudamericanos que se educan en ambientes influídos por la propaganda alemana. Era un tipo delgaducho y débil, y por su desgracia hizo amistad con los pelotaris vascos que actuaban en el Frontón de Bruselas. Relataba con mucha gracia, el enorme apetito que se había desarrollado en aquellos atletas a causa del racionamiento. En una cena que celebraron con abundantes viandas que los pelotaris sacaron de no sé dónde, el venezolano pretendió comer y beber con la copiosidad que lo hicieron los vascos, y tuvo que ser llevado en hombros a casa.

—Si sigo alternando con ellos —dijo— termino en el camposanto.

—Y ¿qué tal son esos vasquitos? —le preguntó Araujo intencionadamente.

—Excelentes muchachos —respondió el venezolano—, pero antes los mata usted que hacerlos cambiar de idea. Ahora están muy preocupados, porque como Franco ha fusilado al Presidente catalán, temen que le ocurra lo mismo al suyo. Y la verdad es que el Presidente vasco ya puede andarse con cuidado.

El doctor Araujo que me miraba a los bigotes sin poder aguantar la risa, terminó por soltar una estrepitosa carcajada. al mismo tiempo que se echaba para atrás en su butaca.

—Pero ¿de qué se ríe el doctor? —preguntó escamado el estudiante.

—Sea discreto —le contestó el Cónsul Araujo— y déjese de preguntas. Pero dígame, como usted frecuenta la Embajada y el Consulado español, sabrá qué impresión hay acerca del paradero de ese Presidente vasco que ha nombrado.

—Unos dicen que está en Inglaterra —contestó el estudiante—, otros que en Méjico, y otros que en Francia.

Durante toda la cena yo no contesté más que con breves

palabras a las preguntas que se me hicieron, pues aunque me esforzaba por hablar con acento americano, en una conversación larga delataba sin querer que aquella pronunciación era forzada. Terminada la cena, el doctor Araujo acompañó al estudiante hasta la puerta, y cuando volvió nos dijo:

—¿Saben ustedes lo que me ha preguntado? Pues a ver quién es ese bicho raro que no habla más que por monosílabos.

—¿Y usted qué le ha contestado?

—Pues que algún día se lo diré, y que entonces se va a reír mucho.

Una vez solos, fraguamos nuestro plan de visita a la Komandantur, aunque el lugar donde nos hallábamos no era muy propicio para ello, pues toda la casa estaba ocupada por militares alemanes, y precisamente en el apartamento contiguo al del doctor Araujo vivía un capitán al servicio de la Gestapo.

Me presento a la Gestapo

La oficina de Permisos y Visados de la Komandantur se halla en un entrante que la Avenida Louisse hace frente al Gran Hotel, que era el cuartel general de las autoridades alemanas de ocupación. Allá nos fuimos el Cónsul Guardia Jaén y yo a la siguiente mañana.

Comenzó mal nuestra visita, porque mi buen Cónsul tuvo un altercado con un cabo de servicio que pretendió echarnos de malas maneras del salón en el que entramos sin permiso de nadie. Nos quiso introducir en una habitación llena de público de la que no hubiéramos salido nunca. Como seguían discutiendo, dije al Cónsul:

—Debe decirle que es usted el Cónsul de Panamá.

—Déjeme obrar, que conozco bien como hay que tratar a esta clase de gente. Al lenguaje duro de estos tipos hay que contestar en el mismo tono.

Al ruido de la discusión acudió otro soldado que con modales correctos preguntó lo que sucedía. El Cónsul se lo explicó, y luego le dió su tarjeta que el soldado pasó al despacho del Jefe.

—¿Lo ve usted? —me dijo el Consul—. Todo se ha arreglado porque he hablado reciamente.

—No cabe duda —le contesté—, pero mejor será que no sigamos por este camino, porque no está el horno para bollos.

Al poco rato nos hicieron pasar al despacho del encargado de los visados. Era un oficial de unos cincuenta años, de ceño duro y de aspecto reservado y hosco, tipo característico de militar prusiano. No se levantó de la butaca, ni nos invitó a sentarnos.

El Cónsul le recordó la visita que le había hecho la última semana, y luego me presentó como a compatriota suyo que deseaba pasar por Alemania para llegar a Suiza.

—¿A Suiza? —dijo el Oficial—. Eso no se puede conceder aquí.

Examinó detenidamente mis pasaportes al mismo tiempo que me miraba de hito en hito. Luego leyó la hoja de solicitud que hicimos en Amberes y que firmada por el Cónsul en mi nombre le había presentado en la anterior visita. Detalle que conviene destacar, porque yo nunca firmé ningún documento.

El Oficial tomó un lápiz rojo y empezó a subrayar palabras en la solicitud: primero mi nombre, después la fecha del otorgamiento del pasaporte (posterior a la entrada de los alemanes en Bélgica) y, finalmente, el nombre del Cónsul. Estas operaciones las hizo con parsimonia y solemnidad. El Cónsul me miraba y yo a él, conteniendo nuestra emoción. Yo no perdía de vista la punta del lápiz y me esforzaba para dar sensación de tranquilidad.

El Oficial rompió aquel agobiante silencio:

—Su pasaporte será visado porque es diplomático —dijo al Cónsul—, pero el de este señor tiene que pasar a la Policía para la correspondiente investigación.

Inmediatamente nos dimos cuenta del peligro que aquello suponía, pues era poner a la Gestapo en mi pista. Pero el Cónsul no se amilanó y le dijo con tono autoritario:

—Recuerde que el día pasado me dijo usted que lo único que hacía falta para el otorgamiento del visado del señor Alvarez, era el que se presentase aquí. Por eso ha venido.

El Oficial se levantó y respondió secamente:

—Le he dicho que este caso tiene que ser investigado por la policía, y yo no puedo infringir las órdenes que se me han dado.

—Entonces ¿por qué no dijo usted nada de eso el día pasado? —le replicó el Cónsul con mayor energía. Esto nos obliga a aplazar nuestro viaje.

—Ya le he dicho que usted puede irse a Hamburgo, pero este señor todavía no. Vuelvan dentro de tres días.

Y sin más explicaciones se volvió a sentar y continuó su trabajo sin siquiera despedirnos. Ya en la calle me dijo el Cónsul:

—Ya ha caído usted en las garras de la Gestapo. Está usted perdido. E imbécil de mí, he sido yo quien le ha empujado a la trampa. Tiene usted que fugarse inmediatamente.

—La cosa no me parece tan grave —le dije—. Por de pronto nos han dejado salir a la calle, que ya es algo, y luego nos han dicho que volvamos dentro de tres días. Si tienen normas establecidas para estos casos como nos consta, ¿qué tiene de extraño que me las apliquen a mí también? Además, yo le aseguro que por mucho que investiguen, no podrán averiguar nada sospechoso.

—De todos modos, el próximo domingo vendré yo solo y usted se quedará en Amberes. Y considero prudente que se oculte usted, pues pueden presentarse en su casa en cualquier momento.

—Pero ¿no ha dado usted la dirección del Consulado por si tienen que avisarme algo?

—Es verdad.

—En ese caso irán al Consulado antes que a ningún otro sitio. Además en la hoja no consta mi verdadero domicilio, ni en ella está mi firma. Si van al Consulado a preguntar por mí, tendremos tiempo para preparar lo que sea más conveniente.

Instintivamente nuestras piernas nos llevaron a la estación. No teníamos ni humor para despedirnos del doctor Araujo. Sentados en el tren, alumbrados tenuemente por las luces azuladas, seguimos dando vueltas al tema de nuestras preocupaciones.

Al día siguiente, extremando las precauciones, llegué al Consulado.

—Pero ¿para qué viene usted? —me preguntó el Cónsul tan pronto como me vió—. Es usted un imprudente.

—Pues, sencillamente, vengo a decirle que el domingo volveré con usted a la Komandantur. Usted me salvó, usted sigue sacrificándose por mí, y es mi deber correr todos los riesgos con usted.

—Es usted un hombre —me dijo el Cónsul abrazándome.

Y le expliqué mi plan para la próxima entrevista en la Komandantur, en que iba a poner en práctica un ardid de tipo psicológico.

De nuevo en la Komandantur

El domingo por la mañana nos dirigimos de nuevo a la Komandantur. Llegamos temerosos, pero decididos. Documentos, cartas, papeles, todo estaba preparado por si tenían que entrar en acción.

Nos pasaron al despacho del Jefe del Departamento, el cual nos presentó a dos oficiales que eran quienes se iban a ocupar de mi asunto. Mientras uno de ellos me observaba en silencio, el otro nos saludó en correcto francés. El oficial prusiano que nos había recibido el día anterior, trajo mi pasaporte y la hoja de solicitud, saludó a los oficiales y se marchó. Estos eran unos tipos muy correctos, especialmente el que tenía categoría de capitán, que parecía francés, o por lo menos de la parte meridional de Alemania.

—Esta petición es muy extraña —comenzó diciendo el capitán—. ¿Se puede saber a que va usted a Alemania?

—Pues muy sencillo, mi capitán —le contesté—. Deseo llegar a Berlín para hablar con mi Ministro de un asunto personal que me interesa mucho.

El Capitán hizo un gesto de extrañeza, miró a su compañero y dijo:

—Bien, pero eso lo puede usted hacer por carta; es cuestión de pocos días. O ¿es que se trata de un asunto muy urgente?

—No, mi capitán —le respondí sonriendo—, no se trata de una cuestión de vida o muerte. Pero me creo en el deber de ser más explícito con ustedes. Parece que mi Gobierno quiere enviarme a un puesto diplomático en el Extremo Oriente. Traigo conmigo la carta de mi hermano en la que me lo confirma. Tarde o temprano tendré que ir a Berlín donde está nuestro Ministro, que será quien recibirá las instrucciones para mi traslado. Es cierto que puedo esperar aquí para recibirlas, pero quería aprovechar mi ida con el Cónsul por no tener que hacer el viaje solo. Además, mis conocimientos del alemán son muy escasos.

—Como mi viaje es por motivos de salud —terció el cónsul—, yo no puedo demorarlo muy a pesar mío. El amigo Alvarez me serviría de excelente compañía.

—Comprendo el caso —dijo el oficial, algo turbado ante el giro inesperado que había tomado la conversación—, pero estas cosas son tan difíciles . . .

—Me permite, mi Capitán —le interrumpí—. El caso es muy sencillo. Si ustedes me dan el permiso yo se lo agradeceré mucho, porque me habrán hecho un gran favor, pero si no puede ser —y yo comprendo muy bien las dificultades de un país en guerra—, entonces tendré que dirigirme a nuestro Ministro, porque seguramente tendrá instrucciones para mí, ¿no le parece, Cónsul?

Los dos oficiales se miraban cada vez más confundidos y el tono de la conversación iba haciéndose cada vez más cortés.

—Como se trata de un caso extraordinario —dijo el Capitán—, quizá no convenga molestar al señor Ministro. Si dependiese de nosotros estaría todo arreglado, pero como se necesita un permiso especial del Ministerio de Negocios Extranjeros, forzosamente tendrá que ser resuelto en Berlín.

—¿Pero cómo? —interrumpió el Cónsul—. El otro día nos dijeron que bastaba con una investigación de la policía, y ahora nos dicen ustedes que tiene que ir a Berlín.

—Lo sentimos mucho, pero es así.

—¿Cuántos días tardará el asunto en ser despachado en Berlín? —pregunté.

—Unos doce días —contestó el Capitán.

—Eso es mucho —añadí—. Siendo así ya no me interesa el viaje, porque de no hacerlo con el Cónsul, es preferible que lo arregle el Ministro. Lo siento, pues no quería molestarlo porque esta clase de asuntos siempre son enojosos.

—Me parece inútil que molesten ustedes al señor Ministro —respondió el Capitán—. Mire usted; cuatro días tardará nuestra carta en llegar a Berlín, otros tantos la contestación en llegar, y si calculamos que tomarán tres días para resolver, ahí tiene usted once días. Estoy seguro de que el Ministro no podrá hacer la gestión más de prisa.

Hubo una pausa que yo interrumpí diciendo:

—Casi será mejor dejar el asunto como está, y yo escribiré al doctor Villalaz, nuestro Ministro, en Berlín. Quizá él podrá evitarnos los trámites obligados en esta clase de gestiones, a pesar de la excelente disposición de estos señores.

Estas palabras las dije en castellano, pero despacio, dirigiéndome al Cónsul, después de pedir permiso al Capitán para hacerlo.

—Me parece bien —me contestó el Cónsul, adivinando mi intención.

Es preciso hacer constar que el Ministro doctor Villalaz, ignoraba en absoluto todos estos manejos y nunca había oído hablar del doctor Alvarez. Estábamos jugando con fuego.

—Voy a traducirle lo que he dicho, si me permite —dije al Capitán.

—No se moleste —me contestó afectuosamente—, porque conozco el castellano, y he entendido todo lo que acaban de decir.

El efecto que perseguía con mi estratagema estaba logrado. A partir de aquel momento el Capitán pasó a ser nuestro aliado, dispuesto a buscar una solución satisfactoria.

—Se me ocurre una cosa —dijo éste—. Vamos a actuar todos a la vez. Yo enviaré la petición a Berlín, y ustedes por su parte pueden hacer una indicación al señor Ministro para que active la tramitación en el Ministerio. Pueden ganarse unos días. ¿Qué les parece?

—Conforme con la idea transaccional, que es un pacto de alianza entre las partes contrarias, ¿no es así, Capitán? —le dije riéndome. Los dos oficiales se rieron a su vez.

—Yo también creo que es lo mejor —concluyó el Cónsul, al mismo tiempo que agradecía la atención de los oficiales de la temida Gestapo. Nos despedimos con todo afecto, deseándonos mutuos éxitos en la gestión.

Y. nos fuimos a almorzar, agotando los sellos de racionamiento, pues el paso dado bien merecía este exceso gastronómico. Nos sentíamos optimistas, pero al mismo tiempo empezábamos a sospechar.

—Me parece que esto marcha —dijo el Cónsul—. Desde que le conocí me pareció que era usted un hombre de suerte, y yo también lo soy.

—Pero ¿no le parece que han estado excesivamente correctos estos alemanes? ¿No estarán jugando con nosotros como nosotros hemos jugado con ellos? Y ¿si utilizan el telégrafo, pues ellos pueden hacerlo y nosotros no, y preguntan al Ministro por el doctor Alvarez y aquél contesta que ese nombre no le suena?

—Vamos a pasar unos días críticos, amigo Alvarez —me dijo el Cónsul—. Por si acaso mejor será que tenga todo preparado por si se ve precisado a huir.

—Como usted tiene ya el permiso para marchar, ¿por qué no se va inmediatamente a Berlín y advierte al Ministro lo que sucede? Tratándose de un caso de humanidad como éste, creo que no se negará a actuar en mi favor.

—Antes de que usted me dijera eso, lo tenía decidido —me contestó Guardia—. Además, si no lo hace por usted, que lo hará, porque el doctor Villalaz es un hombre de corazón, tendrá que hacerlo por mí, pues también yo estoy metido en la trampa.

Dos días más tarde mi Cónsul llegaba a Berlín y poco después recibí una carta suya anunciándome que el doctor Villalaz estaba ya advertido, y que se disponía a hacer todo lo que pudiera en mi favor. Decididamente Panamá es un pueblo de hombres de corazón, pensé.

Me otorgan el permiso

Habían transcurrido quince días. El 20 de diciembre recibí un aviso de la Komandantur convocándome para entregarme el permiso de entrada a Alemania. Aquel mismo día ponía yo mi firma al Manifiesto dirigido a los vascos, siguiendo mi costumbre de dirigirme a ellos durante las fiestas de Navidad. En aquel Manifiesto —que fechè intencionadamente en Londres—, excitaba a mis compatriotas a seguir luchando por la libertad. El documento salió de los dominios alemanes, atravesó Francia y los Pirineos, y llegó al País Vasco, donde se leyó y divulgó profusamente, sin que supiesen mis compatriotas que el firmante encaminaba sus pasos hacia la capital del nazismo.

Al día siguiente me fuí a la Komandantur y, de buenas a primeras, me pasaron a la antesala del despacho de aquel oficial prusiano que en la primera entrevista me impresionó por su rudeza. Una gran inquietud me embargó el ánimo. Pero esta vez me recibió con la sonrisa en los labios, parecía completamente transformado. Después de saludarme amablemente, e invitarme a tomar asiento, me dijo en mal francés:

—¿Irá usted a pasar las Navidades en Alemania, no es así?

—No, señor —le contesté—, pasaré las fiestas aquí despidiéndome de mis amigos.

—Pues yo ya tengo el permiso para pasar el Noël en casa, y saldré mañana para Alemania —me dijo lleno de gozo, probablemente pensando en la mujer y los hijos que le esperaban.

—Pues le deseo que pase unas fiestas muy felices en compañía de los suyos —añadí.

—Muchas gracias —me contestó con cierta emoción—. ¿Y cuánto tiempo de estancia ha pedido usted?

—Un mes —le contesté.

—¡Bah!, eso es muy poco. ¿Quiere usted que le ponga dos meses?

—Encantado y agradecidísimo.

Con esta sencillez recibí el permiso para permanecer en Hamburgo y Berlín hasta el 28 de febrero de 1941. Yo no salía de mi asombro. Aquello me parecía un sueño. Al verme en la calle, dirigí una mirada de agradecimiento al Cielo, porque para venir en mi auxilio había dispuesto hasta unas vacaciones para amansar a aquel oficial prusiano, que era mi preocupación.

¿Qué había pasado? Hoy todavía no lo sé, porque ni el Ministro fué llamado por nadie, ni a mí se me pidieron más explicaciones. Habíamos triunfado de la Gestapo, que, como toda organización humana, está sujeta a quiebras.

Y me fuí a casa, orgulloso y satisfecho con aquel trascendental documento en el bolsillo. Ahora sí que era un ciudadano panameño en toda regla. Y nada menos que purificado por las aguas de la Gestapo. Cuando mostré el permiso a la familia Tirlemont, todos se alegraron mucho y también lo sintieron, pues habíamos llegado a querernos con un afecto entrañable. Y durante la cena volvió a hacer su aparición el borgoña, para brindar por la futura felicidad del Dr. Alvarez.

Navidades

Desde que tuve en mi poder el permiso para entrar en Alemania, creció en mí el optimismo y una plena confianza en mí mismo. Y como llevaba mucho tiempo separado de mi familia, decidí ir a verlos. Iba a partir para una nueva aventura, que encerraba más peligros que todas las que había vivido hasta entonces, y sentía grandes deseos de despedirme de mi mujer, de mis hijos, de mi madre, de mis hermanos.

Era la tarde de Navidad, día en que todos los hombres sentimos la llamada del hogar. Tomé el tren y me fuí a Lovaina. Con emoción incontenible, con el temor de quien, habiendo salvado toda clase de obstáculos, puede comprometer el éxito por una última imprudencia, me dirigí a la casa donde vivían refugiados mi mujer y mis hijos con nombres falsos, al amparo de la documentación venezolana. Llamé a la puerta. ¡Qué lejos estaba mi mujer de suponer que el inesperado visitante era su marido! El lector podrá suponer la emoción de

ambos cuando nos encontramos frente a frente. Alegría y lágrimas, contento y preocupación, se mezclaron en aquel momento que tanto tenía de felicidad como de pena. No obstante la extrañeza de mis hijos, los tuve fuertemente apretados contra mi corazón durante un largo rato. Mi pequeño de dos años, no me reconoció a pesar de quitarme las gafas. Más tarde ya se convenció que era su *aitatxu* y me tiraba de los bigotes porque dudaba de su realidad.

Aquella noche nos sentamos toda la familia en torno de la tradicional mesa de Navidad. A pesar de la estrechez económica en que vivíamos y del racionamiento, la cena fué digna de los acontecimientos y no faltaron los vinos y los licores. Hasta la pobre Encarna, muerta en La Panne, tuvo su puesto reservado en la mesa.

Tanto habíamos sufrido, que aquella noche se desbordó nuestra alegría. Después de la cena, vinieron algunos amigos de mis hermanos y cuñados, y se organizó un animado baile. Entre los visitantes se hallaba un muchacho llamado Max, a quien me presentaron como a un amigo panameño, que por estar solo, había venido a pasar la noche de Navidad. Pero lo que más indignaba a Max era que el tal panameño había monopolizado a la viuda venezolana y que ésta ni tan siquiera quería bailar con él. Le expresó su descontento a uno de los hermanos de mi mujer, el cual le contestó:

—Se trata de un tipo que no nos gusta nada. Se apodera de nuestra prima venezolana, y ya ve, parece que le pertenece. Hasta nos ha anunciado que se queda aquí unos días, ocasionándonos un conflicto, porque no tenemos habitaciones para él. ¡Es un fresco!

—¡Lo que es un sinvergüenza! —contestó Max con indignación.

Mi cuñado lo calmó, y la fiesta no terminó como uno de esos sainetes en que las cosas no se arreglan hasta que se explican los equívocos. Y lo peor era que, en mi caso, no se hubieran podido explicar.

El 6 de enero volví a despedirme de mi familia, rumbo a un horizonte más desconocido que nunca.

—Hasta que Dios quiera —volví a decir como en La Panne. Y salí con el alma rota, hacia mi nuevo exilio, y obligado a vivir en soledad.

Aquella noche la pasé en casa del Cónsul de Venezuela en Bruselas, que como siempre me brindó hospitalidad y protección. Como a las 4.45 de la siguiente madrugada salía el tren; media hora antes bajaba yo por las avenidas desiertas. Un pelotón de soldados alemanes me cruzó en sentido contrario. Monté en el tren que poco tiempo más tarde se puso en marcha, camino de Alemania.

VI

DIARIO DEL DOCTOR ALVAREZ EN ALEMANIA

Cuando el doctor Alvarez tomó el tren que había de conducirlo a Alemania, se dijo a sí mismo: "Me parece que soy el primer hombre que, para huir de los nazis, se va a meter entre ellos. Esta manera poco corriente de salvar la vida, puede proporcionarme momentos de indudable interés." Y decidió hacer algo que nunca había hecho en su vida; escribir un diario. Claro está, que con ello faltaba a uno de los consejos que más repetidamente le habían dado. "Por Dios, no escriba usted ni un papel, y menos tome nota de lo que vea en Alemania —le habían implorado las personas que le querían bien—; sería una imprudencia que podría costarle la vida."

Pero el optimismo innato del doctor Alvarez le hizo olvidar tan sanos consejos, y ni por un momento se le ocurrió sacrificar la recopilación de tan curiosas observaciones, en aras de un peligro que él consideraba nada más que posible. ¿Es que el doctor tenía la desfachatez de no temer a la Gestapo? Asegurarlo sería ir demasiado lejos, pues siempre había considerado con cierto respeto a la tan famosa institución policíaca. A fuerza de fantasear sobre la Gestapo, la gente había terminado por atribuirle poderes casi sobrenaturales, opinión que el doctor Alvarez no compartía, a pesar de sus convicciones democráticas. "Son hombres como yo —se decía—; si fuesen espíritus ya sería otra cosa."

Su nueva personalidad había penetrado tan dentro de él, que casi llegó a convencerse de que era como no era. Los papeles que llevaba en la cartera le decían: "Tú eres Alvarez." El bigote lo proclamaba: "Este señor es Alvarez." El único *pero* eran las gafas. Cualquiera podía quitárselas y al ver que eran de cristal corriente le podía decir: "Usted no es Alvarez." Mas a pesar de ello, casi podemos asegurar que el fenómeno de reencarna-

ción se había realizado tan ajustadamente, que el doctor Alvarez estaba convencido de que no podrían confundirlo con José Antonio de Aguirre, librándose así de un fusilamiento fulminante.

Este Diario que el lector leerá en breve, fue el compañero fiel de toda la peregrinación del doctor Alvarez, y quien tal vez mejor conozca sus penas y satisfacciones, pues con él platicaba en la soledad de la habitación, que es cuando mejor nos florecen las espinas del alma. También el Diario tuvo sus aventuras, anduvo en bolsillos que no sabían lo que llevaban, pasó fronteras metido en un calcetín o dentro de la cabeza de una muñeca, y siempre tuvo que andar oculto porque era testigo elocuente de la metamorfosis, vicisitudes y engaños del doctor Alvarez. Y porque nada faltara, hasta se perdió un día, aunque afortunadamente fué recuperado. Pero el doctor Alvarez nunca podrá olvidar los malos ratos que le hizo pasar hasta que lo encontró. Desde entonces lo cuidó con más esmero que a un hijo travieso.

A más de uno podrá parecerle excesivamente sencillo este Diario. El doctor Alvarez podría haberlo salpicado con relatos terroríficos, a cuenta de la Gestapo, de hechos que no sucedieron pero que podían haber sucedido, mas ha preferido relatar simplemente su paso inadvertido por Alemania, sin exageraciones ni inventos. Porque al final, la verdad es la que forzosamente sale a relucir, y la única que perdura y tiene interés.

He aquí, pues, el relato de las emociones que el doctor Alvarez experimentó en Alemania a la sombra de la Gestapo.

7 de enero de 1941.

He pasado mucho frío en la estación de Bruselas. El tren de París traía una hora y cincuenta minutos de retraso. Un simpático maletero me ha entretenido hasta que ha llegado el tren, contándome las miserias de la clase humilde a causa del racionamiento y el alza de los precios. El maletero ha colocado mi menguado equipaje en un compartimiento en que viajaban tres oficiales alemanes. Venían dormidos, ocupando todos los

asientos. Al despertarse y ver que tenían que cederme un sitio, me han mirado con ese aire malhumorado tan característico de los viajeros de tren ante la irrupción de un nuevo compañero de viaje. Luego que he dejado de ser el "vecino inevitable" siempre molesto, han conversado conmigo, uno de ellos en francés. Le he dicho que era yo un americano admirador del pueblo alemán y les he ofrecido cigarrillos belgas. He preparado así su amistad para el paso de la frontera, que hemos hecho a las 2.30 de la tarde.

El militar que nos ha revisado los documentos me ha mirado con cierta extrañeza —¿habrá creído que mi bigote es postizo?— y luego me ha preguntado por el dinero que llevaba.

—Trescientos marcos —le he contestado—. Es la cifra máxima permitida para entrar en Alemania, y también la cifra máxima que las circunstancias me permitían a mí.

—¿A qué viene usted a Alemania? —me ha preguntado después.

He satisfecho su curiosidad diciéndole muy tranquilo:

—Voy a Berlín llamado por mi Ministro.

Vuelta a mirarme el bigote, y vuelta a examinar mi documentación. Luego le ha tocado el turno a mis deterioradas camisas, calzoncillos y calcetines. Por fin ha dado una orden en alemán, que según parece quería decir que me pusiesen el sello de entrada, pues un subordinado así lo ha hecho.

Los alemanes tienen un sentido reverencial de las categorías sociales, y con mi alusión al Ministro, he subido de categoría a los ojos de los compañeros de viaje. Han olvidado que les interrumpí bruscamente cuando dormían, y con tono afable me han hecho mil preguntas sobre América.

—¿Cuál es el estado de la opinión? ¿Entrará América en guerra?

Se ve que esto último les trae muy preocupados. Yo les he dado una información, todo lo veraz que puede ser viniendo de un informador que no ha estado nunca en América.

Hemos llegado a Colonia con un retraso de dos horas, y he tenido que alcanzar apresuradamente el tren para Hamburgo.

Con las prisas me he dejado la gabardina en el tren de Berlín, sensible baja en mi austera guardarropía. Luego me las he visto negras para hacer comprender a un maletero que quería poner un telegrama a mi Cónsul anunciándole mi llegada a Hamburgo. He fracasado en mis intentos. Pero un Oficial de Marina que ha entrado en mi compartimiento me ha servido amablemente de intérprete. He pagado el telegrama al maletero y el Cónsul lo ha recibido. Con esto saco una buena impresión del gremio de maleteros de Alemania.

El marino, que era un hombre de unos 45 años, de porte distinguido, me ha preguntado:

—¿Viene usted de París?

—No, señor, de Bruselas.

—Pues yo vengo de Brest.

—Ya veo que es usted de la Marina de Guerra y que tiene usted dos cruces. ¿Son de esta guerra?

—Una de ellas sí, la otra de la pasada. ¡La guerra, la guerra! —ha exclamado. Y luego rápidamente:

—¿Qué opina usted del curso de la guerra?

Yo he titubeado ante una pregunta tan comprometedora, y le he contestado midiendo las palabras:

—Que el mundo está asombrado de la rapidez con que terminaron ustedes con Francia el verano pasado.

—También nosotros —me ha interrumpido. Esta afirmación me ha extrañado.

—Ahora todo el mundo espera el asalto a Inglaterra —le he dicho.

—¡Ah, Inglaterra! . . . Inglaterra es muy fuerte, señor, muy fuerte.

—Pero Alemania lo es más —le he replicado.

—Inglaterra es muy fuerte, muy fuerte —ha vuelto a decirme.

Y luego ha añadido con gesto despectivo: —Además vea usted qué aliados tenemos . . . Esos italianos . . .

El marino ha empezado a leer un libro, y mientras lo hojeaba, hacía gestos displicentes que seguramente iban dirigidos a los súbditos de Mussolini.

Yo contemplaba su ceño serio y preocupado y me decía para mis adentros: "Es curioso. Llego a la temible Alemania, y mi primer encuentro es con un hombre de guerra, que ensalza el poder del adversario, menosprecia el de sus aliados, y me pregunta, a mí, extranjero, qué es lo que opino de la guerra. Es curioso. Porque indudablemente este hombre no es un espía. Por lo visto es un marino inteligente que se permite dudar."

El marino se ha puesto a merendar. Le han servido un bollo con incrustaciones de corintos y una taza de té *ersatz*. El bollo, especialmente, me ha impresionado, pues desde anoche apenas he probado nada.

—Cree usted que yo también podría tomar algo —le he preguntado.

—Si tiene usted sellos de racionamiento . . .

—Es que no los tengo . . .

—Para tomar esto —y ha mirado despreciativamente a aquel supuesto té—, tal vez no le hagan falta.

Hemos llamado al mozo, el marino ha hablado con él entre sonrisas, y al poco tiempo comía el bollo y sorbía aquel té, que, en cuanto a legitimidad, se parecía bastante al doctor Alvarez.

El marino ha bajado en Bremen. He aprovechado el quedarme solo en el compartimiento para sacar una lata de sardinas de la maleta y comérmela. Decididamente el bollo había resultado de una insuficiencia alimenticia lamentable. Lo más triste ha sido que para sacar la lata he tenido que descerrajar la maleta, una maleta que también se parecía al té y al doctor Alvarez, pues parecía de cuero y era de cartón. El doctor Alvarez es bastante distraído y había perdido la llave.

Más tarde han entrado en mi compartimiento tres paisanos y un comandante. Les ha hecho mucha gracia cuando les he dicho que yo era panameño.

—Conque panameño, ¿eh? —y se reían —¡ja, ja, ja, ja!—, con ritmo wagneriano. Yo también me he reído. Como que a mí me hacía mucha más gracia que a ellos.

He llegado a Hamburgo a las diez de la noche. El *blackout*

era absoluto lo mismo en el tren que en la estación. Allí no se veía nada ni a nadie. ¡Cualquiera descubría a mi Cónsul en aquella obscuridad! Pero de las sombras ha salido una voz, que era la suya, que decía:

—¡Alvarez!

—Aquí estoy —le he contestado y nos hemos dado un fuerte abrazo.

El Cónsul me ha conducido a la pensión de una antigua conocida de él, Madame Mikolei, pensión modesta pero situada en una calle céntrica. Simpática ancianita esta Madame Mikolei.

—Aquí tiene usted a un compatriota buen amigo mío. Trátele bien —le ha dicho el Cónsul.

La vieja me ha obsequiado con salchichón y cerveza que mi estómago ha sabido agradecer, pues ya hacía tiempo que había digerido el bollo y las sardinas. Y me he acostado después de esta primera etapa de mi viaje inverosímil, algo asombrado de encontrarme en Hamburgo... con permiso de la Gestapo.

8 de enero.

Como es obligatorio presentarse a la Policía, y el doctor Alvarez es hombre respetuoso con las leyes, así lo ha hecho acompañado de su Cónsul.

Con correcta indiferencia unos gendarmes han tomado nota de mis papeles y han sellado el documento que me dió la Gestapo en Bruselas, acreditando mi entrada en Hamburgo. Ni me han mirado a la cara. Y ¿por qué me iban a mirar si el doctor Alvarez es un ciudadano en regla según los papeles, que es lo que importa en este mundo en que lo oficial no siempre es lo legítimo?

Hemos almorzado en el Restaurant Municipal. Bien y relativamente económico. Después del pan casi negro de Bélgica, los panecillos blancos me han sabido a gloria. No he podido menos de recordar aquellos muelles esquilmados de Amberes y de tantos otros lugares dominados por los alemanes. Cada uno de esos panecillos equivale al hambre de pan de cierto número de

belgas, checos, polacos u holandeses. En el nuevo orden los alemanes comen y sus protegidos se congratulan.

Con el documento de residencia me han dado los sellos de racionamiento. Los de pan, abundantes; los de carne, escasos; de mantequilla, cinco gramos al día; de margarina, un poco más; la leche, desnatada; huevos... ninguno.

Este racionamiento es estrictamente para vivir —ha dicho el Cónsul.

—¿Para vivir, o para no morirse de hambre?, ¡que no es lo mismo! —le he preguntado.

El Baedeker podrá decir con razón que Hamburgo es una bella ciudad, pero a mí me ha hecho un efecto deprimente. Todo lo que generalmente alegra la vida ha desaparecido. Es el imperio de la monotonía; el ambiente es de tristeza.

He reclamado la gabardina, porque esta prenda me es tan preciosa como un gramo de margarina.

9 de enero.

—Me parece que con 300 marcos no voy a poder permitirme muchos lujos.

—Se le irán inmediatamente, porque aquí la vida es muy cara —me ha asegurado el Cónsul.

Tendré que realizar, pues, milagros económicos, porque cuando vino el Cónsul trajo algunos dólares que mis familiares y amigos recogieron para mí, pero estos tengo que reservarlos para seguir mi viaje, sea adonde sea.

—Sí, sí, cuídelos como a las niñas de sus ojos —me ha dicho mi amigo—. Aquí los dólares valen más que el oro. Pero no los descubra, porque tienen un gran poder de penetración, y por ello son muy perseguidos sus poseedores.

He acompañado al Cónsul a visitar a una familia amiga. Nos han obsequiado con magnífica merienda: pastel, *pudding*, pastas, café, una botella de sidra y hasta sendas copas de licor de guindas. Se han sentado a la mesa vestidos con sus mejores galas, pero las telas denotaban a las claras su mala calidad. Estaban vestidos, sin embargo, con lujo aparente, como perpetuando el recuerdo de tiempos mejores.

Ya en la calle, he indicado a mi amigo la extrañeza que me ha causado la abundancia de manjares.

—No le extrañe —me ha contestado—, esta gente es muy generosa. Es una familia típicamente alemana, que ha hecho un gran esfuerzo para obsequiarnos. Estoy seguro de que con esta merienda se ha terminado su alimentación de hoy. Y aun les habrá sobrado algo para mañana.

—¡Pues tanto más de agradecer! —le he dicho—. Verdaderamente es lamentable que a un pueblo al que se notan ansias de vivir y hasta de seguir aparentando sus años de abundancia, se le lleve por derroteros de privación y locura.

—Y ¿se ha fijado usted en sus vestidos? ¡Qué lujo de pobrezas! . . . Pues esto mismo notará usted en todas partes. Este es el país de la pobreza que quiere conservar su antigua categoría.

—Pues así no se puede entrar en una guerra —le he contestado.

Antes de acostarme he leído a Plutarco en las vidas de sus personajes magníficos, que me sirven de consuelo cuando miro al porvenir. Porque a todo hay quien gane.

Viernes 10.

Verdaderamente magnífico este puerto de Hamburgo por donde hemos paseado esta tarde. Hace un frío intensísimo y el Elba está helado. El puerto está completamente paralizado a causa del bloqueo. Toda esta inmensidad comercial sin vida, hace un efecto muy triste. Lo que no veo son destrucciones, ni vestigios de los efectos del bombardeo. Unicamente ligeras averías en una casa, debajo del hospital para enfermedades tropicales. Y la misma impresión se obtiene al recorrer la ciudad que está intacta. Los bombarderos de la R. A. F. son todavía débiles. Por lo que veo, sus visitas hasta ahora se han reducido a unos pocos aviones que han arrojado rápidamente su carga y se han marchado.

Hoy ha sido día de pescado obligatorio. También lo es el martes. Por medio de estas vigilias seglares ahorran carne. El pescado lo traen del Báltico y es muy malo.

Día 11.

Nos ha llamado el Ministro de Panamá, señor Villalaz, citándonos para mañana en Berlín. Por la noche hemos comido en un restaurante céntrico, después de haber pretendido hacerlo en otros dos que se hallaban abarrotados de público. Psicología de guerra. La privación y el sufrimiento empujan a las gentes a la diversión. Parece que no debiera ser así, pero éste es el caso. ¿Para qué quedarse en casa, si la guerra va a terminar con todo? Además, me dicen que aquí ya nadie ahorra. Saben que el papel no valdrá en lo futuro, y se desprenden de él con facilidad. Pero el doctor Alvarez sabe que sus trescientos marcos no echarán crías y no se deja arrastrar por la psicología de guerra.

12 de enero.

A las ocho de la mañana hemos tomado el tren para Berlín. Los vagones son viejos y están descuidados. Contrasta su suciedad con la pulcritud de aquellos trenes alemanes que conocí en los años 1925 y 29. La gente viaja en silencio, raramente conversa. Ha nevado copiosamente y marchamos por entre llanuras blancas.

Hemos llegado a Berlín a la una de la tarde. Comemos, deficientemente y caro, en un restaurante italiano. Es día de plato único, en que además de servir solamente un potaje, hay obligación de pagar 1,20 por cabeza, para el Estado. Esta dieta obligatoria se cumple generalmente el segundo domingo de cada mes. Martes y viernes, vigilia, y los domingos, ayuno. ¿Quién ha dicho que los nazis son paganos?

El doctor Villalaz nos ha recibido con mucho afecto, en la Legación. Es un hombre de buen corazón, pero lleno de temores. Me ha prometido ayudarme en lo que pueda, pero no pierde ocasión de comunicarme sus preocupaciones.

—Tenga usted mucho cuidado porque estos alemanes son terribles. Son capaces de dejarle que se pasee libremente, para prenderle cuando les convenga. A lo mejor ya saben quién es usted y nos están tomando el pelo a todos. Sea muy cauto

y no se fíe de nadie. Piense que nos compromete a todos.

—Le agradezco sus consejos, señor Ministro —le he contestado—, pero estimo que a la policía alemana se le atribuyen unas cualidades de sabiduría y penetración que corresponden sólo a Dios. Yo creo que debemos considerar mi caso como el de un ciudadano americano corriente, es decir, el del doctor Alvarez. Si nos empeñamos en pensar siempre en Aguirre, nosotros mismos nos crearemos las dificultades.

—Lo que no sé es lo que yo puedo hacer por usted —añadió—. Me parece que lo mejor es que pida la salida de Alemania en Hamburgo, ya que allí es donde está usted inscrito.

—Pero Alvarez tiene además permiso para residir en Berlín —ha interrumpido el Cónsul.

—Conforme, pero el permiso es mejor que lo pidan en Hamburgo —contestó el Ministro—. Siempre pasará más inadvertido que aquí.

¿Otra vez a Hamburgo? ¿Por qué no habíamos de pedir en Berlín el permiso de salida? El ministro tiene miedo de comprometerse demasiado, y francamente yo no tengo derecho a exigir nada de él. Pero se ha impresionado cuando le he hecho ver que se trata de la vida de un hombre con mujer e hijos, como él.

—Es un caso del car . . . el suyo —ha dicho el Ministro con típica expresión centroamericana—. Vamos a llamar al Ministro de Santo Domingo que es perito en estas cosas para que nos aconseje.

Le ha llamado para decirle únicamente que Guardia Jaén había llegado de Amberes.

—Dice que vendrá después de cenar —nos ha dicho—. Véngan luego.

Hemos aprovechado el tiempo visitando al Ministro de Venezuela, doctor Zerrega Fombona. Le entrego una carta de recomendación del Cónsul de Bruselas, doctor Araujo, donde le ruega me oiga sin añadir nada más. Tan pronto como le he descubierto mi verdadera personalidad, ha hecho un gesto de asombro y ha empezado a dar muestras de una gran inquietud.

—Hable más bajo por favor —me ha interrumpido varias veces, lleno de temor—. No sabemos si nos estarán escuchando. Son capaces de haber colocado receptores. Aquí al lado, yo no sé, por ahí —decía señalando los rincones de la habitación—. Ustedes no saben los procedimientos que emplean estos hombres.

La visita al Ministro venezolano tenía relación con el caso de mi mujer e hijos que tienen pasaporte de Venezuela. Le he mostrado el telegrama del Ministro de Negocios Extranjeros de su país. Me ha prometido hacer los posibles para sacarlos de Bélgica.

—El caso es difícil —me dice—. Si fuera atravesando España, como es lo natural... Pero atravesando Alemania será siempre motivo de sospecha. ¿Por qué no pedimos el paso por España? ¿Qué daño pueden hacer a una mujer y dos niños?

—Comprendo muy bien que en usted no quepa tamaña felonía —le he contestado—, pero en el ánimo de los que ahora gobiernan a España todo es posible. Acaba de entrar en territorio español una anciana, viuda de nuestro compatriota Rentería, muerto en el exilio, y a pesar de sus setenta años la han metido en la cárcel. Calcule señor Ministro lo que harían con mi esposa. Solamente en el País Vasco había cuando yo salí de París más de dos mil mujeres encarceladas, y en la cárcel de Saturrarán, en Guipúzcoa, tenían presas a dignísimas mujeres nuestras mezcladas con mujeres de mala vida detenidas por delitos comunes, incluso contra la moral. ¿Qué puede usted esperar de esa gente, señor Ministro?

El Ministro, impresionado, me ha contestado:

—En esas condiciones no es aconsejable un viaje a través de España.

Al salir a la calle me ha dicho el Cónsul con energía:

—Aquí estoy metido de pies y manos en este asunto, y no se me ocurre pensar que nos escuchan desde los rincones. Cuanto más arriba más miedo. Pero usted saldrá, y, a pesar de los Ministros, si es preciso.

—Comprenda usted que para estos señores soy un compro-

miso. Ninguna obligación los liga a mí. Por un sentimiento de humanidad, muy laudable, me prestan ayuda. Yo no puedo menos de estarles muy agradecido.

Hemos ido de nuevo a la Legación de Panamá. Poco rato después ha llegado el Ministro de Santo Domingo, doctor Roberto Despradel. Me presentan a él.

—¿Pero usted es el señor Aguirre, el Presidente Vasco? —me dice.

—El mismo, señor Ministro.

—Permítame tener el honor de estrechar su mano. Y ¿usted es quien lo ha traído, Guardia? . . . Es usted un hombre; déme un abrazo . . . Pero ¿por qué tiene que huir, señor Aguirre, si usted es un hombre bueno que no ha hecho mal a nadie? Pero no se preocupe. A usted lo salvará América, ya que en Europa se ha perdido la cabeza hasta confundir el hombre que cumple con su deber con el criminal. En América todavía hay un asilo para quienes saben luchar por el honor y la libertad de su pueblo.

Todo lo ha dicho con tal pasión y sinceridad que no he podido menos de emocionarme. Y al abrazarle le he dicho:

—Conozco ahora la hidalguía que encierra América, y, para medir mi agradecimiento, habría que sentir lo que hay de dolor en mi alma. Pero con ustedes me siento tan confortado que me parece haber recobrado ya la libertad.

—No se apure —añadió Despradel—, haremos un plan de campaña, ¿verdad, Ministro? y sacaremos a . . . ¿Cómo ha dicho usted que se llama ahora?

—Alvarez.

—¡Ah!, Alvarez . . . Eso tiene mucha gracia, pero no hay que perder ni un minuto. Mañana pensaremos despacio lo que hemos de hacer.

El Ministro de Panamá, contagiado por el entusiasmo y optimismo del doctor Despradel, ha añadido:

—Cuente usted también conmigo. Véngase mañana a almorzar en mi casa. Allí seguiremos planeando.

Así nos hemos despedido. Decididamente continuaba encontrando en mi camino hombres providenciales.

13 de enero.

Esta mañana nos hemos dirigido a las oficinas de la American Express para informarnos sobre la posibilidad del viaje atravesando Rusia.

—¿Qué nacionalidad tiene usted? —me han preguntado.

—Panameña.

—¿Panamá tiene reconocido al Gobierno Soviético?

—No creo —ha contestado el Cónsul.

—Pues en ese caso no pueden obtener el visado.

Con este inconveniente, con el que no contábamos, ha fracasado mi proyecto de salir de Alemania atravesando Rusia, combinación que me parecía la más hacedera, pues en vista de las buenas relaciones germanorrusas esta frontera estaba abierta.

Hemos almorzado en la Legación de Panamá. El Ministro continuaba con sus temores.

—¿Lo ve usted? Su caso es muy difícil —me ha dicho—. Lo mejor será que pida el permiso en Hamburgo, y, al mismo tiempo, solicita la salida por Suiza. Después espera usted allí hasta que encontremos una solución.

La encargada de la Legación Panameña es una señora alemana que habla bien el español. Después de saludar a Guardia Jaén me ha preguntado:

—¿Usted es también panameño?

—Sí, señora.

—Pues no lo parece. Qué distinto es usted de los que vienen aquí.

—¿Pues qué cree usted que es el señor Alvarez? —le ha interrogado el Ministro.

—Parece francés, sobre todo por el bigote.

—¡Qué cosas tienen ustedes las mujeres! ¡Siempre curiosas, siempre curiosas!

Por la tarde nos ha recibido el Embajador de la Argentina, doctor Olivera. Es un señor de edad, de aspecto serio y muy correcto. Ha escuchado atentamente la presentación que le ha hecho de mí el Cónsul Guardia.

—Me he figurado que se trataba de usted cuando me han llamado esta mañana. Nuestro Gobierno ha advertido a todas sus Embajadas que le amparasen a usted si aparecía, pero francamente lo que menos se me había ocurrido es que iba a aparecer en Berlín. Pero ¿cómo, diablos, ha llegado hasta aquí? —me ha preguntado el Embajador.

Con toda sencillez le he referido mis aventuras. Ha debido creer que se hallaba frente a un demente o un inconsciente, porque me ha interrumpido todo asombrado:

—Pero, ¿se da cuenta dónde está y del peligro que corre?

—Sí, señor, perfectamente.

—Pues no lo parece, a juzgar por su optimismo y por la naturalidad con que cuenta todas estas aventuras inverosímiles.

—Tiene usted razón, señor Embajador, soy un hombre que tiene un sentido optimista de la vida, y que ha sufrido lo suficiente para haber perdido el respeto a los peligros. Si no por este carácter mío, ya me hubiera muerto.

—Pero, a mi juicio, debe salir de Alemania cuanto antes.

—Tan pronto como consiga algún visado, en lo que tardaré por lo menos quince días.

—¿Quince días aquí? . . . —ha exclamado el Embajador, abriendo unos ojos muy grandes—. ¡Pero usted ha perdido la razón! . . . Yo le aconsejo que se vaya hoy mejor que mañana.

—¿Pero cómo, señor Embajador?

—Como sea. Le repito que su optimismo me parece sumamente peligroso. Por lo visto usted ha encontrado muchas personas buenas en su camino . . .

—Así es, y por eso estoy aquí. Además creo que la realidad de la vida es ésa, que son más las personas buenas que las malas. Lo que sucede es que nosotros nos empeñamos en juzgarlas mal. La experiencia me ha demostrado que la bondad es lo normal. Si en cada hombre hubiera visto un enemigo, yo no estaría aquí, señor Embajador. Usted es un caso de bondad, como lo han sido también los Ministros de Venezuela, Panamá y Santo Domingo. Y ¿qué voy a decir de este hombre? —y he señalado al amigo Guardia Jaén—. Sin su ayuda me hubiera

visto perdido, y aquí le tiene usted a mi lado, como si se tratara de salvar su propia vida.

—Es usted incorregible —me ha dicho riéndose el Embajador—. Pero no se fíe, pues en su caso todo el cuidado es poco. Mire que su salvación depende del menor detalle, del encuentro más inesperado, de la criada que salió hace años de su casa y que ahora sin usted saberlo está aquí . . . Y qué ¿los miembros de la Embajada Española y de la Falange no tienen ojos? . . . Y la Gestapo ¿sabe usted lo qué es la Gestapo?

—Sí que lo sé, señor Embajador. La he visto con mis propios ojos, y tan de cerca como estoy ahora de usted.

El Embajador ha oído asombrado el relato de cómo obtuvimos mi permiso en Bélgica. Y después de mostrarnos la Embajada, que es un pequeño museo, nos hemos despedido de él, dejando en mí el recuerdo imborrable de su afecto y simpatía.

Hemos cenado en la Legación de Santo Domingo invitados por el Ministro. El doctor Despradel es ya mi mayor protector.

—Si se ve usted perseguido entre en esta casa —me ha repetido varias veces—. Veremos quién se atreve a sacarlo.

—Gracias, señor Ministro, en usted lo creo todo, pero es mejor evitar este trance. En vista de la imposibilidad de obtener el visado para Rusia aquí, he pensado que podría ayudarme el Secretario de la Embajada Inglesa en Moscú, Mr. Stevenson, que es un excelente amigo mío. ¿No podríamos conseguir del Ministro americano un permiso para que pueda mandar una carta a Stevenson en su valija? De esta manera podría explicarle mi situación, y le rogaría gestione el visado.

—La idea me parece excelente, y ahora mismo voy a hablar con el doctor Villalaz para que me acompañe a hacer la gestión. Se pierden unos días, pero no encuentro una solución más rápida.

Y ha hablado por teléfono.

—Hemos quedado —nos ha dicho— en reunirnos mañana a las diez en la Legación de Panamá. Vengan allí a esa hora y acordaremos lo más conveniente.

Nos hemos ido a acostar llenos de satisfacción.

14 de enero.

A las diez de la mañana estábamos en la Legación de Panamá. Después de hablar un rato, los Ministros han ido a ver al Ministro de los Estados Unidos. Han vuelto muy satisfechos de la entrevista.

—El Encargado de Negocios de los Estados Unidos, es un hombre de gran corazón —me ha dicho Despradel—. Se ha dado cuenta de su situación, y me ha prometido enviar la carta que usted escriba para el señor Stevenson. Tardará varios días, pero como va acompañada de una carta para el Embajador Americano en Moscú, seguramente será cumplimentada en seguida y no se hará esperar la contestación.

Los Estados Unidos no tienen ahora ni Embajador ni Ministro. El Encargado de Negocios es el antiguo Cónsul de Viena que desempeñó su cargo en la capital austríaca durante muchos años. Según el Ministro de Panamá, es el único diplomático americano a quien se le respeta en Berlín.

He redactado la carta para mi amigo Stevenson. Le explico claramente mi situación. Le ruego que interceda en mi favor cerca de su Embajador para conseguir el visado. Le autorizo a explicar mi caso a las autoridades rusas si lo cree conveniente, aun cuando consigno mis temores a causa del pacto germano-ruso. Y la carta ha salido para Moscú en la valija americana.

Mi Ministro está cada vez más preocupado. No quiere verme en Berlín. Y como a un perseguido que busca la protección no le queda otro remedio que obedecer, he decidido irme a Hamburgo, aprovechando el viaje de Guardia Jaén. Lo peor es que luego tiene que irse a Amberes y esto me preocupa como al enfermo grave el que sus médicos un buen día se marchen y le dejen solo. Pero hay algo que me dice que no es posible ni lícito tener miedo.

15 de enero.

Guardia Jaén se ha marchado a Amberes. Le he acompañado a la estación. Llevará noticias a mi familia que nada sabe de mí. Cuando me he quedado solo me ha entrado una gran

tristeza. He mirado con envidia a unos desgraciados que retiran la nieve de las aceras. Ellos siquiera encontrarán calor de hogar después del trabajo y no tienen por qué huir ni ocultarse. Pobre doctor Alvarez, más solo que nadie en la soledad...

Hace un frío intenso. En estos momentos siento más que nunca la necesidad de explayarme con alguien. Sólo lo puedo hacer con Dios, y he entrado en una iglesia. En un principio me ha parecido católica; la figura de la Sagrada Forma y del Cáliz me han confundido. He estado largo rato en aquel recinto de paz, que estaba desierto, hasta que he sentido un ruido de llaves y puertas. Salgo a la calle y me doy cuenta de que he dejado los guantes en la iglesia. Vuelvo en el momento en que el sacristán cerraba las puertas. Tenía mis guantes en la mano. Entonces me he enterado que se trataba de una iglesia protestante.

Me he retirado a casa pensando en mí y en esta humanidad que divide a los hombres en dos castas, la de amigos y la de parias. Como el egoísmo es una enfermedad universal, quienes no la padecen no se dan cuenta de la trágica situación de tantos millones de hombres que ruedan indefensos por la tierra. He visto tanto dolor ignorado... El otro día en las oficinas del American Express vi llorar a hombres que suplicaban y no eran atendidos. Eran las víctimas de esa burocracia que dicta disposiciones y reglamentos clasificando a los hombres a lo Linneo, sin preocuparse de lo que hay de digno y altruísta en sus almas. ¿No llegará un día en que el hombre que demuestre estar en peligro de muerte injustamente, sea considerado ciudadano del mundo y tenga derecho a los pasaportes de todos los países?

Mi buena patrona Madame Mikolei, es una ancianita, a quien, como a otros muchos alemanes, le arruinó la guerra del 14. Como soy amigo de Guardia Jaén, a quien ella aprecia mucho, me trata con toda clase de atenciones. También ella me cree un americano que regresa a su país, y todo es preocuparse por los peligros que me esperan en el mar. No sabe que los peligros que a mí me preocupan están aquí, y que el mar es precisamente mi salvación.

Madame Mikolei no es nazi, pero siente admiración por Hitler, y, tal vez por imitarle, cree en la astrología. Nos ha dicho que a Hitler le esperan aún grandes triunfos, pero que, a partir del 4 de julio de este año 1941, su estrella empezará a declinar. Le augura un final desastroso, que todavía no puede concretar, pero que lo averiguará más adelante. También le han dicho los astros que yo soy un hombre de mucha suerte. Y aunque esto no es cierto más que a medias, ojalá en lo que se refiere a Hitler acierte a enteras.

Los dos lagos de Hamburgo están helados. Han clavado sobre el hielo una enorme cantidad de pequeños pinos, que les hace dar la impresión de bosques. Con este *camouflage* intentan engañar a la aviación inglesa, privándola de estos magníficos puntos de referencia.

Ha hecho tal frío que cuando he vuelto a la pensión por la tarde, se me había helado el bigote. Menos mal que no se me ocurrió dejarme barba.

22 de enero.

He empezado el día con una sorpresa muy agradable. El Cónsul se me ha presentado inesperadamente en la pensión. Me trae noticias de los míos; están bien y contentos al enterarse de mi situación. Con esto todo me ha parecido más agradable.

—Cuénteme lo que ha hecho estos días —me ha dicho después el Cónsul. Créame que no he dejado de estar preocupado pensando en usted.

—Se lo contaré detalladamente, porque para ello no tengo más que leer mi Diario.

—¿Diario? —me ha interrumpido el Cónsul con cara de consternación—. Me parece que ese cuadernito va a costarnos un disgusto a los dos. ¿Recuerda el susto que se llevó el Ministro Venezolano cuando lo sacó usted para leerle el texto del telegrama del Ministro de Relaciones Exteriores de su país? Pues a mí también me da miedo. Guárdelo, o mejor dicho, quémelo.

Le he narrado mi vida monótona: lecturas y meditaciones,

paseos junto al lago, largas sesiones de cine y mis comidas en un rincón del restaurante del Hotel Esplanade, para no llamar la atención.

—Llega usted a tiempo —he seguido—, porque los sellos de racionamiento se me acaban y los camareros me miran como a un bicho raro. Como en este país cada camarero es un agente informador, he recurrido al ardid de leer en la mesa *Il Popolo d'Italia* e *Il Laboro Fascista*, con lo que he conseguido que en lugar de mirarme con recelo, se pitorreen de mí. Pero de esto yo no tengo la culpa, sino Mussolini.

—¿Es posible que en una población tan bella como Hamburgo haya hecho usted una vida tan aburrida? —me ha preguntado el Cónsul que está de buen humor.

—También he pasado mis momentos de emoción. El día pasado entré en el Alster Pavillion con el fin de matar una de esas tardes interminables, y me senté en un rincón disimulado, cercano a la puerta. Entraron dos señores y uno de ellos traía en la solapa la insignia de Falange Española. Y cuál no sería mi susto cuando de pronto se dirigió a mí, y me preguntó si la mesa de al lado estaba libre. Le contesté con un sonido inarticulado, que fué todo lo que me salió de la garganta. Menos mal que un conocido les llamó y se fueron.

—Algún día vamos a terminar mal con uno de esos encuentros... —contestóme—. ¿Quiere usted venir a Grecia conmigo?

—¿A Grecia? Pero ¿por qué? ¿Cómo?

—Tengo que ir para un asunto de barcos. Usted podría venir de asesor jurídico, ¿qué le parece?

—Con tal de salir de aquí y dejar de comprometerles a ustedes, yo voy al fin del mundo.

—Pues ahora mismo llamo al Ministro a Berlín.

Así lo ha hecho. Nos ha citado para el próximo lunes.

Es curioso observar que en Alemania se puede hablar por teléfono en el interior, pero no con el extranjero, y que en los países ocupados en cambio no se puede hablar ni dentro ni fuera. Los han convertido en unos magníficos campos de concentración.

27 de enero.

Hemos llegado a Berlín a las tres de la tarde en vez de hacerlo a las doce y media. El material viejo, como siempre. Me da la impresión de que carecen de suficientes transportes para mover las tropas. Hemos visto pasar varios trenes militares. Nos han dicho que están llevando tropas al frente oriental. Si son para los Balcanes, me temo que se nos estropee el viaje a Grecia.

En Berlín el ministro panameño nos ha confirmado estos rumores. El viaje a Grecia tenemos que verificarlo rápidamente. Le han informado que empiezan las exigencias alemanas y que Grecia se mantiene firme. El ministro quiere verme lejos de Berlín. Pero ve muchas dificultades para la obtención del visado.

—Con una nota suya al Consulado griego nos lo darán —le ha dicho Guardia.

—¡Una nota, una nota! ... ¿Pero cómo creen que puedo hacer eso?

—Naturalmente —ha añadido el Cónsul—. ¿Alvarez no es un panameño?

—Sí, sí, menudo panameño —ha contestado el Ministro, riendo ruidosamente.

—Pero ¿por qué no se presentan sin mi nota?

—Pues porque la nota facilitaría muchísimo las cosas —ha replicado Guardia—. Nos interesa a todos quitarnos a Alvarez de encima, y ahora se nos presenta una magnífica ocasión.

Para remediar dignamente el mal efecto de sus indecisiones, el Ministro nos ha invitado a cenar en el Restaurant Kransler, que es uno de los mejores de Berlín, y al que solamente acuden los privilegiados de la fortuna. He quedado asombrado al ver cómo engullían nuestros vecinos, dos de los cuales eran militares. Los entremeses han consistido en sendas docenas de ostras, y en langostas, todo ello acompañado de *acquavita*. Luego han tomado un *consommé*, y dos platos de resistencia acompañados de buenos vinos franceses. Me acor-

daba de los pobres belgas y también del pueblo alemán, sujeto al racionamiento y ganando unos salarios que no guardan relación con el extraordinario coste de vida.

El camarero nos ha indicado que aprovechemos la ocasión porque tanto las ostras como las langostas se están terminando. Y hemos tomado ostras, un *consommé* y un excelente pavo relleno, sin olvidar unas botellas de Borgoña y un buen coñac francés.

—Le encuentro a usted extrañado —me ha dicho el Ministro.

—Y no es para menos —le he contestado—. No puedo comprender cómo en esta Alemania empobrecida pueda haber tal abundancia. Cuando estuve en este país hace algunos años, llevé la impresión de una mayor austeridad. Ahora se vive el frenesí de la guerra, y me atrevo a decir que también en el del temor de un futuro de escasez.

—Mire usted, aquí con dinero se vive como en ningún sitio.

—Con dinero en todas partes se vive bien, señor Ministro.

—Bien, pero teniendo dólares sobre todo, la vida aquí resulta muy barata, por los cambios verdaderamente excepcionales que se hacen.

—Pero ¿también los alemanes manejan dólares?

—Los que vienen a estos sitios, indudablemente. Hay una cantidad de dólares en el mercado que asusta. Ciertamente que tienen que andar con cuidado porque estas transacciones están muy castigadas, pero hay bulas para muchos, sobre todo para los bien situados.

—Es lo de todos los países sin libertad. Cuando días atrás comprobé que el dólar se pagaba a 12 marcos, en lugar de a 2,40 como marca el tipo oficial, me di cuenta de que quien los posea puede vivir espléndidamente.

—Doce marcos y algo más, en ocasiones. Este pueblo ha vivido muy bien y no se resigna a pasarlo peor. Por eso yo me temo que suceda lo que en la guerra anterior, que cuando el pueblo sintió hambre, nadie se atrevía a entrar en el restaurante Tousculum por ejemplo, que era vigilado por el pueblo con aire agresivo.

—Total, un porvenir delicioso el que se les presenta a los alemanes, cuando las reservas acumuladas a fuerza de esquilmar a Europa, se acaben.

—Este pueblo tiene grandes virtudes, pero le tengo mucho miedo. Como ya una vez le vi en 1918 echarse a la calle, no quisiera verlo otra vez sublevado y desesperado.

Luego ha añadido el ministro:

—Y ¿qué me dicen ustedes de los bombardeos de Hamburgo?

—¿Bombardeos? ... Hubo una alarma días atrás, oímos algunas detonaciones lejanas y eso fué todo. Pero bombardeos ninguno, por lo menos en Hamburgo.

—Pues aquí se ha dicho —añadió el Ministro— que han destrozado medio Hamburgo. Otras de las cosas de aquí; los bulos. Y son ellos mismos los que los propagan. Sobre todo aquí, en Berlín, son muy aficionados a la chismografía y corren de boca en boca las mayores exageraciones. Les aseguro que la moral de los berlineses se resquebrajará pronto, si se producen fuertes bombardeos.

Hemos abandonado el restaurante a las once. La oscuridad en la calle es completa.

28 de enero.

El Cónsul y yo tenemos una habitación confortable en la Pensión Victoria, en Kufursterdam. Pagamos por ella quince marcos incluído el desayuno. Es mucho dinero para mí, pero como adquirimos aproximadamente esa cantidad de marcos por un dólar, no me resulta cara. Gracias al Tío Sam no vivo de la caridad.

Hemos visitado al Ministro de Venezuela para preguntarle por el asunto de mi mujer e hijos. Me ha prometido que todo se arreglará, pero sin embargo he vuelto a la Pensión muy preocupado.

29 de enero.

Visita al Cónsul griego, que es joven y de extraordinaria amabilidad. Ha visado rápidamente el pasaporte diplomático

del Cónsul. Para el mío es menester recibir autorización del Ministerio de Negocios Extranjeros de su país. Me ha acosado a preguntas. Me parece que se ha dado cuenta de que soy una mercancía averiada.

—Con los rumores que corren —nos ha dicho el Cónsul—, convendría una nota sencilla... hasta con el sello de su Ministro bastaría... Yo no soy de los que creen que Alemania tenga intenciones agresivas contra Grecia, pero, ya comprenderán ustedes, se emplean tales procedimientos en estos tiempos, que nuestro Gobierno está muy receloso. (Me ha debido de tomar por un agente alemán. ¡Era lo único que me faltaba!)

—¿Es que existe el peligro inminente de un ataque alemán? —he preguntado al Cónsul griego.

—No lo creo... ¿Por qué va a atacarnos Alemania? ¿Es que le hemos dado algún motivo?... La garantía de Inglaterra... ¿Pero es que Turquía no está en peores condiciones, con un Tratado de Alianza?

—Todo dependerá de que le convenga a Alemania, señor Cónsul —le he interrumpido—. A estos hombres no les importa más que el Reich.

El Cónsul griego me ha mirado con más confianza y me ha replicado:

—En efecto, he de confesarles que los momentos son bastante graves.

Luego ha añadido:

—Y dígame, el viaje de usted ¿es urgente? ¿es absolutamente necesario?

—Bastante urgente —he respondido.

—Pues yo les prometo poner un telegrama a Atenas pidiendo con urgencia la autorización. Creo que será obtenida.

Tan satisfechos hemos salido de la entrevista con el Cónsul de Grecia, que hemos decidido almorzar en el Hotel Edén. Una imprudencia que ha podido costarme un disgusto. Desde la puerta misma del comedor del Hotel he divisado la silueta del señor Espinosa de los Monteros, que era Diputado monárquico en las mismas Cortes que yo, y que ahora está al servicio de Franco. Yo me he detenido.

—¿Qué le pasa a usted? —me ha preguntado el Cónsul.

—Vamos a sentarnos en aquella mesa que está detrás de las columnas —le he respondido.

—Pero ¿por qué?

—Ahora lo sabrá.

Nos hemos sentado. Estábamos bien situados. El Cónsul esperaba intrigado mi explicación.

—Mire, uno de esos dos que están en aquella mesa es un antiguo diputado del grupo de Calvo Sotelo. Usted comprenderá que tengo motivo suficiente para venir a este rincón.

—Y ¿le conoce a usted?

—Naturalmente.

—Entonces le puede reconocer.

—Como estoy ahora desfigurado creo que no. Todo esto tiene un aspecto psicológico que no se puede olvidar. ¿Cree que si viera usted entrar en este restaurante a un hermano suyo con largos bigotes y gafas lo reconocería? Seguramente que no, aunque le extrañara el parecido, porque pensaría usted: ¿cómo va a poder estar mi hermano en Berlín? Pues a estos señores les sucede lo mismo; ¿cómo van a imaginarse que yo estoy en Berlín y almorzando en este hotel?

—Usted siempre nos está sugestionando con consideraciones de ese tipo, pero opino que este restaurante debe quedar borrado de nuestra lista.

—De acuerdo, porque además es caro.

Espinosa y su amigo se han levantado y como atraídos por nosotros se han dirigido hacia nuestra mesa. Nos hemos quedado sin respiración. Afortunadamente, se han detenido con una familia que se hallaba a unos ocho metros de nosotros, con la que han hablado en castellano. No les hemos perdido de vista. Cuando han salido hemos respirado. Nos hemos marchado con toda clase de precauciones, prometiendo no regresar al Edén.

Luego hemos visitado al Ministro de Panamá, quien nos ha dado la nota pedida por el Cónsul griego. Le hemos ocultado el encuentro con Espinosa, para no aumentar sus preocupaciones.

29 de enero.

Hoy ha hablado Hitler. Hemos entrado en un salón de té en Kufursterdam, en el momento en que comenzaba su discurso. El salón estaba lleno, y me interesaba observar las reacciones del público. Todos los establecimientos de esta clase, están obligados a radiar, no sólo los discursos, sino también los partes oficiales de cada día. Mientras hablaba Hitler todo el servicio ha parado. Después de más de hora y media, cuando ha concluído el discurso, hemos salido sin tomar nada, porque ya era tarde. Más que las palabras que ha dicho —que me las ha traducido el Cónsul—, me interesaba el efecto de las mismas sobre el auditorio. Ha sido el síntoma más elocuente. Ni un aplauso, ni un rumor de aprobación, ni un gesto de entusiasmo. Con una frialdad que sólo siendo testigo puede creerse, ha escuchado aquella gente el discurso. Más bien abundaban los gestos de indiferencia. Parecían decir: "Todo eso está muy bien, conformes en que son muchas las victorias, pero ¿cuándo llegará la última?" Y con la misma indiferencia han desfilado hacia sus casas. Esto me ha impresionado profundamente. Decididamente este pueblo duda, se halla cansado de promesas y privaciones, y quiere algo más definitivo.

31 de enero.

Después de haber entregado la nota del Ministro al Cónsul griego, hemos tomado el autobús que de las cercanías de Unter den Linden, conduce a Kufursterdam. Espinosa de nuevo. Allí mismito, sentado en el autobús estaba el Diputado español. Ocupaba una de las últimas filas de asientos. Nosotros nos hemos sentado en la parte delantera, ocultando yo mi rostro, y dispuestos a no levantarnos hasta que él descendiera. Cuando ha descendido hemos respirado con tranquilidad. No cabe duda de que en el elemento español que anda por Berlín estriba el mayor peligro, porque la Gestapo me miró y no me reconoció, y algún español puede mirarme y reconocerme.

1º de febrero.

El restaurante en que hemos comido hoy, por ser barato, es de esos en que los camareros entran en conversación con los clientes.

—¿Han oído ustedes el discurso de nuestro Führer? —nos ha preguntado el camarero.

—Sí, señor —le ha contestado el Cónsul.

—Ustedes no son alemanes, ¿verdad? —nos ha vuelto a interrogar.

—No, señor, somos centroamericanos.

—¡Ah!, hispanoamericanos. ¿Qué les ha parecido el discurso?

—Y a usted ¿qué impresión le hizo? —le ha preguntado el Cónsul.

—Muy buena, como todas las cosas de nuestro Führer.

—¿Y la guerra? ... ¿Cómo cree usted que va a terminar la guerra?

—Oh, la guerra está ya ganada, terminará este año, es el Führer quien lo ha prometido y nunca se engaña. No estamos en los tiempos del Káiser. Ahora gobierna el pueblo alemán a través de nuestro Führer.

—¿Y usted cree que el pueblo sigue teniendo confianza en él como hace tres años?

—Sí, señor, porque Hitler ha levantado al pueblo. Ahora han desaparecido las desigualdades y las castas, y todos somos iguales.

Y acercándose a nosotros y bajando la voz nos ha dicho:

—Hitler está realizando la revolución social que nosotros ansiábamos, y dentro de poco no habrá más valor ni fuente de riqueza que el trabajo. Con la victoria, Alemania implantará en todas partes los beneficios de nuestra revolución social, ya lo verán ustedes.

El camarero, que ha hablado todo el tiempo con gran entusiasmo, se ha retirado muy ufano.

—¿Lo ha oído? —me dice el Cónsul.

—Sí, y no me toma de sorpresa. Comprendo que estos hombres hablen así, desprovistos como están de toda clase

de resortes espirituales, y sujetos a una incesante propaganda. Quienes no comprendo que pongan sus esperanzas en este régimen son los elementos de espíritu cultivado. Prescindo claro está, de la burguesía y de los capitalistas, pues su egoísmo siempre les lleva a favorecer los regímenes de fuerza.

—El temor al desorden y al comunismo, amigo mío.

—Ciertamente que ese es el pretexto o el engaño, pero no se dan cuenta de que este régimen viene a ser algo muy parecido, aunque marche por camino diferente. Recuerde que cuando preguntamos al chófer de uno de nuestros Ministros, quién triunfaría aquí después de la guerra, nos contestó muy convencido: "Aquí, el comunismo." Y no olvide que nos advirtieron que tanto él como muchos de sus compañeros, no han dejado de militar en las organizaciones comunistas.

—Este pueblo tiene un gran sentido de orden. Tal vez esto podrá salvarle.

—Yo también creo, que aquí como en el resto del mundo, se impondrán los sentimientos humanos, porque no es una profunda evolución en el sentido social lo que debemos temer, sino a la desaparición de la libertad de la tierra. La evolución social futura es una realidad cuyos alcances no podemos prever aún; es el grito de dolor de una humanidad que no se resigna a un futuro en el que el trabajo sea incierto, y en el que no exista una participación en los beneficios sociales, mientras sobra a los privilegiados lo que a ellos les falta. Pero esto mismo hace que la humanidad se rebele contra la privación de la libertad, porque el hombre es un ser inteligente que sabe que el pan es amargo cuando el espíritu está encadenado. El noventa por ciento de los hombres aspira a un futuro en que los avances sociales y la libertad marchen al unísono. Por ello el sistema nazi, al prescindir de la libertad, no puede satisfacer estas aspiraciones.

—Tal vez tenga usted razón. Precisamente es en el terreno social donde este régimen se ha esforzado en obtener resultados prácticos, y no cabe duda de que lo ha conseguido. Pero en el político y en el humano . . .

—Es natural. Las dictaduras, por sus métodos imperativos e irresponsables, pueden hacer cosas buenas y de hecho las hacen. De lo contrario, ¿cómo iban a justificar su existencia? . . . Pero todo lo hacen a costa de la libertad, que es el don más preciado que tiene el hombre y el que le distingue de los animales. ¿No le parece que no es posible compaginar este prurito de asignarse la misión de redentores de la humanidad, con tanta sangre, tanto dolor y tanto campo de concentración?

—Tiene usted razón. Una doctrina debe convencer, no imponerse.

Domingo 2 de febrero.

He ido a oír Misa. El templo está abarrotado de fieles. Me ha llamado la atención la compostura y la seriedad de la gente. Han cantado con mucha devoción. Es lo único que pueden hacer. El culto se ha reducido notablemente. La mayoría de los asistentes son personas de edad. Han conseguido apartar a la juventud de la Iglesia, sin grandes violencias, pero con método tenaz y mediante coacción moral. El púlpito está constantemente vigilado. Las Iglesias viven, pero no tienen libertad.

3 de febrero.

—Malas noticias, Alvarez —me ha dicho el Ministro Dominicano.

—¿Qué sucede? —le he preguntado con ansiedad.

—El Ministro Americano en Moscú ha devuelto la carta que usted escribió a su amigo Stevenson. Dice que se trata de un caso muy delicado, y que no puede intervenir sin autorización de su Gobierno. Tanto el Encargado de Negocios Americano como yo, hemos quedado aturdidos.

—No me cabe en la cabeza que un Ministro Americano pueda actuar de esa manera . . . ¿Se da usted cuenta de la horrible situación de los hombres como yo? En unos casos somos individuos derrotados que es preciso arrinconar por ser huéspedes indeseables e inútiles; pero en otros casos nuestra personalidad crece, subimos a la categoría de problema delicado, para cuya resolución se necesitan instrucciones de los supe-

riores. Este es el triste concepto que se tiene de la vida de un hombre en peligro. Ante unas instrucciones burocráticas, no vale nada, absolutamente nada... Estos son problemas de corazón, mi querido Ministro, y no de reglamentaciones burocráticas. Si ustedes hubiesen obrado así, calcule dónde me encontraría yo ahora.

—No se atormente más, amigo Alvarez, porque, a pesar de todo, esta vez también ha tenido usted suerte. El Encargado Americano de aquí, que antes que diplomático es un hombre de corazón, ha reaccionado noblemente ante la negativa de su colega, y me ha dicho: "Comunique al señor Aguirre, de mi parte, que si tiene amigos en América que puedan trabajar por él, estoy dispuesto a mandar en nuestra valija una carta suya para ellos."

—Me da usted una gran noticia, amigo Despradel.

—Hemos quedado en que puede usted escribir cuanto quiera, y que la carta en sobre cerrado irá dirigida a mi amigo Pastoriza, que en la actualidad es Embajador de Santo Domingo en Wáshington. Pastoriza se encargará de hacerla llegar a sus compatriotas.

—Me da usted la vida. No sé cómo agradecérselo tanto a usted como al Encargado Americano.

—El Ministro Americano que no obre así, amigo Alvarez, tiene muy poco de americano. Ante un hombre honrado que se encuentra en peligro de muerte, hay que dejar de lado las formalidades burocráticas. En los casos como el suyo, primero se actúa, y luego se pone en conocimiento del Gobierno. ¿Es que puede existir un Gobierno tan inhumano que desapruebe una acción humanitaria de este tipo? América siempre ha sido el asilo por excelencia de los perseguidos políticos, y su más noble tradición, amigo Alvarez.

—Yo creo en América, y creo que de nuevo ustedes salvarán la libertad del mundo, pero, si un espíritu contrario se infiltrase en aquellos países, saltarían rotos todos los resortes morales, y la hecatombe se produciría a la primera embestida del adversario. Eso es lo que ha sucedido en Europa. La insolidaridad de los pueblos es una consecuencia de la insolidaridad

de los individuos, y cuando el egoísmo penetra en una sociedad o se reacciona inmediatamente, o se perece. Créame que estos males espirituales me preocupan más que la fuerza del adversario. Somos millones los hombres que nos hallamos en la desgracia, por haber luchado por la libertad, como tendrán que luchar todos tarde o temprano. Cuando de parte de los amigos o de quienes debieran serlo, se reciben pruebas de desconsideración, no por lo que uno es sino por lo que representa, empieza a entrar la duda sobre si uno no se ha equivocado de camino. ¡Cuántos han terminado en brazos del enemigo por desengaños parecidos! ¡Cuántos pueblos europeos, sobre todo los pequeños, giran hoy en la órbita del Eje, porque fueron menospreciados en sus más justos derechos! No quieren darse cuenta de que en esos pueblos pequeños es donde tiene la libertad sus más fervientes adoradores, porque gracias a ella viven. Y en vez de aprovechar el conjunto de todas estas fuerzas, que es muy considerable, se los abandona y en muchos casos se les desilusiona.

—Conforme, amigo Alvarez. Es muy peligroso creerse grandes e indispensables. No hay enemigo ni amigo pequeño. Vea el resultado obtenido con el abandono de las naciones centroeuropeas. Y calcule lo que sucedería en América, si los Estados Unidos nos dejasen a merced del enemigo. Porque si nosotros necesitamos protección por ser débiles, también Estados Unidos necesita de nosotros porque protegemos sus flancos. Pero esto no sucederá en América. La política de Roosevelt es de un gran acierto en relación con los pueblos americanos.

Durante todo el día no he podido apartar de mi mente la contestación de la Embajada de los Estados Unidos en Moscú, al negarse a entregar a mi amigo Stevenson una carta que para mí puede representar la vida o la muerte. Más de quince días he estado esperando lleno de ilusión la contestación para nada. Y no puedo menos de recordar aquellas palabras de Walt Whitman, el poeta americano por excelencia, en el prefacio a *Leaves of Grass*: "*The largeness of Nature and of this Nation were* monstrous *without a corresponding largeness and generosity of the spirit of the citizen.*" Sí, toda la natural grandiosidad

de la nación americana resultará monstruosa, si no existe grandeza y generosidad en el espíritu de sus ciudadanos.

4 de febrero.

Mi carta a mis compatriotas de América, va dirigida a mi excelente amigo Manuel de Intxausti, el protector de tanto desgraciado. Ya está en poder del Encargado de Negocios americano. Para olvidar los malos ratos de ayer, Despradel me ha invitado a cenar en el Kransler. Hemos celebrado la reconciliación con América con una excelente comida rociada con Pommard. Noto que los alemanes beben los vinos franceses con singular deleite. Tal vez por espíritu de venganza, pues fué un general francés —acaso Napoleón—, quien dijo que Francia debía sus hijos a los vinos y a las mujeres francesas.

5 de febrero.

Guardia Jaén se ha ido a Hamburgo. He pasado la tarde primero en un cine y después en otro. El cine es mi refugio natural. En la oscuridad me siento más tranquilo, y tengo tiempo de pensar en todo y en todos. Ya anochecido he ido a la Legación Dominicana, como casi todas las noches, donde el Ministro Despradel me agasaja y atiende con un afecto que me emociona hondamente. Salgo de allí aproximadamente a las once de la noche. Hoy un poco antes, pues a causa de la luna llena había probabilidades de una visita de la R. A. F. Hago esto para que no me alcance una alarma en la calle, pues obligan a todo el mundo a descender a los refugios, y la estancia en un lugar extraño no es para mí, ni agradable ni prudente.

7 de febrero.

Después de comer he paseado por Kufursterdam con el Ministro Dominicano. Le acompaño todos los días en estos paseos que suelen durar una hora. Como somos paseantes habituales, los guardias nos saludan con gran deferencia. Hasta nos hemos detenido alguna vez a hablar con ellos del tiempo. Con estas cosas se ríe mucho el Ministro Despradel.

8 de febrero.

Guardia Jaén ha regresado de Hamburgo. Hemos almorzado en un restaurante húngaro donde no hay ni un plato ni un vino de dicho país. Esto es corriente aquí, donde los escaparates de las tiendas exhiben toda clase de géneros, pero cuando se entra a comprarlos resulta que no los pueden vender. Todas las existencias se reducen a las de los escaparates. Es una manera de dar sensación de una abundancia que no hay.

Domingo 9.

Hoy es día de plato único, una de esas imposiciones que tienen por objeto, según dicen, habituar al pueblo a la obediencia y al sacrificio. Su objeto práctico es cobrar una cantidad que se añade al pago de la cuenta, por no haber comido un plato que a uno le hubiera gustado comer. Así, en el restaurante donde hemos estado, el plato único consistía en una sopa de patata con una salchicha. Todo ello no valía más de un marco, pero hemos pagado tres, con lo que se beneficia el Estado. Una de tantas exacciones impuestas al pueblo alemán.

Después de comer, hemos paseado con el Ministro Dominicano, quien al enterarse de nuestro ayuno obligatorio, nos ha reñido.

—Ojo con los segundos domingos de mes —nos ha dicho—. En cuanto los vean acercarse, tomen el camino de mi mesa, donde todavía no manda Hitler.

Para calmar el apetito nos ha invitado a cenar al Tousculum, el mejor restaurante de Berlín indudablemente, donde para que la atmósfera sea lo más parisina posible, hasta los camareros hablan francés. Hemos entrado con toda solemnidad a los acordes del himno dominicano. El pianista de la orquesta tiene catalogados a todos los diplomáticos de Berlín, y tan pronto como los ve entrar por la puerta del restaurante, les obsequia con el himno respectivo.

—No está mal, mi querido Ministro —le he dicho—. Del campo de concentración al Tousculum, y a los acordes del Himno Dominicano. Soy un caso de frescura único en Berlín.

—Pero cállese, Alvarez, si le tienen que tocar a usted el Himno Vasco ahora mismo. ¡A ver, *maître!*

—No, por Dios, señor Ministro, no quiero himnos que anuncien mi muerte. Algún día entrará usted en mi país a los acordes del suyo y del nuestro. Pero por ahora me basta con el dominicano.

Febrero 11.

Generalmente almuerzo en restaurantes baratos, entre modestos empleados y militares. Los civiles visten decentemente, aun cuando sus ropas denotan la mala calidad del material. Me dicen que como cada persona no tiene derecho más que a un traje al año, se ven en la necesidad de usar su traje último y mejor. Pero a estos trajes les va a suceder lo que a mis zapatos, que ya les empiezan a asomar barbas. No puedo ponerles suelas nuevas, porque los extranjeros en tránsito no tenemos derecho a este privilegio.

12 de febrero.

Hoy hemos almorzado en un restaurante chino, muy mal por cierto. La comida china, desfigurada por las restricciones, nos ha parecido doble *erzatz*. En lugar preferente del comedor estaban los retratos de Sun Yat Sen y Chiang Kai Shek. Había un grupo de jóvenes chinos hablando animadamente.

He recordado al Cónsul un episodio de nuestro exilio en París. Había fallecido en el Seminario de San Sulpicio un joven patriota vasco exilado que seguía la carrera sacerdotal. Velaron el cadáver sus compañeros, pero desde media noche solamente quedó haciéndole compañía un seminarista chino. Cuando entró en la habitación un grupo de vascos, quedáronse extrañados ante aquel espectáculo. Movidos a curiosidad preguntaron al chino si era amigo del compatriota muerto.

—Era un santo —contestó—. Además era un patriota que defendió a su pequeña patria, que no reclamaba más que su libertad. Yo pertenezco a un pueblo grande que también lucha por su libertad. Vascos y chinos hemos sido atacados en lugares muy distantes, pero por un mismo espíritu de

injusticia y violencia. Por eso he querido rendir a mi compañero y a su pueblo el último tributo de admiración y respeto.

Por la noche he estado en la Opera, donde han dado *La Traviata*, invitado por el Ministro Dominicano. Al verme con mis zapatos rotos y mi traje raído en un palco, no he podido menos de recordar aquellas estrofas de Iparraguirre: *"Egun batian txiro, beste batez jauna, onela ibiltzen da artista euskalduna"*, un día pobre y otro día señor, así anda el artista vasco.

14 de febrero.

Llevo ya mes y medio en Alemania y el problema de mi salida no se soluciona. Lo peor es que el permiso que me dió la Gestapo en Bruselas expira el día 28. Me aterra la idea de tener que volver a Bélgica. Todavía no tengo contestación de América. ¿Habrán recibido mi carta, o habrá surgido otro diplomático que estime el caso delicado y me la devuelva? Nada sé de mi mujer ni de mis hijos, a quienes no escribo por no despertar sospechas.

He expuesto al Ministro Dominicano mis inquietudes, en especial la que se refiere a la expiración de la fecha.

—Todo se arreglará y en último caso aquí está mi casa. Usted tiene que salir y saldrá, si algo vale América —me ha dicho una vez más—. Pero voy a llamar a Enrique, que es un sinvergüenza que sirve para todo.

Enrique es un empleado de la Legación, uno de esos tipos inteligentes y activos, que lo mismo sacan una botella de champaña de donde no la hay, que son amigos de un comandante o del canónigo de la catedral. Había nacido en Oriente, de padres alemanes y hablaba una porción de lenguas.

Cuando ha llegado, el Ministro le ha dicho:

—Enrique, véngase. Usted que conoce a todo el mundo en Berlín me va a hacer un favor. Deseo que arregle al doctor Alvarez una prórroga de permiso, sin que tenga que molestarse en ir a la policía. Si le dicen algo, les contesta usted que estando ausente su Ministro, tengo empeño en que sea bien atendido.

—Eso es muy fácil, señor Ministro —ha replicado Enrique.

—¿Lo ve usted, Alvarez?, para Enrique no hay nada imposible.

—Es fácil —ha añadido Enrique—, porque los policías que se ocupan de esos asuntos, son amigos míos.

—Además, amigos ¡Habrá que ver qué combinaciones se traerá con la policía este granuja! ¿Cuánto café les has traído de Suiza?

Enrique no contesta y se ríe. Me pidió el pasaporte y me prometió que al día siguiente estaría todo arreglado. Por supuesto, no conocía mi verdadera personalidad. Cada vez que mi pasaporte iba a la Policía, yo temblaba, pues como ya lo he dicho, era un documento extendido después de la entrada de los alemanes en Bélgica, que podía originar sospechas.

Una hora más tarde, Enrique estaba de vuelta. Había conseguido que sellasen el pasaporte, requisito que yo no había llenado, por creer que bastaba con el sello que me pusieron en Hamburgo, pequeño desliz que me podía haber costado un disgusto. Para la prórroga hacía falta llenar una solicitud, que él me trajo y yo llené.

—¿Pero usted doctor Alvarez, no va a salir de Alemania? —me ha preguntado Enrique.

—Así lo espero.

—Entonces ¿por qué no pide el permiso de salida al mismo tiempo?

—¿Cree usted que puedo pedirlo?

—Claro está, en la misma solicitud.

—Pero aun no tengo el visado de Grecia.

—¿De Grecia?

—Sí, de Grecia —ha intervenido el Ministro—. El doctor Alvarez va a Grecia con el Cónsul Guardia para asuntos profesionales.

—Pues yo creo que el permiso de salida lo darán sin necesidad de visado —ha añadido Enrique.

—Pues a conseguirlo —ha dicho el Ministro—. Si no lo hace, habrá perdido mucho ante mí. ¿Para qué le sirven si no esas amistades de que tanto presume?

Y Enrique se ha ido riendo.

15 de febrero.

Enrique ha llegado a la pensión trayéndome el pasaporte.

—Para que su salida sea firmada —me ha dicho—, hace falta un sencillo documento de la dueña de la pensión en el que diga que usted estará todavía aquí unas cuatro semanas. Se ha pedido ese plazo, para que durante ese tiempo obtenga usted los visados necesarios.

Yo no podía creer al bueno de Enrique. Aquello me parecía un milagro. Hemos llamado a la dueña de la pensión, que es una señora mayor que camina apoyada en un bastón. Me ha extendido el documento sin pedirme el pago por adelantado. Por lo visto tiene confianza en mí.

Continúa trabajando los visados. Sin el de Grecia no me otorgan el de Yugoeslavia, y sin éste no me conceden el de Hungría.

Termino el día catalogando a Enrique entre mis hombres providenciales.

16 de febrero.

El Ministro de Venezuela, que ha llegado de Suiza e Italia, nos ha invitado a almorzar en el Bristol. Nos dice que en los medios italianos en que ha vivido, el ambiente es hostil al régimen que les ha llevado a la guerra, y que la preparación militar es más deficiente de lo que se cree en el extranjero. Ha visto en Lausanne al ex rey de España, Alfonso XIII, que está desconocido a causa de su extraordinaria obesidad. Su enfermedad le ha obligado a abdicar en su hijo Juan. Parece que los monárquicos españoles abrigan las esperanzas de una restauración. Pero falta la voluntad del pueblo, que no es poco.

17 de febrero.

Me enteran que para conseguir el visado griego sería conveniente tener el de los Estados Unidos. Por otra parte me recomiendan que prepare el viaje de salida por Suecia, pues no será posible hacerlo por Grecia. El Ministro Dominicano y el de

Venezuela han visitado al Encargado de Negocios de los Estados Unidos para obtener mi visado, y pedirle al mismo tiempo que se interese cerca del Cónsul Americano de Amberes o Bruselas, para que extienda el de mi mujer e hijos.

Los Ministros han realizado la gestión con fortuna para mí, pues debo ir mañana al Consulado Americano donde me entregarán el visado. En cambio no pueden hacerlo con el de la Viuda de Guerra —que es el nombre falso de mi mujer—, porque los consulados de Bélgica no tienen facultad de otorgar visados a partir del primero de enero. Tendré que resignarme a dejar en Bélgica a mi mujer e hijos, y partir solo para donde sea. Nada sé del permiso de salida de Alemania. Enrique no aparece estos días. Mala señal.

Cuando he llegado a la pensión, he tropezado a la entrada con un grupo de jóvenes, que esperaban les designasen las habitaciones. Son aviadores rusos.

—He aquí el pacto Hitler-Stalin y sus consecuencias —he dicho a mi Cónsul—. ¿Recuerda usted lo que hemos tenido que sufrir arrastrando el calificativo de rojos, comunistas y otras lindezas? Aquí me tiene usted sufriendo aún sus consecuencias, teniendo que vivir en medio de la mentira y el engaño. Estos en cambio lo han arreglado todo con un sencillo pacto. Tienen visados y ya no son el *monstruo comunista* los unos, ni la *bestia fascista* los otros. ¿Qué le parece?

—Que tiene mucha gracia. Hitler hará cualquier cosa por evitar la lucha en dos frentes.

—Ahora sólo falta que Stalin se adhiera al pacto antikomintern y el asunto queda arreglado definitivamente. ¿No le parece que toda esta conducta es algo así como el extracto concentrado de todos los maquiavelismos que ha conocido la historia? ¿Usted cree que puede haber vigor en la lucha por parte de nadie, si este espíritu de frío cálculo, que suelen llamar realismo, no es barrido a culatazos?

—Estos hechos —me ha contestado el Cónsul—, solamente puede llevarlos a efecto la diplomacia de países que no tienen en cuenta la voluntad de sus pueblos, o que se ríen de ellos.

Pues si los demás piensan seguir ese camino, más vale que se descubran a tiempo, para evitar el derramamiento de más sangre inocente. Todos aquellos que confían en que su sacrificio sirve para hacer triunfar la decencia en el mundo, dejarán el campo libre para que la indecencia de uno y otro bando se coman las entrañas entre sí.

Qué suerte la de los aviadores soviéticos... Entran y salen de Alemania con permisos y visados. Decididamente yo soy un perfecto idiota.

18 de febrero.

En el Consulado Americano de Berlín hay una señora encargada de verificar los interrogatorios de cuantos soliciten el visado. Es lo que en mi país llamaríamos una *birrocha:* cien por cien solterona, delgada, pequeña y enjuta. Está habituada a zarandear a los pobres israelitas y para ella no hay más normas que las reglas que le han dictado, y las que por su parte añade. Mi interrogatorio ha durado dos horas y media, al cabo de las cuales, ha vuelto mi Cónsul que había ido a saludar a su colega americano. Como es natural, se ha extrañado de que el interrogatorio no hubiese terminado. La señora le ha mirado con mala cara y le ha dicho:

—Es preciso hacer una información completa, y aun tengo que hacer muchas preguntas a este señor.

Olvidaba la señora que había repetido varias veces las mismas preguntas. En vista de ello le he dicho al Cónsul:

—Puede usted retirarse, amigo Guardia, pues deseo complacer cumplidamente a esta dama.

Me ha preguntado de dónde vengo y por qué quiero ir a los Estados Unidos. Cuando le he contestado que en tránsito, me ha preguntado a qué iba a Panamá.

—Tiene gracia —le he respondido—, pues a mi casa.

Luego me ha lanzado encima otro torrente de preguntas. ¿En qué barco vino usted a América?... ¿En qué fecha?... ¿Cuándo llegó?... ¿En qué puerto desembarcó?... ¿Dónde está ahora el barco en que usted vino?... Aquí quedó derrotada. La lección que tenía preparada para comparecer ante la

Gestapo en Bruselas, la había repasado debidamente. Por eso cuando le he dicho:

—¿El buque? En el fondo del mar . . . ", me ha mirado con rabia, y después de una pausa, ha reanudado las preguntas.

El amigo Guardia ha vuelto a entrar, esta vez acompañado del Vicecónsul Americano, que es un hombre de una cortesía y de una simpatía atrayentes. Este le ha dicho a mi interrogadora:

—¿Pero es que no han terminado ustedes todavía? Yo le ruego que concluya pronto.

Molesta por la intromisión consular, la solterona ha intensificado el interrogatorio. Cuando mi Cónsul ha oído que les ha llegado el turno a mis negocios de Panamá, se ha alarmado y me ha interrumpido:

—No dé esas explicaciones.

—No se preocupe, amigo Guardia —le he respondido—. Ya veremos quién se cansa antes.

—¿Por dónde piensa usted marcharse? —ha seguido.

—Si puedo por Grecia, y si no por Suecia.

—¿Y por qué no va usted por Lisboa?

—Pues porque tengo asuntos que resolver en Grecia y Suecia.

—Entonces, ¿saldrá usted por el Norte, por Petsamo?

—Seguramente.

—¿Y en qué fecha saldrá el buque?

—No sé. Ya sabe que ahora las compañías no señalan las fechas de salida.

—Pues hay que saberlo.

—Pues pregúntelo usted, porque yo no soy profeta.

Por fin se ha rendido, y he podido despedirme del Vicecónsul, que me esperaba apurado, por la tortura a que me había sometido aquella subordinada suya. Cuando he marchado, ésta todavía me miraba con recelo. En la calle he dicho al Cónsul:

—¡Lo que son las cosas! He tenido que venir al Consulado de los Estados Unidos, para encontrar al inquisidor que debía haber hallado en la Gestapo.

19 de febrero.

Hoy marcha el Cónsul Guardia a Grecia, pues ya no puede esperarme más.

Yo sigo la batalla por los visados. No me dan el de Suecia si no tengo el de Finlandia, pues el embarque para los Estados Unidos se verifica por Petsamo. En el Consulado finlandés me han vuelto a preguntar:

—¿Pero por qué no va usted por Lisboa atravesando España? Es la ruta más sencilla y la menos peligrosa. Sobre todo la menos peligrosa.

Cuando he llegado a la Legación Dominicana, el doctor Despradel me ha presentado a su señora que acababa de llegar de Suiza. Doña Isabelita, como la llama su esposo, es una dama bondadosísima, que esta noche sabrá la verdadera personalidad del doctor Alvarez, pues he encargado al Ministro que se lo diga.

20 de febrero.

Ha venido Enrique a decirme que el permiso de salida de Alemania no será despachado hasta que el Ministerio del Interior reciba la aprobación para hacerlo de las autoridades alemanas de Bruselas que me dieron el permiso para salir y volver a Bélgica.

He caminado durante dos horas por entre calles y he terminado metiéndome en un cine. He visto una película sobre la rebelión de Irlanda contra Inglaterra, y es la primera vez que he oído aplausos en un cine de Alemania. Ni la aparición del Führer en la pantalla, ni los desfiles militares, ni las escenas de la guerra, nunca he visto que arrancasen aplausos. En cambio la lucha irlandesa por su libertad, sí. El hecho me ha servido de meditación. Mientras se esclaviza a checos, a polacos, a noruegos, y se destruye a Guernica atacándonos a los vascos como a tantos otros pueblos pacíficos e inocentes, aquí se aplaude a Irlanda porque quiere ser libre. Cuánto contrasentido.

25 de febrero.

Con los paseos que he dado estos días de soledad, mis zapatos han terminado por romperse, y he pasado la mañana recortando cuidadosamente con las tijeras, las barbas que les salen y les dan un aspecto menesteroso. Los que andamos por el mundo haciendo ver que somos lo que no somos, tenemos que cuidar de las apariencias, para no inducir a sospecha a la Policía o a las sirvientas del hotel.

Por la tarde he acompañado al Ministro Dominicano a casa de su sastre, donde le han probado un frac nuevo. El sastre ha medido cuidadosamente las distancias de los prendedores que han de sostener las cruces y condecoraciones del Ministro. Como de costumbre el doctor Despradel estaba de muy buen humor. Ha preguntado al sastre si la tela estaba hecha de madera. El sastre le ha jurado que se trataba de un género excepcional, que lo guarda exclusivamente para los clientes distinguidos. El Ministro le ha replicado, que, como se acerca la primavera, no le gustaría tener que asistir a una recepción del Führer con plantas y capullos en los hombros y en las mangas. El sastre no ha entendido el chiste hasta un buen rato después, y entonces ha tenido risa para un rato.

Cuando hemos montado en el coche, el Ministro se ha fijado en mis zapatos.

—Amigo Alvarez, tiene usted los zapatos totalmente rotos.

—Con los zapatos rotos pero paseándome por Berlín en un magnífico coche con placa del Cuerpo Diplomático. Así es la vida.

—No, Alvarez, se lo digo seriamente. Es preciso arreglar esos zapatos, primeramente porque no está bien que ande así, y además porque puede extrañar a la gente. En mi próximo viaje a Suiza prometo traerle cuero para que se los arregle algún zapatero de aquí. Prefiero comprarlo en Suiza, porque en Alemania tenemos que pedir un permiso especial al Ministro de Negocios Extranjeros para que nos lo proporcionen. Ya ve usted hasta dónde ha llegado este pueblo en su afán de grandezas.

—Más que los zapatos, me preocupa mi permiso de estancia, que expira dentro de tres días.

—Diré a Enrique que los obtenga como sea. En último caso que lo pida directamente Villalaz, y si no, lo haré yo aunque mi intervención sea extraña.

—Se lo ruego, porque volver a Bélgica sería terrible para mí y para los míos.

—Eso no puede ser y no será —me ha respondido el Ministro.

27 de febrero.

El doctor Despradel es hombre que a pesar de sus muchas ocupaciones, no olvida a sus amigos.

—Alvarez —me ha llamado por teléfono—, su prórroga está conseguida para cuatro semanas más, así es que ya no tiene que preocuparse de la fecha de mañana.

—Mil gracias, señor Ministro.

—Además acaba de comunicarme el Ministro de Venezuela, que ha escrito al Cónsul Araujo para que sin demora consigan la salida de Bélgica de la señora Viuda de Guerra y sus niños. ¿Está usted satisfecho?

—Encantado, señor Ministro, y repito las gracias.

He querido entrar en una iglesia pero estaba cerrada. Lo mismo que ayer, Miércoles de Ceniza, en que por dicha razón no pude cumplir con el piadoso rito que nos recuerda nuestra miseria, *pulvis eris* . . . como mis zapatos. Y no he podido menos de recordar aquellas iglesias de mi patria, abiertas al culto cuando allí mandábamos los *indeseables,* mientras que en casa de quienes ayudaron a Franco a defender la civilización cristiana, aparecen cerradas casi todos los días.

2 de marzo.

Cuando he llegado a la Legación Dominicana, la señora del Ministro me ha recibido con grandes muestras de afecto y me ha dicho:

—¿Qué tal, qué tal señor Alvarez? Alvarez ¿no es así?

—Sí, señora —le he contestado riendo—, Alvarez.

—Roberto me lo ha contado todo. ¡Qué tragedia la suya, amigo mío! Pero no tenga cuidado, que nosotros le ayudaremos todo lo que podamos. Unicamente tenga prudencia en presencia de Rosario, pues aunque es muy buena, es mujer al fin y al cabo, y bastante curiosilla.

Rosario es la Secretaria de la Legación. Suele sentarse a la mesa del Ministro y observa mucho. Como hoy es el cumpleaños del doctor Despradel, he comido con ellos, y me ha anunciado que esta tarde le visitará un alto empleado de una casa constructora de vehículos de tracción, autos y tanques.

—Es un tipo muy competente y siempre cuenta cosas interesantes. Procuraremos conocer su opinión sobre la marcha de la guerra.

El señor en cuestión es persona muy agradable, que ha viajado mucho y habla correctamente el castellano. Después de las generalidades de rigor, hemos hablado del último discurso de Mussolini.

—Toda la esperanza del Duce está en Alemania —ha dicho el Ministro.

—¡Si no fuera más que eso! —ha replicado el técnico.

—¿Es mala la situación de Italia? —le ha preguntado Despradel.

—Es un país de engaño. Quizás nos hubiera sido mejor marchar solos.

—Según mis referencias, todavía se come bien, y la vida . . .

—No me refiero a la comida, que es asunto del que yo no estoy enterado. Lo que a mí me interesa es lo referente a la construcción de material de guerra, y en este particular Italia constituye una carga para nosotros . . .

—¿Y en esas condiciones han entrado a la lucha?

—No hace un año que lo hicieron y ya han agotado todas las reservas de acero. Hemos tenido que enviarles material en momentos tan críticos para nosotros como son los actuales. ¡Ojalá se hubiesen quedado quietos!

—Bien, ¿pero no cree que siempre es mejor que Italia esté con ustedes a que se vaya con los adversarios? —he preguntado.

—Pues para decir la verdad, no lo sé. Ese es asunto de los técnicos militares, pero creo que hubiera sido resuelto en pocos días, como ha ocurrido con Francia.

Luego hemos hablado del futuro.

—¿Cree usted que la guerra será larga?

—No, muy corta.

—Pero, ¿a qué llama usted corta? . . . ¿A un año? . . . ¿A dos? . . .

—No . . . La guerra debe concluir este verano.

—¿Este verano? . . . —hemos respondido al mismo tiempo el Ministro y yo, significando nuestra extrañeza.

—Es absolutamente preciso por toda clase de razones.

—Pero, ¿cree usted que el Imperio Británico, y América en último caso, pueden derrumbarse en tan poco tiempo?

—Yo no sé cómo, pero estoy seguro de que nuestro Führer terminará la guerra este verano. Inglaterra será vencida. En cuanto a los Estados Unidos, ni están preparados ni lo estarán en muchos meses. Por eso no llegarán a tiempo para impedir la derrota inglesa.

—¿Y si lo que usted preconiza no sucede?

—Si este verano no termina el Führer la guerra —nos ha dicho el técnico con aire preocupado—, la hemos perdido definitivamente.

El Ministro y yo nos hemos mirado extrañados, y denotando al mismo tiempo nuestra satisfacción. ¡Hemos hablado tantas veces de la imposibilidad de vencer con rapidez a las democracias!

Nuestra conversación ha versado después sobre la personalidad del Führer, sobre la capacidad de resistencia del pueblo alemán, sobre su disciplina y la atracción que siente por las armas, etc.

—Yo no soy partidario del nacionalsocialismo porque lo considero pernicioso para el pueblo alemán. Admiro a Hitler porque es un hombre de enorme talento, y que ha salvado nuestro honor. Pero, ¿saben ustedes por qué lo temo? . . . Pues porque no ha viajado por el extranjero. Hitler no sabe que en los demás países hay cosas buenas, algunas de ellas superiores

a las nuestras. Es una pena que no haya tenido ocasión de conocer los países que yo he recorrido.

—Es curiosa esa admiración y ese temor que siente usted por el Führer —le he dicho.

—Es algo muy nuestro que es difícil que lo comprendan ustedes —ha seguido diciendo el ingeniero alemán—. Ustedes ven pasar por la calle un batallón precedido de una banda e inmediatamente piensan en el militarismo alemán, y ahora en la disciplina nazi. Yo en cambio siento tal emoción que a pesar de mi edad iría detrás de esa bandera y de esa música. Es algo que nos atrae a pesar nuestro. Por eso no se extrañen al oírme hablar con entusiasmo del Führer cuando veo en él al jefe. Pero cuando reprimo el entusiasmo y reflexiono, entonces pienso en los peligros que nos aguardan y hasta en la aventura en que estamos empeñados.

—Y ¿cree usted que eso sucede a todos los alemanes?

—A la mayoría. Una bandera y una formación en columna nos atrae en tal forma que pocos somos capaces de resistir su influencia emotiva. Más aún. El paso militar tiene tal influencia en nosotros, que en ello radica un grave peligro. Ustedes han visto desfilar a muchos jóvenes con su bandera al frente. Pues bien, si esa bandera es sustituída por otra al mismo tiempo que la música sigue tocando y no se deja de marcar el paso, estoy seguro que la formación continúa su marcha.

—Es incomprensible.

—Pues créanme que es un fenómeno que nos preocupa a quienes hemos presenciado los cambios más extraños en este pueblo.

—De ello deduzco que cualquier día pudieran cambiar las cosas radicalmente —he replicado.

—Espero que el Führer termine este verano la guerra, pues de la contrario todo es posible.

Cuando el señor alemán se ha marchado, he dicho al Cónsul:

—Me da mucho que pensar esta duda que he advertido en varios hombres inteligentes con quienes he hablado. Y siempre me digo: "Un pueblo cuyas cabezas dudan, no está destinado a conseguir la victoria."

4 de marzo.

El Ministro de Panamá me ha invitado a tomar café en su casa. Estando allí, ha llegado un señor correctamente vestido, a quien yo no conocía. Después de una larga conversación con el Ministro, se ha marchado mirando a todas partes con recelo.

—Estos alemanes están locos —me ha dicho el Ministro—. Ese señor que acaba de salir, es un sacerdote austríaco que viene por encargo del Nuncio para rogarme que extienda urgentemente unos visados.

—¿Para quién son esos visados?

—Pues para los jefes más destacados del Partido y organizaciones católicas y para varios eclesiásticos. Los están llevando a los campos de concentración por el más leve motivo, y si no llegan a tiempo mis visados, temen no poder salvar a los que esperan sufrir la misma suerte.

—Nada me extraña. Ahora les ha tocado el turno a los católicos . . . como ayer a los judíos . . . Mañana . . .

—Lo de los judíos es espantoso. Esta mañana ha estado en este despacho un alto jefe de los S. S. Me ha contado que los tienen enjaulados como fieras en esa especie de Ghetto que han creado en Varsovia. Les echan la comida por encima de los muros. En fin, algo bochornoso, tan bochornoso que me ha dicho: "Me avergüenzo como alemán. Con estas atrocidades caerá una maldición sobre nosotros."

6 de marzo.

Hoy cumplo 37 años. Me entristece pasar esta fecha separado de los míos, pero a pesar de ello me siento esperanzado. Para corresponder de algún modo a mis amigos, les he invitado a cenar y nada menos que al Tousculum. Mi bolsa ha sufrido un serio descalabro, pero estoy satisfecho. Cuando he pagado la cuenta, mis amigos me han mirado con lástima. Quien ha desequilibrado mi presupuesto ha sido el pianista. Como venían tres Ministros conmigo, la orquesta ha interpretado los himnos de sus respectivos países, por lo que he tenido que triplicar

la propina. Todavía el pianista ha preguntado si yo también era Ministro. Por lo visto no le he parecido tan harapiento.

7 de marzo.

Bajaba Kufursterdam acompañado del doctor Villalaz y el amigo Guardia, cuando mis ojos se han fijado en una persona que venía en sentido contrario. Le he reconocido inmediatamente: Jacinto Miquelarena. Nos ha mirado y ha pasado rozándome. He mirado con disimulo hacia atrás. He notado que no me ha reconocido.

—Acabo de pasar por uno de los trances más peligrosos de toda mi odisea —les he dicho.

—Ese señor que nos ha cruzado, es periodista del "A B C" de Madrid.

—¿Y le conoce a usted?

—¡Calculen si me conoce! Miquelarena es vasco, y fué director de uno de nuestros diarios en Bilbao. Ahora está al servicio de Falange. Y para que vea la clase de tipo que es: hace año y medio escribió en "La Nación" de Buenos Aires un vergonzoso artículo en el que narraba una conversación apócrifa que yo sostuve con el Ministro del Gabinete Francés, M. Ibarnegaray, que es otro vasco de la misma categoría de Miquelarena. De la veracidad del artículo se podrán ustedes dar cuenta si les digo que no conozco a Ibarnegaray ni he hablado con él jamás. Y por si esto fuera poco, nos trataba a los jefes vascos, y concretamente a mí, como a hombres sin honor y sin familia. Y ya ve usted, mi querido Ministro, hoy tropiezo con este *honrado* periodista, en el momento que van ustedes a tomar los billetes del tren, para traerme a mi mujer y a mis hijos. ¿Quiere usted visitar al señor Miquelarena y decirle que mi familia ha aparecido?

—Y ¿cree usted que le hubiera denunciado?

—No lo sé, pero estoy muy contento de que no me haya reconocido. ¿Se dan ustedes cuenta de su éxito periodístico si me descubre?

12 de marzo.

Con la marcha de mis amigos me siento más solo. A eso de la una de la madrugada me han despertado las sirenas. "Vamos, parece que son los ingleses. Gracias a Dios", me he dicho. Por teléfono me han recordado la obligación de bajar al refugio. Así lo he hecho. Allí nos hemos conocido los vecinos de la casa tal como somos, porque las mujeres no han tenido tiempo de pintarse ni los hombres de arreglarse. ¡Qué diferencia con aquellos atildados personajes que encontraba en el ascensor!

El refugio no pasaba de ser un antídoto moral contra el pánico. Cualquier bomba hubiera deshecho todas sus ilusiones protectoras. Sin embargo, las gentes estaban tranquilas. Como generalmente sucede en estos casos, ha surgido el *técnico* que todo lo sabe, que ha explicado a los demás la imposibilidad de que los aviones ingleses llegaran a Berlín. Era el animador de aquella reunión de inexpertos. Los disparos de los antiaéreos se sentían muy lejanos, lo que permitía al "técnico" gastarse bromas a cargo de los ingleses, que eran muy celebradas por los demás. Pero de pronto se ha sentido un tremendo estampido, y varios de los que estaban en el refugio se han arrojado al suelo entre ellos el *técnico.* Cuando se ha pasado el susto, el *técnico* no se ha atrevido a hablar más, y algunos le han mirado con sonrisa irónica.

A las seis de la mañana ha sonado la normalidad. Entre el sueño, el fracaso de las predicciones del *técnico,* y la realidad de un bombardeo de Berlín, las gentes han desfilado con unas caras muy largas. Es que se venía abajo otra de las fábulas divulgada por la propaganda nazi: la invulnerabilidad del cielo alemán.

Yo no soy de los ingenuos que piensan que el día que los Aliados tengan doble aviación, habrán ganado la guerra. No, tendrán y tendremos que ganarla invadiendo el Continente. Pero no cabe duda de que la aviación podrá destruir la moral de este pueblo que ha creído todo lo que sus jefes le han dicho. La verdad es que el bombardeo de esta noche no ha

sido fuerte, pero ha hecho un gran efecto en mis compañeros de refugio, y supongo que también en los demás alemanes.

13 de marzo.

Ha regresado de Bélgica el Ministro de Panamá, pero no ha podido traer a mi mujer e hijos. Todavía les falta el permiso alemán.

Me dicen que el bombardeo de ayer causó muchas víctimas en los barrios exteriores de Berlín.

14 de marzo.

Hoy se han celebrado en la catedral católica de Unter den Linden, los funerales por el alma de Alfonso XIII, organizados por la Embajada Española.

—¿A que no se atreve usted a ir mañana a los funerales? —me dijo ayer el Ministro de Santo Domingo.

—Claro que no. ¡No ve usted que habrá mucha gente que pueda conocerme!

Luego he estado pensando. Me atraía la aventura. A pesar de los agravios que recibió nuestro pueblo de Alfonso XIII, la seriedad del acto religioso me imponía respeto. Pero la curiosidad de ver reunidos a individuos que me convenía conocer de vista, y el deseo de dar una broma a mis amigos los Ministros, que estaban invitados como todo el Cuerpo Diplomático, me han decidido a asistir a los funerales.

Esta mañana he tomado el autobús para ir a la catedral católica. Cerca de mí se han sentado dos señoritas españolas, tocadas con boina roja. Lo de la boina me ha molestado porque es una prenda eminentemente vasca, que Franco ha aceptado como distintivo de Falange, para halagar a los carlistas. Las señoritas se han puesto a hablar.

—A este pobre también le ha llegado su hora.

—¿Crees tú que nos convendría a los españoles un nuevo rey?

—No sé. No creas que a mí me importa mucho.

—Tampoco los de Falange quieren la Monarquía. A mí me da igual.

—Pero la gente tampoco quiere a Falange.

—Nadie está contento.

—Parecía que después de la guerra las cosas marcharían mejor, pero resulta todo lo contrario.

—Chica, yo no entiendo de estas cosas, pero en España todo el mundo habla mal de todo el mundo.

—Algunos dicen que hay que hacer otra revolución para implantar lo que debía haber triunfado.

—¿La Monarquía?

—No sé lo que querrán.

—Pues yo tampoco, porque cada vez entiendo menos las cosas de España.

Y yo pensaba entre mí: "Y ¿para esto ha hecho Franco una rebelión que ha costado más de un millón de muertos, y ha arruinado a todo el país?"

He entrado en el templo, que es muy pequeño, con toda clase de precauciones. En el presbiterio estaba el General Espinosa de los Monteros con uniforme de gala, dos Prelados alemanes, el representante del Führer y otros altos funcionarios alemanes. En los bancos de la derecha estaba el Cuerpo Diplomático —entre ellos mis amigos—, con esa indiferencia tan característica de los diplomáticos cuando asisten a alguna ceremonia religiosa. El resto de la asistencia no llegaría a cincuenta personas.

Lo más pintoresco ha sido la entrada de la representación de Falange. El jefe, muy peripuesto, vestía guerrera blanca. ¿A qué se deberá la afición de todos los jefecillos totalitarios a la guerrera blanca? Porque hoy ha hecho mucho frío, y frío de Berlín. Las fuerzas falangistas consistían en cinco varones y seis damas que han entrado formados andando con paso procesional. Luego venían otros cuatro más, que han dado guardia al catafalco.

Yo me he colocado en los bancos finales y cerca de mí se han sentado dos individuos, que sé son policías españoles, porque andan por Berlín con un automóvil muy pequeño en el que flamea una bandera española muy grande. Les he mirado bien para que no se me despisten. Ellos también me

han mirado como diciéndome: "Tú también eres de nuestra cuerda." Si les digo quién soy se termina el funeral.

Concluída la ceremonia, he salido rápidamente y me he metido en el grupo de curiosos que admiraba el desfile de uniformes y condecoraciones. Cuando he visto salir a mis Ministros he estado tentado de llamarlos, pero no lo he hecho, temiendo su reacción ante la sorpresa.

Han pasado junto a mí varios que me conocían perfectamente, entre ellos un muchacho amigo mío y que se llama y apellida como yo, y que ahora está en la Embajada Española de Berlín.

16 de marzo.

Las veladas que paso en la Legación de Santo Domingo con el Ministro y doña Isabelita oyendo la radio, constituyen el rato más feliz de todo el día.

—Le aseguro a usted —me ha dicho doña Isabelita— que desde que me he enterado de las cosas que ha hecho Franco, y de lo que sufren ustedes, no le quiero nada.

—Lo ves, lo ves —le ha interrumpido su marido—, ya sabía que un día habías de decirme eso.

Como mi permiso de salida todavía no ha llegado, doña Isabelita me ha prometido hacer una novena a la Virgen de la Altagracia, de Santo Domingo.

—Una novena es poco —le ha dicho el ministro—, lo menos debes hacer diez.

—Diez, ¿por qué?

—En desagravio a la Virgen por todas las novenas que has hecho para que triunfe Franco.

Doña Isabelita se ha reído; tiene un excelente carácter.

20 de marzo.

Hoy me ha llamado la Policía. Desde la Legación les han contestado que no podía ir. La policía ha dicho que es lo mismo mañana. Despradel me ha aconsejado que no vaya. Irá Enrique.

21 de marzo.

Enrique ha vuelto de la Policía diciendo que me concederán el permiso de salida por cualquier frontera, menos por la sueca y la rusa.

—Prefieren que vaya usted por España y Portugal.

—Sí, sí, está bien —le ha contestado el Ministro—, pero el señor Alvarez tiene asuntos en Suecia y en Rusia, pero no en España ni Portugal.

—Pues según ha dicho la policía, por Suecia y Rusia no sale nadie, ni con permiso del Führer.

—Pues ¿qué sucede, usted que lo sabe todo? —ha replicado el Ministro.

Enrique ha adoptado un tono de persona bien enterada y ha contestado:

—Algo grave, aunque no sé exactamente lo que es. Creo que la guerra con Rusia es cuestión de horas.

Y luego ha añadido con gran aplomo:

—En seis semanas los rusos estarán liquidados.

23 de marzo.

El permiso no se consigue y estoy desesperado. Despradel me propone la fuga por Suiza. Me llevaría en su coche que no lo registran. He aceptado.

Hemos despedido al Ministro de Venezuela que marcha a España para regresar dentro de una semana.

Hoy ha habido otro bombardeo a cargo de la R. A. F. Han elegido bien el día, pues mañana es el primer día de trabajo de la semana. Me ha sorprendido en la Legación Dominicana y a las cuatro de la madrugada he vuelto a la pensión por unas calles solitarias. He cometido una imprudencia, porque hasta dos horas más tarde no ha sonado la normalidad.

26 de marzo.

En Unter den Linden he presenciado los preparativos para el recibimiento que se tributará esta tarde al Ministro japonés

Matsuoka. Miles de metros de tela con los colores nazis, italianos y japoneses; formaciones de S. S. dirigiéndose a sus puestos; miles de personas con banderitas, en fin, una gran movilización de gran espectáculo. Parece que se acerca la hora de las decisiones. La radio ha dicho que según noticias americanas, Rusia firmará el pacto tripartito.

27 de marzo.

Berlín arde en fiestas. Cuando me dirigía a Unter den Linden he visto pasar a Matsuoka seguido y precedido de gran acompañamiento. Iba con el General Oshima. Se dirigían hacia la nueva Cancillería, residencia del Führer. Me he dejado llevar por la multitud y he llegado hasta las calles que dan a la Cancillería. A duras penas he conseguido abrirme paso hasta colocarme a menos de treinta metros de distancia del famoso balcón al que se asoma Hitler para recibir el homenaje de sus partidarios. La espaciosa plaza en frente de la Cancillería estaba ocupada por las formaciones de Asalto en mangas de camisa, a pesar de hacer un frío intensísimo. He admirado a estos jóvenes que han resistido a pie firme el frío, por su Führer o por su culpa.

Hemos esperado cerca de tres horas a que Hitler y Matsuoka saliesen al balcón, aparición que era anunciada de tiempo en tiempo. Mientras tanto las formaciones de Asalto nos han obsequiado con canciones, y unos motoristas de las S. S. nos han repartido banderitas con la cruz gamada y el sol naciente. A mí también me las han dado, y las he enarbolado una en cada mano.

A juzgar por los alaridos con que contestaban a los gritos de ordenanza, los que me rodeaban debían de ser los más fanáticos del Partido. Como yo no sabía de qué se trataba permanecí callado, pero como mis vecinos empezaron a mirarme con ceño interrogante, levanté las dos banderas con energía y también me puse a gritar. Como tengo una voz bastante fuerte, me han mirado con gesto de complacencia, como diciéndome que yo también era digno de estar allí.

Al fin han salido al balcón el Führer y Matsuoka acompa-

ñados de Goering y Oshima. En segundo término aparecía la cabeza de von Ribbentrop. Pocas veces he experimentado tal sensación de comicidad. He recordado que un diplomático americano decía que esta entrevista era entre el *mono asiático* y el *gitano de la Bukovina*. El contraste entre aquel japonés pequeño y feo y los aguerridos alemanes que le rodeaban era tan llamativo, que más que vitorear al racismo a base de selección animal, parecía que debieran de haber sacrificado al japonés en el mismo balcón.

A mí, que nunca había visto a Hitler, me llamó la atención el color rojizo de sus cabellos y rostro, en contradicción a la idea que me había formado de él por las fotografías y el cine.

Poco después de haber recibido el homenaje popular, Matsuoka salió de la Cancillería. Más tarde salió von Ribbentrop, cuyo rostro algo congestionado denotaba preocupación.

¿Qué es lo que han tratado? Ayer se aseguraba que la conferencia no tendría éxito. Hitler busca el apoyo del Japón, pero el Japón no quiere comprometerse. ¿Qué resultará de todo esto? La conclusión que yo saco es que en esta guerra no quedará nadie neutral. Con la libertad, o contra ella.

29 de marzo.

El pequeño restaurante donde hago mis comidas cuando estoy solo, es recogido y discreto. Pero los sábados por la noche aumenta la concurrencia, hay música y se baila en uno de los pisos superiores. Es un buen lugar de observación este pequeño restaurante lleno de amorosas parejas. Desde las siete y media hasta las diez y media, no me canso de leer periódicos en alemán que apenas entiendo y de mirar aquella juventud con deseos de vivir y aparentar. Se fuma y se bebe en abundancia, pero todo es *ersatz*. El tabaco cuando se puede encontrar es cualquier cosa menos tabaco, pero esta gente lo fuma a pesar de ello, como se beben *cocktails* que no lo son pero que dan una apariencia mundana. Lo que no falta es cerveza, aunque su calidad ha descendido mucho.

Hoy hemos tenido una sorpresa los clientes del pequeño restaurante. De pronto ha entrado una pintoresca recaudadora

del Socorro de Invierno, que nos ha obligado a guardar silencio a todos. Como le debían de faltar algunos dientes, cuando hablaba dejaba escapar pequeños silbidos, pero ha pronunciado con tanta energía sus primeras palabras que todos nos hemos callado. Ha pronunciado un violento discurso contra quienes malgastan tiempo y dinero en estos lugares, en vez de contribuir al Socorro de Invierno. Ha terminado su perorata con tres estentóreos *Heil Hitler* que hemos tenido que contestar todos, y luego ha pasado de mesa en mesa para que le diésemos un donativo *voluntario*. Nadie ha faltado a la consigna. He pasado un rato divertido, pensando hasta dónde puede descender un pueblo cuando todos los ciudadanos se creen Hitlers, o por lo menos la emanación de su espíritu.

31 de marzo.

He estado andando tres horas por los barrios obreros. Rostros huraños y taciturnos como en el resto de Berlín. En varias ocasiones me han dicho que en los medios obreros se observa una fuerte oposición contra el régimen, aunque me parece que este pueblo, que es bueno como todos los pueblos, es fácil de conducir. Hitler ha sabido unir dos ideas fundamentales: la necesidad de reivindicar el honor nacional y la implantación del socialismo en nombre del pueblo alemán. Solamente las propagandas que desconocen la realidad son capaces de asegurar que el nazismo es un régimen burgués. De ahí que la popularidad de Hitler haya sido inmensa, y que aun hoy, un cincuenta por ciento del pueblo esté con él. He ahí la gravedad del problema, porque las propagandas equivocadas son estériles cuando van dirigidas a un pueblo que abraza doctrinas negadoras de la dignidad humana y los derechos de los demás pueblos, y las admite como cosa natural, a causa de un proceso de deformación espiritual. Cien años de filosofía y enseñanza antisociales no se destruyen con discursos ni con promesas. Hacen falta realidades, de las que se ven y sienten. Por eso, el día en que el pueblo alemán vea que una fuerza superior a la suya llega hasta Berlín a anunciarle con las bayonetas, que los partidarios de la libertad

son más numerosos y más poderosos que quienes la niegan, habrá sonado la hora de su redención. Es triste confesarlo, pero hoy el pueblo alemán no comprende más lenguaje que el de las balas y los cañones.

2 de abril.

Hoy he tenido una satisfacción grandísima. Mis amigos de América han recibido la carta que les envié por medio del Canciller de los Estados Unidos, y me dicen que seguirán mis instrucciones. ¡Qué susto el de mis amigos que ignoraban mi paradero, al abrir mi carta y leer: "Aunque les extrañe estoy en Berlín desde donde les escribo."!

3 de abril.

Hoy me ha sucedido una cosa graciosa. He ido a casa de un especialista de oídos, que me ha recomendado el Ministro dominicano, para que me extrajera un pequeño tapón. Después de hacerme una pequeña operación, ha realizado pruebas para comprobar si había desaparecido mi sordera.

—Diga conmigo *Bar-ce-lo-na* —me ha ordenado.

Yo he repetido *Bar-ce-lo-na* con bastante recelo.

—Ahora diga *Bil-ba-o* —me ha vuelto a decir.

No he podido menos de dar un salto en la silla ante nombre tan evocador para mí, y lo he pronunciado a duras penas.

—Pero ¿qué es lo que le sucede? —me ha preguntado extrañado.

—Nada, doctor, una pequeña contracción.

He creído ver a través de mis gafas a la Gestapo que me estaba tomando el pelo. Cuando se lo he contado al doctor Despradel, se ha reído de la casualidad y luego ha añadido:

—¡Usted está de mejor humor que nosotros!

—Pues, ¿qué les sucede?

—Andamos locos todos los Ministros americanos, redactando las notas que tenemos que entregar al Ministro de Negocios Extranjeros, protestando contra los sabotajes que los marinos alemanes realizan con sus barcos anclados en nuestros puertos.

—¿Y por eso están enfadados?

—Por eso, y porque así se empieza a caminar hacia el campo de concentración.

4 de abril.

Esta tarde he dado un paseo en automóvil con el Ministro, y luego hemos ido a recoger a su hija a la salida del Colegio en que estudia. Estábamos conversando dentro del coche a la puerta del Colegio, cuando un señor ha introducido su mano por la ventanilla y ha apretado efusivamente la del Ministro mientras le decía:

—Mi querido Ministro... Pero ¿por dónde anda usted que no le vemos?

He observado en el Ministro un gesto de sobresalto, mientras ha contestado al señor:

—Pues que he de hacer, querido Cónsul, trabajar y más trabajar... Pero permítame que le presente... El doctor Alvarez, buen amigo mío de Panamá, y el señor Navarro, Cónsul de España en esta capital. Se trata, querido Alvarez, de una gran persona...

—Mucho gusto en conocerle, señor Cónsul —le he dicho estrechándole la mano.

—Qué, ¿de paso por aquí doctor?

—Si, de paso...

—¿Se irá usted pronto a América?

—Cuanto antes, señor Cónsul.

El Ministro ha terciado rápidamente y ha preguntado al Cónsul por su reciente viaje a España. El Cónsul ha traído a sus niños de allí, "porque aquello está muy mal de alimentos", ha dicho.

Afortunadamente las niñas han salido del Colegio y nos hemos despedido del Cónsul.

—Márchese, márchese cuanto antes —me ha dicho el Ministro—, porque tengo unas ganas tremendas de dar un susto a esta gente diciendo quién es usted. Y me entran unos ataques de risa, que no puedo resistir.

10 de abril.

Como hoy es Jueves Santo, esta mañana he acudido a los oficios. He podido comprobar una vez más el grado de pobreza a que aquí ha llegado el culto católico.

Por la tarde el Ministro me ha propuesto ir a ver los efectos del bombardeo de anoche. Hemos llegado hasta las cercanías del Teatro de la Opera, cerca de la antigua Cancillería. Toda esta zona estaba acordonada por la policía. El Ministro ha mostrado su carnet diplomático y no sé por qué aquel buen soldado le ha dejado pasar.

—¿Y este señor?

—Es mi secretario.

—Está bien.

Hemos atravesado la zona prohibida llegando hasta Unter den Linden, donde no había más que contadas personas, seguramente encargadas de la vigilancia.

Esta vez ha acertado bien la R. A. F. Allí donde hacía pocas noches había yo escuchado *La Traviata*, no existían más que cuatro paredes. Han debido de ser bombas incendiarias las que han consumido todo el interior del teatro, pues los muros estaban intactos. Me ha confirmado en esta impresión el humo abundante que salía de la parte superior de la Biblioteca de la Universidad, después de haber apagado el fuego. En cambio la bomba que ha destrozado totalmente el Banco de Comercio, ha debido de ser de buen calibre y bien lanzada.

El bombardeo duró dos horas y media, y ha causado una impresión mucho más profunda que los anteriores. Porque no ha sido solamente en los alrededores, sino también en el centro de la capital.

Viernes Santo.

Cuando esta mañana he oído cantar el *Agios o Theos*, he recordado a mi pueblo que también está padeciendo su pasión y levanta sus ojos a Dios preguntándole: "¡Señor, Señor! ¿por qué me has abandonado?"

Domingo de Resurrección.

Los vascos celebramos hoy el Día de la Patria. A pesar de la persecución que padece nuestro pueblo, unos lo habrán celebrado en las prisiones y otros en los campos de concentración y en el exilio. Muchos se habrán acordado de mí, como yo me acuerdo de todos. Pocos se figurarán que me ha tocado pasar esta fiesta de esperanza completamente solo, lejos de todos los míos, en la proscripción. Pero no pierdo la confianza de que llegará el verdadero Día de la Patria para todos los vascos. Porque para eso estamos sufriendo.

17 de abril.

Ayer llegó el Ministro de Venezuela, de Madrid, y hoy ha llegado el de Panamá, de Suiza.

Noticias de América aseguran que los Soviets han entrado en el pacto tripartito. ¡Y mientras tanto las fronteras rusa y sueca cerradas! ¿Quién entiende esto? ¿Serán las últimas *invitaciones* de Alemania a Rusia, cortesmente formuladas, pero con las divisiones blindadas en la frontera?

Hoy ha vuelto a ser bombardeado Berlín. El ataque no ha sido muy fuerte.

18 de abril.

Ha venido a visitar al Ministro Dominicano un notable profesor de Derecho Internacional. Estaba sumamente acongojado.

—Yo que he sido maestro de von Ribbentrop —le ha dicho con una gran tristeza—, yo que he enseñado a varias generaciones de diplomáticos alemanes las normas en que deben basarse las relaciones entre los pueblos, yo que no me he dedicado en toda la vida más que al estudio, ahora me veo privado de la cátedra.

El Ministro y yo oíamos con respeto y silenciosos al profesor de aspecto venerable que nos movía a lástima.

—No se han atrevido a echarme como a otros —ha proseguido—. Me han fijado un retiro de 750 marcos al mes para

que no se diga que me han entregado a la miseria. Y todo porque entre los que me dieron el ser hay algún judío. Déme pronto el visado, señor Ministro, porque quiero irme cuanto antes.

—Ya sabe que por mi parte no hay inconveniente —le ha contestado el doctor Despradel—, pero ¿ya tiene usted el permiso de salida de Alemania?

—¿Cree usted que me lo negarán después de haberme echado de la cátedra?

El profesor no podía continuar. Al fin ha dicho:

—Tengo que salir como sea. No puedo aguantar este deshonor.

19 de abril.

De vez en cuando suele venir a la tertulia de la Legación un doctor en Derecho, alemán, que vive en la vecindad. Hoy ha llegado muy alarmado.

—Temo ser denunciado por el portero, señor Ministro.

—Pero, ¿por qué?

—Hoy no he podido resistir sus intemperancias y he estado muy duro con él.

—Y, ¿de qué le va a denunciar?

—Pues de cualquier cosa... de desafecto al régimen... no sé, de lo que se le ocurra.

—¿Ha oído usted? —se ha dirigido el Ministro a mí—. El portero de esta casa, y lo mismo sucederá en las demás. Tienen una misión de espionaje de lo más repugnante. Como sabe que soy diplomático me guarda unas consideraciones hasta serviles, pero con el resto de los vecinos es de un despotismo indignante. Usted ya conoce a unas ancianas que viven en uno de los pisos bajos. Pues bien, el otro día las trató groseramente y estuve a punto de decirle tres barbaridades.

—Es terrible vivir así —decía el doctor—. Dan autoridad a cualquiera y todos temblamos de que por hacer méritos nos denuncien el día menos pensado. ¡Qué bien viven ustedes en América! —ha terminado dirigiéndose a mí.

Cuando se ha ido, el Ministro no ha podido ocultar su indignación.

—Es verdaderamente repugnante esta delación organizada. Aquí el portero, allí el empleado, y hasta el hijo dentro de la familia. Este es un pueblo sano a quien el régimen le está transformando en mezquino y miserable. Han hecho de la delación una virtud nacional, y puede usted creerme que hasta cuando una sirvienta se va de casa, la que se queda no pierde tiempo para venir a contar toda clase de cosas contra ella.

20 de abril.

Hoy es el cumpleaños de Hitler y también el de mi hija Aintzane que ya tiene seis años. Me he paseado tristemente por entre colgaduras y banderas. Todo esto es reglamentario y frío. Mi imaginación ha volado hasta donde se encuentran los míos, y me he forjado la ilusión de que estaba contando a mis hijos nuestros *ipuñak* tan sencillos y llenos de enseñanzas, como acostumbraba a hacerlo en tiempos más felices.

A la tertulia de hoy han venido los Ministros de Panamá y Guatemala. A este último me han presentado con mi nombre supuesto. Entre otras cosas hemos hablado de las dificultades que existen en los medios de comunicación, y el Ministro de Panamá ha dicho:

—También para nosotros los diplomáticos existe la misma dificultad. No podemos ni hablar por teléfono con nuestros Cónsules de la zona ocupada, y los telegramas que enviamos a América pasan por la censura como los demás. En fin, que de nuestras prerrogativas diplomáticas no queda nada.

—Claro está —le ha interrumpido Despradel—, nos conformamos con que nos traten con buenas palabras, nos entreguen abundantes alimentos y nos dejen pasar.

—Perdonen que yo opine sobre el caso y no lo tomen a mal —he dicho—. Creo que son ustedes los culpables de lo que sucede. A mí siempre me ha extrañado que consientan ustedes todas esas limitaciones siendo representantes de países neutrales.

—Y ¿qué quiere que hagamos?

—Pues muy sencillo. Por de pronto reunirse todos los Ministros americanos y presentar una enérgica reclamación. Y si no es atendida, amenazar con imponer las mismas medidas a los diplomáticos alemanes que se hallan en América.

—Tiene usted mucha razón, pero dudo que pudiéramos llegar a entendernos entre nosotros para hacerlo. Porque nosotros somos así.

—Pues es muy triste, amigo mío, que mientras la diplomacia alemana y sus agentes se aprovechen en América de la libertad que generosamente se les concede, a ustedes les traten de esta manera.

—Somos incorregibles. ¡Cuántas ocasiones de éxito hemos perdido por no habernos entendido! . . . No pensamos más que en nuestra pequeñez individual, sin darnos cuenta de que detrás de cada uno de nosotros está América entera, con toda su significación espiritual y su enorme poderío.

—A eso me refería. No saben ustedes aprovechar el arma tan importante que tienen en sus manos. Y deben emplearla desde ahora, porque preveo para ustedes un papel definitivo en el futuro. Pero, todos juntos, porque cada uno por su lado serán vencidos. Vean el ejemplo de Europa.

21 de abril.

Hoy ha venido a la tertulia un matrimonio rumano que ha podido salir de su patria gracias a los buenos oficios del doctor Despradel. El es diplomático y ella es hija de un fuerte industrial alemán establecido en Holanda donde ha sido uno de los jefes de la Quinta Columna que ha operado con tanto éxito en aquel territorio. A pesar de ello, está casado con una señora judía de antigua familia alemana, a la que el doctor Despradel describe con singular elogio por su bondad. Quien no puede permanecer en Rumania es su hija a quien su padre, el nazista, dió madre judía.

He presenciado un caso muy significativo. La señora del diplomático ha rogado al doctor Despradel que le permita telefonear a Holanda para despedirse de su madre y hermanas. No citó el nombre de su padre con el que estaban reñidos. El

Ministro le ha contestado que accedería con mucho gusto a sus deseos, pero que no era posible comunicarse con Holanda por teléfono, por tenerlo prohibido. La señora, que tenía un aspecto muy inteligente, sonrió, e insistió diciendo al Ministro:

—¿Me permite que lo intente?

—Con mucho gusto.

Volvió la señora diciendo:

—Tiene usted razón, no están permitidas las comunicaciones, pero he dado el nombre de mi padre, por si sirve para algo.

No habían transcurrido muchos minutos, cuando la central telefónica advertía que la comunicación iba a ser puesta. Poco después la señora del diplomático hablaba con su madre y hermanas, despidiéndose de ellas porque tenía que emigrar a América.

El Ministro y yo hemos quedado sorprendidos y hemos comentado con el rumano, que hoy vivimos en tiempos tan retorcidos moralmente, que el triunfo, la influencia y hasta el teléfono corresponde a quienes están dispuestos a quebrantar palabras empeñadas y lealtades debidas.

Como es natural, hemos hablado sobre la situación actual de Rumania. El diplomático rumano, que se hallaba en su embajada de París, acudió a su país cuando fué decretada la movilización ante el ataque alemán y ruso. Se incorporó a su regimiento, pero ni siquiera entraron en campaña. Los golpes de Estado, la nueva forma política del país y la humillación consiguiente del pueblo rumano, le obligaron a retirarse a su casa entristecido. Le hemos preguntado sobre la situación actual de Rumania.

—Una situación de profunda inquietud. ¿Quién puede estar de acuerdo con todo cuanto ha sucedido? Vivimos en plena guerra civil. Ustedes han leído lo que se dijo acerca de las matanzas cometidas por la Guardia de Hierro de Codreanu. Hoy han sido contenidos estos excesos porque interesa a los nazis, y porque la Guardia de Hierro no les ofrece ninguna confianza. Pero estoy seguro de que nos encontramos en días

difíciles y ante nuevas jornadas sangrientas. Nos han dividido y destrozado. ¿Ustedes creen que en esas condiciones existen energías para nada?

—¿Y desde la entrada de las tropas alemanas, cual es la situación de Rumania?

—Rumania era un país en el que se vivía holgadamente, tan holgadamente que dudo hubiera en Europa un país de vida tan fácil. Pues bien, hoy cuesta todo dos y tres veces más que antes y no hemos hecho más que comenzar. Preveo la ruina y el hambre.

—Es curioso cómo la historia se repite. En materia económica nos encontramos ante un fenómeno parecido al de la época napoleónica. Recuerdo aquellos escritos de Chateaubriand en 1814, en los que anunciaba la próxima caída del coloso por una constante acumulación de ruinas. Pueblo donde entraba Napoleón, era pueblo arruinado. Por el contrario, en el resto del mundo floreció el comercio espléndidamente. Ahora sucede algo parecido.

—Pero es aún más terrible la realidad actual —ha interrumpido el rumano—, porque, con los medios de transporte actuales y la agilidad de los servicios que hipócritamente llaman de *recuperación*, bastan un par de meses para arrasar al pueblo más rico.

—Recuerdo el paso de Bélgica donde me aseguraron que había víveres acumulados para cuatro años, en caso de guerra, y bastaron dos meses para que esos depósitos de reserva fueran vaciados.

—¿Quieren ustedes creer que siendo Rumania uno de los graneros de Europa, haya comenzado ya a escasear el pan?

—Eso es terrible —contestó el Ministro—. A todo ese artificio se lo tiene que llevar la trampa. Se engaña con la propaganda, se finge con las buenas formas exteriores, pero al final la catástrofe será inevitable.

El matrimonio rumano se dirige a Santo Domingo a rehacer su vida lejos de su patria invadida y empobrecida. El Ministro los miraba compadecido, yo en cambio con envidia, porque ya tienen todos los visados y permisos necesarios.

22 de abril.

A la tertulia del Ministro dominicano suelen acudir dos jóvenes sudamericanos, doctores en Medicina que están especializándose aquí. Generalmente, toda esta gente joven que estudia en Alemania suele sentir entusiasmo por la causa nazi. Sea por convicción, por impresionismo, o por influencia de la clásica novia estudiantil que resulta una propagandista más, lo cierto es que estos jóvenes doctores son unos admiradores del hitlerismo, más en su aspecto guerrero y espectacular que en el doctrinal. Con motivo de los triunfos de Grecia y Africa se sienten ufanos y hasta provocadores. Siempre que han entrado en el saloncito donde el Ministro y yo solemos manejar unos mapas, nos han dicho:

—¿Pero también hoy con lo mismo? Déjense de mapas y de frentes, porque todo eso va a ser borrado por Hitler muy pronto.

—No se excite ni se ilusione demasiado la juventud —les contestaba el Ministro con su gracia peculiar.

—Pero si eso ya no lo evita nadie. El ejército alemán es invencible.

—Escúchenme con calma que les voy a confiar un secreto —replicaba el Ministro—. Yo me quedo en Berlín, ¿me ha entendido usted?, porque no quiero perder el desfile por Unter den Linden de las tropas aliadas. Y que no protesten mucho sus amiguitas, porque entonces les mandaremos un batallón de negros para que les den un susto.

—Pero qué ilusiones... Donde van a desfilar las tropas de Hitler es por las calles de Londres.

—Pues ya ven ustedes la confianza que tengo de ver el desfile aliado por Unter den Linden, que ya tengo hasta la silla preparada para no cansarme, porque va a ser muy largo, pero que muy largo...

—Y usted, doctor Alvarez, que está tan callado, ¿qué opina de los optimismos del Ministro?

—Pues que deben ustedes mirar el mapa y darse cuenta de lo grande que es el mundo. Y fíjense también lo pequeña que

es Alemania al lado del resto del globo terráqueo, a pesar de todos los territorios que ha engullido.

—Pero cada vez se irá haciendo mayor, porque esta vez no hay nadie que detenga a Hitler.

—Es posible que tengan razón por algún tiempo, por bastante tiempo si ustedes quieren . . . pero todo se acaba en esta vida. Todavía no ha entrado en guerra la Humanidad entera, de manera que bien podemos decir que no ha comenzado aún. Así es que no se precipiten, que todavía hemos de ver cosas extraordinarias.

—Tiene razón Alvarez —nos ha interrumpido el Ministro—. Si se pierden las Islas Británicas aun queda el Imperio y después América. Es demasiada carne para Hitler. Antes revienta de indigestión.

—Ustedes siempre están pensando en América. Aquello está muy lejos, y además no creo que se meta en la guerra cuando vea a Inglaterra perdida. Ya ven ustedes, ahora están avanzando sobre Suez. ¿Y de esto qué opinan?

—Yo admito que caiga Suez, ¿lo oye usted? —dije al joven doctor—, pero queda Africa. Y óigalo bien, yo espero ver algún día a los americanos luchando en Africa. Si es preciso, se constituirá un gigantesco frente africano, en el que Hitler tendrá que ocupar sus tropas. Porque los frentes no se inventan, los crean las circunstancias. Ahí radica el peligro para Hitler, pues cuanto más avanzan sus tropas más aumentarán sus necesidades y se crearán nuevos frentes que tiene que cubrir con sus hombres. No olviden que Hitler tiene en frente un inmenso material humano que será pertrechado y equipado como nunca lo fué una masa guerrera humana. Es un proceso de más o menos tiempo, pero inevitable, porque esta guerra es una lucha de civilizaciones en la cual las naciones se juegan su existencia. Ante ella no caben neutralidades, ni tampoco es posible dormir, porque los cañonazos suenan con demasiada fuerza.

En aquel momento el *speaker* de la emisión española de la Radio Berlín nos ha interrumpido con las siguientes palabras: "Ya conocen nuestros oyentes la constitución en Londres de un Consejo Nacional Vasco. He aquí otra manio-

bra inglesa mientras ofrece hipócritas muestras de amistad a Franco."

El Ministro y yo hemos dado un brinco en nuestros asientos y no hemos podido contener la risa.

—¿Qué es ese Consejo que se ha constituído? —ha preguntado uno de los doctores.

—El Consejo Nacional Vasco —ha contestado el Ministro.

—¿Vasco?

—Sí —ha continuado el Ministro—, es un organismo que representa a los vascos, un pueblo fundamentalmente demócrata y uno de los más viejos de Europa, y que fué atacado furiosamente por Franco. ¿Recuerdan Guernica? Los vascos han luchado y siguen luchando por su libertad, están organizados, y los ingleses los respetan. ¿No oyeron ustedes hablar de Aguirre durante la guerra civil española? Pues ese Aguirre es su Presidente.

El Ministro me hizo un gesto malicioso como diciendo: "Yo digo lo que me parece, me divierto, y usted se calla."

Cuando marcharon los doctores le dije al Ministro:

—Usted ríase cuanto quiera porque me gusta verle con ese magnífico humor que le ha dado Dios. Pero no puede usted figurarse la impresión que he recibido al oír por radio que mis compatriotas actúan. ¿Se da usted cuenta de lo que representa para nuestro pueblo, el solo hecho de vivir en estos momentos, después de lo que lo han dispersado por el mundo? . . . Calcule mi emoción.

23 de abril.

Hoy he tenido una gran satisfacción. El Ministro de Venezuela me ha enviado el telegrama original que ha recibido del de Relaciones Exteriores de su país, ordenándole obtenga con toda urgencia la salida de Bruselas, vía Berlín-Suecia, de la Viuda de Guerra.

—Este asunto está resuelto —me ha dicho el doctor Zerrega, muy satisfecho por el interés que ha tomado su superior jerárquico.

24 de abril.

Hoy en la tertulia se ha hablado de la inmoralidad en los regímenes totalitarios, y concretamente en Alemania. Se citaron varios casos, y uno de los diplomáticos allí presentes dijo refiriéndose a cierto personaje:

—A ése le tengo yo bien sujeto porque conozco lo que ha hecho y lo que hace. Creo que puede permitirse el lujo de esperar tranquilo el fin de la guerra gracias a su previsión.. Cuando me ve ya sabe por qué tiene que andar cohibido.

—Yo conocí en Bélgica —dije—, un caso muy significativo. Un día me enteré de que un funcionario de un Consulado sudamericano había sido encarcelado por realizar un gran negocio a base de mercancías cuya venta estaba prohibida por estar sujetas a requisa. A los pocos días salió a la calle y contaba con asombro que al dar los detalles de la operación fraudulenta a la policía, le preguntaron:

—¿No tiene usted algún otro asunto de esta índole?

—No, señor, ninguno —contestó el americano atemorizado.

—Está usted en libertad —añadió el policía, pero si en adelante se le presenta alguna otra ocasión como ésta, adviértanos y todo se arreglará convenientemente.

El sudamericano salió satisfecho por una libertad que no esperaba y asombrado ante una proposición de tal naturaleza.

—Pues ya ve si todo es posible, sobre todo con un hombre de recursos como usted —dijo uno de los contertulios dirigiéndose a mí.

Yo sonreí pensando en lo encantadora que es la inocencia.

26 de abril.

El Ministro de Venezuela ha presentado una enérgica protesta a la Wilhelmstrasse reclamando el paso por Alemania de la Viuda de Guerra e hijos. Lo hace cumpliendo órdenes de su Ministro de Relaciones Exteriores, y según me ha dicho, hasta amenazando con reciprocidad en el trato. Son ironías del destino. Una nota enérgica y a la Alemania nazi, reclamando el paso de mi esposa...

27 de abril.

Me comunican que el puerto finlandés de Petsamo se ha abierto a la navegación. Por lo tanto la frontera sueca habrá sido también abierta. ¿Se habrá arreglado el conflicto con los Soviets?

Todas estas dudas son el objeto de nuestra conversación durante la comida en la Legación Dominicana. Asiste también un diplomático americano con su esposa que es alemana. Se ha hablado de la situación económica y social de Alemania.

—Para juzgar de ese asunto oigan a mi padre político —ha dicho el diplomático americano—. Si en su mano estuviera acabaría con Hitler.

—Pero tengo entendido que su suegro era un ferviente hitleriano —dijo el Ministro Dominicano.

—Así lo era y tan ferviente y entusiasta que hasta llegó a convencerme en muchos aspectos, arrastrándome con sus argumentos . . . Pero ahora . . . Ahora es un enemigo irreductible del régimen.

—Pero, ¿a qué ha obedecido ese cambio?

—Usted sabe, señor Ministro, que mi suegro es un fuerte industrial. Movido como tantos otros por las propagandas anticomunistas y por un sentido de orgullo de raza, apoyó con entusiasmo al nazismo. Ahora sostiene que la ruina inevitable de la economía alemana es debida a la nefasta doctrina política nazi. Además, como le toca de cerca . . . Calcule que días atrás nos decía que prácticamente ya no le queda más que su sueldo personal. Entre impuestos, donativos forzosos, y otras obligaciones parecidas, le privan de los escasos beneficios que le corresponden. En esta forma no existe ni estímulo ni posibilidad de mejoramiento.

—Pero de esto —contestó el Ministro—, se debiera de haber dado cuenta antes, porque su entusiasmo se ha enfriado cuando ha sentido de cerca los efectos de una doctrina que aceptó gustoso.

—Así es. Según dice, es el ambiente general entre los hombres de empresa, desengañados hoy ante un régimen que les

conduce a una estatificación absoluta y sin derecho a la protesta.

—Esa es la parte más desagradable de estas doctrinas —he interrumpido—. La socialización de una empresa se comprende si con ello se ha de evitar algún mal social. Pero la falta de la libertad, el no poder protestar contra la injusticia, que es lo más grave, no puede comprenderse sino en las sociedades envilecidas o tiranizadas.

—Algo de eso oí días pasados a mi suegro cuando hablaba de los delegados obreros en las empresas. No se quejaba de su intervención, si con ello contribuyen a la armonía entre los obreros y la empresa. Pero sucede que en vez de ser delegados para una función social económica, lo son para una función política, en nombre del Partido, del régimen o de lo que ellos creen oportuno, y de esta manera su comisión resulta una prolongación de la Gestapo en las fábricas . . .

—Todo eso es repugnante —dijo el Ministro—, pero ¡cuántos comienzan a darse cuenta de ello muy tarde, cuando el agua pone a remojo sus bolsillos, sin pensar que lo que conviene cegar es la fuente de donde parte el agua!

Poco después ha llegado una señora, esposa de un industrial alemán, que venía a despedirse de la señora del Ministro Dominicano que marcha mañana a Suiza. La conversación ha seguido sobre el mismo tema, y después de un rato en el que ha escuchado atentamente, la señora visitante ha manifestado:

—Cuanto ustedes dicen es cierto. También a mi marido le preocupa extraordinariamente. Pero a mí como madre me importan mucho más otros problemas que no son los económicos porque se puede vivir con mucho o con menos. El de la educación de nuestros hijos, por ejemplo. Usted me ha preguntado por el mío . . . —ha dicho dirigiéndose a la esposa del Ministro—; pues bien, también tienen hoy reunión de las Juventudes del Partido y no regresará hasta la noche . . .

—Pero ¿cuándo descansan estos chicos? —ha interrogado doña Isabelita.

—Hoy he preguntado a mi hijo: "Pero ¿cuándo podremos tenerte en la familia un día?" "Mamá —me ha dicho—, nosotros tenemos la obligación de ser fieles al Partido y acudir

adonde nos llame." "Está bien —le he contestado—, pero ten en cuenta que también perteneces a tu familia y siquiera algún día..." "Nosotros pertenecemos al Estado" —me ha respondido. "¿Al Estado?... Pero ¿es que tus padres no merecen algo de vosotros o es que ya no somos nada para vosotros?" "Mira, mamá —me ha contestado—, vosotros pertenecéis a otro tiempo, no podéis comprendernos." Y se ha ido. Al Estado.. sois de otro tiempo... Créanme que no puedo olvidar estas palabras pronunciadas por un muchacho de 16 años. Este sí que es un problema más grave que el de las industrias a que ustedes se referían... El dinero... Valen más los hijos...

La señora alemana ha hablado con profunda emoción y todos en un rato de silencio hemos compartido el dolor de aquella madre... de otro tiempo.

28 de abril.

He vuelto a Hamburgo, pues había llegado mi Cónsul de Amberes con noticias de mi familia. He acompañado a mi Ministro que también tenía que hacer el viaje.

Me dice el Cónsul que la situación económica de mi familia es muy difícil. No tienen dinero ni medios de obtenerlo. Me entregaron cuanto pudieron para que consiguiera la libertad. En el primer viaje de retorno que haga mi Cónsul llevará a mi familia cuantos recursos quedan en mi poder, mermados ya por la prolongada estancia en Alemania. Yo ya me arreglaré como pueda. Como todos los que sufren mi situación, tengo puesta mi esperanza en los amigos de América. Y por si fuera poco, el Cónsul me dice que es casi imposible la obtención del permiso de salida para mi mujer y mis hijos.

Cuando el Ministro ha escuchado la triste narración de Guardia, se ha conmovido, y me ha prometido que mañana iremos a la compañía de viajes para cerciorarnos de si la frontera sueca está abierta, e inmediatamente pediremos el permiso de salida, cuya tramitación está paralizada hace tanto tiempo.

—La situación de su familia me conmueve y la suya me atormenta —ha dicho el Ministro—. ¿Pero no tienen ustedes bienes en el extranjero?

—¿Cómo hemos de tenerlos si todos los de mi familia sin excepción alguna han sido incautados por el régimen del General Franco?

—¿Pero no les han dejado nada?

—Nada, señor Ministro. Hasta mi pobre madre fué multada con tres millones de pesetas para que no quedara ni un céntimo fuera de la incautación.

—Pero ¿de qué pueden acusar a su madre?

—Pues, sencillamente, de ser yo su hijo.

—Verdaderamente que eso es monstruoso.

—Así viven millones de seres en Europa que disfrutaban de un legítimo bienestar y ahora han sido reducidos a la miseria con procedimientos que no se emplean ni con los criminales. Por eso mi salida es urgente, no sólo porque el tiempo pasa, sino porque tengo que devolver el dinero que tengo a mi familia . . .

A pesar de mis preocupaciones, he podido observar que la aviación inglesa ha dejado señales de sus visitas en las calles más céntricas de Hamburgo. Su acción va dejándose sentir.

29 de abril.

En la American Express nos informan de que se ha abierto la frontera sueca y se ha organizado un servicio cuyo primer barco saldrá de Suecia para Nueva York en los primeros días de junio. A partir del 6 de mayo, nos dicen, podemos encargar los pasajes, pero para eso es preciso tener en regla los visados de los Estados Unidos, Suecia y el permiso de salida alemán. El primero lo tengo ya, falta lo demás.

30 de abril.

Otra vez ante la Policía. Me acompañan el Ministro y el Cónsul. No me puedo quejar de la escolta que me rodea. Llegamos a la Sección 11 de la Policía de Berlín, a eso de las diez de la mañana. El Ministro explica mi caso. Da mi nombre y dice que desde hace dos meses se solicitó mi permiso de salida por Suecia, el cual, por estar cerrada la frontera, no ha podido

ser despachado. Como ahora nos informan de que la frontera se ha vuelto a abrir, viene a renovar la petición.

El Jefe de Policía se ha quedado mirándonos y contesta:

—Por Suecia no es posible; si usted quiere se le dará el permiso para salir vía Lisboa, que es la más frecuentemente utilizada.

El Ministro ha repetido con firmeza que la frontera de Suecia ha sido abierta. El Policía ha insistido en que ese permiso no podía ser facilitado. Entonces el Ministro le ha rogado que lo consulte. El Jefe de Policía se ha marchado. Hemos quedado solos en una sala bastante sucia. Tardaba en volver. Ha comenzado nuestra inquietud.

—Tendría gracia que a última hora nos cazaran, además estando aquí los tres. Sería como mejor nos podrían haber tomado el pelo —ha dicho el Ministro.

—Quítese usted de la cabeza esas ideas —le ha contestado Guardia—. Si usted exige el permiso con firmeza nos lo darán.

—Pues ahora lo veremos —he añadido. . .— Estamos ante la prueba definitiva. No encuentro ninguna razón por la cual puedan sospechar de mí después de todo lo pasado.

—Yo no las tengo todas conmigo —ha replicado el Ministro.

No olvidaré nunca aquel momento difícil de describir, por la emoción que nos embargaba. El Jefe no acababa de llegar. De aquella simple decisión dependía mi libertad. Al fin ha llegado.

—¿Ha dicho usted que es el señor Ministro de Panamá?

—Sí, señor.

Ha pedido mi pasaporte. Se ha vuelto a marchar. Nueva inquietud. Al fin regresa con el pasaporte y pregunta cuántos días necesito de plazo para salir de Alemania, pues observan que no tengo el visado sueco. Contestamos que quince días.

—Pero el permiso está concedido, ¿no es así? —pregunta el Ministro.

—Sí, señor, está concedido.

Hemos respirado los tres a una. Al fin. He pagado ocho marcos y me han entregado el pasaporte con el sello de salida

y con un permiso de estancia en Alemania hasta el 25 de mayo.

En la calle mientras apretaba el pasaporte contra mi pecho, he abrazado a mis dos buenos amigos, con un sentimiento de liberación en mi alma que hace mucho tiempo no sentía. Parecía que en aquel momento se había derrumbado la techumbre de este inmenso campo de concentración y que se ha abierto un agujero del suficiente tamaño para que yo pueda pasar por él. Hasta me ha parecido que el aire que respiraba era diferente, entraba puro hasta lo más recóndito de mi pecho. No era aire estancado, comenzaba a respirar por la rendija la atmósfera que cubre tierras de libertad.

Hoy han bombardeado de nuevo Berlín. De poca importancia.

4 de mayo.

Hemos llegado hasta el Consulado Sueco, donde nos advierten que para conseguir el visado es preciso demostrar que los pasajes han sido ya obtenidos, justificándolo mediante aviso que la Compañía sueca debe dirigir a sus autoridades de Estocolmo. Comó no tengo dinero para pagar los pasajes y carezco de la dirección de mis amigos en América, optamos por telefonear al doctor Despradel, que está en Suiza, rogándole telegrafíe al Ministro de Santo Domingo en Wáshington para que advierta a mis amigos de la necesidad del pago de los pasajes. Les pido que lo hagan a la Nordisk Resebyra de Göteburg. Mis amigos entenderán bien las cosas, porque la carta que les llegó por la valija americana aclaraba perfectamente mi situación, nombres supuestos, etcétera. Pero con estos retrasos y dificultades, temo que los pasajes estén agotados.

5 de mayo.

Ayer me dijo el Ministro de Panamá:

—¿Quiere venir a cenar en la Legación mañana?

—Con mucho gusto... (Yo observaba que el Ministro se reía.) Pero, ¿de qué se ríe usted?

—Porque tengo además otro invitado de cierta categoría con el que me gustaría verle frente a frente.

—¿Quién es?

—El señor Méndez . . .

—Pero, señor Ministro, ¿habla usted en serio?

El señor Méndez es un funcionario español que ha sido durante muchos años hombre de confianza de varios embajadores españoles, a quien confían la valija diplomática y otras gestiones delicadas. El Ministro, que desde que me ha sido concedido el permiso ha perdido todo miedo, quiere gastar una broma a su amigo, y sólo de pensarlo no puede contener la risa.

Méndez es un entusiasta partidario de Franco, a cuyo servicio se puso desde el principio de la rebelión, como tantos diplomáticos españoles que faltaron a su promesa y a su lealtad.

—¡Qué!, ¿se anima usted a venir a cenar mañana? ¿Cree que le puede conocer este señor que no le ha visto nunca?

—Pero las fotografías . . .

—Como está usted ahora no es posible que le reconozcan . . . Anímese . . .

—Me alegro de su valentía, señor Ministro. Voy a complacerle. Yo tampoco soy menos que usted. Mañana estaré aquí a las siete y media.

Y he llegado hoy a la Legación a la hora prometida. Poco después ha entrado el señor Méndez.

—Pase usted, querido Méndez. Como le he dicho esta mañana, le voy a presentar al doctor Alvarez, que nos acompañará a cenar.

Nos hemos estrechado la mano y saludado con *todo afecto*. Después de un rato de conversación corriente nos hemos sentado a la mesa.

—¿De modo que usted se marcha pronto? —me ha preguntado el señor Méndez.

—Sí, señor, tengo ya el permiso de salida alemán y ahora espero el visado sueco para marcharme . . .

—Hace usted bien . . . Pero, ¿por Suecia? ¡Qué curioso! ¿Cómo no pasa antes por España?

—Lo haría con gusto, pero, sabe usted, los dichosos negocios me hacen cambiar el itinerario.

—¡Qué lástima!, porque conocería usted España...

—No, señor Méndez, si la conozco, pero muy bien... No ve usted que he vivido en Madrid, en Barcelona, en Sevilla...

—¿También en Zaragoza?

—También.

—Pues yo soy de Zaragoza. ¡Qué hermoso todo aquello!, ¿verdad?, ¡qué hermoso! —decía Méndez.

—Magnífico —le he replicado—, inolvidable.

El equívoco de mis manifestaciones en contraste violento con la buena fe del diplomático español, estuvo a punto de provocar en el Ministro una risa que apenas podía contener. Yo veía sus esfuerzos y lo que estaba disfrutando. El Ministro intervino.

—Pero con esos elementos de Falange la vida no puede ser agradable.

—No lo crea —aseguró Méndez—, porque allí se hace lo que Franco dice, y a Franco, ya lo saben ustedes, debemos la paz y la tranquilidad.

—Mientras no sean ustedes complicados en la guerra —dijo el Ministro.

El señor Méndez ha hecho un gesto rápido de sobresalto y ha contestado:

—Ese es el punto negro. Porque, si sólo dependiera de nosotros...

—Pero en esta guerra de civilizaciones ustedes tienen ya su puesto... ¿Cómo España va a ser neutral entre el orden autoritario y el desorden democrático? ¿Y el comunismo? Para eso tienen ustedes aquel apoyo tan fraternal y tan oportuno de las potencias del Eje —le he dicho yo.

El señor Méndez me ha mirado un poco receloso. En su cerebro español, partidario del palo para imponer una manera de ser y de pensar, que llaman en España orden, no encajaban bien aquellas afirmaciones. ¿Ayuda fraternal?, ¿anticomunismo? Tanto recelo le causaban estos equívocos conceptos, como mi disyuntiva sobre la elección de civilizaciones. He procurado tranquilizarlo rápidamente y le he dicho, inclinándome un poco hacia él y bajando la voz:

—Señor Méndez, no hagan ustedes caso, consérvense sanos y fuertes, y ¡duro con los *rojos!* que es tarea más provechosa y más fácil.

Méndez me ha creído de los suyos. Me ha mirado con simpatía y me ha dicho todo ufano:

—Naturalmente. Después de todo lo que nos han hecho sufrir . . .

—Así es, son ustedes dignos de compasión . . . pero ahora en cambio . . .

Hemos pasado al despacho donde nos han servido café. Mi Ministro tenía en sus labios una constante sonrisa, mezcla de ironía y de satisfacción. Todo salía a maravilla. Su curiosidad, sin embargo, no estaba satisfecha. Quería algo más concreto. Entonces dirigiéndose a Méndez le dijo:

—Amigo Méndez, ¿cuándo van a concluir ustedes con tanto fusilamiento? Acabo de leer en la prensa que todavía hace unos días han sido fusilados unos cuantos individuos.

—Pero Ministro, si son asesinos, ladrones, gente indeseable en general.

—Bien, supongámoslo, pero, ¿cómo han fusilado ustedes a Companys, el Presidente de Cataluña?

—¿Companys? . . . ¿Pero sabe usted, Ministro, quién era Companys? Un bandido, un pistolero, un . . .

—Lo que usted quiera, pero era el Presidente electo por el pueblo catalán, que no creo haya optado por un bandido.

—¡Si robaban las elecciones, si todo era mentira! no crean ustedes nada. ¡Si ustedes supieran bien!

—Sin embargo —dijo el Ministro—, me parece que ese fusilamiento ha sido un acto impolítico . . . que quizá les cueste caro un día.

—No se preocupe, eso se acabó. Eran muy granujas.

—Y dígame, Méndez . . . ¿qué se ha hecho del otro, del Presidente Vasco? —preguntó el Ministro con gran aplomo mientras yo guardaba silencio conteniendo la risa, pensando en cuál pudiera ser la respuesta del ingenuo y bien informado señor Méndez.

—¿De quién?, ¿de Aguirre?

—Sí, creo que se llamaba así.

—Otro sinvergüenza. Pero ése ha sido más listo.

—¿Pues?

—Porque se ha escapado a tiempo.

—Y, ¿dónde está ahora?

—No lo sé fijamente. Creo que en Méjico o en los Estados Unidos... no sé... por allí se han refugiado todos esos indeseables. Por cierto que Aguirre creo que vive espléndidamente con todo lo que robó.

—Pero, ¿qué robó?

—¿Qué robó? Pues llevó con él nada menos que cajones con oro y plata... todo robado, naturalmente.

El Ministro no pudo resistir más y se levantó de un brinco porque iba a soltar una carcajada que yo estaba viendo brotar de sus labios. Se fué al salón contiguo rápidamente.

—¿Qué le pasa, Ministro?

—Nada, nada, sigan hablando, que ahora vuelvo —dijo ocultando su cara.

Por lo cual seguí yo la conversación.

—Entonces, señor Méndez, ese Aguirre es un perfecto sinvergüenza.

—Sí, hombre, ustedes no los conocen bien.

—Además, según parece, han llevado vagones de oro y plata...

—Así, vagones, vagones... ustedes no los conocen. ¡Lo que hemos tenido que sufrir!

—Lo comprendo muy bien, señor Méndez —le he dicho seriamente.

El Ministro volvió y quiso terminar aquella escena que, dentro de la comicidad más aguda, era la representación más clara de los efectos de una propaganda sin escrúpulos y sin honor...

—Tomen una copa de este buen coñac español...

—Hombre, coñac de nuestra tierra. Que buenas cosas tenemos en España, ¿verdad? —ha dicho Méndez.

—Magníficas —le he respondido—, son ustedes geniales. Le confieso que oyéndolo a usted dan ganas de ser español...

Méndez me ha mirado de nuevo satisfecho. Nos hemos hecho tan buenos amigos, que al salir de la Legación me ha acompañado hasta la puerta de mi pensión. Así se acordará un día, de que aquel a quien acompañó tan galantemente era un indeseable, sinvergüenza y ladrón, que habiendo salido cargado con vagones de oro y de plata, tenía el buen humor de pasear por Berlín esperando el dinero que desde América pudieran enviarle sus amigos, para poder embarcar y salvar su vida.

—Adiós, señor Méndez, ha sido para mí un gran placer el conocerlo.

—El gusto ha sido mío. Ya le avisaré algún día para que almorcemos juntos...

Y me he acostado riéndome solo.

6 de mayo.

Cuando me he encontrado con mis amigos los diplomáticos en nuestro cotidiano paseo después de comer, vi que venían riendo con estrépito.

—Protesto, Alvarez, ante usted, como protesto ante este mal amigo —decía el Ministro dominicano—, por no haberme invitado ayer. Si yo estoy allí creo que se caen las lámparas de risa. Pobre Méndez... Vaya una broma... El día que se entere...

—Pero, en medio de toda esta broma, ¿no les parece a ustedes que hay algo muy trágico y penoso como es la alegre y fácil manera de propagar una calumnia?

—Pues se lo aseguro, Méndez es una buena persona —dijo el de Panamá.

—No lo dudo, pero eso es lo que confirma mi juicio, porque él no es otra cosa que el eco inocente de lo que está en el ambiente de los medios diplomáticos y oficiales, envenenados por la propaganda más soez y perversa que jamás se ha conocido. ¿Usted recuerda cuánto le emocionó a Guardia oír el relato de la triste situación de mi familia? Pues ya ve usted, con la mayor naturalidad se me supone en América y, es claro, cargado de oro, y, robado...

—Tiene usted razon. Pero aquello tenía tanta gracia, que ya vió usted que tuve que levantarme.

—Sí —dijo el dominicano—, se ha llegado a extremos intolerables. Todo eso tiene que desaparecer ... barrido.

—¿Recuerda usted el juicio sobre Companys?

—Vaya si lo recuerdo.

—Pocas personas han conocido como yo momentos de la intimidad de Companys que es cuando se descubren los hombres tal como son. Cuando abandonamos el territorio catalán y pasamos la frontera seguidos por las tropas de Franco, aquel hombre estaba sumido en profundo abatimiento. Parecía que para él todo había concluído. Yo le animaba diciendo que los pueblos no mueren como los hombres y que llegaría la hora de nuestro triunfo. "No es eso, Antonio —como solía llamarme—. Mi preocupación en estos momentos está concentrada en todos estos compatriotas míos que huyen sin amparo y en mi hijo enfermo ..." Entonces me confió que todo su capital disponible, producto de sus ahorros durante varios años de ejercicio de la Presidencia de Cataluña, eran 75.000 francos ... no llegaba a dos mil dólares al cambio de entonces ... "Este dinero no es para mí —me dijo—. Lo tenía fuera para atender a la curación de mi pobre hijo que está en un sanatorio de Bélgica ..." Companys lloraba. Y me dijo: "Yo me moriré de hambre si es preciso, pero mi hijo no, no." Estaba yo muy impresionado. Llevé esta emoción a París y en la primera reunión del Gobierno Vasco acordamos atender al Presidente de Cataluña, en los primeros momentos ... Nosotros los vascos, emigrados desde 1937, teníamos organizado nuestro exilio y éramos muy considerados en Francia. Ahora comprenderán ustedes que aquel hombre haya muerto bravamente ante el pelotón de ejecución, con los pies descalzos para tenerlos pegados a la tierra catalana, y por si faltaba algo para los que hablan de la Cruzada, ha muerto en católico después de recibir los Sacramentos. A mí, que conocía mucho sus grandes inquietudes espirituales, que me confiaba como creyente y buen amigo suyo, nada me ha extrañado su muerte, que Cataluña no olvidará nunca ...

—Lo que ha narrado usted es impresionante.

—Todo eso tendrá enorme repercusión futura —ha dicho uno de los Ministros—, no se puede calumniar, no se puede mentir a sabiendas. No se puede engañar a los pueblos y menos humillarlos fusilando al que han elegido libremente como jefe según la ley.

—Y menos en nombre de España, como lo han hecho. Eso sí que será difícil de olvidar.

7 de mayo.

Me ha visitado en la pensión un diplomático chileno a quien conocí en Amberes, pero que ignora mi verdadera personalidad. Es una persona muy culta, con la que he sostenido interesante conversación. Sigue aquí unos cursos de historia de la filosofía porque quiere abandonar la diplomacia y dedicarse a la cátedra. Hablamos de la *libertad* que disfruta el profesorado en Alemania.

—Estos alemanes nazis no se dan cuenta de que están anquilosando los cerebros de sus mejores pensadores —me decía—. Es tal el miedo entre los profesores, que las explicaciones dejan de interesar rápidamente porque se teme a toda novedad. El programa se agota pronto. Se repiten los mismos conceptos, no hay originalidad. Pudo haberla al principio, cuando el régimen fué instaurado, porque toda ideología por extraña o condenable que parezca tiene su filosofía, pero la hemos oído ya tantas veces que, a lo desagradable que es oír defender por la fuerza el error, se une la fatiga.

—Días atrás oía a una señora —le he contestado—, referir en los mismos tonos la fatiga de los artistas. Ella era pintora y decía que ya estaban en franca y violenta oposición con la Naturaleza. "Ustedes pintarán la Naturaleza", les dieron como consigna, según decía, y así, claro está, ni existe estímulo, ni progreso alguno en el arte actual, pues como usted dice de la cátedra, se acabó la primera originalidad que toda novedad trae consigo. Así pasa en todo. Pero mire que en el campo del derecho el aniquilamiento es además brutal. Donde se juzga la conveniencia del pueblo alemán como única norma

moral para crear el precepto, no puede esperarse sino el avasallamiento del espíritu y la esclavitud más abyecta de tanto pensador.

—Aquí espero seguir siendo diplomático. En Chile prefiero ser profesor.

—Le alabo el gusto —le he contestado.

8 de mayo.

En la Legación dominicana se ha recibido un telegrama por el cual nos comunican de Wáshington que mi amigo Intxausti, de Nueva York, ha depositado el dinero de cuatro pasajes en la Nordisk Resebyra de Göteburg. Hasta para mi señora y mis hijos...

Cuando esta tarde he llegado a la simpática tertulia diplomática, he visto que estaba *en pleno*. La conversación me interesaba, porque una de las cuestiones más apasionantes para mí es la de conocer la realidad de la producción alemana. Yo había transmitido este interés mío a uno de mis amigos, que mantenía relaciones muy cordiales con altos elementos diplomáticos y con varios generales alemanes. Más de uno de éstos le debía favores muy grandes. Merced a ellos, la previsión de estos conspicuos alemanes podrá convertirse en tranquilidad económica después de la guerra. Es otro aspecto de la duda alemana; la colocación de fondos en las arcas de los países adversarios.

La discusión era acalorada. Los bandos, los de siempre. De un lado los Ministros, en su mayoría partidarios de los aliados; del otro lado algún que otro diplomático joven y los simpáticos doctores en medicina, entusiastas del Eje. Allí estaba yo como elemento moderador, porque, según decían los jóvenes, no se podía hablar, por ejemplo, con el Ministro dominicano, porque con sus bromas les destrozaba los argumentos.

—Alemania fabrica 3.000 aparatos mensuales —decía uno de los diplomáticos jóvenes—, lo sé de buena fuente.

Esto de la *buena fuente* suele ser expresión muy corriente que deja satisfecho, por lo menos, a quien la emplea.

—La producción alemana si no alcanza a 3.000 aparatos al

mes, será no menor de 2.500. Tiene que serlo, porque de otro modo no se podría comprender la superioridad tan aplastante de la aviación alemana en todos los frentes —decía otro de los jóvenes.

—En todos los frentes no —replicó uno de los Ministros—, porque ya no se producen aquellos bombardeos feroces de Inglaterra del verano pasado.

—Bien, pero eso es que ahora la lucha está localizada en los Balcanes y además el asunto de Rusia no está claro. ¿Se dan ustedes cuenta del número de aviones que tendrán situados en el posible frente ruso? Se dice que hay ya casi dos millones de hombres en la frontera.

—Por la razón que sea —contestó el Ministro—, pero lo cierto es que los alemanes no pueden atender todos los frentes.

—¿Cómo que no? —(Aquí los jóvenes empezaron a levantar la voz).

—Los alemanes tienen, según me han dicho, unos cuarenta mil aviones, porque en tiempo de paz fabricaban la mitad que ahora —aseguró uno de los doctores.

—Pues eso no corresponde a la fabricación de tres mil al mes, sino de mucho menos —replicó el Ministro.

—Tiene razón el Ministro —intervine yo—; se exagera en estas materias de una manera infantil. Vamos a hacer un cálculo. Supongamos que en lugar de 3.000, fabrican 2.000 aviones mensuales. Ustedes han dicho que en tiempo de paz se fabricaban en Alemania la mitad de aviones que ahora. Pues bien; multipliquen los años de 1934 a 1939, es decir, seis años (prescindiendo del 33, y considerando todo el año 39 como año de paz), por la cifra de 12 mil aviones (mil al mes), la mitad de la producción actual supuesta. ¿Cuántos resultan?

—72.000. Sí, son muchos —contestó uno de los jóvenes amigos del Eje.

—Pero todavía no hemos concluído la operación, porque hay que añadir los fabricados en dieciséis meses del año 1940 y 1941, a un ritmo de 2.000 mensuales, es decir, que hacen un total de... 32.000... que, añadidos a los 72.000 de los años normales, hacen justamente 104.000 aviones. Ustedes

comprenderán que con este número Alemania hubiera atacado a la vez en todos los frentes del mundo, y no hubiera permitido que la humanidad conociera la desnudez total de Italia, quien, cuando todavía hacía teatro y no guerra, nos asustaba a todos a fuerza de ruido, de cifras y de discursos.

—Eso es claro. Además si como le han dicho a usted —dijo uno de los Ministros al joven diplomático de las cifras—, Alemania tiene una flota aérea de cuarenta mil aparatos, resulta que hay que rebajar en más de la mitad el cálculo provisional del doctor Alvarez.

—Yo creo que aun se exagera . . . cuarenta mil aviones son muchos aviones.

Yo me acordaba de nuestra guerra, de las dificultades para construir un avión, dificultades para nosotros y también para los alemanes. Entonces observé que el amigo diplomático que tenía tan buenas relaciones en los medios alemanes, me hacía unos gestos afirmativos.

—Ya ven ustedes, amigos —dijo uno de los Ministros—, que no es tan fácil forjarse ilusiones.

—Yo creo —añadí— que la producción mensual actual de Gran Bretaña no pasará de 500 aviones.

—No puede ser —me replicaron—, tiene que construir mucho más. De lo contrario ¿cómo resiste a los ataques de la aviación alemana?

—Por la sencilla razón de que tampoco éstos producen lo que la gente se figura. ¿Pero ustedes creen que los aviones se construyen como ladrillos?

Siguió la discusión sobre los pilotos. Yo me había sentado al lado de mi amigo diplomático, quien me dijo en un aparte y en voz muy baja acercándose a mi oído:

—Por fin me he enterado de la actual producción alemana. Me la dijo ayer en una reunión íntima el General X, que como sabe usted acompaña a Hitler y forma parte de su Cancillería.

—Y ¿cuál es? —le pregunté en el mismo tono.

—820 aparatos al mes, eso ahora, puestas en marcha hasta las fábricas de los países ocupados. Antes, bastante menos.

—Eso ya es otra cosa. Porque tenía que ser así.

—Guarde usted el secreto, no diga nada a ninguno de éstos.

—Así lo haré . . . ¡Cuánto le agradezco la información!

Cuando terminó la reunión y marché a casa, hice mis cálculos y pensé que con una escuadra aérea que a mi juicio no pasará de veinte mil aviones, probablemente menos, no se podía pensar en dar la batalla en dos frentes, aun cuando la aviación británica actualmente en la isla no sea más que la cuarta parte de aquélla.

13 de mayo.

Esta mañana me ha llamado el Ministro de Venezuela por teléfono.

—Amigo Alvarez, creo que le agradará la siguiente noticia. Mañana llega la señora Viuda de Guerra con sus hijos.

—Pero qué me dice, señor Ministro, ¿es posible?

—Acabo de recibir un aviso en ese sentido; ¿quiere usted almorzar conmigo?

—Con mucho gusto.

—En el Bristol a la hora que usted sabe.

—Muchísimas gracias, señor Ministro.

Me he quedado atónito. ¿Será posible? Mis ojos se han levantado al cielo para dar gracias al Dios bueno que cuida de los hombres, como de los lirios o de los pájaros que no siembran. El doctor Despradel me había prestado con motivo de las festividades de la Semana Santa, una traducción de la Sagrada Escritura y de los Evangelios. Es mi lectura obligada todos los días. Hoy ha correspondido al Salmo 107 y en él leo como indicado por la Providencia:

"Alabad a Jehová porque es bueno, porque es para siempre su misericordia. Díganlo los redimidos de Jehová, los que ha redimido del poder del enemigo. Y los ha congregado de las tierras del Oriente y del Occidente, del aquilón y del mar. Anduvieron perdidos por el desierto por la soledad sin camino, no hallando ciudad de población. Hambrientos y sedientos, su alma desfallecía en ellos. Habiendo empero clamado a Jehová, en su angustia, libróles de sus aflicciones. Y dirigiólos por camino derecho para que viniesen a ciudad de población."

He llegado hasta el Hotel Majestic que me recomendó el Ministro Despradel como hotel discreto, serio y bastante confortable. He reservado dos habitaciones. He ido hasta la estación para enterarme de las horas de llegada y conocer bien los caminos. Después he almorzado con el buen Ministro de Venezuela.

—Supongo que estará usted satisfecho —me ha dicho.

—Póngase en mi lugar y conteste por mí, señor Ministro.

—¿Se acuerda de mi última nota redactada en tonos hasta amenazadores? Pues bien, el asunto por lo que veo se ha resuelto en pocos días.

—Es grande mi suerte. Después de cuatro meses largos de estancia en Alemania, cuando creía que tendría que separarme de mi familia por mucho tiempo y dejarla en peligro, vea usted que en pocos días parece que todo se arregla.

El Ministro sentía también una gran satisfacción. Es uno de los hombres de América, la salvadora . . .

14 de mayo.

Me he levantado a las seis y media. Una hora más tarde ya me encontraba en la estación de Friederichstrasse. He tenido que esperar hasta después de las nueve, porque el tren venía retrasado. He paseado solo por el andén, no creyendo todavía posible un milagro como éste. Al fin han llegado Mary y mis dos pequeños. Me han visto en seguida, como yo a ellos. ¿Para qué describir la emoción con que nos hemos abrazado?

Un taxi nos ha llevado al Hotel Majestic. Los niños venían contentos, a pesar de haber pasado la noche en el tren caminando sin descanso durante dieciocho horas. Me ha producido enorme emoción, poder hablar con ellos la lengua de nuestros padres. Los recios y expresivos giros de nuestro idioma han tenido para mí esta mañana un acento especial. Hablábamos en vasco, en Berlín, unos perseguidos a quienes la mano de Dios llevaba suavemente a través de toda clase de dificultades.

—Los niños han dormido muy bien durante el viaje —me ha dicho mi mujer—. Pero yo no he podido hacerlo. El paso de la frontera alemana me torturaba. Además como este pe-

queño no calla y no comprende de estas cosas, tenía miedo que alguien entendiera que hablaba en euzkera.

—¿Habéis tenido dificultades en la frontera?

—No. Afortunadamente en aquel momento no me ha faltado la serenidad. Al llegar a la frontera han entrado los aduaneros y varios oficiales de la Policía. Han obligado a descender a todos los viajeros. ¿Qué iba a hacer yo con el equipaje, y sobre todo con el pequeño a quien no podía dejar de la mano? Les he explicado mis dificultades a los oficiales. "Es obligatorio descender —me han dicho en francés—, pasen por la Aduana." "Pero ¿cómo quiere usted que yo descienda con todos estos bultos y los niños?" No me hacían caso. Yo he decidido quedarme en el vagón a no ser que me enviaran un maletero. Entonces se me ha acercado un oficial alemán. "¿Por qué no baja usted, señora?" —me ha dicho—. "¿Cómo quiere usted que baje con tanta maleta y estos niños?" "Espere un momento." Ha vuelto con un aduanero que ha revisado los equipajes. El oficial alemán me ha sellado el pasaporte. En resumen yo he sido la única persona, con los niños, que no ha descendido del tren.

—Pues ha sido un gesto muy fino el de ese oficial alemán.

—Yo se lo he agradecido mucho.

Cuando mi mujer ha terminado su relato, he seguido pensando en el oficial alemán de la frontera, porque allí donde él se encuentre le seguirá mi agradecimiento por su buena acción. Es posible que un día nos encontremos en el nuevo y verdadero orden de la libertad para el cual el oficial alemán está preparado sin duda en espíritu.

Cuando he dicho a mi mujer que tenemos pagados los pasajes en Suecia, se ha puesto muy contenta.

—No sabes bien qué preocupación tenía hasta saberlo, porque yo no traigo dinero. Mira mi capital. Veinte marcos. ¿Sabes cómo han quedado nuestras familias? Los pobres sacaron el dinero de donde pudieron para mi viaje. Hasta los estudiantes vaciaron sus bolsillos. Puedes figurarte cuál sería su contribución. Al fin se obtuvieron los billetes. Calcula cuáles serían nuestras estrecheces, que de los pocos francos que me entre-

garon para los gastos imprevistos, tuve que devolver a tu hermano Juan, unos treinta para que pudiera tomar su billete de vuelta a casa, desde Bruselas, hasta donde nos acompañó.

—No se puede llegar a mayor sacrificio por nosotros —le he contestado muy impresionado—, pero sabrás que he entregado al Cónsul Guardia cuanto dinero tengo para que lo entregue a nuestra familia en Bélgica. Me he reservado únicamente lo suficiente para el billete a Suecia y para sufragar los primeros gastos que podamos tener allí. Después, Dios dirá.

—La situación en Bélgica ha empeorado mucho. La falta de alimentos es un problema muy serio. La reacción popular cada día más fuerte. El descontento es general.

Cuando nos han servido los panes blancos del desayuno, los niños los han mirado con asombro, y los han comido como si fueran una golosina.

—¿Pan blanco?, y ¿cómo dicen que éstos tienen hambre? —me ha dicho Mary.

—No, aquí no hay hambre, aunque sí gran necesidad. Todavía viven del hambre de los demás, del hambre que tú has vivido. Después, cuando se acabe el disfrute de la requisa, el problema será más serio... aunque yo no creo que sea el hambre lo que rinda a este pueblo. Serán otras razones más convincentes a cargo de nuestros amigos, si estos quieren ganar la guerra.

15 de mayo.

Mi mujer, mejor dicho, la Viuda de Guerra con sus dos hijos se ha presentado a la Legación de Venezuela. Allí le esperaba el Ministro, único en el secreto de estos cambios de nombres. Los niños habían tenido que aprender los nuevos nombres. La niña se llamaría en adelante María y el pequeño José. Yo no podía comprender que aquellos pequeños pudieran darse cuenta de cuál era su deber en tales momentos. Pero no sólo lo comprendieron sino que salieron airosos, de la primera prueba. Bien es verdad que les dijimos que los nuevos eran traducción al alemán de sus nombres vascos Aintzane y Joseba.

Los pequeños no se equivocaron, pero el Ministro sí. La escena tuvo su aspecto cómico. Recibieron en la Legación a mi esposa e hijos el Ministro y su Canciller. Yo quedé en la calle porque el Canciller me conocía como Alvarez y convenía que no sospechase nada.

Al examinar el Canciller el pasaporte, se fijó en que la Viuda de Guerra era de Mérida. Es el pueblo de Venezuela cuyo nacimiento se le asignó en Bélgica. Con mala fortuna. El Canciller era también de Mérida. Naturalmente comenzaron las preguntas. Mi mujer nada podía contestar porque, según lo convenido, ella "nació casualmente en aquella población", y desde los cuatro años ha vivido en Europa. El Canciller le ha preguntado por su esposo y el Ministro queriendo evitar más preguntas, y sin recordar que aparece como viuda en el pasaporte, ha contestado:

—En Caracas, naturalmente, en Caracas.

El Canciller ha optado por callar lo mismo que mi mujer, mientras que el Ministro dándose cuenta del *lapsus* ha concluído hábilmente la entrevista. Pero para entonces ya había sido preguntada mi hija por su nombre, a lo que contestó seriamente *María* y hasta el pequeño que aun no tenía tres años contestó en su lengua de trapo que él se llamaba *José*. Cuando he conocido estos detalles me he reído, pero he pensado ¡qué triste es una situación en la que hasta los niños tienen que aprender a fingir para salvar la vida de su padre!

En el Consulado Americano todas son facilidades por parte del amable Vicecónsul quien entrega a mi mujer el visado inmediatamente. ¡Ah!, pero allí estaba la vieja soltera recelosa e inquisitorial que ha tenido a mi mujer sujeta a un minucioso interrogatorio por espacio de una hora. Cuando le hemos presentado el visado del Vicecónsul, nos ha dicho un poco enfadada:

—Eso no sirve sin estas formalidades.

Como han exigido fotos individuales de los niños, ha habido que hacerlas y han quedado las formalidades restantes para mañana. El retraso nos inquieta porque mientras tanto no podemos obtener el visado sueco.

16 de mayo.

Me dicen en el Consulado sueco que la Agencia de viajes Nordisk Resebyra ha enviado dos mil dólares a mi disposición que están en la Legación Sueca.

—Pero ¿no se han pagado los pasajes?

—No lo sabemos. Nos enteraremos.

Han hablado por teléfono. Los pasajes no están pagados porque el barco está lleno y su salida es además incierta. Esto nos ha desilusionado, y luego hemos ido al Consulado Americano a llevar las fotos de los niños. Otro interrogatorio. Yo he sacado a los niños a la calle mientras mi mujer ha escuchado de nuevo las mismas preguntas de ayer durante hora y media a cargo de la solterona impertinente. Cuando he entrado en el Consulado con los niños fatigados y extrañados de tanto subir y bajar las escaleras, he visto al Vicecónsul nervioso y enfadado por tardanzas tan injustificadas.

He pedido ayuda a los Ministros.

17 de mayo.

Los Ministros de Santo Domingo y Venezuela piden al Ministro Sueco la más pronta expedición de nuestros visados. Han prometido contestar a la tarde, después de consultar a Estocolmo. En efecto, a las cinco confirman la pesimista noticia de ayer. No hay sitio en el barco, la salida del buque para Nueva York es incierta, y es condición indispensable tener pagados los pasajes para obtener el visado. Mi permiso de salida vence el día 25, el de mi mujer, de tránsito, el 30. ¿Otra vez a la policía? A medida que avanza el tiempo crece nuestra inquietud, porque lo que no ha sucedido en tanto tiempo puede acontecer en las últimas horas. Además ya no estoy solo. Algunos amigos del doctor Alvarez me han visto acompañando a una señora con dos niños. No me agrada esta situación. Mis buenos Ministros lo entienden así, y me prometen que el lunes hablarán personalmente al Ministro sueco en términos definitivos. Les he autorizado a decir la verdad. Creen que sin esta declaración obtendrán el visado.

Domingo 18 de mayo.

No es posible pedir discreción a un pequeño que no tiene todavía tres años y que es además muy travieso. Por la mañana he tenido que sacarlo de la iglesia porque ha querido imitar al predicador, pero claro, en *euzkera*. No podemos dejar a los niños en el hotel por razón parecida.

El Ministro de Santo Domingo, que nos ha invitado a comer, se ha reído mucho cuando su Secretaria le ha preguntado:

—¿Pero qué hablan estos niños entre sí que no les entiendo?

Ella presumía de conocer por lo menos de qué país eran los idiomas, porque dominaba cinco o seis perfectamente. El Ministro ha dado una explicación pintoresca sobre el dialecto que hablaba una criada de la que los niños lo aprendieron en Francia.

Esto no la interesaba tanto como la extraña aparición de una viuda joven que iba a ser acompañada hasta América por el serio doctor Alvarez. El Ministro, cuyo buen humor está siempre a punto, inventó una apasionada novela de amor que la había tenido callada hasta aquel momento. Y contándosela un poco en secreto a la Secretaria, dejó su curiosidad satisfecha.

Por la tarde hemos estado en el Parque Zoológico. En una de las cervecerías hemos tomado un refresco, rodeados de numerosos soldados alemanes. Muchos de ellos eran heridos de guerra.

Yo he vuelto por la noche a la tertulia de la Legación. El tema era apasionante. La fuga de Rudolf Hess. La primera versión de la prensa alemana ha sido que Hess se ha vuelto loco. La segunda dice que es un patriota, pero su idea de combatir a Rusia le ha hecho escaparse a Inglaterra para obtener la paz con Inglaterra.

—¿Entonces está decidida la lucha con Rusia? —he preguntado.

—Parece que entre el elemento militar se da como segura.

Continúan mandando tropas a la frontera rusa, y el comentario es unánime...

—Pues eso significa la derrota definitiva de Alemania...

—Eso refleja el rostro de estos alemanes que se hallan consternados.

En efecto, me he fijado en varios que leían las noticias sobre la fuga de Hess y no he visto nunca en el tiempo que llevo aquí comentarios más silenciosos y rostros más angustiados...

—Donde la angustia y la desorientación existe es entre los jefes —dijo uno de los Ministros—. Parece que Hess era vigilado hace bastante tiempo. Me han dicho que su guardia personal ha sido fusilada inmediatamente.

—Esto es terrible. Es el signo de estos regímenes. No hace unos días vi todavía en el cine la entrada de Hess en uno de los actos del primero de Mayo, en medio de aclamaciones, y a los pocos días se escapa a Londres.

—Esto es lo que venimos oyendo constantemente. Un día se marchará Hitler o lo harán desaparecer —ha dicho uno de los contertulios.

En la calle, en los restaurantes, en el hotel, las caras son largas. Denotan honda preocupación. No es sólo que Hess se ha fugado. Es que todos interpretan que la ruptura con Rusia está cercana. Y con esta perspectiva la guerra se prolonga. El tiempo... el gran enemigo. Yo pienso en todos los alemanes inteligentes a quienes he visto dudar porque presentían algo de esto.

20 de mayo.

Hoy hace un año mi madre celebró su aniversario en aquella casita miserable a la vista de Dunkerque. Hoy quisiera haberla enterado de que nos han avisado del Consulado sueco que pasemos mañana por aquella oficina para recibir el visado liberador, último trámite en esta cadena de engaños y sufrimientos. Sería el mejor regalo el día de hoy. Los Ministros se han portado como excelentes amigos que son. Lo han obtenido poniendo en juego toda su autoridad.

21 de mayo.

Todo el día esperando el visado, que por fin ha llegado a las cinco.

También ha llegado Guardia *mi Cónsul*. Instintivamente, pero con acierto. Quien fué el creador del doctor Alvarez necesariamente había de estar presente en su despedida. Ha cenado con nosotros, lleno de satisfacción.

22 de mayo.

Día de preparativos. Aduana. Cambio de moneda. Billetes de tren y buque hasta Göteborg. Me proponen el viaje en auto. Es Enrique, el que todo lo sabe, quien nos llevará hasta la frontera, porque también allí tiene amigos. Acepto la proposición. Será siempre mejor que el tren con sus obligadas revisiones.

Por la noche se reúnen con nosotros todos los amigos. Es un momento de enorme emoción. Nos despedimos hasta América y luego hasta nuestro País Vasco, donde tendrán siempre una tierra que no olvida a sus amigos. He escrito muchas cartas. Una de ellas para nuestros presos, en el penal de Burgos.

23 de mayo.

Por fin salimos de Berlín. Son las ocho de la mañana. De pie al lado de la portezuela, delante está mi Cónsul. El último abrazo y un agradecimiento que no borrarán las distancias ni el tiempo. Hacemos el viaje de Berlín a Sassnitz, camino del Báltico, por una carretera poco frecuentada. A las tres y media en la aduana alemana. Enrique se adelanta y con la santa ignorancia que aun le acompaña, habla a los aduaneros y policías del caso de "estos americanos a quienes su Ministro y otros diplomáticos quieren que se les atienda". Yo, por si acaso, recomiendo a mi mujer que nuestra pequeña lleve siempre su muñeca en brazos. Así lo hace. Un oficial alemán se fija en ella y la colma de caricias recordando a la pequeña suya que está lejos de allí. La simpatía de Aintzane ha sido una buena recomendación, porque, entre ella y los buenos oficios de En-

rique, las operaciones han sido tan rápidas, que al cabo de un cuarto de hora estamos a bordo del barco sueco que nos ha de conducir hasta Trelleborg, primer puerto de Suecia.

Cuando hemos dejado la tierra alemana era tal nuestra emoción que hemos permanecido largo rato en silencio sin darnos cuenta del milagro que se acaba de realizar. Se nos había agotado hasta la fuerza de reaccionar. Pero hemos agradecido a Dios que nos traía a *caminos de población* donde el hombre puede vivir tal como es...

El 24 de mayo por la mañana llegamos a Göteborg. Parecía que habíamos salido de un mundo de pesadilla. No podíamos creer lo que nos había sucedido o mejor dicho, lo que no nos había sucedido. ¡Porque, en medio de tantas peripecias, había acaecido todo tan felizmente! Es indudable que una sucesión continuada de situaciones vividas en una constante tensión, bajo la asechanza de un peligro que amenaza constantemente, forjan una presencia de ánimo y un temple, que terminan por acostumbrarle a uno a lo que en tiempos normales sería motivo de insoportable angustia. Todo peligro pierde agresividad con la constancia, y a veces se convierte en una emoción latente que uno llega a burlar, con esa atracción que en sí encierra toda diversión arriesgada.

Muchos pensarán que para un hombre de mi significación antinazi, el atravesar la Alemania hitleriana en plena guerra, es una proeza rayana en la imposibilidad. Y sin embargo lo he hecho, y con la mayor naturalidad. Claro es, que la tragedia de cada hora y de cada minuto la llevaba palpitando dentro del alma, con una intensidad de dolor que solamente los que lo han experimentado pueden compartirlo con su comprensión. El padre que ve a su familia deshecha sin esperanza de reconstruirla, sabe algo de esto, y también el fugitivo perseguido por sus verdugos, por un delito que no ha cometido. Pero el lector ordinario, cuyo ritmo de vida está exento de fuertes oscilaciones emocionales, leerá este libro sin otorgarle más importancia que la que se da a una colección de anécdotas curiosas, o a una aventura de actualidad, desarrollada y terminada con cierta originalidad. Y no digo que no tenga razón, porque, prescindiendo

de toda clase de repercusiones sentimentales, fué original la forma en que entré en la temida Alemania, e igualmente original la manera en que salí. Original por su sencillez, y original porque difícilmente habrá otro que pueda repetir mi aventura.

Comprendo la desilusión de algunos. Ya lo he dicho antes; quien busque en mi relato esas emociones morbosas que sazonan otras narraciones que también tienen por escenario la Alemania nazi, se equivoca. Gracias a Dios yo desconozco el mecanismo interno de la Gestapo, y si no llegué a conocerla a fondo, tampoco ella a mí, como era su obligación. El hecho de que los súbditos de Himmler no encontrasen un resquicio en la personalidad del bigotudo doctor Alvarez por el que pudiesen descubrir algún rasgo del Presidente Aguirre, poco después de haber acuchillado a un pueblo en guerra contra ellos, ya da algo que pensar. Sin pretender restar méritos a la Gestapo —si méritos pueden llamarse los suyos—, he de decir, que a esta institución como a cualquiera otra de su misma índole, se le puede superar con una disposición de ánimo que en términos vulgares se llama tranquilidad o calma, lo que evita que uno se deje impresionar y hasta alucinar por leyendas que se vienen abajo tan pronto como se las considera serenamente. Esta es la mejor receta que puede dar el doctor Alvarez a quienes, hallándose en sus mismas condiciones, deseen triunfar de la Gestapo. Porque ésta podrá ser cruel y sádica, pero no es sobrenatural, ni omnipotente, ni tiene el don de la omnisciencia.

Aun cuando a algunos pueda parecer extraño, tengo que decir que Alemania es uno de los países donde más fácil es el espionaje. En este particular solamente es comparable con los Estados Unidos. Con una diferencia, y es, que, mientras en los Estados Unidos es posible el espionaje porque la libertad es consustancial con su vida ciudadana, en Alemania se debe a la enorme confianza que las autoridades tienen en sí mismas y en la eficacia de su tinglado policíaco. Además, —y esto lo han aprendido los nazis de los cuentos de miedo con que se amedrenta a los niños—, creen que sólo con mencionar ese nombre envuelto en una aureola de terror, ¡la Gestapo!, es suficiente

para tener a raya a los enemigos o a quienes audazmente intenten conocer los secretos del Reich. Para anular un mito, nada mejor que perderle el respeto. Por otra parte, yo he visto en Alemania la misma pereza administrativa que suele observarse en toda burocracia cansada o excesivamente complicada.

En ningún país del mundo creo que se exigen al extranjero menos requisitos que en Alemania actualmente. Puedo asegurar, que en toda la documentación que tuve que obtener para entrar, permanecer y salir de Alemania, no existe una fotografía ni una huella digital mía. El permiso que me extendieron en Bélgica lo mismo podía servir para mí que para otro cualquiera que dijera llamarse el doctor Alvarez. Esta es la verdad. Por eso yo suelo sonreírme levemente cuando oigo relatos presentando a Alemania como un campo de púas, intransitable a causa de los métodos de la Gestapo y a los agentes de ésta cual seres sobrenaturales que todo lo oyen y todo lo ven. No, la Gestapo como el ejército alemán pueden ser vencidos. Basta con quererlo con firmeza. Y esta voluntad de vencer y esta firmeza en el empeño, es lo que hay que exigir a las democracias en lucha, por encima de todo.

Mentiría si no dijese que exteriormente Alemania da sensación de normalidad, pesimista y taciturna, pero al fin y al cabo normalidad. Pero en esa calma aparente yo veo una terrible tragedia que me impresiona más que la que no sale a la superficie. Porque todo sistema de dictadura es de sangre y opresión, y no me refiero a la que salta de las víctimas ejecutadas y maltratadas en las prisiones, sino a esa otra sangre que mana de los corazones de quienes saben sentir la ignominia que supone el que millones de seres tengan que huir de la tierra de sus padres, o gemir en los calabozos por no pensar como los gobernantes. Y generalmente, a este hecho fundamental se da menos importancia que a las escenas terroríficas que se ven y leen en películas y periódicos, y que no sirven más que para desviar el ánimo de las gentes en su búsqueda de la verdad, y lo que es peor, para confundir sus sentimientos e infundirles un pavor siempre perjudicial para quienes tienen que hacer la guerra a ese adversario cruel. Como yo vengo del campo de la

lucha puedo hablar así. Si fuera un espectador ordinario podría permitirme el lujo de inventar relatos escalofriantes.

Vuelvo a repetir, la lucha no consiste en denigrar y adulterar las verdad, sino en vencer y aplastar al adversario totalitario y a todos sus amigos *sin excepción* —subrayo lo de "sin excepción"—, con aquella decisión con que se aplastan los bichos venenosos. Pero esto hay que hacerlo con tenacidad y coraje, porque es siempre más fácil hacer una caricatura del adversario, que tomar el fusil y combatirlo. Ante la caricatura el adversario se ríe, y si ésta es de las de dar miedo, además de mofarse se siente orgulloso, porque por ella descubre que se le teme. Pero si ve que, en vez de hacer dibujos grotescos a su cuenta, se empuña el fusil, ¡ah! entonces, es seguro que un ceño derrotista se dibujará en su rostro. Porque es lo único que le impone respeto. A la fuerza que se crece ante la pusilanimidad de los demás, no hay más remedio que contestar con fuerza duplicada. Es el único lenguaje que comprende. Así lo entendemos quienes hemos salido de esa pobre Europa que es ahora pasto de todos los horrores, y que espera que la fuerza justa termine por vencer a la fuerza bruta.

VII

HACIA TIERRAS DE LIBERTAD

Temores y dificultades

El 24 de mayo llegamos a Göteborg, ese simpático puerto que entonces era la avanzada que, por el norte, comunicaba a los desgraciados países europeos con las tierras de libertad de América.

Cuando llegamos al hotel Kung Karl, presenté mis pasaportes, y cansado de tanto engaño firmé como casado en las hojas del registro, realizando así y sin más requisitos mis nupcias con la señora Viuda de Guerra. Pero si por este medio mi mujer volvía a ser mi esposa, mis hijos dejaban de ser mis hijos. Al constar en el pasaporte de mi mujer que en agosto de 1940 era viuda, y yo había sido soltero todo ese tiempo, yo no podía ser el padre de mis hijos. Los papeles, siempre los papeles...

Llegamos a la habitación y sonó el teléfono. Era el Administrador.

—Deseo preguntarle —me dijo—, si son ustedes casados.

—Sí, señor, como Dios manda.

—Pero sus pasaportes son de distinta nacionalidad.

—Naturalmente. En América cada cónyuge conserva su nacionalidad.

—Bien, pero los niños tienen apellido diferente al suyo.

—Claro, porque me casé con su madre el año pasado.

—¿Tiene usted documentos que lo acrediten?

—No señor, en la aduana alemana quedaron todos los papeles. Pero si usted quiere se puede pedir a Berlín una confirmación.

—Disculpe lo que usted pueda juzgar como una impertinencia, pero es que la policía cada vez está más exigente, sobre todo en estos momentos.

Era cierto que yo carecía de la documentación que me pidieron, pues nunca tuve un certificado de matrimonio, pero,

de existir, bien pudieran haber desaparecido en la Aduana de Berlín, donde al depositar nuestras maletas facturadas hasta Goteborg, me quitaron toda clase de papeles y libros. Temían que en ellos pudiese llevar alguna clave. Aquella ingenuidad me hizo gracia, porque no se fiaban de los escritos que llevaba en mi maleta, y en cambio confiaban en los que llevaba sobre mí, en los cuales se hallaba la clave para averiguar la verdadera personalidad del doctor Alvarez. Así pasé yo, que era el verdadero cuerpo del delito, y se quedaron los inocentes papeles.

Apenas habíamos empezado a disfrutar de nuestra liberación, cuando nos dimos cuenta de que la seguridad que creíamos disfrutar era bastante relativa. En la Agencia de Viajes nos anunciaron que nuestra salida de Suecia tenía que ser permitida por las autoridades inglesas y por las alemanas. Esto último ya era para preocupar, pues se habían dado casos de refugiados, a quienes dicho permiso les había sido denegado. Y por si esto fuera poco, el barco que había de conducirnos a tierras de libertad, tenía que sufrir un control en el primer puerto de Noruega, probablemente Christiansund. Yo no podía olvidar las palabras de mi Ministro: "Son capaces de esperar la última hora para tomarnos el pelo..."

Y, desgraciadamente, nuestra estancia en Suecia hubo de prolongarse. El último barco para América había salido de Göteborg tres días antes de nuestra llegada, y teníamos que esperar al siguiente que no sabíamos cuándo sería. Porque de Göteborg no salían para América más que uno a dos barcos mercantes, con intervalos de uno o dos meses. Si el esperar siempre es desagradable, en nuestro caso resultaba angustioso.

Todo nuestro capital al pisar tierra sueca consistía en 80 dólares, pero en Suecia teníamos la ventaja de que podíamos comunicarnos con nuestros amigos de los Estados Unidos —aunque tenía que serlo vía Berlín—, y éstos pronto nos enviaron un nuevo repuesto de dinero. Con él pudimos vivir hasta el día en que embarcamos, y sobre todo, adecentar nuestra indumentaria; pues los trajes que traíamos encima eran los mismos que habían realizado con nosotros la inolvidable peregrinación en torno de Dunkerque. Estas prendas podrían tener para nos-

otros un valor sentimental, pero también podían delatar nuestra vida pasada. La indumentaria del refugiado político tiene algo de inconfundible, y a causa de ella, más de uno había sido descubierto y detenido. ¡Pobre refugiado, a quien hasta lo que lleva más cerca de su carne le delata . . . !

Es indudable que en este mundo existe un sentido reverencial de las apariencias. No hay mejor disfraz que el vestirse con trajes nuevos y demostrar que se tiene dinero. Recuerdo que una de las dificultades que puso para entregarnos el visado el Ministro sueco en Berlín, fué la de que no nos habían enviado "más que dos mil dólares". Cuando el Ministro le replicó: "Donde dice dos mil dólares puede usted poner veinte mil", aquel contestó: "Eso ya es otra cosa."

Por lo visto nuestra honorabilidad dependía de un cero más. Tal como van las cosas, los Bancos terminarán por expedir los visados.

Otro hombre providencial

En Göteborg nos encontrábamos completamente solos. En caso de peligro no teníamos quien nos protegiese. Decididamente necesitábamos un *hombre providencial*. Y una vez más Dios nos lo deparó.

Había en la Agencia de Viajes un empleado con un rostro y unos ojos que no podían engañar. Uno de los días, tuve un momento de inspiración, me adelanté hacia él y le dije:

—Perdóneme por lo que voy a decirle. Le vengo observando durante varios días, y he sacado la convicción de que es usted persona correcta y noble.

—Hombre —me contestó bastante amoscado—, me tengo por tal.

—Pues bien —añadí—, si usted me promete guardar el más absoluto secreto, voy a manifestarle algo muy importante para mí.

—Prometido, M. Alvarez —me replicó cada vez más extrañado.

—Mr. Petterson, yo no soy Alvarez. Mi verdadero nombre es José Antonio de Aguirre. Soy el Presidente de los Vascos

de quien quizá habrá oído usted hablar con motivo de la guerra civil española.

Petterson abrió unos ojos muy grandes, y exclamó bajando la voz:

—¿Usted Aguirre...? ¿El Presidente Vasco...?

—El mismo, señor Petterson.

Después de dominar la impresión que le había producido mi confesión, me dijo lleno de emoción:

—Ahora sí que me tiene usted a su lado.

Me estrechó fuertemente la mano y, mirándome fijamente a los ojos, me dijo:

—Yo también he estado observándole y no sé por qué sospechaba que en usted había algún misterio. Además, todos esos telegramas tan largos que ha recibido de los Estados Unidos, unos a través de la Legación Dominicana y otros por conducto del National City Bank, me han dado que pensar. Pero desde ahora tiene en mí un amigo dispuesto a ayudarle en todo.

—Gracias —le contesté sonriendo, y convencido una vez más de que solamente por casualidad se encuentran personas malas en este mundo.

—Yo soy quien le agradezco la confianza que ha depositado en mí. Trabajaré cuanto pueda para conseguir su embarque..., aunque no le oculto que va a ser muy difícil. No sale más que un barco cada mes, en el mejor de los casos, y como estos son mercantes, no admiten más que de ocho a doce pasajeros. Y para conseguir esos puestos hay miles de solicitudes...

—¿Pero existe tanto refugiado en Suecia?

Unos cincuenta mil. La mayoría polacos y centroeuropeos... Tienen un miedo cerval de que hasta ellos llegue la garra de la Gestapo, y revuelven cielo y tierra para conseguir pasaje en el próximo barco. Pero nosotros también trabajaremos lo nuestro. Y creo que lo conseguiremos.

Respiré. Había depositado en buenas manos mi delicada situación. Petterson era uno de esos ejemplares de nobleza y bondad tan comunes entre el pueblo sueco. Y como la mayoría de los que viven de su trabajo en esta nación, pertenecía al Partido Social Demócrata. Era culto, hablaba varios idiomas,

y se hallaba muy bien relacionado tanto en Göteborg como en Estocolmo. En una palabra, un hombre providencial en toda regla.

Ambiente antialemán y antirruso

Durante los primeros días no me atrevía ni a oír la radio que funcionaba en el *hall* del hotel. No tenía confianza en el personal. Además había oído decir que la opinión en Suecia estaba muy dividida. Pero pronto averigüé que esto no era cierto.

En el hotel había un conserje que nos traducía los títulos de los periódicos, y pronto nos dimos cuenta de cómo pensaba, por la contrariedad que reflejaba cuando nos leía noticias adversas a los aliados. A nosotros nos sucedía lo mismo, y aquel buen hombre simpatizó con nosotros y nosotros con él.

—Pueden ustedes oír las noticias de Londres con toda tranquilidad —nos dijo.

—Y esos señores que se acercan a la radio todos los días, ¿son personas de confianza?

—Aquí en Göteborg, M. Alvarez, todos somos antialemanes. Existe en Estocolmo un núcleo de partidarios de Alemania, pero no son más que una minoría. Algunos militares educados en Alemania y cierta gente de la clase elevada que ve el comunismo por todas partes. Pero no se preocupe. Pueden oír la radio sin cuidado y comentar cuanto se les antoje.

—Tenga en cuenta que nosotros todavía hemos de pasar el control alemán en el barco.

El conserje bajó la voz y nos dijo con cierto misterio:

—Aquí en el hotel tenemos un agente alemán que dicen que es de la Gestapo... Ya les mostraré quién es para que estén prevenidos. Los demás, todos estamos contra Hitler.

Así era. Todas las personas que oían la radio en aquellos días azarosos del inminente rompimiento germano-ruso no recataban sus opiniones. Los comentarios antinazis eran unánimes. Con evitar al indeseable huésped del hotel, a quien un día me lo mostró el conserje mediante un fuerte codazo, todo estaba arreglado.

Estudié el ambiente en la calle, en la prensa, en los comercios, en los bancos, y en todas partes era el mismo; francamente antialemán. Un país como Suecia, demócrata por excelencia, modelo de instituciones populares, en el que las diferencias sociales son seguramente menores que en cualquier otro país del mundo, no podía pensar de otra manera.

Había oído en Berlín repetidas veces que Suecia estaba plagada de militares alemanes e infestada de agentes de la Gestapo. Pero yo no vi ni uno solo de los primeros. En cuanto a los segundos, no me atrevo a asegurar nada, pues para esta clase de servicios se valen de los elementos más inverosímiles. Si yo contase al lector los tipos que componen el *Intelligence Service* de Bélgica se reiría bastante.

Al lado de este sentimiento profundamente hostil hacia el hitlerismo, observé durante los dos largos meses que estuve en Suecia, que también existía una fuerte hostilidad y un franco recelo hacia Rusia. Esto último se debía —según la gente del pueblo que era mi fuente de información primordial—, a dos motivos diferentes. El primero, a que consideraban que la situación del obrero en la Unión Soviética era mala, y que su *standard* de vida era infinitamente inferior al del obrero sueco. Repetidas veces me hablaron con un gesto de desdén del régimen soviético. Dada la proximidad entre Suecia y Rusia muchos trabajadores e intelectuales la habían visitado, sacando la conclusión de que, desde el punto de vista social, ellos nada tenían que envidiar a los soviéticos, quienes no habían sabido superar el bienestar que disfrutaba el obrero en países de regímenes más o menos burgueses como eran los escandinavos. Y sobre todo, lo que más les repugnaba era la falta de libertad.

Un modesto empleado me dijo un día:

—Cuando dejen salir de Rusia a los obreros para que libremente puedan relacionarse con nosotros, empezaremos a creer en el régimen soviético. Cuando éste se implantó en Rusia, nosotros sentimos más ilusión que nadie, pero está visto que sin libertad no puede construirse nada que merezca la pena, sobre todo para los trabajadores.

El otro motivo de animadversión hacia Rusia se basaba en la franca repulsa que producían en aquellas gentes los ataques contra Finlandia y los Estados bálticos de Estonia, Lituania y Letonia.

—Un régimen obrero, que debe ser siempre el de paz por excelencia, no puede envenenar al pueblo y pervertirlo con empresas imperialistas —me decían.

Para medir sus reacciones yo les argüía:

—Es posible que hayan verificado estas ocupaciones con fines estratégicos, ante la posibilidad de una guerra con Alemania...

Pero su contestación siempre era la misma:

—Lo que está mal hecho, está mal hecho siempre...

La firmeza de las convicciones entre los trabajadores suecos, era una de las cosas más precisas y firmes que pude observar en aquel país de realizaciones sociales tan interesantes.

Pero no obstante, el sentimiento de repulsión que producía el hitlerismo, era mucho más fuerte que esta falta de simpatía hacia el régimen soviético.

El pastor y yo hablamos sobre nazismo y comunismo

El amigo Petterson nos informó de que nuestro buque no podría salir hasta el 5 de julio, lo que nos causó una gran decepción. En vista de ello, nos recomendó que fuésemos a Bāstad, donde además de estar en la playa, podríamos vivir más económicamente que en Göteborg.

Y así lo hicimos. Cuando llegamos al Hotel Skanegarden fuimos sorprendidos por tres cosas: primera, por la esplendidez del hotel y por su deliciosa situación sobre el mar; segunda, por una reunión de clérigos protestantes de la Iglesia Sueca que en número de unos cincuenta celebraban un retiro, presididos por sus prelados, y tercera, por una amable señorita que nos advirtió que el precio que habíamos pagado cubría solamente las habitaciones y no las comidas, con lo que resultaba nuestra estancia en aquel hotel mucho más cara que en Goteborg. Pero aquella equivocación del simpático Petterson, aun-

que fué en detrimento de mi famélico bolsillo, nos proporcionó el placer de pasar diez deliciosos días, en aquel retiro escogido por el Rey Gustavo para sus vacaciones de verano.

Un día se nos acercó uno de aquellos clérigos hablando en correcto castellano. Había vivido durante bastantes años en Chile, al servicio de una empresa inglesa, antes de hacerse clérigo, y como se había enterado de que éramos *latinoamericanos* se consideraba un poco ligado a nosotros. Después de conversar sobre América con aquella seguridad con que yo disertaba acerca de lo que no sabía, gracias a las lecciones recibidas en Berlín, entramos de lleno a tratar del tema de actualidad, de la guerra.

—He notado un fuerte ambiente antialemán en este país —dije.

—Así es. Tenemos demasiado cerca los tristes ejemplos que nos proporcionan las naciones ocupadas por Hitler. Tanta persecución . . .

—Y de ella no se libran ni los eclesiásticos . . .

—Si Hitler invadiese Suecia, nuestra iglesia sería la primera en sufrir. Nosotros nunca admitiremos el vasallaje del pensamiento. Seríamos muchos los Niemollers . . .

—Me entusiasma ese espíritu.

—Conocemos bien la táctica neopagana del hitlerismo. Al sujetar o querer sujetar las iglesias bajo su autoridad, lo que pretende es desacreditarlas, para que los fieles pierdan confianza en ellas.

—Conozco perfectamente la campaña de descrédito que se sigue en Alemania contra los eclesiásticos.

—Pues bien, por medio de esa labor de desintegración, van arrancando de las enseñanzas de la Iglesia, en primer lugar a la juventud, y después a cuantos pueden. Este proceso es el más grave de los tiempos modernos, porque está amparado por la fuerza del Estado. Hasta hoy, a los ataques del Poder Público, podían las Iglesias replicar, porque se vivía en regímenes de libertad, pero si Hitler llega a dominar a Europa por la fuerza, tengo por seguro que la civilización cristiana va a experimentar el retroceso más grande que registra la historia.

Nosotros jamás podríamos permitir que en nuestros seminarios se infiltrase una doctrina tan rotundamente antievangélica como es la filosofía nazi. El culto de la razón, la adoración de la fuerza, el concepto hitleriano de la justicia y del derecho, el desprestigio del cristianismo por su origen judaico, y tantas otras proposiciones parecidas, serían duramente atacadas por nosotros. E inmediatamente vendría la clausura de nuestros establecimientos. Por esta razón Hitler quiere formar la Iglesia alemana, como ahora pretende hacerlo en Noruega.

—Pero a mi juicio eso ha constituído un fracaso en Alemania.

—Rotundo, pero nunca faltan judas dispuestos a secundar los planes del poderoso. El daño que causan estas divisiones es incalculable. Además, los nazis acusan de antipatriotas a los eclesiásticos que se oponen a tan absurdas invenciones, produciéndose los más graves conflictos, pues ya sabe usted la exaltación patriótica tan agresiva que se produce en la juventud fanatizada.

—¿Y usted cree que el pueblo sueco se da cuenta de esta amenaza a la libertad de sus conciencias?

—Perfectamente, por eso es opuesto a Hitler.

—Y ¿qué piensa usted de Rusia cuya complicación en la guerra parece inminente?

—Rusia es otro peligro, pero tiene un aspecto diferente. También se trata de una ideología con pretensiones universales, pero olvidamos a menudo que tiene unas raíces indígenas que no pueden arraigar en otras partes. A mi juicio los movimientos comunistas del mundo están llamados a desaparecer. En estos países nuestros, a pesar de ser tan avanzados socialmente, no ha podido triunfar el comunismo, porque no encaja en nuestra manera de ser. Desde hace años tenemos gobiernos socialistas, y subsisten por la voluntad del pueblo, porque saben respetar las libertades democráticas. Si en Rusia puede mantenerse ese sistema de dictadura y de negación de la libertad, es porque existe una masa que no está preparada democráticamente.

—¿Creen ustedes que el régimen soviético conseguirá aplicar el concepto materialista del marxismo integral, o que por

el contrario, todo el caudal místico de la Santa Rusia y el espiritualismo revolucionario del siglo XIX, terminarán por salir a la superficie y hasta imponerse?

—El fenómeno ruso es muy original. En Rusia no han existido más que dos grandes fuerzas: El Zar y el pueblo. En medio de ellas, han jugado su papel según las épocas, la nobleza, el clero ortodoxo y, últimamente, durante el siglo XIX, todos los revolucionarios de la *inteligentzia*. Pero entre estas clases y el pueblo hubo siempre un abismo. El pueblo miró al Zar como a su liberador, pero éste no supo o no pudo liberarlo, porque él era el primer prisionero. Quien, en cierto sentido, en el social sobre todo, ha liberado al pueblo ha sido la revolución socialista que ha plasmado en el régimen soviético. Pero de nuevo comienza la oposición entre las creencias y profundas tradiciones de este conglomerado de pueblos que constituyen la Unión Soviética, y la nueva mística bolchevique, que a modo de evolución terminará por ceder —síntomas ya hay de ello—, ante la presión de ese inmenso caudal espiritual del pueblo ruso.

—Así es, porque la historia se repite con machacona insistencia. No hay sino recordar aquellas luchas de Pedro el Grande y más tarde de la propia Catalina al intentar cambiar la mentalidad de su pueblo. Verdad es que aquéllos lo hicieron en nombre de las ideas del siglo de *las luces* y queriendo iniciar un proceso de occidentalización de Rusia, pero no es menos cierto que tropezaron con una enorme hostilidad y no consiguieron su propósito.

—Estoy de acuerdo con lo que usted dice.

—Y dígame, porque me interesa mucho, ¿no opina usted que es más profunda la influencia en las masas rusas de una mística comunista, que no aquellas directrices basadas en la filosofía enciclopedista del XVIII?

—Tiene usted razón. Difícilmente podía comprender el pueblo unas doctrinas que le hablaban de libertad y le dejaban esclavo. Porque al pueblo, y en especial a uno tan atrasado como el de aquellas épocas, no le interesaba la liberación de su pensamiento mientras su cuerpo permaneciera esclavizado y el fruto de su trabajo fuera para otros.

—Pero ¿es que usted cree que el régimen soviético ha liberado al pueblo socialmente?

—Por lo menos se ha sentido aliviado de un peso secular como lo era el de la nobleza principalmente, que además de adueñarse de la tierra, lo pervertía con su mal ejemplo.

—Pero este sentido de liberación, a mi juicio, lo ha experimentado el pueblo ruso siempre, a pesar de vivir constantemente sometido. Por eso no es extraño que ese pueblo siga pacientemente unas doctrinas en cuyo examen no ha entrado y hasta ni le interesan. Ha visto los efectos y esto le basta.

—Sí, pero es necesario señalar un contraste para comprender la mentalidad de aquel pueblo. Conforme y satisfecho con su liberación social, continúa sintiendo en su alma los siglos de espiritualidad pasados, hasta el punto de que sus creencias son tan firmes que pueden más que todas las campañas de propaganda de sus actuales jefes. Concretamente puedo decir que la grosera campaña de los ateos y de otros pensadores ateizantes, ha fracasado. De aquí nace un período evolutivo en el que se inicia la nueva liberación del espíritu. ¿Se fija usted en que de nuevo son permitidas las obras de los pensadores del siglo XIX que formaron parte de la llamada *inteligentzia*?

—Sí, es cierto, y, hasta en las propias Universidades, se empieza a explicar algo sobre los derechos humanos, aunque tímidamente. Esto ya constituye un avance de occidentalización, y en cierto sentido un retorno a la concepción cristiana de las relaciones sociales.

—No me atreveré a decir que se trata de una nueva tendencia de occidentalización, pero sí por lo menos de espiritualización. Porque en la doctrina marxista lo que ha fracasado es su absurda y antihumana concepción materialista; y lo que ha triunfado ha sido la incorporación del concepto social y sus consecuencias prácticas al armazón jurídico de las modernas sociedades.

—¿Cuál de aquellas dos tendencias triunfará?

—Eso dependerá mucho de la posición de Rusia en el presente conflicto. Si se acerca, como parece, al mundo occidental en su lucha contra Alemania, el proceso de occidentaliza-

ción se hará quizá más rápido y constituirá un bien para el mundo. Si se mantiene aislada, la lucha será interior, entre la burocracia que representa las tendencias bolcheviques y la inmensa fuerza de la espiritualidad del pueblo acumulada durante siglos. Ah, pero si transige con Alemania, entonces nos encontraríamos ante la tragedia humana más terrible de todos los tiempos, porque la enorme población de Rusia caerá bajo el poder nazi que no respetará nada y conducirá a la Humanidad a una época de postración física y espiritual, que los hombres no conocieron ni en la época pagana.

—¿Entonces usted opina que en los actuales momentos el nazismo es más peligroso que el comunismo de los Soviets?

—Indudablemente. La doctrina nazi ha nacido en Occidente y se dirige directamente contra la civilización occidental. Es una fuerza en plenitud material y filosófica que avanza impetuosamente. Pretende ser universal, obedece a una nueva concepción del mundo y persigue el predominio sobre los demás, en virtud de una nueva promesa mesiánica de los dioses del Walhalla. Constituye, pues, la gran amenaza del momento.

—¿Y no sucede lo mismo en el caso soviético?

—Sus síntomas son demasiado claros para no reconocerlo. Su filosofía tan audaz y terrible como la otra, retrocede, y las intransigencias y hasta la persecución a toda espiritualidad empiezan a abandonarse, ya sea por convicción o por táctica que las circunstancias aconsejan. La reacción, que en este caso es progreso, se siente cada día más poderosa. En una palabra, que siendo los dos sistemas inadmisibles por negar la libertad y la norma moral, el peligro nazi es infinitamente más importante que el soviético. El primero está en pleno desarrollo mientras que el segundo se repliega; la victoria de aquél supondría la aplicación de su ley a rajatabla, mientras que si Rusia se inclinase a las democracias —como parece—, y si triunfase con ellas se vería mediatizada por sus aliadas —Inglaterra y los Estados Unidos—, que por ser más poderosas serán quienes dicten la última palabra. Hasta podemos confiar en que Rusia pueda ser una esperanza cristiana en el futuro.

—Estoy admirado de su preocupación por estos problemas

tan trascendentales, y sobre todo de lo bien que usted los conoce.

—Oh, no le extrañe. Por nuestra situación geográfica nos hallamos en el punto de cruce de todas estas ideologías.

—Observo también con agrado la resistencia que estos países ofrecen a su introducción.

—Esa es nuestra suerte. Cuando un pueblo ha vivido en libertad y sabe desarrollarla en fórmulas de convivencia, no tiene necesidad de buscar su salud en el despotismo ni en la tiranía.

—Tiene usted razón. Solamente cuando se pierde la libertad, se da uno cuenta de que no tiene sustitutivo posible...

Espera e inquietudes

La tensión germanorrusa iba en aumento, y con ella la preocupación de los huéspedes suecos que se encontraban en el hotel. También ellos nos decían:

—¡Ah, ustedes los americanos qué suerte tienen! Tarde o temprano conseguirán salir de aquí, pero nosotros... ¡Cualquiera sabe cuál puede ser nuestro destino si ahora comienza la guerra entre Alemania y Rusia!...

No sabían que yo tenía la misma preocupación. Porque si Suecia se veía envuelta en el conflicto —cosa muy posible—, ¿por dónde íbamos a poder salir? Habíamos respirado al dejar Alemania, pero nos encontrábamos con que aun no habíamos salido por completo de la trampa.

Pasaba una temporada en el hotel un diplomático sueco que acababa de dejar su puesto en Egipto para pasar sus vacaciones en Suecia. Era un hombre distinguido y sumamente afectuoso. Sentía gran simpatía por nuestros niños. A mi pequeño le regaló un magnífico pez de goma y desde entonces no existió para Joseba personaje más importante ni más simpático que el diplomático sueco.

Uno de aquellos días se nos acercó el diplomático diciéndonos:

—Ustedes, como extranjeros, y más no siendo europeos, quizá no se dan cuenta del peligro que corren...

—¿Por qué? —le replicamos ingenuamente.

—Porque la guerra entre Rusia y Alemania es inminente. Una vez comenzadas las hostilidades se cerrarán seguramente todas las fronteras y me temo que se suspendan todas las salidas de barcos para América.

—Eso *sería* terrible. Y, ¿qué cree usted que debiéramos hacer?

—A mi juicio no tiene ustedes más solución que ir a Londres.

—¿A Londres? ... Pero, ¿cómo? ... ¿Por dónde? ...

—Por avión. Deben ustedes realizar gestiones en seguida con los Ministros Americano e Inglés y salir cuanto antes. Yo les daré algunas direcciones en Estocolmo.

—Le agradezco mucho, pero, francamente, un viaje así y con niños tendría que pensarlo.

—Pobres niños ... Cuando vienen a mi habitación, parece que entran los pájaros. Les tengo mucho afecto y a ustedes por ellos. Por eso quiero saber que ustedes puedan salir.

—Pues vamos a pensarlo.

Decidimos volver a Göteborg. Me hallaba atrozmente apesadumbrado. Sentía acercarse un futuro lleno de inquietudes y de forzada miseria. No conocía una persona influyente en quien ampararme. Cuando volvíamos a Göteborg nos cruzó un tren alemán de transporte, muy largo. Esto nos afligió más. Era el tributo de Suecia a cambio de su precaria neutralidad. Mi hija se fijó en la cruz gamada de los vagones y me preguntó:

—¿Pero no decías, *aita*, que aquí no había ya alemanes?

—Claro que no —le contesté—, ésos viven en Alemania.

—Pues en ese tren que ha pasado llevaban la bandera ...

—Es que no te has fijado en los colores; son diferentes ...

—¡Ah! —exclamó Aintzane, pero no quedó satisfecha.

Inmediatamente me puse en relación con los amigos de Nueva York. Fueron tantos los cables y conferencias telefónicas, que Petterson me advirtió podrían originar sospechas. Sobre todo las conferencias, que tenían que ser pedidas a Berlín.

También en Suecia se empezaba a sentir ese ambiente de tristeza que caracteriza a los países en guerra. Los hoteles estaban desanimados y a partir de las seis y media de la tarde se apagaba la vida en forma impresionante.

Nuestro amigo y protector Mr. Petterson nos llevó un día al *Stadium* donde se congregó enorme público con motivo de un desfile gimnástico y de una parada de las fuerzas militares. Presidía la fiesta el Príncipe Guillermo, segundo hijo del Rey. Su discurso era esperado con gran interés, dada la gravedad de la situación. El Príncipe pedía al pueblo serenidad ante acontecimientos muy próximos. Suecia defendería su independencia si fuera atacada, pero quería ante todo mantenerse en paz y neutral. Los párrafos dedicados a ensalzar los beneficios de la libertad eran los más aplaudidos. El público despidió al Príncipe con entusiasmo, haciendo poco caso de aquellos preciosos ejercicios atléticos a cargo de los niños de las escuelas, que tanto entusiasmo producían en mi hijo y en mí. Las fuerzas militares también fueron aclamadas por el pueblo.

—¡Qué contraste! —dije a Petterson—. Al lado de estos ejercicios que tan claro hablan de la cultura de este pueblo, el ejército necesariamente movilizado contra la agresión.

—Así es —me contestó mi amigo—, por culpa de los totalitarios mantenemos quinientos mil hombres en armas, cuyo gasto lo cubrimos con impuestos extraordinarios que, naturalmente, hacen la vida más difícil cada día.

—Yo conocí este país hace años y difícilmente podría igualarse su nivel de vida con ningún otro. Nosotros los vascos también vivíamos al estilo de ustedes.

—Es difícil nuestra posición. ¿Cuántos días podremos resistir? . . . ¿Cómo podrá llegarnos la ayuda una vez ocupada Noruega? . . . Todos quieren luchar, rechazar la agresión, pero, ¿con qué podemos hacerlo?

—Amigo Petterson, en estos tiempos no se puede pensar en los medios con que se va a luchar, sino en el deber de defenderse. La doctrina es muy dura, pero no cabe otra. Si todos los países la hubieran aplicado a tiempo . . . Aquí mismo, entre ustedes, aquel pacto escandinavo fallido cuando la agresión a Finlandia, ahora sería instrumento de garantía contra toda clase de agresiones. Perdone que le hable así, pero, ¡para qué engañarnos, si este espíritu de defensa de la paz y de la neutralidad a toda costa, no favorece a nadie!

—Pues yo le aseguro que este pueblo aceptaría gustoso la lucha en caso de agresión. Parece un pueblo comodón pero ha demostrado saber luchar cuando el enemigo le ha atacado. Por algo más que por razones estratégicas dejó Hitler de atacar a Suecia . . .

Empieza la guerra con Rusia

El 22 de junio me llamó Petterson por teléfono.

—M. Alvarez, ha comenzado la guerra entre Alemania y Rusia.

Instintivamente dos fuertes emociones contradictorias sacudieron mi espíritu. Una de gozo: "Hitler está definitivamente perdido". Otra de pesadumbre: "¿Por dónde saldremos, Dios mío? . . . ¿Veremos aquí también a la Komandantur?

Me fuí a respirar aire puro al parque con mi mujer y mis hijos. Era domingo y una gran muchedumbre invadía las cuidadas praderas. Los altavoces de los restaurantes daban constantemente noticias de la guerra. Todos los rostros reflejaban la gravedad del momento. Había un silencio impresionante. Aquel pueblo esperaba angustiado la fatal noticia de la complicación de Suecia en el conflicto. Los periódicos eran arrebatados de las manos de los vendedores. Aquella tarde ni los niños jugaban.

Cuando llegamos al hotel, el conserje de turno estaba congestionado.

—Comienza la lucha anticomunista —le dije para tentarle.

—¿La lucha anticomunista? En Suecia ya no cree nadie a Hitler. Aquí no hemos perdido ni la memoria ni la decencia.

Pasaron tres días. Un lacónico despacho de Estocolmo anunciaba que Suecia permitía el paso de las tropas alemanas por el norte. La noticia causó consternación. Mis amigos de América me anunciaban que ya no podían enviarme dinero porque el Gobierno Americano lo prohibía. Sin dinero, con nombres supuestos, sin protección alguna . . . Pero como aquel 26 de junio era el cumpleaños de mi hijo, nos fuimos al parque, y hasta montamos en el tiovivo y en los automóviles mecánicos. Había que vivir aquel día en el mundo de la niñez, donde las guerras y las preocupaciones no existen.

Nuestro hombre providencial, Mr. Petterson, me dijo que pasase por su oficina, y me indicó que dentro de tres semanas habría un barco para Río de Janeiro.

—¿Cree usted que Suecia podrá conservar su neutralidad durante ese plazo? —le pregunté.

—No lo sé, señor Alvarez, no lo sé. Lo que sí puedo decirle es que la indignación del pueblo ante el acuerdo del Parlamento permitiendo el paso de las tropas alemanas es enorme. Prefiere luchar a permitir un deshonor semejante.

—Pero para eso es un poco tarde, Mr. Petterson, porque cuando se duda, como ahora ha sucedido, es muy difícil reaccionar con el debido espíritu. ¡Qué magnífica ocasión perdieron ustedes con aquel pacto escandinavo! . . . De haberse formado aquel bloque quizá hubiera evitado la agresión rusa contra Finlandia y la de los nazis contra Noruega, porque ahora podemos deducir que alguna razón de congruencia existe entre ambas. Ambas censurables y muy a tono con la desvergüenza de los tiempos en que vivimos, pero ambas obedeciendo a razones estratégicas, tanto más cautelosas e hipócritas, cuanto que se realizaban en plena vigencia del pacto germanorruso y obedeciendo a las dudas y vacilaciones de estos países.

—Pero el pacto escandinavo pudo haber desencadenado la agresión alemana contra todos a la vez, ¿no le parece señor Alvarez?

—Es cierto, pero en primer lugar, ustedes hubieran podido resistir quizá mejor a la agresión y en segundo lugar el problema para los ocupantes alemanes hubiera sido mucho más difícil, porque, o no se hubiera dado la guerra rusofinlandesa, o hubiera sido quizá más fácil la solución. Todo este bloque democrático escandinavo hubiera sido en todo caso para los alemanes un territorio hostil y extenso para guardar. Pero la falta de solidaridad, tan corriente en esta Europa minada por la propaganda, es a mi juicio la causa del mal.

—Nuestra posición es muy difícil . . .

—Lo comprendo bien. Pero, como no hay mal que por bien no venga, gracias a esta triste coincidencia aumentan mis posibilidades de salir para América.

La lucha por los pasajes

Suecia es un país jurídicamente neutral, pero alcanzado de lleno por los efectos de la guerra. La sombra fatídica del nazismo alemán ha descendido sobre ella. Por eso, este puerto de Göteborg da la misma sensación de paro y de tristeza que Amberes, que Hamburgo. Hay algo de quietud, de muerte en todos ellos. Tantos barcos y grandes trasatlánticos amarrados, transforman a Göteborg en un cementerio de monstruos petrificados.

La crisis de la industria naviera alcanza a toda la población. En los restaurantes se ve poca gente, en los hoteles se reduce la clientela y los comercios disminuyen sus ventas. El aumento obligado de los impuestos para preservar la *neutralidad* con medio millón de hombres en pie de guerra, contribuye a agudizar la crisis económica y la carestía, que van cambiando la fisonomía de este pueblo que hasta ahora había dado una impresión tan sólida de prosperidad. Solamente las industrias que de una forma u otra producen para la guerra, continúan trabajando y siguen su ritmo casi normal. Los reducidos cargamentos que de vez en cuanto envían a Sudamérica, apenas constituyen un remedio para evitar el colapso de su exportación y la profunda perturbación que en su economía general causa la guerra. Es el destino de Europa entera, víctima de la gran aventura del trágico misticismo alemán.

Por las tardes solíamos pasearnos por aquel puerto que parecía agonizar en su quietud. Solamente dos barcos daban algunas señales de vida. Un tenue penacho salía por sus chimeneas.

—Veis —solíamos decir a nuestros pequeños—, son los dos barcos que están pintando para que salgamos nosotros.

Así engañábamos la impaciencia de los niños, pero también nuestra propia inquietud que por momentos se hacía más angustiosa.

Pero los paseos de vigilancia los realizaban también otros muchos refugiados que contemplaban aquellos buques como a su salvación. Éramos miles y miles los que en los

puertos de Göteborg y Estocolmo mirábamos con ojos anhelantes aquel mar, que, a pesar de estar lleno de peligros, iba a conducirnos a un nuevo mundo que aun conservaba virtudes que el viejo, temporalmente, había perdido.

Aquellos días las agencias de viajes eran materialmente asaltadas por refugiados que querían pasaje a todo trance. Era una lucha en la que se ponían en juego toda clase de medios e influencias, porque, para responder a los miles de solicitudes de embarco, no había más que ocho o diez cabinas en el barco que salía de dos en dos meses. ¡Qué importaba el peligro de las minas que infestaban el Mar del Norte ante la amenaza cada vez más próxima de la Gestapo! Con la ocupación de Islandia por los americanos, la batalla por los ocho pasajes arreció de manera insospechada.

Por fin me avisó Mr. Petterson que mi mujer, mis niños y yo teníamos comprometido en firme el pasaje para Río de Janeiro, y que la salida del buque se aseguraba de día en día, porque la neutralidad de Suecia no parecía alterarse por el momento. Esto nos tranquilizó bastante.

Y uno de aquellos días del mes de julio nos fuimos a las carreras de caballos. Aquello no se parecía nada a una tarde en Ascot o en Chantilly. El Hipódromo de Göteborg era lo más democrático que yo he visto. En pintoresca mezcla se sentaban en la misma tribuna los elegantes de la ciudad junto a los marineros de brazos tatuados, las señoritas ricas junto a las que cuidaban los niños en el Jardín Botánico. No faltaba el conserje de nuestro hotel, el antinazi, que fué quien nos animó a acudir a aquel espectáculo. Y para que el democrático muestrario fuese completo, allí se encontraba también el viejo Rey Gustavo. Entró en el hipódromo a la mitad de las carreras tan sencillamente como un burgués cualquiera. El público se puso en pie y le aplaudió con cariño y respeto.

Cuando regresamos al hotel el conserje ya estaba en su puesto.

—¡Qué sencillez la del soberano! —le dijimos—. Ni acompañamiento, ni escolta de policías... ¡Qué diferencia de los países de donde venimos!

—¿Y qué protección va a necesitar si nosotros mismos le protegemos? ... Todos le queremos bien, porque siempre ha sabido ser un rey del pueblo. Por eso no necesita de policía ni de nadie que le proteja. Eso queda para Hitler y Mussolini.

No hicimos más que llegar a nuestra habitación cuando Petterson nos llamó por teléfono para darnos una mala noticia.

—La Compañía no admite los niños. Dicen que en el barco anterior llevaron dos niños que se marearon tanto que tuvieron que destinar dos marinos para cuidarlos, porque los padres estaban más mareados que los niños ... Así es que pueden embarcar usted y su esposa, pero solos.

—¿Y en dónde cree la compañía que vamos a dejar a nuestros hijos?

—La razón que dan es que los barcos no llevan médico ni enfermera ...

Pensé que aquello era una excusa para que nuestros puestos fuesen destinados a otros refugiados más influyentes. Pero decidí no dejarme vencer.

Al día siguiente la Compañía nos avisaba que el 15 de agosto saldría un barco para Nueva York con médico y enfermera y que nos reservarían pasaje. Pero luego resultó que el buque no iría a Nueva York sino a Río de Janeiro, y no en el mes de agosto sino en octubre probablemente.

Todo esto confirmaba mis sospechas. Se trataba de descartarnos para que nuestros puestos fuesen a parar a personas más influyentes. Principalmente elementos judíos y políticos centroeuropeos, ciertamente desgraciados y en peligro, pero especialmente temibles por los recursos que movilizaban entre sus amistades bien situadas.

Jamás me pareció tanta carga como ahora el *heroico doctor Alvarez*. Era un americano demasiado seguro para poder triunfar en esta batalla de los pasajes. "¿Quién es este doctor Alvarez?" "Total, ¿qué puede pasarle al doctor Alvarez?" "Las demás personas que están expuestas a terminar en un campo de concentración si llegan hasta aquí los alemanes, son más dignas de protección que este señor panameño que no tiene nada que

perder." "Que sea comprensivo este doctor Alvarez." Estas y otras exclamaciones parecidas me transmitía Mr. Petterson cada vez más preocupado.

—Mi querido Petterson —le dije—, ha llegado el momento de declarar que el doctor Alvarez es un simple del que se está riendo todo el mundo. Decididamente no le podemos dejar solo si queremos ganar la batalla a los judíos. Y si me quiere acompañar nos vamos a Estocolmo, donde va a aparecer de nuevo el señor Aguirre. Así seremos tres a pelear, usted, Alvarez y Aguirre.

—A sus órdenes —me contestó Petterson—. Le acompañaré con mucho gusto.

De esta manera la noche del 25 de julio salimos para Estocolmo el doctor Alvarez, Mr. Petterson y yo.

Alvarez, Petterson y Aguirre en acción

Cuando en la mañana del día 26 llegábamos los tres amigos a Estocolmo, la maravillosa ciudad báltica nos recibió llena de sol. Nos dirigimos a la Legación brasileña.

Cuando se enteró el Secretario del objeto de nuestra visita empezó a hacer aspavientos y a decir:

—¿Ahora un panameño a buscar un visado? . . . ¡Uy!, ¡uy!, ¡el conflicto que vamos a tener! Es mejor que hable usted personalmente con el Ministro, yo no me atrevo a decirle nada. Pero le advierto que con la lucha que hay estos días por la obtención de los visados el Ministro está agobiadísimo y de muy mal humor . . . Supongo que tendrá usted ya el pasaje.

—No, señor, pero espero tenerlo. Además un americano no necesita de pasaje para obtener un visado de otro país americano, ¿no es así? —contestó el doctor Alvarez reciamente.

—Sí, es cierto, por eso quiero que usted mismo se lo diga al Ministro.

—Y se lo diré con mucho gusto si usted tiene la amabilidad de proporcionarme una entrevista con él.

El Secretario volvió diciéndome que sería recibido aquella tarde . . . tal vez . . .

Durante el tiempo que estuve en la Legación pude enterarme de que ninguno de los viajeros que tenían reservadas las ocho camas que había en el barco contaba todavía con el visado brasileño, porque no contestaban de Río. Voló a telégrafos el doctor Alvarez desde donde avisó a sus amigos de Nueva York pidiendo que obtuvieran primacía en los visados y que a nadie se concediera uno sin antes otorgarlo a un americano *como él*. Luego fué a teléfonos y habló con el doctor Despradel a Berlín.

—¿Cómo? —me decía el Ministro dominicano—, ¿qué, no tiene usted visado? No consentiremos que un americano sea pospuesto a nadie. Visitaremos al Embajador del Brasil aquí y verá usted cómo le entregan el visado.

De esta manera conseguimos que los Embajadores brasileños de Wáshington y Berlín telegrafiasen a su colega en Estocolmo, y que el Ministro sueco telegrafiase a la Compañía y al Ministro brasileño.

Yo también empezaba a tener influencias. Pensaba en los desgraciados judíos, pero yo era más desgraciado que ellos.

Entonces le tocó el turno a Aguirre. Mr. Petterson tenía amigos en la sede central del Partido Social Demócrata de Estocolmo. Allá nos fuimos. A uno de los secretarios del Partido que nos recibió, empecé descubriéndole mi verdadera personalidad.

El Secretario se levantó de la silla, me extendió sus manos y acercándose con gran afecto me dijo:

—¿Pero usted es el señor Aguirre? No le hubiera reconocido . . . Pero si yo le visité a usted en Barcelona con un grupo de parlamentarios suecos . . .

Así era en efecto. Le expliqué entonces mi situación y le indiqué si podríamos llegar hasta una personalidad política lo suficientemente influyente ante la Compañía, que fuera capaz de obtener pasaje en el barco del día 31 para mi mujer, mis hijos y yo. Pronto el Secretario me conseguía una conferencia con el Primer Ministro al día siguiente.

—¡Cuánto me alegra el poder servirle y ayudarle! —me decía el Secretario—. Nosotros los demócratas no podemos ol-

vidar la lucha heroica de los vascos por la libertad y la democracia. Ustedes han sido durante mucho tiempo un argumento convincente de razón y de estímulo para los demócratas del mundo, cuando, denigrada por la propaganda adversaria la causa de la democracia republicana en España, nuestra posición dialéctica tuvo momentos de amargura. Sabíamos que la causa de los leales era justa y que los excesos podrían ser efecto de la reacción primera contra la sublevación, pero dudábamos si en efecto los extremistas del anarquismo o del comunismo habían triunfado desplazando a los hombres responsables del Gobierno de Madrid. La lucha de los vascos al lado del poder legítimo republicano fué el argumento más decisivo que echó por tierra toda la propaganda adversaria. No se puede usted dar idea con qué ilusión seguíamos la lucha vasca, por saber que ustedes eran un pueblo ordenado y hasta muy religioso. Después de la destrucción de Guernica, muchas personas, incluso adversarias, comenzaron a ver claro y luego la misma República Española, al dominar el desorden inicial, convenció con su conducta a extensas masas de opinión. Más tarde ha sido el mismo régimen de Franco el que, con sus ideas totalitarias y sus brutales represalias y crímenes, ha desengañado hasta a sus amigos de la primera hora.

—No me extraña —le contesté—, cuanto usted me dice. La propaganda totalitaria persigue siempre la confusión y en los primeros momentos confunde. Ha tenido que llegar el ataque a Checoslovaquia, a Polonia y a tantos otros países, para que comprendieran muchos que el alzamiento de los militares y totalitarios españoles tuvo una significación idéntica, la imposición de un régimen por la fuerza, y respecto a nosotros, el deseo de exterminio de un pueblo que quiere vivir libre y gobernándose a sí mismo como le corresponde.

—¡Ah! pero ustedes han ganado la libertad. Nadie podrá discutírsela cuando la guerra concluya. Yo les envidio, a pesar de todo su sufrimiento actual, porque han sabido luchar. ¿Qué impresión tiene usted de nuestra actitud actual? —me preguntó rápidamente.

—Es difícil para mí contestar a esa pregunta, porque des-

conozco los motivos que han podido determinar la actitud de Suecia ante las exigencias alemanas, pero me parece que después del fracasado pacto escandinavo, ocupada Noruega y en guerra Finlandia, su posición aunque pueda extrañar, se comprende...

—Sí, sí, pero no sé si sabrán interpretarlo así en el extranjero, sobre todo en América. Pagamos ahora culpas viejas. Nos hemos acostumbrado a los beneficios de una paz casi perpetua, y cuando el cuerpo nacional se hace comodón se llega a toda clase de extremos por conservar el bienestar material. Ya puede usted decir en América que no olviden lo que son estos pueblos. Suecia es y será democrática. Debido a nuestra impotencia, tal vez lleguemos a situaciones que pueden dar motivo a crítica, pero aquí el pueblo y el régimen están al lado de la libertad. Este no es el caso de Francia y de España, por ejemplo, ¿no le parece? En estos países ha triunfado un sentido antidemocrático que se ha apoderado del poder, y el totalitarismo gobierna porque así piensan y quieren los dirigentes actuales. Por eso constituyen un peligro para la democracia. Pero aquí no, este país es una reserva democrática como son el resto de los países escandinavos a pesar de Quisling en Noruega y a pesar de la desdichada guerra de Finlandia...

—De acuerdo con cuanto dice, porque, terminada la guerra, aquí no hay nada que cambiar, pues ni ustedes cambiaron de régimen ni las potencias democráticas han reconocido otro régimen que el democrático. En cambio en aquellos países...

—En lo que acaba usted de decir residen muchos de los desalientos de los países pequeños. Esos reconocimientos a la violencia, es decir al enemigo... Añada usted la inexplicable complicidad con la que se ha seguido la expansión nazi y le será fácil comprender que no se puede pedir heroísmo a los pequeños, cuando los grandes juegan con el enemigo o con los amigos de los enemigos de la libertad...

Me despedí del culto dirigente del Partido Social Demócrata, y más de una vez he vuelto a recordar sus palabras: "Si los grandes juegan con los enemigos de la libertad, ¿cómo pedir heroísmos a los pequeños...?"

Por fin obtenemos los pasajes

El 28 de julio visitamos al Director de la Compañía de Viajes Nordisk Rosebyra. Era un hombre joven, muy fino, hablaba varios idiomas y pertenecía a una de las familias más adineradas de Suecia. Tan pronto como Mr. Petterson y el doctor Alvarez se hallaron en su presencia, éste dejó paso a Aguirre quien descubrió su verdadera personalidad y le expuso su caso. En un principio me miraba con cierto recelo, recordando seguramente algunas consignas de la propaganda adversaria, tales como "cuidado con los comunistas y sus cómplices que han luchado contra el General Franco". Pero a medida que avanzaban mis explicaciones, su ceño adusto y lleno de sospechas, del primer momento, se trocó en expresión de simpatía.

—Le oigo a usted con verdadero placer —me dijo—. Ahora empiezo a ver claro muchas cosas. Créame que desde este momento me tiene a su lado. Pero tropezamos con la dificultad de que todos los pasajes están comprometidos. Y a nosotros no nos gusta faltar a la palabra que hemos dado. Pero se me ocurre que una solución podría ser el que una autoridad sueca se dirigiese a la Compañía pidiendo que los cuatro pasajes primeros sean reservados a ustedes. También que el Ministro brasileño, por tratarse de un americano, nos pida este favor.

Le explicamos las gestiones que habíamos realizado, para llegar al Primer Ministro sueco, y le prometimos hacer lo mismo con el Ministro del Brasil.

Nos dirigimos a la Legación del Brasil. El Ministro continuaba invisible. Tenía muchos compromisos. Se trataba de un americano —aquí hablaba el doctor Alvarez— y esperábamos que el ministro recomendase nuestro caso a la Compañía. El Secretario nos advirtió que el Ministro posiblemente nos recibiría a la tarde.

Volvimos al edificio del Partido Social Demócrata. Hablamos con el Secretario quien nos dijo que el Primer Ministro

estaba al tanto de todo y se interesaba vivamente por mí. Había pedido que hablásemos por teléfono con él. Petterson lo hizo en mi nombre.

—Me dice el Primer Ministro —dijo Petterson—, que avisemos de su parte al Director de la Compañía que su deseo expreso es que salga usted con su familia en el buque del día 31. Si esta intervención directa no es suficiente, mañana nos recibirá en la Presidencia para arbitrar un medio más eficaz para obtener su embarque. Me ha encargado que le salude y me ha expresado sus deseos de conocerle.

—Este asunto está ganado —nos dijo el Secretario.

Bajé aquellas escaleras con doble emoción y lleno de esperanza. No podré olvidar fácilmente el afecto que encontré dentro de aquellos muros, y la protección que se me otorgaba por aquellos hombres que sabían cuánto vale y cuánto cuesta amar la libertad. Por eso Suecia no estará jamás con el Eje.

Volvimos a la Compañía y el Director nos dijo que con la intervención del Primer Ministro el asunto estaba arreglado. Pero que necesitábamos el visado del Brasil.

El doctor Alvarez y Mr. Petterson se fueron a la Legación Brasileña, pues el Ministro les iba a recibir.

—Les prevengo que el ministro está muy enfadado —nos advirtió el Secretario tan pronto como nos vió.

Con nosotros pasaron al despacho del Ministro todos los altos empleados de la Legación y el Canciller del Consulado. Aquello tenía el aspecto de gran ceremonia, lo que no dejó de extrañarnos.

El Ministro, hombre bajo y regordete, nos pidió con cara de enfado que nos sentáramos. Rodeado de sus altos empleados aquello hacía el efecto de un tribunal. Después de preguntarnos quién era el doctor Alvarez y quién Mr. Petterson, haciendo las preguntas cual si se tratase de un examen, el Ministro dijo:

—Pues bien, Mr. Petterson. Usted ha solicitado en nombre de la Nordisk Resebyra que yo gestione ante la Compañía el embarco de este señor porque es americano. Sepa usted

que si existe un honor sueco también existe un honor brasileño, porque pretender eso de mí es desconocer por completo cuáles son las obligaciones de un Ministro extranjero. Diga a sus superiores que un Ministro brasileño sabe lo que debe hacer en cada caso y que no es correcto pedirle intervenciones semejantes.

Mr. Petterson no sabía qué responder, pues no entendía ni el giro dado al asunto, ni a qué obedecían aquellas sutilezas diplomáticas. Entonces el Ministro dirigiéndose a mí me dijo:

—Usted, señor Alvarez, como americano, tiene derecho al visado y en este sentido he dado órdenes para que se lo entreguen mañana en Göteborg. Pero nada más.

—¿Puedo hablar, señor ministro? —le dije.

—Sí, señor.

—Debe existir algún equívoco en este caso, señor Ministro, porque lo que tanto el señor Petterson como yo hicimos hace dos días no fué más que transmitir por medio del señor Secretario un ruego, fíjese bien, para que usted, si así lo estimaba, recomendara a un americano ante la Compañía que, a su vez, quería tener un pretexto de alguna autoridad para otorgarme preferencia en los pasajes. Hasta aquí no creo que exista ninguna incorrección. Por eso me empeñé en saludar personalmente al señor Ministro, porque así me lo aconsejaron mis amigos los Ministros sudamericanos en Berlín, en telegrama que recibí. Véalo.

—No me hace falta, señor Alvarez, porque yo he recibido cuatro telegramas en su favor de otros tantos colegas de Berlín. En fin, acepto su explicación y el asunto queda aclarado y me doy por satisfecho, porque si se trataba de un ruego, que es lo que me interesa, y además en nombre de la solidaridad americana, el caso está zanjado. Repito, pues, que puede usted estar tranquilo.

La ceremonia terminada, se disolvió el tribunal y nos despedimos del Ministro ya reconciliados.

La recomendación del Primer Ministro había surtido su efecto en la Compañía. Ante tanta lucha por conseguir los

pasajes el Director había arbitrado un medio expeditivo. Era el 28 de julio y el barco saldría dentro de tres días, el 31. Todo pasajero que quisiera pasaje debía pagarlo en su totalidad, y tener su documentación en regla con el visado brasileño. Quien no reuniera estas condiciones el día de la salida perdía el importe íntegro de los pasajes. Acepté yo el primero estas condiciones y me fueron otorgados los cuatro primeros pasajes. Uno a uno fueron retirando mis contrincantes sus solicitudes.

Ahora nos faltaba el permiso de las autoridades alemanas e inglesas para atravesar sus respectivas zonas. Y Mr. Petterson y el doctor Alvarez empezaron por dirigirse a la Legación Alemana, siendo recibidos por una especie de Göring que era el Agregado Naval. Muy atentamente nos arregló lo que pedíamos, después de haber hablado con el cónsul alemán en Göteborg.

En la Legación Británica nos recibió el Agregado Naval, un hombre de fina complexión y gran simpatía. Desde el primer momento me complació aquel hombre y decidí revelarle mi verdadera personalidad si hacía falta.

—Pero ¿por qué hacen ustedes estas cosas a última hora? —nos dijo—. Habrá que avisar al Almirantazgo, el buque sale dentro de tres días... en fin, yo deseo complacerlos, pero no sé si habrá tiempo...

—Como marino inglés es usted un hombre de honor —dije al Agregado que me miraba con extrañeza—. Pues bien, yo soy el Presidente Vasco Aguirre que viene huído a través de Alemania. Estoy aquí con mi esposa y mis hijos. Ustedes no pueden ser obstáculo en mi viaje después de haber salvado tantas dificultades.

El marino se levantó para estrechar mi mano al mismo tiempo que me felicitaba. Y me dijo:

—Todo lo contrario. Usted tiene ya el permiso, ¡no faltaba más! Haremos las diligencias que sean necesarias, no se preocupe del asunto. Pero, cuénteme, cuénteme cómo ha podido usted llegar hasta aquí... Pero ¿puede ser cierto que venga usted de Alemania?

En una media hora de agradable conversación satisfice en términos generales la curiosidad del Agregado Británico. Este señor tuvo especial interés en que viese a su Ministro al día siguiente, pero me fué imposible pues tenía que salir para Göteborg.

Cuando salimos de la Legación Británica nos pareció que las últimas cadenas que nos sujetaban se habían roto. Tal era nuestra satisfacción que alquilamos un coche de caballos y en él dimos un paseo por Estocolmo que nos pareció más bello que nunca.

Rumbo a tierras de libertad

Salir, escapar, llegar a América. Este es el anhelo de tanto perseguido en Europa, por pensar de diferente manera que los que mandan, o porque tiene una nariz con estos o aquellos rasgos.

América, es un continente que ha alcanzado, en estos años de miseria en que vivimos, una maravillosa personalidad. Pero no es tan fácil llegar a este país de salvación. ¡Cuántos desgraciados pasaron desde los muelles, casi ya a bordo de los escasos buques que zarpaban, a los campos de concentración! Quizá por mí, por mi victoria sobre mis contrincantes, alguno de los que vencí, tenga reservada esa triste suerte. Y ¿cuál hubiera sido la mía si llego a salir vencido en la contienda? Pero la compasión embargaba mi espíritu pensando en ellos.

Ya a bordo del mercante *Vasaholm*, me decía Mr. Petterson con los ojos llenos de lágrimas: —¡Que tengan suerte, mucha suerte! . . . ¡Que lleguen bien!

Uno de los buques de la Compañía había salido de Göteborg pocos meses antes con doce pasajeros. Pasó las islas Färoe y envió su última comunicación. No se supo más de él ni de ninguno de sus tripulantes y pasajeros. Este recuerdo traía inquieto a Mr. Petterson. ¡Qué magníficos amigos hemos encontrado por todas partes!

Por fin, en la mañana del 31 de julio, día en que los vascos

celebran la fiesta de su Patrono San Ignacio de Loyola, salimos al mar rumbo a América. Antes, escribí unas cartas con un *hasta luego* para todos los compatriotas que dejábamos sufriendo y esperando. Una de ellas fué dirigida —y llegó— hasta el mismo presidio de Burgos en el cual desde el año 1937 sufren prisión aquellos jefes míos que en Santander me despidieron con la copa en alto brindando por la salud de la Patria esclavizada. Algunos no la pudieron leer porque fueron fusilados.

Otros sufrían en aquellos momentos vejaciones sin cuento en los campos de concentración del Africa Francesa, donde construyen un ferrocarril transahariano, en que, al decir de los que de allí se han librado, cada traviesa que se coloca cuesta la vida de un hombre. Todos sufriendo por defender la libertad de su pueblo vasco contra los que quieren borrar su existencia, como la de tantos otros pueblos.

Mis hijos, felices de ellos, no sabían nada de esto. Para ellos todo constituía una novedad agradable, y desde que entraron en el barco estaban en verdadera fiesta. Su alegría y sus risas llamaron la atención de un Comandante de la Marina Sueca que iba con nosotros hasta Río.

—¿Esos niños viajan con nosotros? —preguntó.

—Sí, señor —contestó uno de los oficiales.

—Entonces estamos salvados... Esos pequeños serán nuestra mascota.

Con este motivo la *vedette* a bordo fué mi pequeño Joseba con sus tres años recién cumplidos.

Nuestro buque desplazaba 6.700 toneladas. Llevaba carga general para Sudamérica y solamente otros cuatro pasajeros, además de nosotros; tres varones y una señora de nacionalidad polaca, aunque israelitas de raza. Personas de fuerte posición, correctas y cultas con quienes convivimos durante los 28 días que duró la travesía hasta Río.

Ibamos a viajar en convoy. Además, nos había de escoltar hasta el límite de las aguas jurisdiccionales un destróyer sueco. En el puerto exterior encontramos a los dos magníficos petroleros suecos de más de 15.000 toneladas cada uno, que, además

de un pequeño barco, iban a ser nuestros compañeros de ruta. El trato a bordo era excelente. La limpieza esmeradísima sobre todo tratándose de un buque de carga. La oficialidad muy correcta y amable. En fin, era un buque sueco.

Al caer la noche se encendieron todas las luces. Dos fuertes focos iluminaban dos grandes banderas suecas pintadas en ambos costados del buque. Un hidroavión alemán voló muy bajo saludándonos cuando pasó a veinte metros de nuestra chimenea. El ruido sordo de los motores que andaban a media velocidad, el tono de misterio y seriedad que reflejaban los rostros del capitán y los oficiales, la marcha sigilosa de los buques siguiéndonos en el convoy, semejaba una escapada de puntillas de quienes quieren pasar inadvertidos sin despertar al vecino.

—Navegamos cerca de la costa para llegar hasta el control alemán que lo pasaremos en Christiansund, puerto noruego —nos advirtió el capitán—. Tengan la documentación preparada, pues es posible que exijan la presentación de todos los pasajeros.

¡Otra vez los alemanes, y otra vez también las inquietudes! La indiscreción de alguna de las personas conocedoras de nuestras andanzas, creyéndonos a salvo por saber que habíamos salido de Alemania, el pequeño detalle inadvertido que facilita una pista a la policía, incluso aquella sospecha de "mi Ministro" en Berlín, "son capaces de dejarlo para el fin", todo ello era suficiente para que la duda y la inquietud se apoderaran de nosotros.

Pero llegamos a Christiansund de madrugada y se verificó la revisión del buque mientras estábamos dormidos. Gentilmente, aquellos oficiales alemanes del control, respetaron nuestro sueño y cuando nos despertamos ya estábamos de nuevo en el mar, ahora navegando hacia el control inglés que habríamos de pasarlo en las islas Färoe. Se acabaron los temores a la Gestapo. Porque, donde no domina, es en el mar.

Ya durante este primer día de navegación aparecieron nuestros temidos adversarios, las minas. Con sus tentáculos amenazadores pasaron dos de ellas a poca distancia de nuestro buque.

Inmediatamente funcionaba el telégrafo de banderas de los buques del convoy señalando su situación. Durante los dos días siguientes siguieron pasando minas, hasta el número de diez —por lo menos las que yo vi— bastantes más a juzgar por la sonrisa del capitán, al oír nuestras cifras. El capitán no se acostó durante los diez primeros días. La travesía de la noche era la peligrosa, porque las minas no ven como los submarinos, y nosotros éramos un buque neutral. Aquellos artefactos que pasaban a menos de cien metros, de día, a nuestra vista, ¿cómo podrían ser localizados de noche y en medio de aquel mar tempestuoso?

El 3 de agosto divisamos los primeros aviones ingleses. Volaban en torno de nuestro convoy bajando hasta pasar rozando los mástiles para saludarnos. Este espectáculo tenía un significado más profundo. Comenzábamos a caminar por latitudes donde reina la libertad. Y esto al tercer día de navegación. Verdaderamente, pensando en lo grande que es el mundo y sobre todo en la inmensidad de los mares, es fácil darse cuenta de lo pequeño que es el poder alemán por mucho miedo que metan todavía sus máquinas de guerra.

La mañana del 4 de agosto llegamos a las islas Färoe, donde anclamos durante hora y media. A pesar de ser verano hacía frío. La cima de las pequeñas montañas aparecía cubierta de bruma. La tristeza del ambiente, lo inhospitalario de la naturaleza y la dureza del clima prestaban cuadro natural a una de esas bellas leyendas nórdicas, matizada y coloreada con el misterio que siempre añade una ciudadela de guerra en pleno mar.

Los británicos aparecieron en la cubierta de nuestro barco. Mientras unos marineros, con sus enormes capotes, realizaban la inspección de las bodegas, un oficial iba pasando revista a nuestra documentación. Ni me miraron a la cara. Pero tal vez sabían quien era. Todas las operaciones las realizaron con gran seriedad y corrección.

Podíamos partir. Este permiso tiene en el marco natural de las islas Färoe un sentido trascendental. Es como la licencia que se concede para entrar en el mundo de la libertad. Y

hasta la salida estaba dibujada en el pequeño estrecho que forman dos de sus islas, entre las que tuvimos que pasar para iniciar nuestra ruta atlántica. Lo hicimos en medio de una fuerte tempestad. Las olas barrían la cubierta y llegaban hasta el puente. En los rostros de los pasajeros había un signo de satisfacción.

Por la noche me dijo el capitán:

—No lo diga a nadie, pero entramos en una zona peligrosa por lo menos durante 48 horas.

Mis pequeños dormían tranquilamente. Para ellos no existían los peligros. A los diez días de navegación nos anunciaron que ya habíamos pasado la zona de peligro.

Navegamos entre espesísima niebla. Los buques del convoy van haciendo sonar las sirenas. Su lúgubre alarido tiene en medio del mar un eco de enorme tristeza. Parecía en medio de aquel silencio una llamada a los submarinos dormidos.

La Carta del Atlántico

Al anochecer del 14 de agosto me encontraba en la cabina de mis hijos, a quienes narraba un cuento vasco como acostumbraba hacerlo todas las noches, después de haber rezado con ellos unas sencillas oraciones. La narración fué interrumpida por uno de nuestros compañeros que llamaba a la puerta del camarote.

—Doctor Alvarez, venga pronto a la radio. Anuncian una importante noticia; Roosevelt y Churchill se han reunido en el Atlántico.

Para mí tenía una particular emoción escuchar un acuerdo y unas conclusiones elaboradas en bien del mundo en nuestro mismo mar, y subí a la radio. Además, para los perseguidos, para quienes veníamos de dejar tierras queridas sujetas a la opresión, significaban aquellas palabras algo así como un saludo que se nos dirigía en pleno océano para que siguiéramos tranquilos nuestra marcha porque nuestra esperanza no era vana. Con nuestros oídos pegados a la rejilla del altavoz fuimos oyendo en silencio, los ocho puntos de la Carta del Atlántico.

Mis compañeros israelitas y yo éramos nacionales de países agredidos, de pueblos con sus gobiernos en el exilio, con las familias expoliadas y en la ruina, testigos de páginas horrorosas de represión y de crueldad. El lenguaje de los ocho puntos sonaba a reparación, a justicia, a paz.

—Ya era hora de que se hiciera una declaración así —exclamó el polaco con entusiasmo.

—Magnífica declaración —le contesté—. Tiene un sentido universal que difícilmente puede darse si no es entre hombres de la talla moral de un Roosevelt o de un Churchill que se dan perfecta cuenta de que son mandatarios, no sólo de sus países respectivos, sino del mundo entero. No olvidaremos fácilmente esta declaración oída en el mar, desde el mismo mar en que ha sido proclamada.

—Y es generosa porque estos hombres comienzan por renunciar a toda expansión territorial a favor de sus países respectivos . . .

—El problema principal, como sucede siempre, es su aplicación práctica. Los programas suelen ser generalmente muy atractivos. La dificultad comienza cuando es preciso ponerlos en marcha. Vamos a discurrir un poco basándonos sobre hechos reales. Por ejemplo sobre su país, Polonia. Se ve claro, según estas reglas, que todo el territorio dominado por los nazis será liberado. Y el ocupado por los rusos, ¿lo será en la misma forma?

—Creo que también, porque se ha dicho que no desean ningún cambio territorial que no sea consecuencia de un acuerdo libremente consentido por los pueblos interesados. Y ese territorio fué ocupado por la fuerza . . .

—Es cierto, ¿pero de qué pueblos se trata? ¿De los Estados interesados o de los pueblos cuyo traspaso se persigue? Porque suponga usted que Rusia se niega a restituir el territorio polaco ocupado y no es posible la inteligencia entre los Estados polaco y ruso, ¿no les parece a ustedes que la voluntad que debe ser respetada es la de los nacionales polacos sometidos a un Estado que no es el suyo o que no les place? Voy a otro caso. Ustedes los polacos invadieron, en circunstancias difíciles para Checos-

lovaquia agredida por Hitler, un trozo de este Estado con el pretexto de que eran nacionales polacos sus habitantes. El momento no fué el más adecuado para una acción semejante, aunque es posible que Polonia tuviera razón en cuanto al origen nacional de los habitantes, ¿pero no les parece más propio que sean los propios individuos interesados quienes manifiesten su voluntad?

—La regulación práctica de estas expresiones populares, en casos como estos, es una cuestión muy delicada.

—Por eso mismo será necesario fijar reglas para abrir un cauce por el cual discurran estas voluntades en bien de la libertad, y hasta de la necesaria homogeneidad nacional o espiritual, porque de esa manera se sirve a la paz. Claro está, que para ello es necesario una autoridad internacional con prestigio y medios de coerción, pero de la instauración de esa autoridad nadie duda hoy. Es una exigencia humana necesaria.

—Estoy de acuerdo, doctor Alvarez —me contestó el polaco—, pero yo le doy más importancia aún, puesto ya en el terreno práctico al que usted nos ha llevado, al problema verdaderamente transcendental del hombre y a su libertad ante las formas de gobierno de los pueblos. Porque, si el derecho de los pueblos a elegir el régimen que les convenga, según dice uno de los puntos, no está limitado por una regla moral que salve los derechos de la persona humana, podemos volver de nuevo a la repetición de la tragedia a que asistimos. ¿Es que un pueblo podría tener derecho en la sociedad de la postguerra a otorgarse una forma de gobierno tiránica que desconozca los elementales derechos de los hombres? ¿Podría permitirse un régimen como el nazi u otros parecidos?

—Se olvida bastante en estos tiempos que no son solamente los Estados quienes tienen derecho a la protección, sino muy especialmente los hombres, las personas de carne y hueso que viven dentro de esos Estados. Porque, ¿qué es el Estado sino un instrumento que sirve en tanto que ayuda al desenvolvimiento del hombre y de las sociedades naturales que buscan su perfeccionamiento bajo su amparo?

—Por eso me cuesta creer que vaya a desampararse al hombre dando omnímoda libertad a los pueblos para que elijan formas de gobierno antihumanas. Para eso más valía ahorrar la sangre que se está derramando.

—Yo creo ver en la declaración que acabamos de oír una diferencia entre los términos *forma de gobierno* y *régimen*. Quizá haya sido elegida la primera con todo intento, para referirse más bien a la facultad de todos los pueblos a elegir por sí mismos aquella forma política de gobierno que estimen más conveniente.

—Es decir, que según usted, estas palabras hacen referencia más a la forma externa de la soberanía y a su libre expresión como pueblo, que a su constitución interior.

—Por otra parte, habrán ustedes observado que en la cláusula sexta se habla de una paz que permitirá a todos los pueblos vivir en seguridad y que dará a todos los hombres en todos los países del mundo —y observen la importancia de estas palabras— la garantía de que en adelante podrán vivir libres de temor y de necesidad. Ustedes comprenderán que la promesa de una paz semejante no se obtendrá sólo con derrocar la tiranía nazi, como dicen los firmantes del acuerdo, si se permite el establecimiento de *regímenes* contrarios a la libertad humana en otros países. Los ciudadanos oprimidos de estos pueblos se llamarían a engaño, porque además de la insinceridad de las promesas, el enorme sacrificio de estos tiempos resultaría absolutamente inútil. Por eso creo que aquellos conceptos sobre el derecho de los pueblos tienen un significado wilsoniano y son referidos intencionadamente a los pueblos pequeños que sufren opresión, pues a este respecto la doctrina anglosajona ha sido constante y casi unánime.

—A mí me extraña que siendo usted americano tenga un afecto especial por los problemas europeos, sobre todo los referentes a los pequeños pueblos, porque estos casos no existen por lo general en América donde hasta el concepto de nacionalidad tiene un sentido diferente —me replicó mi compañero.

—Es el contraste el que precisamente ha llamado siempre mi

atención —contesté disimulando una vez más—. Aunque el concepto europeo y el americano son diferentes, no dejan por eso de ser una realidad que no se puede olvidar y que debe respetarse si no se quiere caminar equivocadamente. Europa, es una cuna de pueblos cada uno de los cuales guarda celosamente su casa de origen. Este hecho produce grandes virtudes, profundos arraigos y también grandes vicios y defectos. Uno de ellos es el exclusivismo y la riña constante, como los vecinos que viven siempre juntos. En América, sus pueblos, formados generalmente por emigraciones heterogéneas, han tenido necesidad de encontrar fórmulas de convivencia civil, que en la práctica han dado resultados verdaderamente interesantes y provechosos. Cada cual sacrificó su nacionalidad de origen, cambiándola por una ciudadanía que, a medida que avanza el tiempo, fija sus caracteres con tanta fuerza, que crea un nuevo concepto de nacionalidad. Y en el futuro hasta puede presentar los mismos aciertos o errores que señalo para Europa, porque hombres son todos y la naturaleza impone sus reglas. De aquí ese espíritu, por lo general más amplio, que hoy se observa en América, y la extrañeza con que se miran corrientemente los enconados problemas de Europa.

—¿Y con cuál de esos conceptos se queda usted? —me interrogó el polaco.

—Ambos tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Pero existe, sin embargo, una coincidencia en los principios entre los hombres de buena voluntad de ambos continentes. El concepto de la humana dignidad, el derecho a la libertad de los pueblos, la condenación de la fuerza, la desaprobación de toda clase de imperialismos, la necesidad de un orden internacional basado en la libertad, etc., son principios comunes que, sentidos con la misma fuerza en uno y otro hemisferio, producen conferencias y acuerdos tan importantes como éstos que en pleno mar acaban de firmar Roosevelt y Churchill. Por responder a estas inquietudes tan humanas y de extensión tan universal, es por lo que el acuerdo de hoy tendrá una acogida entusiasta en el mundo, porque, además, éste espera que tenga una aplicación universal.

Llegamos al Brasil

Llevábamos 24 días de navegación cuando divisamos las costas del Brasil inmenso. Ya veíamos América. Llegábamos a la tierra de promisión.

Mi condición de *americano* creció en importancia a medida que nos acercábamos a Río de Janeiro. Mis compañeros de viaje demandaban mi protección. Su situación era ciertamente desagradable. Al matrimonio polaco le vencían sus visados americanos el 30 de agosto y el buque no tocaría puerto hasta el 27. ¿Cómo llegar a los Estados Unidos en tres días? Además necesitaban el visado del Brasil para poder desembarcar. Si no lo obtenían, su situación resultaba grave, porque tenían el visado de vuelta para Suecia y la obligación de retornar en aquel buque. Aquella gente movía a compasión.

—Ayúdenos, doctor Alvarez, ayúdenos —me decía la señora—, porque si no puedo desembarcar en Río, me arrojo al mar antes de volver a Suecia. Antes que entrar en un campo de concentración prefiero morir.

—Tranquilícese señora. Estoy seguro de que todo se arreglará aquí —contestaba yo, convertido en su amable protector.

Yo me reía de mí al pensar que muy bien pudiera suceder que el protector fuera detenido por la policía, si ésta, descubriendo mi verdadera personalidad, disponía que habían terminado las bromas del doctor Alvarez. El asombro de mis protegidos no hubiera tenido límites.

El 27 de agosto por la mañana llegamos frente a la maravillosa capital del Brasil. Mis compañeros de viaje estaban muy nerviosos. Yo, disimulaba *lo* mío porque se trataba de otra frontera y de otra aduana. Pude desembarcar, pero no así ellos. Unos familiares, desde una pequeña embarcación, les anunciaron que, por no haber podido obtener el visado brasileño, tenían que quedarse en el barco. Además el avión, única combinación para llegar a los Estados Unidos en el día, tenía todas las plazas ocupadas. Lloraban de desconsuelo. Yo rogué a la policía que les dejara salir para realizar algunas gestiones. Accedieron

a ello. Cómo, no lo sé, pero el matrimonio israelita polaco tomó el avión aquella misma noche para Nueva York.

Cuando pisamos tierra de América, me dieron ganas de inclinarme hasta ella y besarla. Era tierra de libertad, que hacía tiempo no veían mis ojos.

La irregularidad de mi situación me empujaba a abandonar el Brasil cuanto antes. Mi llegada era conocida en Nueva York y en Buenos Aires por mis amigos. Pero guardábamos, todos, un secreto absoluto. Una indiscreción podría causarme perjuicios por tratarse de un caso de falsedad de documentos.

Me comunicaron una grata noticia. Mr. Stevenson, a quien escribí la carta a Moscú, estaba de Cónsul General en Río. Cuando le visité me reconoció a pesar del bigote y me abrazó con gran emoción. Por medio de él llegué a la Embajada Americana en la que me pareció necesario y correcto explicar mi situación. Como no tenía documentos que acreditasen que era verdaderamente Aguirre, Stevenson los suplió. Fuí acogido con verdadera simpatía. De la Embajada me llamarían tan pronto como recibiesen las instrucciones de Wáshington.

A mi mujer le había caducado el pasaporte venezolano. Lo necesitábamos para salir de Brasil.

Fuimos al Consulado de Venezuela. Cuando el Cónsul vió que la viuda de Guerra era de Mérida, le dijo:

—Yo también soy de Mérida. ¡Pero es extraño, yo no conozco estos apellidos! ¿Cómo se llamaba su padre?

—José —contestó mi mujer, mientras el Cónsul nos miraba extrañado.

Le hicieron una serie de preguntas, a las que mi mujer contestó con bastante serenidad. Decididamente todo el personal de los Consulados venezolanos era de Mérida. Mala suerte la de mi mujer. Porque el Canciller de Berlín también era de Mérida. El Cónsul algo desconcertado ante una paisana que había salido a los tres años de Venezuela sin volver al país y sin que conociera a nadie en Mérida, nos dijo:

—De todas maneras como este pasaporte está otorgado en Amberes, yo consultaré mañana con el Embajador por si es necesario una confirmación de Caracas para su prórroga.

Afortunadamente se resolvió el asunto gracias a la intervención del Ministro de Santo Domingo, a quien me presenté a saludar en nombre del doctor Despradel y descubrí nuestra personalidad. Nunca olvidaremos lo que han sido para nosotros los Ministros dominicanos.

Pasaron unos días. Me llamaron de Nueva York por teléfono. Llegaba la gran noticia que me habían anunciado. Había sido designado para explicar una cátedra en la Universidad de Columbia. La noticia me produjo gran emoción. No pude continuar hablando por teléfono. Algo había que subía de mi corazón a mi garganta. ¡Cuánto tenía que agradecer a América! Arrojado de mi patria, perseguido a través de media Europa, en América no sólo me daban asilo sino que también me acogían con respeto y aprecio. No era a mí este homenaje. No podía serlo. ¡Era al pueblo vasco, a su historia secular de libertad, a su limpio concepto de la democracia, a la sangre bravamente derramada en defensa de ella!

Aquel mismo día me llamaron de la Embajada Americana. Pocas veces he sentido una satisfacción como la que sentí en aquella primera conversación con el Embajador señor Caffery. Católico y demócrata como yo, él era el representante de la más poderosa democracia de la tierra; yo era un pobre fugitivo, un hombre derrotado, pero que ostentaba la representación de una democracia, aunque pequeña, rica en años y en tradición.

—Tengo la satisfacción de comunicarle —me dijo—, que acabo de recibir instrucciones por las cuales le ha sido concedida, así como a su familia, la residencia permanente en los Estados Unidos. Le felicito, además, por su designación en la Universidad de Columbia.

—Señor Embajador —contesté—, yo quiero que usted reciba el testimonio de mi agradecimiento y el de mi pueblo, por el honor significativo que se nos dispensa y lo transmita al señor Presidente. Porque no se trata de mí, se trata de mi pueblo.

Por dos veces tuve la satisfacción de conversar con el Embajador Caffery. Dada nuestra condición ideológica no nos fué difícil llegar a una identidad de puntos de vista. A mí me parecía que el mundo había dado vuelta.

AGUR, Y GRACIAS, DOCTOR ALVAREZ

Decidí visitar a Montevideo y a Buenos Aires. A las constantes llamadas de mis compatriotas y amigos, se unían las invitaciones de elementos políticos de aquellos países, que deseaban rendirme un pequeño homenaje de simpatía. Tanto Caffery como Stevenson opinaban que necesitaba un país que no fuera el Brasil en el que pudiera cambiar de nombre. Uruguay me daba toda clase de facilidades. Allí iba a ser sacrificado el doctor Alvarez.

Al llegar a Río Grande do Sul con mi esposa e hijos, me esperaban el diputado nacional uruguayo Iturbide, el Cónsul del Uruguay en Río Grande, y el señor Uriarte, en representación de los vascos de Montevideo.

En la última estación brasileña vi que se movía nerviosamente en el andén un joven sacerdote que miraba con curiosidad como buscando a alguien. Pronto distinguí la bandera vasca que llevaba prendida en su pecho y le llamé en *euzkera*. Subió al tren y me abrazó con emoción. No me había reconocido a causa del bigote. Era un religioso vasco exilado, el Padre Irizar, que vivía con otros compañeros vascos, religiosos también, en un pueblo cercano, del Uruguay. Todos los religiosos quisieron venir a la frontera cuando se enteraron por la prensa de la noticia de mi llegada, pero, como no tenían dinero, echaron a suertes y le correspondió al Padre Irizar representar a los demás.

Cuando llegamos a la frontera, me tomaron del brazo los amigos y me llevaron a la otra parte, sin formalidades de clase alguna. Fué un golpe de Estado fronterizo. Se desarrollaron escenas de emoción. Mi padre político veía a su hija y nietos después de una separación tan trágica. Allí abracé también a mi compañero de gobierno, Aldasoro, que ostentaba nuestra representación en la América del Sur, y a quien no veía desde nuestras horas de lucha. Con nuestro abrazo se confundieron mil recuerdos y emociones.

Aquel 9 de octubre de 1941, constituye una fecha memo-

rable para mí, no sólo porque pisé la hospitalaria tierra uruguaya, sino también porque en una habitación de hotel de la frontera, dejó de existir el doctor José Andrés Alvarez Lastra.

Y cuando, delante del espejo, al afeitarme el bigote, veía con cierta emoción, cómo iba desapareciendo del mundo de los vivos aquel buen caballero panameño que tan señalados servicios me había prestado, no pude menos de decirle:

—Tú me ayudaste eficazmente a conseguir mi libertad personal, para que siga luchando hasta conseguir la libertad de mi pueblo vasco. Por eso, al separarme de ti, no puedo menos de decirte de todo corazón "Agur, doctor Alvarez, y muchas gracias."

EPÍLOGO

EL MENSAJE DE GUERNICA A LAS AMÉRICAS

En realidad este libro debería haber terminado ya. El *agur* con que despedí a mi íntimo camarada el doctor Alvarez, pudo haber sido el punto final. Pero con ello yo no me hubiera quedado satisfecho. Dentro de mí hubiese permanecido ignorado un pequeño acopio de ideas y enseñanzas, que sería egoísta no descubrir. Lo que hemos aprendido y puede ser una lección, creo que debemos comunicarlo a los demás, para que de ello hagan el uso espiritual que deseen. Nos debemos a nuestras patrias respectivas, pero muy especialmente a la humanidad. Nuestro nacionalismo tiene que ser universal, si no queremos que al hacerse egoísta y mezquino, se convierta en causa de querellas entre los pueblos.

¿Y qué pueblos más merecedores de los frutos de mi experiencia, que estos del Continente Americano, a los que debo, no sólo la salvación de mi vida, sino un homenaje de desagravio a mí y a la nación que represento? ¿Cómo olvidar que fué en el Uruguay y en la Argentina donde dejé de ser un perseguido político para transformarme en el representante de aquel pueblo mío que supo luchar hasta el fin contra las fuerzas del totalitarismo internacional? ¿Cómo olvidar a los hijos de América, que borraron con sus agasajos todas las calumnias que una propaganda ruin había vertido sobre mí?

Al pisar tierra americana sentí por vez primera después de mucho tiempo, la espléndida vibración de la libertad, y de los hombres que por ser libres poseen el don fecundo que universaliza hasta lo más pequeño. Por eso, en medio de aquel entusiasmo popular, comprendí el alcance del homenaje que se me tributaba. A pesar de mi insignificancia, aquellos hombres de América vieron en mí un símbolo de la libertad perseguida; yo representaba para ellos la epopeya de un pueblo pequeño

pero de alma grande que derramó generosamente su sangre porque no tenía entrañas de siervo.

Sí, bendita tierra la que vibra al conjuro de la palabra libertad, la que sabe acoger con emoción fraternal al proscrito, la que no ha perdido el sentido humano, tierra bendita en verdad aquélla en la cual podemos descansar los peregrinos de un ideal, para rehacer nuestras fuerzas y continuar luchando.

Acostumbrado a huir, a temer, a mendigar, todo lo que sentí y viví desde que llegué a América, me parecía un sueño, el divino sueño que se sueña en las tierras de opresión.

¡Qué contraste entre los días de persecución pasados y el honor de ser recibido por los Presidentes de las Repúblicas Americanas, por el Congreso de Uruguay en sesión solemne e inolvidable!

¡Cómo poder olvidar la recepción afectuosa del Presidente Baldomir siempre gran caballero, ni del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Alberto Guani, cuyas palabras fueron aliento y esperanza, ni de aquel inolvidable amigo Samblat Amaro, Ministro del Interior del Uruguay, muerto más tarde en plena juventud para dolor de sus compatriotas y de sus muchos amigos! Son momentos que la pluma no puede describir porque el agradecimiento es superior a lo que estas líneas pueden reflejar.

Por lo menos los vascos no lo olvidarán nunca.

Otro episodio imborrable fué la audiencia que me concedió el Presidente Ortiz de la Argentina. Ciego y enfermo quiso tributar en mi persona un homenaje al pueblo de sus antepasados, pues el Presidente era hijo de padre y madre vascos. Sus palabras así como las del Presidente uruguayo sonaban a reparación, a justicia y a esperanza.

No eran a mí estos homenajes sino a mi pueblo, pequeño pero clasificado entre los que han sabido luchar por la libertad.

Mas, entre el barullo de los homenajes, mis observaciones penetraban un poco más hondo. Algo de lo que habíamos visto en Europa existía también aquí en América. La lucha de las propagandas había producido los mismos efectos de con-

fusión. ¿No será mejor que cada uno de los que hemos vivido en el mundo de la más sangrienta realidad, digamos con ruda claridad lo que hemos visto y oído entre los que sufren?

Quizá nuestras lecciones vividas a ras de tierra tengan alguna enseñanza útil.

En prueba de mi profundo agradecimiento, quiero brindar a todos los hombres de América, este conjunto de ideas que van a continuación, y que es como un mensaje que envían por mi conducto a este mundo de libertad, los que sufren en el Viejo Mundo condenado a vivir sin ella.

Y como esas ideas representan un clamor que empezó a brotar entre los escombros de la Villa Sagrada de los vascos, víctima del primer ensayo de guerra total, deseo presentarlas al lector con el nombre de MENSAJE DE GUERNICA A LAS AMÉRICAS.

QUIENES NIEGAN QUE LA GUERRA ES IDEOLÓGICA, SON LOS CAUSANTES DE LA CONFUSIÓN IDEOLÓGICA

Desde que llegué a los Estados Unidos me he visto rodeado de afecto y atenciones. Todas las manos que han estrechado la mía lo han hecho con un apretón sincero, y en los rostros de todas las personas a quienes he hablado he visto dibujada una sonrisa de solidaridad y comprensión. Para un hijo del viejo continente esto ya es una novedad, porque en Europa se es más pródigo en cortesía que en afecto, y se miden las sonrisas según sean las ideas de la persona a quien se saluda. La palabra "simpatía", de difícil traducción al inglés, es la que mejor define este carácter norteamericano, que a mí me ha llamado más la atención que la estatua de la Libertad y que todas las torres de Babel de Manhattan. Y unida a su simpatía, su generosidad, su espíritu de independencia, su sencillez, su franqueza, en una palabra, su exuberante juventud. Estos rasgos son comunes a todos, igualmente los he encontrado entre los pasajeros del *subway* que entre los más altos magistrados de la nación, cosa rara en este país donde las excepciones anulan todas las reglas generales.

Y yo me suelo preguntar intrigado: ¿por qué esta nación en que la libertad surge espontáneamente por todas partes, por qué este pueblo que, como se comprueba cuando se le ve vivir, sin libertad perecería, no supo prepararse a tiempo para evitar que esa libertad fuera amenazada? ¿Cómo este pueblo, que siente en su alma las injusticias y atropellos cometidos contra los demás, no ha sabido prever que la violencia desatada en lejanos países llegaría un día hasta sus costas?

Pero éste no es un mal exclusivo de América, aunque su existencia aquí extrañe más que en otros lugares. En todos los países que he recorrido he observado el mismo fenómeno. No es un mal, pues, de ésta o de aquella nación, sino un veneno que ataca a las raíces mismas de la civilización del siglo XX, sin distinción de razas ni religiones.

El motivo ha sido una ignorancia muchas veces culpable, pero, más que todo, la confusión que existe en los principios.

Es difícil a muchas personas convencerse de que la guerra actual es una contienda ideológica, una lucha de civilizaciones, de dos concepciones de vida diametralmente opuestas, en la que se debate el destino espiritual de la humanidad. No es la conquista de territorios lo que está en juego, sino la conquista de las almas, para adscribirlas a dos órdenes de vida que se excluyen mutuamente. Por eso, más que guerra internacional, es una guerra civil universal esta que estamos viviendo, de frentes tan tergiversados, que no sólo pone en armas a las naciones unas contra otras, sino que divide a los pueblos intestinamente. De ahí que no sólo se esté luchando en las trincheras, sino también en las retaguardias, y que cada país tenga enemigos entre sus mismos connacionales. Porque un alemán o un italiano podrán desear el triunfo de las Naciones Unidas por ser antitotalitarios, pero un americano puede desear que ese triunfo no se produzca, bien por ser partidario de un orden totalitario, o por miedo al comunismo o a lo que él considera comunismo.

Muchos aquí, en América, se hallan ideológicamente más cerca del adversario que de los principios que informan las instituciones públicas de su país. Son los que, como es natural,

niegan el carácter ideológico de la actual contienda. Para ellos no es más que una guerra de imperialismos, cuyos principales responsables son la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Los sectores de opinión a que me refiero mal podrían luchar en favor de las instituciones de garantía y libertad humanas, cuando las combaten todos los días en su espíritu perturbado. ¿Qué sentido podrán tener para ellos la libertad de conciencia, la libre elección de las magistraturas, la participación del pueblo en el gobierno, y el derecho de libre expresión, si el máximo honor que quieren hacer a estos principios es el de suprimirlos pura y simplemente de sus programas futuros?

Tal vez se me diga que esto es generalizar demasiado, pero son tantos los casos vistos por mí, en que podía más el odio al propio compatriota por ser adversario político, que al enemigo de su patria, que no puedo menos de afirmar que si tales personas no están enteramente con el enemigo, por lo menos le ayudan eficazmente para que triunfe en sus designios. Y yo no sé qué ayuda es la más peligrosa, la que se presta al enemigo por convencimiento, o la que se le otorga por el infantil deseo de ver aplastado al compatriota de diferente ideología política. Más o menos inconscientes, pero ambas son traiciones que conducen a los mismos resultados.

Por eso, porque esta guerra es ideológica, hemos de empezar por alinearnos en una de las trincheras ideológicas —no con un pie en la trinchera democrática y el otro en la de alguna potencia totalitaria aunque presuma de neutral— y pelear con ideas tanto como con armas. Es preciso definir netamente las posiciones, porque no hay máscara capaz de repeler los gases asfixiantes de la confusión.

Nos encontramos envueltos en la lucha ideológica más profunda que ha conocido la Humanidad. Hoy no hay más que esta disyuntiva: con la libertad o contra ella. A un lado están situados aquellos que creen que el mundo es un albergue de seres racionales, que debe regirse por normas basadas en el respeto a la libertad y dignidad del individuo, y en la colaboración y convivencia de los pueblos; al otro, quienes, en su concepción pesimista del hombre, no conciben más doctrina que la de la

fuerza. Para unos el hombre es obra de Dios, y sus defectos pueden curarse respirando un ambiente de sana libertad; para los otros es un ser degenerado y dañino, algo así como una creación de los poderes del mal, que no puede ser domesticado más que a palos o a tiros. Para los primeros, la tolerancia y la ley son normas de gobierno; para los otros, la coacción, el atropello y la fuerza bruta son las únicas reglas de conducta.

Si en los campos de batalla los frentes ya están deslindados, hora es de que se deslinden también los frentes de la retaguardia. La lucha es demasiado gigantesca y demasiado grandes los horrores que presenciamos, para que todavía subsistan definiciones turbias y posturas indecisas. Ante los miles de jóvenes que por cumplir con su deber han muerto, lo menos que podemos pedir a los miles de vivos que están tranquilamente en sus casas. es que digan la verdad sin atenuaciones. Pues quien llora a sus muertos y no está con la causa por la que dieron sus vidas, está con quienes los mataron. Y con ello no pretendemos que haya castigados, sino que aumente el número de los arrepentidos.

España, ejemplo típico de confusión ideológica

A) *En lo político.*

Como me gusta salpicar mis libros de conversaciones que he oído y episodios que he vivido —lo humano, amigo lector, lo humano—, voy a relatar algunos diálogos sostenidos por mí, y reveladores en cierto modo de la temperatura ideológica de un pueblo.

Fué en el banquete anual del Departamento de Historia de la Universidad Columbia de Nueva York. En mi mesa, entre otros profesores, se sentó una dama. Hablamos de la guerra, como supongo que se hablaría en el resto de las mesas. Al fin y al cabo, los profesores también vivimos de vez en cuando en el mundo de la realidad. Yo oía con interés las opiniones de mis colegas, pero lo que más me llamaba la atención era el rabioso antihitlerismo de la profesora. "Contra Hitler es lícito todo —decía—, la unión con Stalin . . . con el diablo si fuera pre-

ciso. Hay que aplastarlo . . ." Todos los comensales celebraban las energías de que hacía gala nuestro colega del sexo débil.

Alguien me preguntó acerca de mi odisea a través de Alemania. Yo comencé a relatar algunas de mis aventuras. La profesora me miraba extrañada y empezó a comprender quién era yo. Me habían presentado a ella, pero sabido es que las presentaciones sirven para que dos personas hablen sin saber como se llaman. De pronto me interrumpió:

—Es decir, ¿que usted ha luchado contra Franco?

—Sí, señora —le contesté algo extrañado de la pregunta.

La furiosa antihitlerista me dijo entonces categóricamente:

—Ah, usted se ha equivocado.

Esto me dejó bastante desconcertado, pero le contesté rápidamente mientras endulzaba mis palabras con una cortés sonrisa:

—Como usted, señora, como usted.

—¿Por qué como yo? —me atajó asombrada.

—Claro está, porque según acaba de decir usted, está en cuerpo y alma contra Hitler.

La profesora se quedó mirándome, y cual si comenzase a ver a través de una nube, me contestó cavilando:

—Ah, ya . . . Ahora comienzo a comprender.

Para aquella profesora tan rabiosamente antihitlerista, Franco representaba el orden, y nosotros, sus adversarios, el desorden, el comunismo, y hasta los sin Dios. Pero ¿es posible que aun haya gentes que se pregunten si los héroes de Elgueta, de Artxanda, del *Nabarra,* eran unos facinerosos, o unos patriotas ejemplares que defendieron la libertad de su patria contra una agresión injusta? ¿Por qué entonces, se alaba sin necesidad de distingos a los checos y a los noruegos, por su valiente resistencia? ¿Acaso porque los atacó Hitler? ¿Entonces, si no es Hitler el atacante la agresión deja de ser agresión?

Amigo lector, si en todo un Departamento de Historia de la famosa Universidad Columbia de Nueva York, se da un caso tan patente de confusión ideológica, ¿qué no sucederá en el pueblo que no tiene tiempo para aprender historia?

El protagonista de la anécdota que voy a relatar a continuación, era un acaudalado hombre de negocios americano, joven de espíritu y de cuerpo, que un buen día de los principios de nuestra guerra contra Franco, reunió a un grupo de banqueros de Nueva York, y les anunció su propósito de ir a Bilbao, donde tenía buenos amigos, a rescatar los valores que los americanos tenían depositados en los Bancos vascos. El asombro de aquellos potentados de Wall Street, no tuvo límites. "No sólo ya no existen esos valores —le dijeron— sino que encima van a matarle los rojos."

Pero, a pesar de tan negras predicciones, una mañana se me presentó en Bilbao, en mi despacho de la Presidencia, el simpático Mr. Minnings.

—Yo, señor Presidente —me dijo—, conozco muy bien a los vascos, pero quiero que mis colegas de Nueva York les conozcan también tal como son. Señor Presidente, ¿me concederá usted una cosa, si se la pido?

—Concedida —le repliqué—. Quiero con ello demostrarle el afecto que aquí sentimos por usted y por los Estados Unidos.

—Pues bien, mi petición es ésta: que me entregue todos los valores americanos que están depositados en los Bancos vascos.

—¿Nada más, Mr. Minnings?

—Nada menos, señor Presidente.

Hablé por teléfono con nuestro Ministro de Hacienda, Eliodoro de la Torre, y al poco tiempo Mr. Minnings tenía en su poder lo que había pedido, que si mal no recuerdo ascendía a dos millones de pesetas.

Cuando días más tarde vino Mr. Minnings a despedirse de mí me dijo radiante de gozo: "Ahora ya tengo argumentos convincentes para hablar a los banqueros de Wall Street, de la heroica lucha de este pueblo, por la libertad. Porque, créame, si llego allí y empiezo a contarles que pertenecen ustedes a una raza muy vieja, que su lengua es originalísima, que constituyen ustedes una de las más antiguas democracias, y qué sé yo cuántas cosas más, no me harán caso, y alguno hasta se dormirá Pero si lo primero que hago es, ¡zas!, arrojar este paquete de

valores sobre la mesa, entonces todos me oirán con respeto cuando les diga que me los dieron ustedes cuando no tenían dinero para comprar armamentos ni para alimentar a su pueblo bloqueado, y que lo hicieron porque los vascos no son ni *comunistas* ni *ladrones*, como les dicen, y porque aman a los Estados Unidos que es una tierra de libertad. Estoy seguro que más de uno de aquellos banqueros me va a preguntar dónde está este País Vasco, para venir a colocar su dinero una vez terminada la guerra civil."

La trágica muerte de Mr. Minnings en un accidente automovilístico, al poco tiempo de llegar a los Estados Unidos, además de privarnos de un excelente amigo de los vascos, nos dejó sin saber cuál fué la reacción de los banqueros de Wall Street al recibir sus valores. Seguramente que ahora no pensarán en ir a colocarlos en Bancos del País Vasco, precisamente por haber triunfado Franco, a quien ellos admiraron y tal vez mandaron dinero al suponerlo defensor del orden y las finanzas.

Esta anécdota puede servir de ilustración, para demostrar el efecto que en ciertos ambientes acomodados producen las propagandas que agitan el espantapájaros del comunismo, llevadas a cabo por países que consiguen por ese medio que la gente no se dé cuenta del desastre que predomina dentro de ellos. "Temed al comunismo que es la ruina", claman despavoridos, cuando es la ruina, es el hambre y es la desesperación, lo que han llevado ellos a sus propios pueblos.

Cuando el General Franco se sublevó, el mundo se llenó de una propaganda de horror y de espanto. La rebelión militar tenía su justificación, decían, porque "en España no podían vivir los españoles". La República estaba "a las órdenes de Moscú". Las *hordas rojas* saqueaban, incendiaban y asesinaban.

La verdad es que tanto las *hordas rojas* como las *hordas blancas* han saqueado, han incendiado y han matado. Pero, cuando el mundo conozca toda la verdad y llegue el momento de examinar el sangriento haber de las *hordas blancas*, el asombro será mucho mayor que cuando hicieron el recuento de las *atrocidades rojas*. Afirmo categóricamente, que el número de víctimas causadas por el régimen franquista es muy superior al que

causaron algunos de los núcleos seguidores de la República. Y digo más, ese número supera en mucho al de las víctimas inmoladas por los regímenes hitleriano y fascista juntos. Tal vez extrañe mi afirmación, pero cuando llegue su día, la realidad demostrará que no he mentido. A ese día me remito con la misma seguridad con que escribo estas líneas.

¿En holocausto de qué principios se perpetró todo este desastre? ¿En nombre del orden? ¿Del anticomunismo? Yo puedo asegurar que no, porque soy testigo y en cierto modo actor de hechos que revelan lo contrario.

Era el verano de 1931 y la República Española había sido proclamada el 14 de abril. El pueblo vasco luchaba ardorosamente por la recuperación de su pasada libertad. Exigía que la República, basada en ideales de democracia, reconociera la autonomía que unánimemente reclamaba nuestro pueblo. Pero las aspiraciones de los vascos no eran atendidas. Un anticlericalismo del más viejo corte jacobino hacía que los hombres de la República llegaran hasta a calificarnos de *Gibraltar vaticanista*, confundiendo el sentido cristiano de la religiosidad vasca con el utilitarismo religioso de ciertas derechas españolas.

Los elementos monárquicos no descansaban. Impotentes para realizar sus pretensiones por medio del sufragio, decidieron recurrir al medio que habían empleado constantemente en el pasado siglo: el *pronunciamiento*. Y para llevarlo a cabo se acordaron de los vascos.

En el pueblecito de Deba, después de una gran concentración de la juventud vasca, recibí un aviso del General Orgaz —actualmente General en Jefe del Marruecos Español—, diciéndome que deseaba verme. Accedí a sus deseos y el General acudió a entrevistarse conmigo en casa de un amigo. Conviene repetir que esto sucedía en agosto de 1931, y no en 1936. Pura y simplemente me dijo el General que preparaban una insurrección y que venía a pedir la colaboración de los vascos.

—Si ustedes me entregaran —me dijo— los cinco mil jóvenes que ayer desfilaron por Deba, yo me hago dueño de España rápidamente.

Más de tres horas escuché al general sus razonamientos, basados siempre en el empleo de la fuerza para imponer el sistema político que ambicionaban. También él escuchó mis respuestas que se apoyaban en el respeto a la voluntad popular.

Como es natural, el General venía con promesas autonómicas de una amplitud e importancia tales, que su generosidad se hacía sospechosa, como se lo advertí a él mismo. Durante los períodos prerrevolucionarios las promesas suelen ser otorgadas con desusada prodigalidad. Nuestro pueblo lo había experimentado repetidas veces en el transcurso de su vida. Y como nosotros, otros muchos.

No habían pasado muchos días cuando tuve otra entrevista de mayor importancia aún. El Rey Alfonso XIII de España, enviaba desde su exilio de Fontainebleau a su secretario particular, Marqués de las Torres, y a uno de los jefes de su escolta para tratar con los vascos. Su intento era el mismo que el del General Orgaz. La presencia de estos reales emisarios en el País Vasco tenía el carácter de refrendo por parte del monarca exilado, para llegar a una inteligencia con los patriotas vascos, con vistas a la insurrección que se preparaba. Recuerdo las palabras de los mensajeros: "El Rey Alfonso desea reparar pasadas pretericiones infligidas a los vascos. Ustedes han sabido dar la cara por sus ideales en momentos de desbandada —se referían al abandono en que los monárquicos españoles habían dejado al Rey Alfonso—, y por ello son ustedes merecedores de un trato distinto y más justo. Se estudiará la manera de restituirles sus *fueros*."

Los *fueros* eran las Constituciones soberanas vascas, es decir, la libertad nacional que nos arrebataron a los vascos los antepasados de Alfonso XIII. No era pequeña la promesa.

A cambio de todo ello pedían nuestra complicidad en la insurrección por una causa contraria a nuestros sentimientos. Mi réplica de que los vascos solamente lucharíamos por nuestra libertad o en el caso de que fuéramos injustamente atacados, no complació a mis interpelantes. No nos lo perdonaron nunca ni los monárquicos ni los militares.

Los conspiradores españoles siguieron su camino. El General

Orgaz fundó lo que se llamó la U. M. E. —Unión Militar Española—, organización semisecreta que recogió en su seno a los militares que más tarde habían de ensangrentar con su sublevación el territorio peninsular.

El General Sanjurjo —el Franco de entonces—, se sublevó en Sevilla el 10 de agosto de 1932. Fué sometido por las armas, condenado a muerte por los Tribunales, e indultado por el Presidente de la República señor Alcalá Zamora. Esta generosidad republicana no fué comprendida por ellos.

No se puede olvidar el viaje que Goicoechea, jefe de los monárquicos, con algunos elementos afines, realizó a Roma en 1935, obteniendo de Mussolini el apoyo para sus fines levantiscos y una ayuda económica y de material de guerra importante.

Las simpatías en pro de Italia de todos estos elementos levantiscos eran conocidas. Cuando en 1933 Hitler llegó al poder contó con la adhesión de todos ellos, partidarios de la fuerza para imponer el *orden*. Un orden, claro está, incompatible con la dignidad humana, que amordaza los labios y las plumas y que despoja al pueblo del derecho de elegir sus representantes; el *orden* que sañudamente practica el exterminio de la nacionalidad vasca —y también el de la catalana—, encarcelando y fusilando a los patriotas, prohibiendo el uso del *euskera* y tachando de las cartas escritas en castellano la palabra *Jaungoikua* con que designamos a Dios y *ama* que quiere decir madre ("No existe Jaungoikua —escribía el censor en una carta después de haber tachado dicha palabra—, no hay más que Dios"); es el *orden* que crea campos de concentración y batallones de trabajadores y convierte escuelas y conventos en prisiones, porque carecen de sitio para encerrar a todos los que no piensan como ellos; el *orden* que arroja a las familias de sus casas y que niega trabajo y pan a quienes no se avienen a discurrir como se les ordena por decreto; el *orden* que encarcela y destierra a los sacerdotes que siguen las doctrinas de Cristo antes que las del Caudillo.

Los militares españoles no han dejado en paz al Estado durante un siglo; eso sí, al sublevarse siempre invocaban la salva-

ción de España. Lo ocurrido en 1936 no es sino una repetición crónica del mal que señalamos que ha producido alrededor de cien pronunciamientos y algaradas, además de tres guerras civiles en cien años.

Falsean la verdad cuando aseguran que se alzaron en armas en 1936 para defender la civilización contra el comunismo. En 1931 no se hablaba en la Península de comunismo, y sin embargo en ese año me hicieron las proposiciones anteriormente relatadas. Ni defensa de la civilización ni lucha contra el comunismo. Es llana y simplemente el resultado de un proceso de odio, resentimiento o impotencia, que, al darse cuenta de que el pueblo repudia a los mantenedores de semejantes doctrinas, apela a la fuerza venga de donde venga, y aunque para ello entregue el suelo patrio a la profanación de ejércitos extranjeros.

B) En lo religioso.

La llamada *Cruzada Española* ha constituído y sigue constituyendo el punto neurálgico de la confusión.

—Lo que no puede negarse —me decía un sacerdote americano repitiendo lo que tantas veces hemos escuchado—, es que el General Franco luchó por la civilización cristiana y que así lo reconoció el Santo Padre en nota pública.

—Así es —le contestaba yo—. Es cierta la nota, y admitamos que la intención del General Franco haya sido ésa. Pero hay que tener en cuenta que la nota procede más bien del Vaticano que de la Sede de San Pedro y no podía ser de otra manera. Recoge el hecho escueto, acepta las intenciones, pero no dice, por ejemplo, que la sublevación fuese legítima, y que el alzarse contra el poder establecido fué un acto permitido para un cristiano. Este es el caballo de batalla. ¿Cómo iba a serlo si los prelados españoles en sus Declaraciones de 1931 y 1933 prohibieron a los católicos la sublevación al decirles que no es lícito alzarse ni aun cuando el poder público sea perseguidor de la Iglesia? Y esta doctrina estaba en vigor el 18 de julio de 1936.

—Bien, pero de todos modos aquella afirmación nos debe merecer respeto a los católicos.

—Conforme, pero también debe merecer respeto el hecho de que nosotros los vascos hemos luchado y seguimos luchando por la civilización cristiana, primeramente porque así lo sentimos, y en segundo lugar porque al rechazar una agresión injusta lo hacemos siguiendo una doctrina que, por ser de derecho natural, es también cristiana. Lo mismo que ahora ustedes.

—¿Y cómo explica usted, entonces, esta contradicción tan singular?

—No existe contradicción sino mala información, cuando se descubre, como usted lo hace ahora, esta extraña lucha de *civilizaciones cristianas* entre sí. Cuando llegué a París, después de mi salida de Santander, me asaltaron una veintena de periodistas. Unos me preguntaban con ingenuidad: "¿Pero usted que es católico no ha sido excomulgado por el Papa?" Otros me decían: "¿Ni siquiera ha recibido una amonestación?" "Ni excomunión ni amonestación", les respondí, como así lo era en efecto. Aquellos periodistas se extrañaban. También ellos vivían en un mundo de confusión producida por una alborotada propaganda. Desconocían, porque yo no se lo dije, que ya dos años antes, al comenzar la guerra, el Vaticano por medio del Subsecretario de Estado actual, Cardenal Pizzardo, había respondido al Canónigo señor Onaindia, que nada había que reprochar a los vascos desde el punto de vista moral. De manera que si alguien tuvo escrúpulos, pudo desde aquel momento aplacarlos, y mis compatriotas creyentes pudieron luchar contra Franco, por mucho que se proclamase paladín de la nueva *Cruzada*.

La Historia como siempre tendrá un importante papel de esclarecimiento en lo futuro. No se trata de una cuestión de dogma sino de conducta. Porque no existe seguramente un caso de mayores confusiones que el de la guerra de España. ¡Qué informaciones se enviaron al mundo! y sobre todo al mundo católico. Por algo me decía el Cardenal Verdier en París, que "la Iglesia de España había comprometido a la Iglesia Universal", ya que no fué Franco quien llevó la mayor perturbación al elemento católico del mundo sino la posición

que adoptó la Jerarquía española, apareciendo al lado del alzamiento militar. Fué mártir la Iglesia española y en alto grado en los primeros momentos del desbordamiento popular. ¿Quién lo puede dudar? Ojalá hubiera continuado siéndolo. ¡Qué autoridad la suya hoy si en medio del martirio hubiera predicado la paz, sin bendecir a quienes provocaron tan horrendo conflicto, con el apoyo de nazis y fascistas! Hubiera cesado instantáneamente su martirio porque el pueblo no es la fiera que nos pinta la propaganda. Pero apareció comprometida ante el mundo como aliada de los enemigos de la democracia, al lado de los que emplean la fuerza para imponer su doctrina, y el pueblo, que no distingue, la combatió como a poder enemigo.

A Franco le apoyó y le ayudó toda la antidemocracia universal. Y el elemento católico del mundo apareció —con honrosas excepciones— al lado de la antilibertad, por culpa de todas estas confusiones. Terrible realidad llena de tristes anuncios futuros que en su día hice ver al Cardenal Primado de España, doctor Gomá, en un cruce de cartas en las que los dos descargamos nuestras conciencias cristianas. Estoy seguro de que hoy la Iglesia de España iría por diferente camino. No hay sino examinar los documentos de tardía e implícita rectificación que están saliendo de sus plumas. Vienen a decir: "No es esto lo que nosotros esperábamos."

—Algo de eso nos pasa a muchos —me contestó el eclesiástico.

—¿Quiere usted saber la razón histórica de esta actitud? —le repliqué—. Creyeron que la sublevación triunfaría en quince días, que jamás se seguiría una tan terrible guerra. Así me lo confesó un Prelado confiándome incluso el pensamiento del Primado de la Iglesia española.

—Le confieso —me replicó el eclesiástico americano—, que no existe un problema más apasionante para la conciencia cristiana, ni que haya ocasionado mayor desorientación entre nuestros compatriotas católicos. Quizás ustedes debieron hablar antes.

—Lo hicimos, pero no se nos creyó. Calcule usted que en

la misma nota pontificia a que usted se refería se nos trata a los jefes vascos de engañados porque enviamos niños vascos a Rusia. Era consecuencia de las falsas informaciones dirigidas al Vaticano. Se desconocía que entre más de treinta mil niños vascos que salieron al exilio, solamente unos mil fueron a Rusia, accediendo a la generosa invitación de organizaciones benéficas soviéticas, y previa la firma documental de sus padres que consignaban así su voluntad. ¿Por qué no se imitaba en los medios católicos que nos atacaban, siguiendo ingenuamente una propaganda calumniosa, la actitud de los católicos franceses y belgas, por ejemplo, que recogieron millares de nuestros niños desamparados? ¿Por qué ustedes los católicos americanos no abrieron sus brazos a nuestros pobres niños, que al fin y al cabo eran católicos, y a quienes no cabía responsabilidad por los errores de sus padres, si es que los había? ¿O es que convenía que los niños fuesen a Rusia por una cuestión de propaganda?

—Le aseguro que es la primera vez que me entero de estas cosas.

—No me extraña. Permítame que le relate el siguiente hecho que demuestra cómo se impregnó el ambiente de falsedades. Monseñor Antoniutti, enviado pontificio a la sazón en la España de Franco, llegó a Francia y fué visitado por algunos sacerdotes que se hallaban en el exilio. En el curso de la conversación, el Enviado Apostólico se permitió afirmar que la corona de la Virgen de Begoña, el famoso santuario de Bizkaya, había sido robada por nosotros. Lo afirmó con la mayor naturalidad y, ¿cómo iba a pensar de diferente manera si así se lo habían asegurado *personas serias* españolas? Se hallaba presente precisamente el párroco de dicho Santuario, quien le replicó con toda dignidad: "Perdóneme que rectifique y proteste de esa información. Yo soy el párroco que entregó esa corona a nuestras autoridades, y en mi poder obra el documento notarial que así lo acredita. Y está depositada en un Banco francés." Pero ¿no le parece que si hasta éramos tildados de ladrones, a pesar de haber preservado valores y joyas de nuestros mismos adversarios que hoy las están disfrutando,

mal podíamos pretender ser creídos? Pero el tiempo es nuestro aliado. Todos estos episodios no son doctrina sino historia, y un día llegará —ya está llegando—, en que el mundo se dará cuenta de que fué víctima de una de las más lamentables confusiones de la Historia.

El eclesiástico americano prefirió desviar nuestra conversación hacia otros temas.

Pero a pesar de que muchos empiezan a ver claro, todavía la confusión continúa y muchos aun no quieren confesar honradamente su equivocación. Los católicos del mundo, y con ellos la mayoría de los americanos, comprometieron demasiado su pluma, sus entusiasmos y hasta su dinero en favor de una causa, que, al desvanecerse los vapores de la propaganda, ha resultado ser contraria a la de su patria. Porque el católico americano lucha por la libertad —¡y cuántas lágrimas y sangre le está costando!—, y en la España de Franco se combatió y se combate contra la libertad. Y al contar los cadáveres de sus hijos muertos por la libertad, empiezan a darse cuenta de que en su ceguera ayudaron eficazmente a asestar un golpe mortal a ese ideal para salvar el cual esos hijos realizan ahora el sacrificio de sus preciosas vidas. Los que concedieron trato de favor al Caudillo ahora ven que su obra consistió en entregar a un enemigo de su patria, la hegemonía sobre un pueblo que ahora estaría con ellos. Pero a pesar de vislumbrar la verdad, continúan andando a tientas por entre las tinieblas de la confusión.

—Cuesta trabajo creer, cómo ustedes han podido combatir a Franco que luchó por la civilización cristiana —me dijo no ha poco un periodista católico.

—Lo que cuesta trabajo comprender a estas alturas —le contesté—, es que se oiga a un ciudadano americano confundir lamentablemente civilización cristiana con campos de concentración, exilio y fusilamientos. Si usted cree que esa *civilización cristiana* es la que conviene a los Estados Unidos, comprendo su entusiasmo por nuestros adversarios, pero le advierto que en ese caso ha equivocado usted los frentes de combate, y que su puesto en la lucha no está precisamente aquí.

Los demócratas, y no la democracia, son los que han fracasado

Tres son los principales problemas de futuro que se debaten en la actual contienda: el democrático, el social y el de la libertad de los pueblos y su coordinación.

Es muy corriente oír decir que la democracia ha fracasado. Esto no es cierto. Quienes han fracasado, son los hombres que no supieron comprender que las instituciones democráticas tienen su principal asiento en la virtud. El hombre es a menudo hijo del ambiente en que vive, porque carece de aquella fuerza interior capaz de elevar su vida de entre las miserias que le rodean. Y cuando esto sucede, especialmente en el campo político, suele ser la idea que el hombre ha abrazado, y no él, la que resulta perjudicada. Porque el hombre es un ser esencialmente espiritual, no sabemos trazar una línea de separación entre él y las ideas universales que acepta pero que pertenecen a toda la humanidad. Un Daladier o un Reynaud, pongo por caso, podrán fracasar, y con ellos la interpretación que han dado a la idea democrática, pero por ello no podemos decir que el concepto universal de democracia ha fracasado. Aunque fracasasen todos los demócratas del mundo, la democracia quedaría en su puesto de siempre, para prevenir al mundo que quienes sucumben son los que abusan de ella o la falsean. Una cosa es la doctrina y otra el sacrilegio, a pesar de que éste no sería factible si aquélla no existiese. Sería absurdo asegurar que es preciso arrinconar la verdad, porque hay millones de hombres que mienten todos los días. Un rey podrá encarnar la institución monárquica, pero no es el rey quien crea la monarquía sino ésta quien hace reyes a los hombres. Del mismo modo, es la democracia quien hace demócratas a los hombres, pero no infalibles. Y si hacen mal uso de ella, son ellos quienes fracasan y no la democracia.

Con el decantado fracaso del cristianismo ha sucedido lo mismo. El que pase por momentos difíciles, no quiere decir que esté en crisis. Porque enfermemos los hombres, no podemos

negar que la salud es lo mejor que existe, y lo mismo podemos decir del cristianismo. Si los cristianos andamos desprestigiados, es precisamente porque nos hemos separado del cristianismo. Hemos sido nosotros quienes con nuestra inconsecuencia lo hemos denigrado, haciendo ver un fracaso que no existe. Porque la doctrina vive, sus normas no han podido ser superadas, y hoy vuelve hacia ellas la humanidad angustiada, después de haber recorrido en brazos del romanticismo filosófico toda clase de senderos buscando otra fórmula capaz de sustituirla. Se ha querido confundir la doctrina con el escandaloso proceder de muchos cristianos, pero ni el escándalo del mal cristiano pudo con la eternidad y excelencia de la doctrina. Ella permanece y orienta mientras todo pasa.

En el orden político ha acontecido algo parecido con la democracia, que no es lícito confundirla, con algunos remedos de ella, como son ciertas instituciones —principalmente las parlamentarias—, que por haberla desfigurado necesitan una reforma a fondo. Una democracia puede existir sin organismos parlamentarios del tipo que conocemos hoy. Otra cosa es, que pueda concebirse una democracia sin una representación que responda al sentir libre y legítimo del pueblo. Es decir, que viva sin libertad.

La propaganda totalitaria fundamentó sus ataques contra la democracia, en el desorden provocado por el hombre que usa de la libertad sin normas y límites, y en el malestar producido en muchos pueblos por los organismos parlamentarios que confunden democracia con abuso de mayorías. Tiene razón en algunos casos, pero se equivoca rotundamente al negar que democracia y libertad prácticamente son cosas tan íntimamente unidas, que forman un todo único. Una sociedad puede crearse de la manera que quiera, lo que no puede es organizarse sin libertad. Y yo no entiendo más libertad que la disciplinada, la que consiste en el ejercicio de esa noble facultad por la cual el hombre pone su conciencia en relación con su Creador sin que nadie se lo impida, vigila el ejercicio de la cosa pública, y determina, como ser razonable, las personas que regirán la sociedad política a que pertenece.

Esa concepción pesimista del hombre, que en sí lleva toda idea totalitaria, es una doctrina interesada, sobre la que se cimentan las más grandes ambiciones. De ese concepto del hombre incapaz y peligroso, se aprovechan los caudillos totalitarios para realizar su obra de dominación. Ingenuamente cayeron en sus redes muchas personas, que, convencidas de que el orden debía ser defendido, creyeron ver en dicha doctrina el mejor medio para conseguirlo. El orden . . . ¿Pero cabe mayor desorden que el introducido por el nazismo y sus imitadores? Cárceles y campos de concentración rebosan de desdichados que a menudo no pasan de la categoría de sospechosos, y el ciudadano que vive en su casa y se mueve por la calle —una especie de esclavo en día de asueto— lleva una vida de temor y recelo, porque la delación escrupulosamente organizada no respeta ni la paz del hogar, ya que el hijo está convencido de que es un perfecto patriota si denuncia a sus padres por razón de Estado. No, eso no es el orden, sino el terror, que es la más absoluta negación del orden.

Por eso, los que hemos experimentado esa gran tristeza de los países totalitarios, sabemos que es una dolencia que no puede curarse más que con libertad. Y porque confían en su restablecimiento, vive la esperanza en los pueblos subyugados de Europa, incluída más de la mitad de Alemania. El posible advenimiento de la libertad, es lo que da fuerza a aquellos espíritus, y porque se confía en él, hay aún sonrisas en medio de tanto dolor.

Da espanto ciertamente el pensar en el caos que se produciría si el nazismo y sus cómplices triunfasen. ¡Qué período de luchas, qué choques de ambiciones supondría el predominio omnímodo de una sola voluntad! Es excelsa la idea de Dios, pero no hay nada que se parezca más al demonio en este mundo, que un hombre que se crea Dios.

No es extraño por eso, que el mundo en general, que todavía conserva un sentido mínimo de decencia y pudor, haya comprendido que no es posible transigir ni descansar, hasta que un concepto tan brutal y grosero de la vida desaparezca para siempre.

He recogido en los medios más humildes, de aquellos que saben lo que es privación y que ahora empuñan el fusil, un concepto que es un programa de futuro. "Queremos que triunfe la democracia por ser forma de libertad, pero la sociedad futura debe ante todo establecer el siguiente precepto: *La libertad es patrimonio universal. No tienen derecho a organizarse ni disfrutar de sus beneficios, los que se valen de la libertad para atacarla.*"

Y tienen razón. No se puede concebir que al amparo de la libertad se combata a ésta. No se puede volver de nuevo al espectáculo degradante, de que los pueblos sean perturbados por aquellos que, aprovechándose de la libertad, defienden programas que establecen la tiranía y la opresión para el hombre y para los pueblos. La libertad es una cualidad inherente al ser humano, para cuyo servicio se hicieron las cosas. Por eso, quien hiere el alma de los hombres atacando su libertad, comete un delito más nefando aún que quien hiere su cuerpo.

Todos estamos dispuestos a admitir este principio. Pero, ¿con qué garantías cuenta el hombre en lo futuro para que sea respetada su libertad? ¿Seguirá considerándose la dignidad humana como un asunto privativo de los pueblos, dejando a su arbitrio el que pueda ser avasallada?

He aquí uno de los problemas que surge de la preocupación de los combatientes. Quien dejó su casa y familia, quien dió su vida por la libertad, lo hizo para que un concepto brutal de la vida no vuelva a perturbar a las generaciones futuras. En esa sangre generosa tienen que mojar sus plumas los estadistas, si la victoria de la guerra ha de ser también una victoria de la paz.

Yo tengo un amigo muy inteligente que suele decirme que la paz futura no será perfecta si el Tratado con que se corone la victoria de la libertad, no comienza así:

> Art. 1. — El hombre es un ser racional nacido para la libertad. En su virtud, en ninguna parte de la tierra, y por ninguna autoridad ni Estado, le serán negados los siguientes derechos funda-

mentales. (Aquí los enumera largamente.) La Sociedad Internacional velará porque este artículo tenga aplicación general.

Mi amigo es un acérrimo defensor del hombre, y va muy lejos en los derechos que le adjudica. Pero no deja de tener razón, porque suele decir que el hombre vale más que los límites territoriales de los Estados.

Sería ciertamente descorazonador, que después de este sacrificio que la humanidad está realizando, se siguiera desconociendo que el hombre existe. Porque al hombre le sucede lo que al árbol del bosque, que no se le ve porque queda confundido en la agrupación. Y no sería menos descorazonador, que, llegada la paz, aun no pudiera disfrutar de las cuatro libertades que con su gran sentido humano programó el Presidente Roosevelt. Y esto lo mismo en China que en Rusia y en la India, lo mismo en Europa que en América, y lo mismo en el inmenso Imperio Británico que en la pequeña Euzkadi, porque el hombre es una cosa que nada tiene que ver con la extensión del territorio de su patria. Y esto deberá suceder aunque se opongan razones de oportunidad, o de realismo, u otras más bajas de carácter económico. Porque más digno, y a la larga más beneficioso, es que el hombre sea libre, que no que produzcan grandes utilidades los campos de algodón o los pozos de petróleo, o que sigamos todavía jugando a totalitarios por transigir con el "realismo".

Este sentido revolucionario y auténticamente democrático sienten los que están muriendo por la libertad, porque con ese fin se les ha pedido que se enfrenten con las balas totalitarias. A aquellos pescadores que siguieron a Cristo les dijeron muchas veces que sus predicaciones eran vanas. Pero pudo más su optimismo, reflejo de las sencillas palabras del Maestro, cuando les recordaba que si hasta a las flores vestía Dios con ropajes que Salomón con su sabiduría no podía imitar, qué no haría por ellos. Aquellos rudos predicadores siguieron su camino buscando primero el Reino de Dios y su justicia, y crearon una civilización de libertad, a pesar de cuantos obstáculos pusieron

en ese camino la maldad y el egoísmo. Y porque sus seguidores supieron ser mártires (¿no tienen algo de mártires quienes hoy mueren por la libertad? . . .), alcanzaron el triunfo del Ideal que anhelaban.

Sólo con un espíritu semejante de fe podrá tener realidad la heroica aspiración de los que cayeron en los altos de Sollube, en los campos de Dunkerque, o en la península de Batán. Es decir, marchando valientemente, de frente al Ideal, dejando de lado el utilitarismo pesimista de los suficientes, hecho del egoísmo y de la cobardía, y queriendo con voluntad de hierro que la dignidad y la libertad sean patrimonio del hombre en la tierra. De todos los hombres y en toda la tierra. Y, ¿por qué no, si además de ser justo, somos mayoría en el mundo los que lo queremos?

Cuestión social y comunismo

He observado en los últimos años, un fenómeno que he comentado muchas veces, a saber, el retroceso del marxismo y el avance del sentido social. Retrocede la filosofía marxista y en cambio se consolida en la humanidad la necesidad de una profunda reforma social.

Las masas que trabajan, la juventud que lucha, no sienten calor por la interpretación materialista de la Historia, ni por la dictadura del proletariado. Todo este proceso filosófico-político no está de acuerdo con la doctrina de la libertad. Y sin embargo, sienten la necesidad de una revolución social compatible con ella. Es decir, buscan la seguridad.

Se observa a este respecto un viraje que no hubiera podido ser comprendido ni realizado hace veinte años. Terminada la guerra del 14, bastaron unos pocos años, casi meses, para que la generación de entonces, experimentara la más profunda desilusión. Todo el heroico sacrificio de las trincheras había sido inútil. La juventud vió de nuevo cerrados todos los caminos de la vida. Su lucha por el pan de cada día, llegó a ser mucho más dura y difícil que antes del conflicto. ¿Para qué había servido entonces todo aquel sacrificio?

Con la ruina de la guerra y el triunfo del egoísmo, generaciones enteras de jóvenes con las puertas del porvenir cerradas, vieron su salvación en las doctrinas de fuerza. El comunismo, el nazismo y el fascismo, supieron recoger en su seno extensas masas de juventud que querían vivir. Vivir, era el supremo argumento que no les dejaba tiempo para filosofar. Los hombres de la democracia discutían de fronteras y de compensaciones, de plebiscitos y reparaciones, pero se olvidaron de que era preciso en primer término, situar al mundo en la paz, y al hombre en camino de ganarse honestamente el pan para sí y para los suyos.

Ahora se observa en el pueblo un retorno hacia la libertad pisoteada por los sistemas de violencia, y una vuelta a la confianza en los hombres que dirigen la lucha por esa libertad. Fenómeno digno de tenerse en cuenta y más digno aún de ser aprovechado, si se quiere encauzar la revolución que inevitablemente se incuba en el mundo, e impedir el desbordamiento que se producirá si se abandona el control y la dirección. La confianza de las masas sociales en la actual dirección democrática del mundo, tiene una importancia fundamental.

Marchamos hacia nuevas formas sociales. No es posible ignorarlo ni cerrar los ojos a la realidad. No cabe sino aceptar el hecho, y si es posible, como a mi juicio debe ser, incorporarse a él con decidido empeño, porque obedece a un proceso humano basado en una inconmovible justicia.

No es posible que las generaciones que se baten hoy por la libertad, encuentren a su regreso del campo de batalla, cerradas las posibilidades de vivir. No es posible imaginar que la desilusión se cebe de nuevo en las generaciones que creyeron abrir con las puntas de sus bayonetas un futuro en el que se asegure al hombre honrado y trabajador un mínimo bienestar, y en el que exista la posibilidad de su perfeccionamiento paulatino por el mérito y la inteligencia.

A poco que se sondee el sentimiento del pueblo se encuentra esta preocupación, persistente, tenaz, incluso amenazadora. Se nos hace duro imaginar que al término de la guerra se vuelva a ver por las naciones —y cuanto mayores en más cantidad—

esas caravanas de los *sin trabajo*, cuya sola presencia es una prueba de la imperfección de un sistema social. Más duro aún es para quienes amamos la libertad, tener que escuchar que ése es uno de los fracasos de las democracias, mientras los países dictatoriales han sabido resolver tan pavoroso problema. Sé que se me va a replicar diciendo que los países totalitarios han empleado su mano de obra para servicio de sus designios violentos. No lo niego, pero el hecho es cierto.

¿Es que los sistemas de libertad agotaron todas sus posibilidades de solución? Eso es lo que yo niego en absoluto. Es más, la misión del mundo de la libertad después de la victoria, es demostrar que existe esa solución. Aunque para ello sean necesarios los mayores sacrificios, aun cuando nos asusten con cifras y con cálculos en los que no creo.

Yo siempre he pensado que son muchos más los bienes que sobran a la humanidad —los que constituyen lo superfluo— que aquellos que son necesarios para conseguir que no haya hombres en la indigencia. No es un imposible económico, sino una cuestión de organización y de reforma social.

Algunas veces suelo recordar el sencillo régimen de algunos pequeños municipios de mi país, en los cuales, una vez realizadas las obras necesarias y pagadas las obligaciones de cada año, se reparten los gastos anuales entre todos los vecinos en proporción de lo que a cada uno corresponde. Yo pienso, si la sencilla sabiduría de aquellos hombres que viven una vida real, por hallarse más cerca de la tierra, no tiene un fundamento aplicable a las grandes sociedades. Suelo pensar muchas veces si es lícito que existan ganancias por encima de un interés módico, antes de que el Estado o la sociedad sepan si existe un hombre en la indigencia. En el orden de las necesidades y hasta de la obligada paz social, ¿no será conveniente que en primer término esté asegurado el mínimo bienestar de todos —mediante el reparto de lo que corresponda pagar a cada uno— y a partir de él comiencen las ganancias que el trabajo amparado en la libertad pueda producir? Porque no es lícita la ganancia amasada sobre la miseria.

Yo he discutido mucho sobre estas cuestiones prácticas. Lo

hice muchas veces en mi país, sobre todo con aquellos elementos financieros que con sus estudios y datos pretendían demostrarme que las reformas sociales introducidas en la empresa de mi familia —hoy está aprovechándose el régimen del General Franco que se incautó de ella— eran peligrosas por antieconómicas. Nunca creí en aquellos cálculos y la realidad me dió la razón. El salario familiar —un diez por ciento aproximadamente de aumento por matrimonio y por cada hijo—, la participación del obrero en los beneficios —el salario del obrero se reputó capital percibiendo idéntico interés que el accionista— la asistencia médico-farmacéutica gratuita, y algunos otros beneficios sociales, fueron implantados sin que por ello sufriera grandemente la empresa. A pesar de que lo hicimos solos, sin cajas de compensación que resuelven el problema en una aplicación general. Destinado un cinco por ciento a amortización de la empresa, ésta repartía un dividendo que no llegó nunca en los últimos años al cinco por ciento. Cuando estudiábamos la implantación de un sistema de colaboración con nuestros obreros, para conseguir que al cabo de veinte años cada trabajador pudiera tener su casa en propiedad, después de haberla ocupado mucho antes, y alguna otra reforma referente a las pensiones de vejez, sobrevino la guerra, y obreros y patronos nos unimos en la lucha por la libertad de nuestro pueblo.

De la fábrica a la trinchera, de la trinchera al exilio, mis convicciones han sido siempre las mismas. La democracia no encontró soluciones, en el aspecto social, porque no quiso, o porque el egoísmo, acaparando la dirección política, lo impidió.

Recuerdo aquella proposición que los diputados patriotas vascos presentamos en el año 1935 ante el Parlamento de Madrid. Solicitábamos la implantación del salario familiar y la participación de los trabajadores en los beneficios sociales, asegurando el cinco por ciento para el capital. Dividíamos después el beneficio social, una vez asignado un cinco a un diez por ciento según los casos para el fondo de amortización, en tres partes, una para el capital, otra para el trabajo y otra para la amortización de la empresa. Nuestra proposición fué presentada a la Cámara y ni siquiera fué permitida su discusión. El

diputado vasco que hizo la presentación se permitió invocar la doctrina de los Papas León XIII y Pío XI, que, además de excelente, podía lograr algún efecto entre aquella mayoría gubernamental que seguía las inspiraciones del *leader* católico y derechista, señor Gil Robles. Uno de los diputados de derecha, que luego se unió a la sublevación del General Franco, exclamó entonces: "Si se sigue invocando la doctrina pontificia para privarnos de lo nuestro, nos haremos cismáticos."

Existen muchos católicos en el mundo, lo mismo en Europa que en América, que se harían cismáticos como el diputado español, ignorando que aquellas medidas sociales tan sencillas serán superadas ahora abundantemente por una realidad social que nunca quisieron comprender. Por eso acudieron a la violencia, por eso pensaron que los regímenes nazifascistas, y entre ellos el falangista, podían ser su salvación, porque aplastarían "al comunismo y sus cómplices". Los cómplices éramos, quienes creíamos que la doctrina de Cristo no admite la hipocresía, ni ampara la explotación del hombre por el hombre.

Pero estas clases sociales que creyeron en Hitler y en Mussolini y glorificaron a Franco, han visto más tarde con pavor que también los dictadores quieren hacer su revolución social. Y en muchos aspectos la han hecho, con la enorme diferencia de que en aquellos países —sucede lo mismo en la España de Franco— despojan sin que el despojado tenga derecho a la protesta. Es decir, que ni siquiera le permiten hacerse *cismático*, como quería el diputado español.

Las extensas masas de opinión que por temor al comunismo simpatizaron con los totalitarios, se hallan invadidas de desengaño. Y es que la tiranía, y esto nos lo dice la Historia, jamás fué solución. Además, las reacciones que obedecen al temor no han servido nunca, y menos en estos momentos, para nada constructivo.

El miedo al comunismo . . . Yo pregunto a quienes lo temen, ¿qué hicieron para evitarlo? Porque las cómodas posiciones defensivas no resuelven ningún problema.

El caso de la U. R. S. S. es uno de ellos muy digno de tenerse en cuenta. Solamente el hecho de la persistencia del régimen

durante 25 años, nos debe hacer pensar seriamente. Muchos han quedado sorprendidos ante el ejemplo de heroísmo y de disciplina de los pueblos soviéticos en su lucha contra las fuerzas hitlerianas. Olvidan que cinco lustros de educación doctrinal con las fronteras cerradas a toda influencia exterior, han modelado el espíritu de una generación entera. Los hombres que no pasan de los 40 años no han vivido otro régimen que el soviético. Además saben —y en esto tienen razón— que este régimen ha liberado socialmente a sus padres. Y creen, porque así se lo dicen, que eso sólo pasa en la U. R. S. S.

Yo no he comprendido nunca a aquellos que soslayan los problemas haciéndose la ilusión de que no existen. El caso soviético es una realidad que ha triunfado. Si sólo se tratara de un fenómeno social, es decir, de la implantación de reformas sociales más o menos avanzadas, yo estoy seguro de que el mundo lo consideraría con mayor tranquilidad y complacencia. Pero se trata de una concepción del mundo en que la libertad es ignorada. Cierto es que la evolución se ha producido y avanza de día en día. Es también exacto que el régimen soviético y la doctrina comunista integral se alejan cada vez más. En el momento en que la libertad —por lo menos aquellas libertades fundamentales que hoy se proclaman— penetre en la concepción soviética sin restricciones y, sobre todo, se aplique y se ejercite, estimo que nos encontraremos ante uno de los ensayos sociales más interesantes de la humanidad. Ya desde ahora, pero mucho más desde ese momento, el ensayo soviético se irá haciendo cada día más peculiar, más indígena, y perderá la universalidad que quiere otorgarle su origen comunista. El choque con la realidad y, sobre todo, con el hombre, va desdibujando en todas partes la concepción soviética primitiva.

El comunismo del resto del mundo va a sufrir, a mi juicio, un rudo golpe después de esta guerra. Los grupos comunistas de los distintos países del mundo han seguido a Moscú, no ya en la doctrina, sino hasta en su dirección política. Fué difícil comprender en septiembre de 1939 por qué los comunistas del mundo seguían la conveniencia de Rusia en contra de sus propios países. Y, sin embargo, de la noche a la mañana, el *slogan*

de la *bestia nazifascista* se convirtió en otro completamente opuesto, que llamaba *lucha imperialista* a la de los pueblos democráticos agredidos. Y la causa de la libertad sufrió con ello un gran daño. Ahora ha vuelto a agitarse el primer *slogan*, coincidiendo esta vez con la justicia.

Cuando se produce un fenómeno semejante, tienen los pueblos por lo menos el derecho de advertir que quienes no son capaces de discurrir por cuenta propia no pueden pretender guiar a los demás. Nada se pierde ni a nadie se ofende con hablar claramente y manteniendo actitudes dignas ante quienes no saben cuál es la posición que deben guardar en cada momento. El Estado Soviético ha seguido sus intereses particulares con razón o sin ella, pero quienes cambiaron de ideas y de conducta a su compás, erraron el camino. Por eso estimo que el comunismo no ruso quedó en difícil situación para el porvenir.

"Si yo soy comunista —me decía un militante de dicho partido a raíz del pacto Stalin-Hitler—, es porque he creído siempre que nuestro ideal perfeccionaba la libertad del hombre. Ahora bien; yo no soy ningún muñeco con el que se juega a cada rato. Si el Estado Soviético no es el comunismo y hasta Hitler y Mussolini mantienen relaciones con él, y, en cambio, refuerzan cada día más la alianza contra la idea comunista mediante el Pacto Antikomintern, ¿por qué nosotros no hemos de seguir el mismo camino, dejando de lado al Estado Soviético y su interés privativo, y combatiendo en cambio a Hitler?"

Y tenía razón. Quizás entonces se dió cuenta de que no basta la liberación social, entendida ésta en su aspecto económico. El hombre requiere además la libertad del espíritu, precisamente, para no ser muñeco de nadie. Evitar la explotación del hombre por el hombre, es el magnífico principio que rige el proceso de liberación social y el desarrollo económico de la U. R. S. S. Pero esto no basta, si el hombre no es libre de pensar, de creer, de opinar y de elegir.

El hombre es el mayor enemigo de la opresión, llámese política o social. Su instinto racional demanda libertad. Sus facultades inteligentes reclaman paso para su iniciativa. De aquí

que todos aquellos que siguen con interés y sin odios el proceso evolutivo de la U. R. S. S. —y entre ellos me cuento yo— vean con agrado que también allí va triunfando el hombre. La Constitución staliniana es un avance notable. Las medidas que la realidad está imponiendo en la U. R. S. S. son otro paso más. El reconocimiento de la propiedad y de la herencia, el progreso de la libertad religiosa y hasta el *stakanovismo* son triunfos del hombre contra la concepción materialista y molecular, a la que la doctrina del marxismo integral conduce.

La marcha ascendente del espíritu de libertad en la U. R. S. S. es uno de los fenómenos de mayor y más profunda trascendencia de la época moderna. Empujan los siglos y empuja el hombre. Yo soy de los que confían en el triunfo del hombre.

Estos problemas de la hora presente no serán resueltos ni por los que reaccionan con temor ni por los que juegan a extremistas por *snobismo*. Son mucho más serios que todo eso. El mundo marcha hacia una solución social audaz y decidida. El hombre la desea, pero no quiere que la transformación social le prive de aquello que para él es lo más preciado, la libertad. A la dirección democrática que hoy rige los destinos del mundo corresponde dar solución al terrible problema social presente, armonizándolo con la libertad.

Posiblemente, muchas de las reformas y ensayos sociales de los países totalitarios se incorporarán como viables en un futuro social. Obedecen también a un deseo que nace de lo más profundo de la voluntad popular y que se impone a pesar de todo. En una y en otra latitud se sienten las mismas inquietudes y se aspira a un orden de bienestar y de trabajo.

Sueñan muchos con la síntesis que pueda darnos una solución de futuro. Yo sueño, con ilusión de cristiano, en los preceptos evangélicos y en el Sermón de la Montaña, en el retorno a un cristianismo primitivo, que nada tiene que ver con las adhesiones acomodaticias y espectaculares con que nos empeñamos los cristianos en desfigurar la más augusta de las doctrinas. ¡Con qué abundancia he recogido, entre los que luchan, estas ideas que señalan un retorno venturoso a la fuente prístina! . . . Pienso que la síntesis cristiana aguarda su hora, que

no se hará esperar, recibiendo de una parte las extensas masas que vuelven hacia el mundo del espíritu y de la libertad, y, por otra parte, aquellas que experimentan la necesidad de ser consecuentes con la doctrina que creen pero no practican, sublimando sus vidas, levantándolas del suelo, y limpiándolas de barro.

Toda esta esperanza será vana sin la acción, pero habrá de ser una acción tenaz y decidida que responda al deseo de la parte más importante de la Humanidad. Ha pasado el tiempo de las situaciones cómodas y de las vacilaciones. O somos dignos del sacrificio de tantos millones de héroes y mártires, o tendremos que dejar el paso a otros hombres y a otras concepciones, que con mayor decisión que nosotros sabrán convencer, porque supieron laborar en todo momento. No es ésta la hora de los tibios, ni la de los pusilánimes, y mucho menos la de los estrategas del cálculo. Hay demasiada sangre por medio para que la comodidad o la picardía vuelvan a engañar a los que generosamente lo dieron todo, porque creyeron que con su sacrificio iban a acabar, por lo menos para un gran período de tiempo, con la tiranía, la indecencia y la injusticia.

El problema de las nacionalidades

Durante todo el siglo pasado luchó el hombre por su libertad política. Exigió la garantía y el respeto de sus derechos humanos, y de aquí surgieron las Cartas Otorgadas y más tarde las Constituciones que los soberanos firmaban o juraban. Pero el hombre, en posesión de sus garantías individuales, más o menos respetadas, comprendió que no era completa su libertad si no alcanzaba su emancipación social y económica. Hasta conseguirlo su situación era precaria. Necesitaba ser igual ante el Estado y disponer, además, de aquel mínimo bienestar económico que es necesario hasta para practicar la virtud. Hoy todavía sigue el hombre empeñado en esa lucha, que actualmente adquiere caracteres de fundamental y primaria preocupación.

Pero la curva ascendente de la lucha del hombre por la libertad aun no había terminado. Otro problema surge con fuerza,

con esa pujanza con que se presentan los problemas que tienen su origen en la Naturaleza. Es Europa el escenario del resurgir de las nacionalidades, como cuna y asiento de pueblos y de civilizaciones diferentes. La libertad individual y la social no eran suficientes si el alma nacional de los pueblos no era respetada. También la libertad era el bálsamo que había de curar aquel mal. Los pueblos que se sentían Nación no podían soportar pacientemente que otro pueblo diferente les fuera despojando arbitrariamente de sus atributos nacionales. La Naturaleza se levantaba contra el abuso y la opresión.

Y al hablar de esta cuestión, conviene recordar algo que de puro sabido se olvida a menudo; que Estado y Nación no son la misma cosa. Polonia, por ejemplo, ha sido Nación antes y después de ser independiente, es decir, antes de constituir un Estado. Y así otras muchas colectividades nacionales, sean o no sean Estados. Y lo que importa para la paz del mundo es el problema de las Naciones, porque estas fueron hechas por Dios, y los Estados son creaciones políticas más o menos justas, como todo lo hecho por los hombres.

La emancipación de los pueblos americanos —me refiero a los de todo el Continente— tuvo una causa diferente a la emancipación de los pueblos de Europa. Unos y otros rompen los lazos con la vieja metrópoli o con el poder real o estatal que los regía, y coinciden en la proclamación de los derechos del hombre, pero difieren en los motivos intrínsecos para adjudicarse o reclamar una forma política soberana, que salvaguarde su existencia como pueblo. En Europa se trataba de nacionalidades perfectamente diferenciadas, mientras que en América era el conglomerado formado por esas nacionalidades llegadas de Europa unidas al elemento aborigen. De ahí que en el Nuevo Continente, a diferencia del Viejo, no fuese un principio de diferenciación nacional el que influyese en los pueblos para hacerse libres, sino otros de distinta naturaleza. Los pueblos de América, tanto los del Norte como los del Sur, pudieron haber constituido entidades estatales diferentes de las que en la actualidad existen. De la misma manera que ahora hay veintidós repúblicas distintas en América, pudiera haber

habido cuatro estados soberanos solamente en el Norte y otros cuatro en el Sur.

En Europa un hecho semejante hubiera sido un acto antinatural, porque los pueblos están definidos nacionalmente. Las dos emancipaciones, pues, son diferentes. Por eso hoy no existe el problema de las nacionalidades en América —no me refiero a los casos de opresión que pudieran existir— y, en cambio, se presenta con graves caracteres en Europa. No es una cuestión de criterio ni de voluntad; es un problema real que surge de la Naturaleza, la que, por ser más fuerte que nosotros, impone sus reglas.

Los grandes imperios absolutistas creyeron haber sofocado por la fuerza el clamor de los pueblos e intentaron destruir las naciones bajo su yugo con métodos de brutal asimilación. La persecución de la cultura indígena y la imposición de la exótica, el exilio o la ejecución de los patriotas y otros medios parecidos fueron empleados constantemente por todos ellos. Pero los pueblos fueron venciendo a pesar de todo. El siglo XIX registra la consagración de la independencia de los pueblos balcánicos, el siglo XX presencia la libertad de los centroeuropeos y la emancipación irlandesa. Existen aún otros que, privados de libertad, esperan su hora. Entre ellos se encuentra nuestro pueblo, la Nación de los vascos.

—Qué confuso es todo este problema —me decía hace poco un escritor americano interesado en estas cuestiones—. Figúrese, que también Hitler quiere aparecer como redentor de las nacionalidades oprimidas. ¡Qué descaro! . . .

—No está lo malo —le contesté— en que quiera aparecer como liberador de pueblos, sino en que quiere liberar a aquellos que están oprimidos por el adversario, mientras él oprime a los que se oponen a sus designios.

—¿Qué valor tiene —siguió diciendo el escritor— el que haga de Eslovaquia un Estado más o menos vasallo, que reconozca una soberanía precaria a Croacia, o el que prometa la independencia a Georgia, si al mismo tiempo esclaviza a polacos, checos, noruegos y a tantos otros pueblos que eran libres?

—Todo eso es cierto, pero tiene su valor —le contesté—.

No lo considero tan confuso como usted decía. Existen dos hechos innegables que no admiten réplica: primeramente, que todos los pueblos tienen derecho a vivir su vida propia y a gobernarse por sí mismos cuando lo deseen. Este derecho lo reconocen todos; los de un lado y los de otro, y lo tiene usted establecido en la Carta del Atlántico, en los cinco puntos del Papa Pío XII y es también programa del propio Hitler. El segundo hecho innegable, es, que la malicia y conveniencia de los Estados poderosos hace que todos esos bellos principios de justicia y derecho los apliquen fuera de casa, olvidando que deberían empezar por aplicarlos dentro de ella. ¿Por qué hemos de pasar en silencio los hechos? Terminada la guerra pasada, ¿no asistimos todos a la lucha de Irlanda por su libertad, a pesar de que la libertad de los pueblos fué uno de los principios por los que se combatió en dicha guerra? ¿Por qué iba a ser libre Polonia y no Irlanda? La justicia y el derecho aconsejaban que las dos debían serlo por igual. ¿Es que porque la Gran Bretaña hubiese ganado la guerra ya no tenía obligación de aplicar en su imperio los principios por los que había luchado? Estas contradicciones o, mejor dicho, injusticias, son las que terminan por desesperanzar a las gentes. Y lo mismo hace Hitler ahora, al oprimir a los checos mientras da libertad a los eslovacos. Y es que generalmente las grandes potencias no han aplicado el derecho por amor al derecho, sino por el grado de amistad o enemistad que les tributan los pueblos más débiles. Nosotros sabemos bastante de estas cosas. Cuántas veces hemos visto, tanto hoy como en la otra guerra, que los diarios españoles de tendencia germanófila atacaban airadamente a Inglaterra y a Rusia por la cuestión irlandesa y polaca —pero no a Alemania—, mientras les parecía muy bien que encarcelasen a los patriotas vascos por reclamar para su patria una libertad que había disfrutado antes que Polonia e Irlanda. Todo esto quiere decir que la cuestión es muy seria y muy extensa, y que para resolverla es preciso que se imponga una norma de honestidad para todos, sin excepciones.

—Aquí en América sentimos verdadera simpatía por todas las causas de libertad. Todo pueblo que lucha noblemente por

la continuidad de su existencia, encuentra nuestro apoyo y nuestra adhesión moral. Yo espero que esta vez, restablecida ya la paz, se impondrá un criterio uniforme y general, independientemente de si han sido amigos o enemigos, porque allí donde hay un pueblo existe un derecho a la vida, como donde hay un hombre debe existir el respeto a su dignidad y a su personalidad. Comprendo que el problema de las libertades nacionales habrá de tropezar con muchas dificultades, pero habrá de ser consagrado definitivamente si es que queremos paz en el mundo. Bien claramente estamos viendo en esta misma guerra la diferencia que existe entre los pueblos satisfechos y aquellos que no pueden olvidar los agravios o la incomprensión. Los casos de la India y de Burma, en contraposición al de Filipinas, dicen bastante, ¿no le parece? Pero todo se arreglará con el triunfo de la libertad, que alcanzará a todos —terminó diciendo mi amigo el escritor, mientras reía con esa risa tan característica del tipo medio americano, que es como una infantil disculpa de su generosidad y franqueza.

Cuando quedé solo pensé en la misión de América ante este gran problema, que con el de la restauración democrática y la resolución de la cuestión económicosocial constituye la trilogía que tanto preocupa a la humanidad. Y mi recuerdo voló hacia aquellos que pelean con la esperanza puesta en la redención de su patria. Hace pocos días recibí una carta de Santo Domingo en la que anunciaban la muerte, en un torpedeamiento, de uno de los marinos vascos que combatió en el pesquero armado *Bizkaya,* junto al glorioso *Nabarra.* "Murió cumpliendo su deber, como fué siempre su norma —decía lacónicamente mi comunicante—. Pudo haber caído en el mar de los vascos, pero murió en aguas del Caribe. En uno y otro sirvió a la libertad."

Y en contraste con este hecho —el mundo es un continuo claroscuro—, voy a citar el razonamiento de un señor, que por pertenecer a los sectores cultos, me llamó más la atención. Se trataba de un derrotista, en el que, por ser europeo, el pesimismo alcanzaba extremos a los que no es capaz de llegar un

—Convénzanse —decía con suficiencia de vástago de pueblo viejo—, ésta es la hora de las grandes naciones. Sólo podrán pretender la soberanía quienes cuenten con medios para defenderla. Las pequeñas nacionalidades y sus reclamaciones constituyen una perturbación en estos momentos.

—¿Y quiere usted decirme quiénes son las naciones pequeñas? —le atajó oportunamente un profesor americano.

—Pues aquellas que necesitan de las demás para su propia seguridad —afirmó el europeo.

—Pues entonces todos somos pueblos pequeños, a excepción de uno —replicó el americano—. Sentada la posibilidad de una nueva inseguridad en las relaciones internacionales, sólo será pueblo grande quien resista hasta el fin, y ése será solamente uno. ¿Acaso pensaba usted que Francia era pueblo pequeño? Sin embargo, no supo defender su propia seguridad. Y si la agresión nazi hubiera continuado, ¿hubiera resistido Inglaterra sin la intervención de América? También podría haber engrosado la lista de los pueblos pequeños. ¿Y qué hubiera sido de Rusia sin nuestra ayuda? ... No, no es ésa la cuestión. Si con la paz se restaura la decencia en el mundo, en él podremos vivir grandes y pequeños con seguridad. Porque cada uno necesitamos la ayuda de los demás. Pueden y deben vivir todos, porque el derecho a la vida de las naciones no depende del tamaño de su territorio, sino de su alma. ¿Pero es que el tamaño es quien determina la virtud y el progreso de los pueblos? Hay abundantes ejemplos que demuestran lo contrario. Y, sin embargo, ya sé que hay muchas personas que opinan como usted. Concedo que a nosotros la contemplación constante de los rascacielos nos llegue a deformar el concepto de la proporción, arrastrándonos al culto de lo grande, ¿pero usted, un europeo, cómo puede pensar así? ¿Ustedes, que también son europeos —dijo dirigiéndose a nosotros—, opinan de la misma manera que este señor?

—He de confesar que esta vez ha sido el americano quien me ha emocionado, mientras el europeo me ha dejado frío —dijo un filósofo centroeuropeo expulsado de su cátedra por preferir Platón a Hitler—. Yo no me conformo con ninguna teoría pesimista, y menos con ésa, que es hasta fatalista. Yo siempre

he creído que todos los pueblos tienen derecho a la vida, no por tener tantos kilómetros de territorio, sino por ser pueblos y, como tales, elementos que con su variedad contribuyen cada uno a su manera al acervo cultural humano. Un criterio distinto sería tanto como dar la razón a las prácticas bárbaras, aconsejadas por la filosofía nazi, de que ni el débil ni el imperfecto tienen derecho a participar en la creación de la vida. ¿Pero no estamos metidos en la guerra más feroz que recuerda la historia, precisamente para que desaparezca del mundo esa teoría del derecho de la fuerza? . . . ¡Y cuántos pueblos pequeños, amigo mío, han dado existencia a genios que han servido de luz a la humanidad! Sin ir más lejos, ahí tiene usted el caso de la nación de este señor —dijo refiriéndose a mí—. Todos conocemos la pequeñez territorial del País Vasco. Y, sin embargo, de él salieron San Ignacio de Loyola, Bolívar, Elcano y muchos descubridores y civilizadores de este continente.

Y luego añadió sonriendo:

—No, amigo mío, ni a las naciones ni a las mujeres debe juzgárseles por su tamaño.

—Sólo con un criterio como el suyo —dije, dirigiéndome a mi colega europeo— se puede comprender con cuánta naturalidad admiten aún aquí algunos escritores, si bien son excepción, el sacrificio de los pequeños pueblos. Ahora discuten algunos el caso de los Estados Bálticos, y sin darse cuenta de que con ello derrumban toda una construcción doctrinal y una posición de sinceridad, única razón por la que el mundo cree en la causa de la libertad, se rinden a un realismo que aconseja ceder a la Unión Soviética esos Estados, si ése es su deseo. Que la U. R. S. S. tenga concepciones realistas de esa clase quizá no extrañe a muchos, pero que aquí, en el campo de la libertad, se den por buenas esas ambiciones, me parece que es salirse del terreno de la decencia internacional, mientras se persigue su restauración a cañonazos.

—América no prestará jamás su aquiescencia a un hecho semejante, si no es a base de la libre aceptación de los Estados interesados —dijo enérgicamente el americano.

—Así lo esperamos muchos millones, convencidos de que,

aun cuando la libertad no pueda llegar a la perfección en sus aplicaciones prácticas, puede quedar siquiera, después de esta catástrofe, la memoria de que las naciones que vencieron fueron guiadas por hombres, que, a la sinceridad de sus convicciones, unieron una exquisita limpieza en su conducta.

—Creo que me han convencido ustedes —dijo el amigo de los pueblos grandes—. Es indudable que el *realismo* no se da en los pueblos pequeños, antes por el contrario son los que sufren sus consecuencias. Y si éste adquiere carta de naturaleza, será mejor saberlo a tiempo, para retirarnos a nuestras casas.

La conversión del pesimista no dejó de hacernos gracia, pero sus palabras eran la síntesis de todo el problema que se presenta por primera vez a América, con caracteres de responsabilidad universal.

El empequeñecimiento de las ideas universales

—Ustedes me perdonarán —decía yo ante varias distinguidas personalidades americanas—, que me exprese en términos que quizás les disgusten por su crudeza. Pero no sé si es el recuerdo de tanta sangre derramada entre nosotros por la libertad, o el dolor de tantos millones de desgraciados privados de todo lo que más quieren, lo que me induce a hablar en este tono. Y al hacerlo con dureza, pienso que ejercitamos un derecho que es reconocido por los hombres honrados de los países libres que aun creen en la solidaridad humana.

—Hable usted sin sordina, con claridad —me replicó uno de los reunidos—, porque me parece que de tanto ocultar la verdad se han deformado ideas, conceptos y sentimientos en grandes masas de opinión.

—Les decía a ustedes, que uno de los más graves daños de la época presente es el empequeñecimiento de las ideas universales, la explotación injusta de los principios que, en lugar de ser para todos y aplicables a todos, se confunden con el interés privativo de una persona o de unos pueblos. En el campo de la democracia, por ejemplo, se maneja la palabra

libertad pero con reservas o distingos, que la convierten en un término abusivo. Porque si admitimos que la libertad es un don que a todos beneficia, no debería asaltarnos la duda de si será aplicada por todos y para todos. Pero la duda existe y preocupa, pues si la libertad ha de ser patrimonio exclusivo de ciertos pueblos solamente, se originará un desequilibrio peligroso que traerá nuevos dolores y conflictos. Si se permite su avasallamiento en determinados pueblos, se producirá a mi juicio el envilecimiento de los principios universales, que pierden el carácter de tales para convertirse en instrumentos utilizables cuando la conveniencia aconseja. Si esto se produjera, que es colocar la libertad al servicio del egoísmo y de ciertos intereses privados, la humanidad sentiría derrumbarse sus ilusiones. Porque espera con razón que, esta vez, las vidas inmoladas de tantos hombres, den frutos de justicia definitiva y para todos. Sería atrozmente criminal que esos muertos no hayan servido más que para ser enterrados. Una paz con miras particulares y con claudicaciones no sería más que un armisticio, preludio de otra guerra cuyos espantosos resultados la mente no es capaz de imaginar.

—Yo también opino que el problema es ése —replicó uno de los presentes—. Pero no cabe duda de que desde la entrada de Rusia en guerra, al lado de las democracias, los contornos de la lucha por la libertad se han desdibujado algo. El hacerse un aliado fuerte para la guerra es a veces comprometer la paz. ¿Porque quién puede creer que la Unión Soviética pelea por la libertad? Para creerlo sería menester que existiera esa libertad en su propio territorio. La Unión Soviética es un sistema totalitario de la misma naturaleza de los demás que están situados frente a nosotros. Porque sea el pueblo el que ejerce la dictadura, no podemos llamarla democracia. Ni la propaganda soviética que invoca la democracia y dice defenderla, ni la lucha heroica del pueblo ruso contra el nazismo, bastan para hacernos creer en la sinceridad de los soviéticos. Por otra parte, el pacto con Hitler les priva de toda autoridad. Las razones de estrategia, el sentido realista de los actuales gobernantes soviéticos que se suele invocar, no me convencen, antes por el

contrario mantienen mi ánimo en constante perturbación y duda, porque no estoy seguro de que en circunstancias parecidas, si ellas se produjeran, ese *realismo* de los dirigentes soviéticos no hiciera otra de las suyas. ¿Qué opinión tiene usted —me pregunto— de este grave problema? ¿Cómo resuelve usted esta contradicción que tanta confusión lleva a muchos espíritus?

—Este caso —contesté— lo hemos vivido nosotros en toda su intensidad. Por su causa hemos sufrido mucho ante la incomprensión y sobre todo por la exaltación de las ideas y de las pasiones. Cuando durante la guerra peninsular, se dió en llamar *comunistas* a los defensores de la legalidad republicana, a los vascos se nos llenó de injurias porque luchábamos a su lado. Muchas de las personas que nos atacaron entonces con violencia, buscan ahora argumentos para tranquilizar sus conciencias. Porque es de notar, que ahora si son los Soviets aliados de las potencias aliadas, mientras que nosotros combatimos al lado de una República democrática.

—El problema de la alianza con los Soviets hay que examinarlo con valentía, penetrando hondo en sus razones y en sus causas, y sobre todo, discriminando doctrinas y actitudes con un sentido ético.

—Precisamente es ése el terreno en que yo planteo la cuestión —me interrumpió quien inició la conversación.

—Existen personas, sobre todo aquellas que no dan importancia al factor espiritual en la vida, para quienes el problema de la alianza con los Soviets se reduce a un cálculo de fuerza y conveniencia. Todo aquel que venga con nosotros sea bienvenido, dicen. Por de pronto hay que derrotar a Hitler. Y tienen razón a su manera, porque es cierto que hay que derrotar a Hitler, pero eso no basta. Por eso, cuando se les pregunta si la libertad sufrirá con ello o cuál ha de ser la organización de la Humanidad en la paz futura, generalmente se encogen de hombros, como dando a entender que eso por el momento no les preocupa. Viven al día. Son los espíritus llamados prácticos, y que tanto daño han hecho a la humanidad con su egoísmo interesado.

—Bien, pero eso deja en pie la dificultad del desdibujamiento de la idea democrática.

—Por eso hay que discurrir calando más hondo. El sistema soviético, que no es el comunismo integral, es un régimen totalitario. Allí reina la voluntad de un partido, sin que pueda crearse otro que exprese diferentes sentimientos. Allí impera la dictadura como sistema. Esta es una realidad más fuerte que los buenos deseos y el silencio interesado, realidad que sitúa a la U. R. S. S. en el campo ideológico de las dictaduras totalitarias. Aun cuando la evolución interna sea cierta, aun cuando yo tenga el convencimiento y la esperanza de que la U. R. S. S. puede llegar a ser un elemento de positiva y beneficiosa influencia en el futuro de la Humanidad, es preciso convenir que hoy por hoy la U. R. S. S. es ideológicamente una construcción política y doctrinal contraria al pensamiento democrático universal. Es menester proclamarlo claramente para no caminar a ciegas.

—Hitler al atacar a la U. R. S. S. eligió sus adversarios: por una parte las democracias, por otra la Rusia Soviética. Y surgió la alianza natural entre todos los agredidos, porque no hay que olvidar que también Rusia fué agredida injustamente. Más tarde, la adhesión de la U. R. S. S. al pacto de las 26 Naciones y la aceptación de la Carta del Atlántico, significaron avances trascendentales hacia la incorporación a los principios de libertad.

—Pero es que muchos dudamos de la sinceridad de estas firmas —me interrumpieron de nuevo.

—Lo sé, pero no por eso deja de existir un fenómeno muy digno de tenerse en cuenta. Hasta hoy es el pensamiento democrático quien va imponiendo sus principios. La Carta del Atlántico y el Pacto de las 26 Naciones contienen una doctrina de libertad contraria al totalitarismo. Y estos documentos han sido firmados por los representantes de la U. R. S. S. Todos debemos felicitarnos de ello, porque son los países democráticos quienes dan la pauta, y es la U. R. S. S. quien rectifica en cierto modo su antigua posición doctrinal. ¿Se trata de una firma sin más trascendencia? ¿Es una manifestación

de *realismo*? No lo sé, pero hoy existe un programa de libertad al cual se adhiere el mundo, la U. R. S. S. inclusive. Este programa, no el que pudiera derivarse de los principios más o menos comunistas o totalitarios, es el que sirve de guía actual y futuro. ¡Quiera Dios que esta bandera nadie pueda arrebatarla a la actual dirección del mundo! Por esta razón, la entrada de Rusia en guerra junto a las democracias, no sólo no ha supuesto una disminución del concepto de la libertad, ni su desdibujamiento, sino que, por el contrario, ha extendido su campo de acción, pues a la firma de los países democráticos hay que añadir la de un país no democrático como la U. R. S. S. ¿Cumplirá en su propio territorio lo que ha aceptado y a lo que se ha comprometido con su firma? Este ya es otro problema, pero sólo la posibilidad de que así pudiera suceder, significa por sí solo un avance por el que debemos felicitarnos.

—Eso es exacto —añadió uno de los presentes—, y además no podemos olvidar que la U. R. S. S. sostiene una guerra justa, desde que fué agredida e invadida violentamente por Hitler. Y por si esto pudiera ponerse en duda, está el hecho de que combate al lado de los países democráticos, y por lo tanto al lado de una causa justa como es la de la libertad.

—En efecto, aunque esas razones hagan sonreír a los de la escuela del cálculo y del realismo. Pero son precisamente esas ideas las que han unido y mueven a los pueblos y yo recuerdo el escándalo de ciertos *bien pensants* de la sociedad de París, cuando el inteligente e intrépido Obispo católico chino Monseñor Yu Pin, contestando a la pregunta "pero como admiten ustedes los chinos la ayuda comunista", razonaba de la siguiente manera: "En primer lugar —decía el Prelado—, quiero saber si ustedes conceptúan justa la causa del pueblo chino." "Ah, eso sí" —le contestaron. "Pues bien, desde los tiempos más remotos en las doctrinas de nuestros antiguos sabios, en la de Confucio, y en la de Cristo que perfeccionó aquélla, hemos entendido que la causa justa debe ser defendida y apoyada. ¿Es que comete un acto ilícito la U. R. S. S., y, si ustedes quieren, el comunismo, al apoyar una causa? ¿No les parece que los

demás países debían hacer lo mismo, prestándonos su auxilio para defendernos contra la agresión injusta del Japón?" A pesar de la claridad de esta doctrina, muchos en París se empeñaron en no ver claro, porque de antemano su corazón estaba ocupado por el afecto a doctrinas apasionadas y violentas. Pero el prelado chino hablaba un lenguaje de eternidad, que muchos realistas no están preparados aun para entenderlo.

—Yo estoy totalmente de acuerdo —dijo entonces otro de los contertulios—, la pasión es capaz de trastornarlo todo. El caso de Rusia es para mí absolutamente claro en su posición presente. Como considero necesaria la ayuda mutua, leal y abundante. Nosotros a la U. R. S. S. y la U. R. S. S. a nosotros. No soy de los que temen a los fantasmas que nos rodean, o que algunos agitan para asustarnos. Temo mucho más a nuestra propia inconsecuencia, y a nuestra cobardía espiritual.

—Ese es el gran problema —le repliqué—. Como decíamos al principio, ¿las ideas universales que hoy se defienden, constituirán un beneficio general?; es decir, ¿se aplicarán en bien de todos los hombres y de todos los pueblos, o serán empequeñecidas reservándolas para uso de pocos y en consecuencia para desgracia de la Humanidad? ¿Entrará la vacilación en la dirección democrática de la guerra, en lugar de mantener enhiesta la bandera de la firmeza? ¿Dejará de guiar las esperanzas del mundo, para caer en este utilitarismo que olvida a los amigos y halaga al adversario y sus cómplices al dejar la línea recta? Entonces habrá llegado la hora, no de otro desengaño más, sino de la desesperación final.

No hay que defraudar la esperanza de los que sufren

Experimento un verdadero gozo espiritual con el contacto de este pueblo americano, que crece sin hacerse viejo. ¡Qué mayor satisfacción para el alma que la de moverse en un clima de sinceridad! Porque el americano anda con sus defectos y virtudes a flor de carne. Es sencillo como un vaso de agua, y

hace preguntas candorosas que recuerdan la ingenuidad de los niños. Preguntas que hechas por otros producirían en nosotros algo de indignación, pero hechas por los americanos descubren su fondo de ingenuidad y sinceridad haciéndolas simpáticas. Así por ejemplo, aquel señor con quien yo hablaba de cuestiones de propaganda, y que siempre me preguntaba lo mismo:

—Eso está bien, ¿pero cuál cree usted que es el interés de América?

A lo que yo no podía menos de contestar:

—El interés de América es el de la Humanidad. Esa es su más augusta ejecutoria en estos tiempos, representar el interés del mundo.

Pero al americano no le convencía este papel tan trascendental que yo asignaba a su patria, y volvía a repetir con terquedad de niño que se resiste a salir del reducido círculo de su casa:

—No, no, eso del mundo está muy lejos, a mí me interesa América, nada más que América.

Yo recordé entonces otra conversación con un antiguo funcionario de la carrera diplomática inglesa, quien oía mis explicaciones ingenuas —los que hemos perdido todo por la libertad somos así—, con una sonrisa irónica mezcla de burla y de escepticismo. Era un realista a la moda, cuya noción del derecho acababa en los mismos límites en los que desaparecía el interés imperial británico. Para aquel hombre la diplomacia era *business*, y su país la mercancía que se le había encomendado. Y le sucedía lo que al tendero, que no necesita estar enamorado de los artículos que vende, para estar dispuesto a defenderlos hasta con su vida si se los quieren robar. Lo que no es óbice para que con sus amigos se ría de la calidad de los artículos.

En el curso de la conversación con aquel diplomático, yo me permití ensalzar la construcción política del Imperio Británico, como uno de los ejemplos que pueden servir para la federalización o coordinación paulatina del mundo. Sin perder su sonrisa burlona me dijo:

—Todo eso lo hemos hecho sin saberlo, ha salido así . . .

Y continuó riéndose.

Yo, que gozo de bastante buen humor, opté por seguirle la vena, y me reí hasta del Imperio Británico y la libra esterlina. Había ya hecho bastante el simple, ante aquel prototipo de la diplomacia escéptica, que siente lástima por los que hemos perdido todo por la causa de la libertad, que es una causa de honor, aun cuando haya muchos que lo ignoren.

Pero la anécdota me sirvió para explicar a mi simpático amigo americano una realidad que encierra demasiada entraña para ser tomada a risa.

Existen muchos pueblos y muchos millones de hombres que han sido brutalmente atropellados. Generalmente, son pequeños pueblos que quieren vivir su vida propia —respetada durante siglos—, en pacífica convivencia con el resto de las sociedades humanas. Son pueblos que, a pesar de su pequeña extensión territorial, han sabido crear fuertes núcleos de civilización, algunos de ellos inmortales, como es el caso de Grecia. El mundo en general siguió con simpatía la gesta heroica de estos pequeños pueblos que osaron cerrar el paso al coloso totalitario. Lo hicieron con escasas fuerzas, mal auxiliados materialmente, y en más de una ocasión, totalmente abandonados. Tenía la culpa en unas ocasiones la geografía, en otras la imprevisión, y en más de un caso, también la incomprensión y hasta las imprudentes caricias prodigadas al adversario.

El coloso totalitario repitió a todos estos pueblos la misma canción: "Os batís inútilmente porque no os ayudarán. Serviréis de magnífica trinchera y de argumento atractivo para las columnas de los periódicos . . . pero nada más . . . Arrasaremos vuestras tierras, peregrinaréis errantes por el mundo, y ellos seguirán tranquilamente en sus baluartes, porque no está en vosotros su interés . . ."

El coloso y sus cómplices derribaron gobiernos, destrozaron pueblos y llenaron las carreteras de Europa de desgraciados, que huían despavoridos hacia las tierras de Libertad, porque aun creían en ella. Creían en su existencia, porque desde el

otro lado del mar, se anunciaba una lucha descomunal en favor de la libertad de todos los hombres y de todos los pueblos. Y los hombres y los pueblos que sufren, son hombres y pueblos que creen.

Yo he visto por los caminos de Europa caer desfallecidos a seres humanos, mientras sus labios pronunciaban estas palabras de esperanza: "América e Inglaterra nos salvarán." Aquellas madres con sus niños a cuestas, aquellos ancianos, a quienes se arrebataba la paz de los últimos años, aquellas familias deshechas, aquellos hogares improvisados bajo las estrellas, tenían aún una suprema esperanza: "América e Inglaterra serán nuestra salvación, y en todo caso la de nuestros hijos." Y lo decían cargados de razón, porque ellos habían constituído la primera trinchera, y América e Inglaterra lo prometían.

Cuando abandonamos Bilbao en medio del fuego cruzado de las ametralladoras enemigas, un grito desgarrador salido de la cuneta de la carretera hizo detener nuestro automóvil. Era una madre con su hijita en brazos, que yacía en el suelo con el pecho atravesado por una ráfaga de balas, que un avión nazi al servicio de Franco había disparado, aprovechando la claridad de aquella inolvidable noche de luna. Aquella madre moría con un solo consuelo: la esperanza de que sus hijos verían un mundo mejor. Ella cerró sus ojos para siempre, pero éstos aun lo esperan.

Cuando en La Panne, ante nuestro compañero muerto y mi hermana moribunda, después de una noche de espanto a cargo de la artillería alemana, vimos llegar el amanecer, contemplamos atónitos, que de nuestros vecinos —una familia de siete individuos—, solamente quedaba un superviviente, que velaba transido de desesperación, los cuerpos inanimados de los seis restantes. Pero era de los que también creían, como nosotros, en un mundo mejor.

Son millones los esperanzados que han sufrido por la libertad, y que continúan su cautiverio por esos mares y tierras de Dios. Desde las montañas etiópicas, pasando por las ruinas de Guernica, las carreteras ensangrentadas de Europa, los campos de concentración y los *ghettos* de Polonia, los campos arrasados

de Rusia y los escombros de las ciudades inglesas, hasta llegar a Pearl Harbor, un clamor unánime de esperanza se eleva de tanto pecho que sufre resignado porque cree que la libertad será reivindicada en bien de toda la Humanidad. Porque de barbarie . . . basta ya.

Por eso explicaba yo al amigo americano que, o el interés de América se confunde con el del mundo entero, o no tiene sentido alguno. Y éste es el problema trascendental que inquieta a esa gran parte de la Humanidad, en cuyas almas laceradas aun palpita la fe como un canto de redención y triunfo.

—Créame —me decía un profesor americano—, que nuestro pueblo se da hoy cuenta de su responsabilidad histórica. Son los menos los que permanecen insensibles ante la catástrofe del mundo, los que creen que su interés tiene límites geográficos, los que no quieren pensar porque tienen el corazón corrompido.

—Lo sé, lo sé bien —le respondía yo—, porque lo observo todos los días. Pero aun cuando sean unos pocos quienes se entercan en cerrar los ojos —y no hay peor ciego que el que no quiere ver—, es conveniente repetir machaconamente estas ideas que obedecen a la más trágica realidad. De la misma manera que el avión ha disminuído el tamaño del mundo, porque bastan unas horas para atravesarlo de parte a parte, así también las ideas y las sacudidas que éstas producen, se comunican tan veloz e intensamente, que hoy puede decirse que la humanidad entera reacciona en pocas horas. Quien no se da cuenta de esta moderna solidaridad que las circunstancias imponen, prepara su propia ruina.

¡Desgraciados quienes crean que el sacrificio actual de tanto pueblo y de tanto ser humano, tiene por límite las fronteras de su propia patria! . . . ¡Y más desgraciados aún quienes pretendan que tanto sufrimiento debe servir sólo para sus intereses exclusivos! Porque las consecuencias de esta inhumana insolidaridad pueden ser tan irreparables, que sean capaces de terminar con la sonrisa profesional del viejo diplomático inglés.

No conviene olvidar que la victoria de los grandes pueblos se cimenta en los heroicos sacrificios de los pequeños pueblos. Porque antes que Coventry fuera destruída lo fué Guernica, antes que París cayera pereció Varsovia, para cuando fué tomada Manila hacía tiempo que Atenas gemía bajo el opresor, y antes de la invasión de Noruega y de Dinamarca, de Bélgica y Holanda, y más tarde de Grecia y Yugoslavia, habían sido atacadas vilmente ante la indiferencia de los demás, Etiopía y China, Albania y la República Española y los pueblos autónomos Euzkadi y Cataluña.

No se atacó en primer lugar a Londres o a Wáshington sino a la constelación defensiva que constituyen los pequeños pueblos. Nadie podrá extrañarse por lo tanto, que de todos esos territorios, bien probados por el dolor, se levante una voz unánime que reclame claridad en los conceptos y generosidad en la acción.

El triunfo de un *criterio de empresa* en la contienda actual supondría tal bofetada a la Humanidad, que nadie podría evitar que la catástrofe de otra guerra se repitiese en fecha muy cercana. Ni las armas, ni la vigilancia de los vencedores, ni nada, podría evitarlo. Solamente la justicia, a tiempo.

Afortunadamente no es éste el caso, porque en Londres y en Wáshington saben que tiene que triunfar el espíritu, para que la hecatombe no se reproduzca. Pero, a aquellos que en los repliegues de su conciencia, o bajo sus sonrisas de suficiencia, creen posible el triunfo del *cálculo* sobre tanta ruina y tanta sangre, conviene repetirles una y otra vez las palabras que me decía un diplomático uruguayo: "Se equivocan si estiman que el mundo hoy es el espacio mercantil de una empresa a interés exclusivo, ni de América, ni del Imperio Británico, ni de la U. R. S. S., ni de nadie. Se trata de un interés colectivo de todos los hombres y de todos los pueblos. De aquí la grandeza del Ideal. Y si así no fuera, serían millones y millones los seres humanos que considerándose engañados levantarían su protesta uniéndose al primer levantisco —que entonces tendría razón ante la insinceridad contraria— formando con él el bloque ofensivo más terrible jamás

conocido, pues los animaría el odio, hijo del despecho y el desengaño."

Porque es preciso recordar, que el actual conflicto, además de guerra es revolución. Y, a Dios gracias, porque las guerras revolucionarias son las que hacen triunfar los principios por encima de los intereses. Y ante ello no cabe asustarse. Es preciso aceptar el hecho sin regateos, y afrontarlo con valentía.

Misión de América

"Esta generación de americanos —dijo el Presidente Roosevelt el año 1936— tiene una cita con el destino." Y así es, porque en estos momentos América tiene una excelsa misión que cumplir. A sus costas llegó la libertad buscando asilo, y América la brindó su protección y su amor. Desde aquel momento cargó con la responsabilidad más sagrada que jamás ha correspondido a pueblo alguno; la de preservar cuidadosamente a esa gran refugiada, que a modo de depósito le confió el sufrimiento de toda la humanidad, y salvarla de sus enemigos.

No es una cuestión de egoísmo ni de cargar con culpas ajenas. Es un cometido augusto que en la historia se otorga de vez en cuando a aquellos pueblos que son capaces de llevar a cabo una empresa universal.

"La actitud de los americanos para con ellos mismos y para con los demás —dice Dorothy Thompson—, el hecho de que somos una raza de razas y una nación de naciones; nuestra posición a manera de vigía de dos océanos, y el milagro de la creación de este pueblo salido de un linaje que en gran parte representa los fracasos de grandes ilusiones europeas, y el rechazamiento de un material humano, todo esto combinado hace de nosotros un pueblo mesiánico, consciente de una misión a cumplir, no sólo en nuestro propio bien, sino en beneficio de la humanidad entera." *(Address for the Modern Forum.* Los Angeles, 13 de abril de 1939.)

Un compatriota mío, uno de esos que por vivir aquí hace algún tiempo, ama entrañablemente a este pueblo, tal vez

sin comprenderlo, me explicaba con sencillez por qué las gentes creen en América.

"Este es un pueblo bueno —me decía—, a veces demasiado bueno, si es que la bondad puede ser un defecto. Por eso ha podido jugar con él la perfidia japonesa. Llegan muchas veces a la ingenuidad. Son como esos muchachos grandes, llenos de optimismo y de vida, que se ven por sus calles, educadamente despreocupados, transmitiendo su sonrisa a todo el mundo y con unos ojos muy abiertos, a través de los cuales se lee en lo más recóndito de sus corazones. Así es el pueblo americano, el auténticamente americano. Observe usted sus reacciones. Son siempre generosas, a pesar de sus defectos, que a causa de su franqueza parecen mayores. Es grande y fuerte, y sin embargo, le verá usted inclinarse siempre en favor del débil, del oprimido, del perseguido. Todas las causas de libertad, todas las causas de tolerancia y justicia, las recibe con emoción y calor. En cambio ¡con qué horror y repugnancia rechaza las empresas de violencia y de opresión! Por eso los otros pueblos creen en América. Y no se engañan, lo verá usted."

Mi compatriota corroboraba con su sencilla argumentación la realidad de mis observaciones. En Bélgica, en Suecia y hasta en la misma Alemania, que yo recorrí, se mira hacia América, porque se cree en ella. Y la fe de los pueblos en América se concreta en la figura del Presidente Roosevelt. Difícilmente se encontrará en la historia una figura de gobernante rodeada de mayor prestigio universal y más efectiva aureola moral. Han existido figuras, lo mismo en la milicia que en la política, que llenaron épocas enteras de la Historia. Pero los pueblos que vivieron su época los temieron. Al Presidente Roosevelt ha encomendado la Providencia un designio universal, no porque los pueblos le teman, sino porque en él tienen puestos sus ojos hasta aquellos que gimen bajo la opresión. Jamás gobernante alguno ha contado con tantas adhesiones como las que cuenta el Presidente Americano. En Alemania, en Italia, en la Península Ibérica, en los Países Centroeuropeos, en Francia, en Escandinavia, allí donde el pueblo sufre porque no es

libre, la figura del Presidente Roosevelt adquiere tales proporciones morales que sólo podemos proclamarlo y testimoniarlo quienes hemos pisado aquellos territorios oprimidos. Y es menester decirlo y repetirlo muchas veces, porque esta adhesión y esta fe en el hombre se confunden con los ideales de justicia y libertad, que alimentan aquellas muchedumbres que se agolpan, cada día más excitadas, contra las alambradas de los campos de concentración, que quieren romper para poder respirar.

Cuando en el otoño último pasé por Buenos Aires y Montevideo, oí repetir constantemente el acto de fe en el Presidente Americano. Cuando aquel diplomático uruguayo, ante la representación intelectual más acusada de su país, proclamó entre aplausos clamorosos, la necesidad de la unión de los amantes de la libertad "bajo nuestro caudillo Roosevelt" —estas fueron sus palabras—, comprendí que aquella frase tenía un significado más profundo que el del halago o la adulación. Respondían a un clamor universal, eran el acto de fe en un hombre, porque creían en él, y a través de él en su pueblo. Ya en Buenos Aires escuché palabras parecidas, de personas de la más diferente significación política y social, y pude darme cuenta acabada, de que difícilmente se otorgó nunca a hombre alguno, con la confianza general, una responsabilidad ni una misión de carácter más universal.

Me parece que los americanos no se dan cuenta acabada de esta adhesión mundial y de lo que ello significa. Lo digo porque lo he observado repetidamente. Y no se dan cuenta, probablemente, porque los americanos, a pesar de esa infantil extravagancia de que a veces hacen gala, son modestos. Y además son buenos. Quizá también por haber vivido como aquellos hombres, que por estar muy satisfechos encerrados en su círculo privado, suelen decir: "Yo no quiero saber nada de política." Si de política se tratara tendrían razón, pero ahora no se trata de eso sino de una empresa de civilización. Si así no fuera, yo no tendría autoridad para abordar el tema.

Hace poco tiempo fuí invitado a la casa de una distinguida familia americana. Dos conocidas personalidades, una de ellas

dedicada a actividades artísticas, y la otra que ocupa un cargo de dirección bancaria, criticaban durísimamente al Presidente Roosevelt. Por supuesto le acusaban de promotor y causante de la guerra. Dirigiéndose el banquero a mi esposa le dijo: "Créame, señora, para nosotros no existe más que un solo enemigo, el mayor de todos, ése es Roosevelt."

¿Cómo discutir con personas que discurren así, si es que a esto puede llamarse discurrir? Y es que el odio atrofia la inteligencia del hombre. Si un espíritu así dirigiese hoy al mundo, estoy seguro de que desde los campos de concentración de Europa, pasando por todas las tierras oprimidas y sin libertad, hasta llegar a las llanuras de Sudamérica, reinaría un silencio de muerte. Mudas las gentes contemplarían con indiferencia el galopar de los jinetes del totalitarismo, que en su carrera desenfrenada, llegarían en poco tiempo hasta el mismo despacho del banquero.

Por eso puedo afirmar, sin entrar para nada en las cuestiones interiores de este pueblo, que es aquí donde menos se dan cuenta de la excelsa misión de América y de la aureola moral de su Presidente. Tal vez porque nadie es profeta en su tierra. Y este fenómeno lo he observado muchas veces, en casos semejantes, cuando el mundo ha dado su veredicto que no obedece a un capricho, sino a una cuestión de vida o muerte. Al mundo anglosajón y principalmente a América, corresponde salvar la civilización. No es poca la responsabilidad, pero ¡qué honor más inmenso!

El espíritu de la Carta del Atlántico cuenta con la adhesión en masa de la inmensa mayoría de la humanidad. Su contenido y su aplicación constituyen el fin de la tiranía totalitaria. Sus preceptos no significan para el futuro ningún programa comunista. Los hombres que los elaboraron han obtenido la adhesión de las naciones que luchan por la libertad. Esta bandera debe seguir su camino, flameando muy alto, hasta llegar al final de su jornada. Sin vacilaciones, con voluntad férrea de lucha, dejando de lado a quienes, débiles o temerosos, no se dan cuenta de que con su actitud suicida, favorecen lo que con tanto temor quieren evitar.

Un espíritu de encendido y de franco optimismo debe guiar a la humanidad en estos momentos. Uno y otro día debe ser imitado el temple de hierro del Primer Ministro Británico, en aquellos días en los que yo fuí testigo de la catástrofe de Dunkerque, cara al mar del Norte, contemplando la desbandada de las tropas aliadas y el avance arrollador de las unidades nazis. Optimismo que el Presidente Americano ha sabido difundir a través de sus discursos, de sus notas y de la consecuencia de su conducta. .Optimismo que se propaga, pero que hay que extenderlo aún más, día tras día, por todos los ámbitos del mundo. Porque la guerra es también una lucha de voluntades.

Los principios son claros, la intención es recta, existe voluntad de vencer y se vencerá. Y llegada la hora de la victoria, para coronar dignamente la gran empresa, será preciso que la doctrina prometida sea aplicada sin regateos ni mezquindades. Ahí estriba el punto culminante de la responsabilidad de quienes dirigen el bloque de la libertad, y concretamente la responsabilidad americana. El hombre que combate, el que cruza los mares minados, el que cree y espera en un mundo mejor, piensa que cuando la libertad triunfe, será entronizada en todos los lugares de la tierra, y adjudicada a todos los hombres, porque no concibe una sociedad futura en la que los pueblos libres pacten y se entretengan con aquellos que aun siguen empleando la tiranía como forma de gobierno. Se oye a veces decir que existen pueblos en los cuales no son posibles las formas de libertad, por su escaso nivel cultural. Puede ser verdad, y en ciertos casos lo es, pero de que no sea posible el desarrollo de las formas superiores de la ciudadanía, al campo de concentración y a la oligarquía por sistema, va un abismo. Además, cabe el desarrollo paulatino de la libertad, en todos los pueblos, hasta en aquellos sujetos a formas coloniales que no son sistemas permanentes de dominio, sino formas transitorias de tutela para la educación, elevación moral y preparación para la libertad, repito, para la libertad de los indígenas.

El hombre de las trincheras, el que navega sobre las olas o lucha en los aires, en unión de la humanidad sensata, combate y labora porque espera que el egoísmo, que es siempre planta

de retaguardia, no maquine sistemas de explotación económica, que deben desaparecer para siempre, para que surjan en su lugar vías abiertas, a fin de que los bienes de la tierra tengan la finalidad de crear la paz y el bienestar de todos y cada uno de los hombres, mediante su más justa y equitativa distribución. Porque no conciben que combaten por un reino de miseria, sino por una sociedad mejor.

Y piensan, también, que debiendo ser libres los pueblos todos, su libertad debe ser diestramente organizada, a fin de que constituyendo una especie de familias unidas, impidan el desorden y la ambición, y por medio del acatamiento a una autoridad común, se eviten nuevos dolores a la humanidad, por un período de tiempo lo más largo posible.

Es decir, que las generaciones que han visto el dolor, y aquellas que todavía lo han de ver, quieren que se establezca definitivamente la ley moral en la Humanidad. Ley moral que impida el incumplimiento de la palabra dada, y que, restaurando la decencia en las relaciones humanas de todas clases, nos recuerde que somos seres racionales capaces de rectificación. Porque el hombre podrá a veces ser malo, pero no quiere serlo siempre.

Y ésta es la misión de América, conseguir adecentar el mundo, obtener que lo que se proclamó como principio sea aplicado en la práctica, demostrar que la honradez tiene aún en el mundo más prosélitos que el gangsterismo.

El bloque de la libertad debe ganar la guerra y dirigir esta revolución que vivimos, sin arriar bandera ni pasarla a manos de otros. Si para ello tiene que combatir el espíritu materializado y egoísta, combátalo. Si tiene que desbaratar las cómodas e insinuantes pretensiones del "realismo", hágalo. Si existen todavía quienes crean que todo esto no interesa a América, es preciso dejarlos de lado, porque América juega en estos momentos un papel universal. De su actuación depende en lo futuro la grandeza o la ruina de este país, y la ignominia o la felicidad de la Humanidad, y además, el agradecimiento de las generaciones venideras, o el recuerdo ingrato que señalará con ceño adusto, que el desorden y el caos se produjeron de nuevo,

porque el pueblo que tuvo en su mano la antorcha de redención, no supo ser digno de la grandiosa misión civilizadora que Dios le encomendó.

La actual generación americana ha repetido aquellas magníficas palabras del Presidente Lincoln en el discurso de Gettysburg: "... porque estamos decididamente resueltos a que estos muertos no hayan muerto en vano, a que esta nación, bajo Dios, tenga un renacer de la libertad, y a que el gobierno del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo no desaparezca de esta tierra".

Y porque creemos firmemente, que América cumplirá con la excelsa misión que le ha sido encomendada, pedimos a Dios que la bendiga, y que la ilumine y la guíe.

El tercer frente enemigo: el de la Unión Latina

Conviene conocer bien dónde se encuentran los enemigos de la libertad, los que aparecen definidos, y más aún aquellos que ocultan sus designios con estudiado engaño, que son los más peligrosos.

No voy a referirme al hitlerismo que todo el mundo que quiere discurrir sabe es un régimen de violencia y por lo tanto de horror y de sangre, ni al fascismo italiano, en torno del cual se creó incomprensiblemente un ambiente de tolerancia que pretendía desconocer que principios basados en la fuerza y en la jactancia no podían traer sino el caos, y, a Dios gracias, también el ridículo. No, mis ejemplos son frutos de la experiencia vivida entre esos ambientes que se cubren con ropajes de piedad, que claman por la civilización cristiana, que ingenuamente pretenden ser los paladines del Occidente, y que con sus prédicas tanto han confundido a la humanidad, y tanto siguen debilitando aun hoy el espíritu de las democracias, necesitadas de procedimientos enérgicos que despojen estas atmósferas viciadas y dañosas. Porque el veneno más nocivo es aquél cuya existencia se ignora o se olvida. Sus consecuencias son las que le delatan, aunque tarde, porque el mal ya está hecho.

Es corriente afirmar que existen dos frentes de lucha, el del Atlántico y el del Pacífico, y dos adversarios principales, Hitler en Europa y el Japón en Asia. Se olvida corrientemente un tercer adversario y un *tercer frente*, a los que no se da la importancia debida. Me refiero al frente de la Latinidad y más concretamente al eje Roma-Vichy-Madrid-Lisboa, con sus intentos de enlace con Buenos Aires. También se le conoce por la Unión Latina. Su organización material no se ha perfeccionado aún, pero su espíritu aparece completamente definido.

Hace algunos años, cuando todavía Mussolini representaba ópera bufa y no tragedia como ahora, Roma era la cabeza de todo este movimiento. Tenía en Francia fuertes simpatías en los sectores antidemocráticos y en muchos otros del llamado campo nacional. En España, el incipiente movimiento falangista, hizo a Roma capital de la Latinidad. Alguno de los seudofilósofos definidores de la Falange llegó a afirmar, que así como en los tiempos primeros de la Era Cristiana el salvador del Catolicismo fué Pablo de Tarso, en la era presente este título correspondía a Benito Mussolini. Con el homenaje y el incienso empezó también la confusión. ¡Pobre Iglesia si no cuenta con mejores protectores que el Duce!

Pero en Europa, lo mismo en Italia, en Francia, en España, que en Portugal, y no erraremos si también decimos en Bélgica, todos aquellos elementos alzados contra la democracia y la libertad, clara o subrepticiamente, desarrollaron en los últimos tiempos una campaña prolatinidad, basada en la inteligencia de las *hermanas latinas* como se llamaban, que apareciendo absolutamente inofensiva al exterior —orden, afinidad de cultura, etc.—, tenía en sus entrañas designios de otra índole.

La Unión Latina tiende a unir los países de fisonomía o civilización más o menos influídas por el Catolicismo, en una inteligencia que tiene los siguientes caracteres: a) aspira a crear un poderoso bloque de influencia futura, que pueda contrarrestar con su latinidad el germanismo cuyo triunfo espera; b) maneja el *slogan* anticomunista con una extensión acomodada a sus conveniencias; c) es esencialmente antidemocrática; d) suprime radicalmente las libertades individuales;

e) implanta el corporativismo y el sindicato obligatorio en lo social y defiende la autarquía en lo económico; f) trata de servirse de la Religión Católica como elemento integrante de su civilización, y g) intenta llegar con su influencia a la incorporación de la América Latina.

Que pretendan crear un bloque motivado por una similitud de civilización, a nadie puede extrañar. Incluso podemos admitir el anticomunismo de su doctrina, aun cuando no creamos en la eficacia de los programas negativos. En lo que estos regímenes se descubren totalmente es en su lucha organizada contra la libertad.

Dos consecuencias principales se producen inmediatamente: una, es la afinidad con el Eje, en cuya órbita ideológica y de influencia se sitúan; otra, la imitación de los procedimientos totalitarios, pues ellos también emplean el destierro, el campo de concentración, la cárcel, la incautación de bienes de los adversarios políticos, y el fusilamiento.

La influencia del dictador portugués Oliveira Salazar, quien lleva sobre todos los demás la ventaja de una mayor moderación en los procedimientos y un prestigio reconocido, incluso por los adversarios, por sus éxitos en la administración del Estado, se deja sentir en los componentes de este bloque de antilibertad. Pretende el dictador portugués, organizar la latinidad, separándola con igual sinceridad de la influencia espiritual anglosajona que de la germánica. Detesta la democracia, pero teme el triunfo germánico. Entra en sus cálculos la América Latina y en ella pone sus esperanzas.

Hablaba yo con uno de los colaboradores inmediatos del Dictador portugués, en el barco que desde Buenos Aires me trajo a los Estados Unidos. Me percaté de que su viaje de propaganda por tierras de América, en consecución de las finalidades apuntadas, no había sido fructífero, especialmente en el Brasil. Hablamos sobre la Latinidad y su organización. Le argüía yo diciendo que un problema de esa naturaleza no podía triunfar sino a base de la libertad, porque los pueblos organizados en régimen de violencia no pueden crear ninguna afinidad constructiva. El no creía en la libertad ni que se luchara por ella.

—¿Usted cree que Inglaterra lucha por la libertad? No, lo hace exclusivamente por sus intereses —me decía.

—Por las dos cosas —le contesté—. Es extraño que ustedes con un Tratado de Alianza con Inglaterra lo duden —añadí con ironía que hizo sonreír a mi interlocutor.

Yo seguía preguntándole:

—La posición de ustedes se hace muy difícil —le dije—. La amenaza hitleriana quita fuerza a sus ideas. Porque se trata, además de ideas, de posiciones. Sobre todo si entra América en guerra como parece inevitable. ¿Cuál será a su juicio la posición de España y Portugal, ya que la Francia de Vichy es un país vencido?

—España no podrá evitar la guerra, antes o más tarde, y nosotros haremos cuanto podamos por mantener nuestra neutralidad. Todo depende de Hitler —me contestó.

Mis ideas iban reforzándose. Si estos países de la Unión Latina no pueden asegurar si serán o no envueltos en la lucha, y no se organizan para combatir la agresión hitleriana, ¿qué fines puede tener esa Unión, dada su ideología antidemocrática, como no sean los de servir al totalitarismo, debilitando el espíritu de ciertas masas de opinión, a fin de que no se adhiera a la lucha por la libertad? El eje Roma-Vichy-Madrid-Lisboa con sus tentáculos que quieren llegar hasta Buenos Aires, se presenta como un conglomerado cristiano, organizado en principios que llaman cristianos y que trata de salvaguardar la civilización cristiana. Todo esto, que no pasa de ser un espejismo que puede engañar a tantas gentes, es la base primordial de su propaganda. No niego que haya buena voluntad en algunos de sus propugnadores. Lo que afirmo es, que su resultado es la constitución de un tercer frente contra la libertad tan peligroso como los otros. En él no suena aún el cañón, pero desde él se siembra confusión y cizaña, se desalienta y desmoraliza, para que se resquebraje la moral, y los combatientes de la libertad se encuentren derrotados por la espalda. Por eso es menester considerarlo adversario y combatirlo con todas las armas.

No es preciso esforzarse mucho para comprender lo que

digo, pues basta estudiar la propaganda empleada por estos países que se dicen cristianos y emplean un poco los métodos de Judas. Hablo especialmente de los que mantienen su neutralidad, aunque no sea más que de una manera aparente. Entre ellos se distingue la España de Franco, donde no existe más prensa que la controlada por el Estado, lo que quiere decir que sus opiniones son las oficiales y sus noticias también. Lo mismo que en Alemania e Italia. Nunca he podido comprender por qué en América ha existido siempre tan deficiente información sobre la violenta pasión por el Eje de los diarios españoles y su anglofobia y antiamericanismo. Este silencio, que en alguna ocasión me han explicado como debido a la indiferencia, lo considero altamente perjudicial, por tratarse de una cuestión íntimamente ligada con la de los pueblos de Sudamérica. Además, si se conociese aquí la manera de pensar de la prensa española, que como he dicho es portavoz de la opinión oficial, se disiparían muchas confusiones que aun tienen engañados a ciertos núcleos de los Estados Unidos, y del resto de las Repúblicas Americanas. Tan importante como el descubrimiento de un depósito de armas en cualquier centro u organización de tipo nazi existente en las Américas, es a mi juicio el conocer debidamente la ideología y propaganda desarrollada por los países, que, como la España de Franco, están situados en la órbita del totalitarismo. Porque sin el peligro de la ideología no habrá razón de sentir temores por la organización.

Yo puedo asegurar porque lo sé, aun cuando en esto no pueda ser más explícito, que todas las instrucciones oficiales dadas por la España totalitaria a las organizaciones o empresas que trabajan para el exterior, son propias de un país totalitario que se prepara para la guerra. No existe una sola que signifique la más mínima adhesión a la causa de la libertad. No es que se desee entrar en la guerra; afirmarlo sería faltar a la verdad. Pero la ideología arrastra con fuerza, y el temor a la victoria de la libertad es más fuerte que los deseos de paz. Cuando triunfen las democracias, no tendrán que tomarse el trabajo de ir quitando los regímenes de totalitarismo vergonzante que hay en Europa, porque esta labor de saneamiento la realizarán los

pueblos. Y esto sí que ha de dar trabajo a las democracias, porque cuando el pueblo se toma la justicia por su mano —y esta vez los agravios son inmensos—, muy a menudo la suele convertir en injusticia. Tanto en Madrid como en Vichy saben, y en Lisboa lo sospechan, que la caída de Hitler y Mussolini arrastraría con ellos a sus amigos y a aquellos a quienes ellos dieron su existencia.

De ahí que las derrotas de los Aliados se consideren por esos Gobiernos como victorias propias, porque aun cuando no se hallan todavía en franca beligerancia contra los Aliados, sí lo están contra la Democracia. Esta posición podía no ser un equívoco cuando se admitía que una cosa era la democracia y otra la libertad, pero hoy no cabe el distingo, pues allí donde es barrida la democracia perece la libertad.

De esta posición de la Unión Latina, surge una ayuda indirecta a las potencias totalitarias —la directa la realizan individualmente—, que consiste en enrarecer el ambiente en los medios democráticos, empleando procedimientos *espirituales* que van directamente dirigidos a los tímidos demócratas más preocupados en los peligros de la democracia que en sus beneficios.

Aquel italianismo de los elementos *nacionales* franceses, durante el tiempo en que Italia aun no era beligerante en la guerra, causó un daño grandísimo en la moral nacional de Francia, al debilitarla y restarle energías. Cuando toda aquella corriente italianófila de los elementos antidemocráticos, ha plasmado en la llamada revolución que dice representar Vichy, sus efectos han llegado hasta el Canadá. Si en lugar del espíritu derrotista que condujo al compromiso de Montoire, hubiera triunfado el espíritu de resistencia de los patriotas franceses puros, su reflejo en el Canadá de habla francesa hubiera sido totalmente distinto.

Me decía un eminente filósofo francés, después de una de sus visitas al Canadá, que todavía se sostenía allí públicamente por ciertos sectores que los designios de esta guerra eran exclusivamente imperialistas, y que llegaban en su confusión a tal extremo que sostenían que la posición digna y razonable era

la de Vichy y la equivocada la del Imperio Británico. De ahí a desear el triunfo de los totalitarios no hay ni un paso.

Hace algún tiempo tuve ocasión de conocer a un diplomático francés al servicio del Gobierno del Mariscal Pétain. Con muestras de un resentimiento un poco infantil, criticaba a la democracia americana, mientras contemplábamos el paso de las unidades militares, en uno de los desfiles organizados en Nueva York, antes de entrar los Estados Unidos en guerra.

—Vea usted lo que son estos demócratas —me decía entre otras burlas sobre la organización de la parada que en verdad no era perfecta—. Ahí van esos negros separados de los blancos. Con esas diferencias, es difícil pueda creerse que se lucha por la democracia —argüía poniendo de manifiesto unos escrúpulos de ortodoxia democrática, que me hacían mucha gracia.

—A pesar de todos los defectos que usted señala —le respondí intencionadamente—, esos soldados negros son mil veces más libres que los ciudadanos esclavizados por el régimen de Hitler y por los otros dictadores que le imitan. Por eso aquí se lucha por la libertad, aunque sus aplicaciones democráticas no sean perfectas. De no aceptar esto, tendríamos que ir con Hitler, ¿no le parece?

—No, con Hitler no —exclamó espontáneamente dejando al descubierto al francés que llevaba dentro—. ¿Pero no le parece que aquí luchan exclusivamente por sus propios intereses y con intenciones imperialistas?

—Bien, aceptémoslo —le respondí—. ¿Qué campo elige usted entonces?

Tímidamente, como aquel que ha recibido una comisión que no le place, o de la que no está convencido, me contestó hasta bajando la voz:

—La latinidad organizada podía ser una solución . . .

—¿A base de dictadores? —le respondí algo bruscamente—. ¿A base de una constante crítica de los países que luchan por la libertad? . . . ¿Hasta con campos de concentración? . . .

Interrumpió nuestra conversación la esposa del diplomático, que al ver desfilar con precisión matemática a los cadetes de

West Point, exclamó poniendo cierta sorna en sus palabras:

—Voy a telegrafiar al *Maréchal* que los americanos ya han aprendido a desfilar.

Muy contento hubiera contestado a dicha señora, que aquellos aguerridos y disciplinados muchachos de West Point, además de saber desfilar creían en los ideales que simbolizaba su bandera, que es lo que faltó a muchas cabezas del ejército francés y causó la desmoralización de un pueblo magnífico. Y además le hubiera añadido, que son ideas como las de su marido, las que infiltrándose insinuantemente en el pueblo, terminan por hacer que los ejércitos desfilen sin alma hacia la derrota. Pero opté por cambiar de conversación, y hablamos de un tema tan alejado como es el del arte oriental.

El peligro de las dictaduras cristianas

El problema de las modernas *dictaduras cristianas* es de una gravedad tal, que conviene examinarlo sin paliativos, atacándolo de frente como una de las mayores desgracias de la Cristiandad.

La Unión Latina, que aprovecha en su beneficio el potencial cristiano principalmente del Catolicismo, ha causado y sigue causando los más profundos estragos en las conciencias de muchos de los habitantes de todas las Américas.

He tenido ocasión de conocer el ambiente católico americano y de observarlo. Yo no tengo por qué poner sordina a mis palabras. Creo que todos ganaremos hablando con honrada claridad.

Yo afirmo que el Catolicismo del Continente Americano, tanto del Norte como del Sur, ha sido víctima y lo es aún en grandes extensiones, de la superchería de las *dictaduras cristianas*. La Unión Latina tiene para muchos militantes del Catolicismo, un fuerte poder de atracción, porque está constituída por pueblos de orientación y pensamiento cristianos —no me atrevo a llamarlos prácticamente cristianos—, y en ellos ponen sus esperanzas aquellos que piensan que la verdad y profundidad

de las ideas religiosas están en proporción con la mayor o menor importancia de los poderes públicos protectores.

Yo no puedo concebir en estos momentos que pueda separarse la causa de los pueblos de la Unión Latina de la del Nazismo. Son su agente aliado más poderoso, y el más útil, porque prepara ambientes de recelo y confusión. La adhesión y el entusiasmo por las dictaduras cristianas ha conducido a extensas masas católicas a una posición difícil en los momentos presentes. ¿Cómo puede un católico americano estar con Franco y atacar a Hitler? Franco confía en el triunfo de Hitler, lo apoya, y hasta promete el envío de un millón de hombres para "combatir al bolchevismo". Este es el gran pretexto. Pero su sistema es el mismo, de dictadura y antilibertad. Por eso la adhesión a estos regímenes que han comprometido la doctrina cristiana con el empleo de la fuerza para su implantación, es un veneno que llega a producir estos efectos perturbadores: a) provocan instintivamente la simpatía por un régimen de fuerza dictatorial que es la barrera del bolchevismo; b) produce un denso ambiente antidemocrático; c) insensiblemente, como en los vasos comunicantes, crea en estos núcleos simpatías hacia el Eje que apoya a las dictaduras cristianas, no por cristianas sino por ser dictaduras; d) se produce *a sensu contrario* el ataque a las democracias "aliadas al bolchevismo", porque para el adversario no es ya la U. R. S. S., es el bolchevismo.

Quien alabe el régimen de Franco o de Pétain necesariamente debilita sus fervores por la libertad. No se puede olvidar que son regímenes dictatoriales por sistema. Porque la dictadura en un momento determinado puede tener su justificación, pero, temporalmente, y no como sistema. Hasta las democracias la tienen prevista en sus leyes, cuando establecen para casos determinados los plenos poderes.

No es éste el caso de las *dictaduras cristianas*. Las simpatías por estos regímenes nacen de una concepción equivocada y de una deformación del sentido religioso. Y se pueden comprender admitiendo solamente que sus simpatizantes creyeron que se trataba de otra cosa. ¿Qué católico americano quiere para

su país un régimen como el español, donde se elimina al adversario político por el hecho de serlo, sepultándolo en la prisión, encerrándolo en el campo de concentración y en el mejor de los casos, incautándose de todos sus bienes? Hay que retroceder muchos siglos en la historia para encontrarnos con algo parecido. Sólo la ambición de ciertas oligarquías, desea esta clase de regímenes por su propia conveniencia.

Lo que no es lícito, ni honrado, es mezclar el ideal augusto de la fe religiosa con todas estas caricaturas dictatoriales. El católico de América no puede colocarse en el bando de la antilibertad y mucho menos puede comprometer su fe confundiéndola con los intereses antidemocráticos de los pueblos de la Unión Latina. Arrojada la careta, despejado este ambiente ¿qué queda? Queda un régimen inhumano contra el cual hay que actuar con firmeza y claridad, proclamando que el Cristianismo no debe ser confundido con las dictaduras porque es doctrina de liberación, y separando al Catolicismo militante de toda simpatía totalitaria en una noble lucha a favor de la dignidad humana y de la libertad de los pueblos, para que los creyentes jamás quieran para los demás lo que no quieren para sí. ¿Parecería bien que mañana una dictadura protestante barriera del suelo americano por la fuerza todas las señales externas del Catolicismo, o que una dictadura católica cometiera semejante desatino con el resto de las confesiones americanas?

Descendiendo al terreno civil, ¿parecería bien que un solo partido humillara a la ciudadanía americana obligándola a ingresar en sus filas, o en un campo de concentración en el caso contrario? Sólo por motivos de ignorancia concibo yo a un católico americano al lado de las *dictaduras cristianas*. ¡Y cuánta fe democrática ha sido debilitada por estas simpatías dañosas! . . . Porque además se olvida que no asistimos hoy a un torneo literario de Ateneo, sino a una guerra de cuyo desenlace depende nuestro futuro, y especialmente el de nuestros hijos.

La misión del Catolicismo americano es aún más augusta. Hablo con emoción de cristiano y por eso me permito hacerlo con libertad. La misión del Catolicismo americano es la de

dotar a la Cristiandad de aquel soporte que hoy necesita urgentemente. Y sólo podrá hacerlo, hablo en un terreno humano, un catolicismo sincero, que luche por la libertad con banderas desplegadas, consciente de que la libertad, sin otras protecciones, hará que su doctrina alcance esa misión excelsa para la Humanidad. Pío XII ha hablado. Sus Cinco Puntos para una paz duradera, nada tienen que ver ni con las doctrinas de los regímenes totalitarios ni con las de las dictaduras cristianas. Así han podido ser aceptados en Londres como declaración común por las cabezas de otras confesiones cristianas y por la judaica. Aquí se leen con satisfacción las notas claras, rotundas, llenas de unción y de civismo del Arzobispo Spellman de Nueva York. Roma la cristiana, no puede ser comprometida ni por Hitler, ni por Mussolini, ni por Franco. Depende en gran parte del Catolicismo de América que el mundo lo entienda así, porque hasta este momento, a pesar del sufrimiento de la Iglesia en Europa, no ha entrado el convencimiento en muchos ánimos.

Ya lo he dicho y lo repito. La causa de este debilitamiento espiritual que tanto perjudica a conductas y posiciones, depende en gran parte de la perturbación introducida por el afecto a las *dictaduras cristianas*. Pero hay algo peor. Es la *crisis de la caridad* en el Catolicismo de estos pueblos de la Unión Latina. ¿Por qué razón un sentimiento inhumano se apodera de los dirigentes dictatorialistas en cuanto llegan al poder? Los horrores del campo de Franco causarán espanto al mundo cuando sean conocidos en toda su verdad. Porque los otros, los del otro campo, no presumían de cristianos. No comprometían a Cristo.

Hablaba yo de este tema en Bélgica con el Obispo vasco doctor Múgica, exilado por el régimen de Franco. El alzamiento militar sorprendió al doctor Múgica en su sede de Vitoria, en el País Vasco. Desprovistos de medios de defensa los vascos de aquella región así como los de Navarra, cayeron desde el primer día en poder de los rebeldes, sin posibilidad de oposición o lucha. Y comenzó la más sangrienta persecución contra aquellos vascos indefensos, y los que decían haberse alzado para salvar la religión no perdonaron en su furia antivasca a

sacerdotes y religiosos. Me refería el doctor Múgica que los asesinatos perpetrados por los *cruzados* habían alcanzado tales proporciones y era tal la saña y furor que habían puesto en los procedimientos, que alarmado el Cardenal Primado doctor Gomá, celebró una reunión en Vitoria en la residencia del doctor Múgica, a la cual también fué convocado el Obispo vasco de Pamplona. Comentaron con horror el número de asesinatos que solamente en Alava y en Navarra se habían perpetrado. Y les decía el doctor Múgica: "¿Será posible que el número de asesinados haya ascendido a siete mil, como me lo han asegurado, en estas dos regiones en las que no ha habido lucha? Si así es, se trata de una matanza a sangre fría que no puede tolerarse." Los Prelados determinaron intervenir enérgicamente. Estando reunidos se presentó un capitán del Ejército de Franco, persona seria y de responsabilidad, que por su cargo tenía una información exacta de los hechos. Se mostraba también indignado. El Cardenal Gomá le preguntó:

—¿Pero será posible que solamente en Alava y en Navarra, se hayan asesinado siete mil personas?

—Bastantes más, señor Cardenal, bastantes más —contestó el Capitán franquista, sin querer precisar la cifra de los muertos, porque sólo su recuerdo le avergonzaba.

Conté entonces al prelado vasco, la terrible impresión que sentí en mi alma de cristiano y de hombre, cuando oí el relato que me hizo en mi despacho de la Presidencia en Bilbao, don Ernesto Ercoreca, Alcalde de la capital de Vizcaya, que venía de Francia, en donde había sido canjeado con el actual Ministro de Justicia del Gobierno de Franco don Esteban Bilbao, que estaba en nuestro poder desde el comienzo del alzamiento. El señor Ercoreca se encontraba en Madrid y regresaba a Bilbao el 18 de julio, día del alzamiento franquista, con tan mala fortuna que a mitad del trayecto, al pasar por Burgos, las fuerzas sublevadas le detuvieron, siendo luego encarcelado en la fortaleza-prisión de San Cristóbal en Pamplona. Varios centenares de presos estaban allí encerrados en condiciones de hacinamiento vergonzosas. El señor Ercoreca, anciano de setenta años y hombre de honestidad proverbial, no podía contener su

emoción. Las palabras le brotaban atropelladamente de los labios.

—Cuanto antes señor Presidente, los canjes, los canjes —repetía—, porque aquel espectáculo es escalofriante. Todas las noches suena en las celdas la llamada más horrible que puede usted imaginarse. Veinte o treinta hombres son sacados sin más formalidad, y conducidos al fusilamiento. Son hombres detenidos, como yo, sin lucha, únicamente por sus ideas. Los canjes, los canjes —repetía una y otra vez . . .

—Usted será el Presidente de nuestra Comisión de Canjes —le respondí compartiendo su emoción—, y saldrá inmediatamente para Bayona con sus compañeros, porque sabrá usted que nuestro propósito es hacer un canje total de prisioneros. Todos los franquistas que tenemos nosotros, por todos los nuestros que tiene Franco.

Los canjes . . . no pudieron verificarse, fracasando todos los intentos porque Franco no lo quiso. El sentido de la caridad y del honor habían desaparecido del campo de Franco. Testigos son del fracaso y de sus causas, el Embajador Británico Mr. Chilton, el Embajador de la Argentina señor García Mansilla, y el Secretario de la Cruz Roja Internacional, Mr. Junot, que activamente intervinieron para lograrlo. Yo no necesito de otras afirmaciones ni testimonios.

Mientras tanto seguían los fusilamientos en Pamplona, presenciados con sangre fría que espanta, incluso por muchachas del bando triunfador, que de madrugada, acudían a aquellas matanzas a guisa de espectáculo, y más tarde a la iglesia a oír misa. Para sus conciencias perturbadas aquella depuración era uno de los santos fines de la *Cruzada*. Hecho rigurosamente histórico que pone de manifiesto la honda crisis de la caridad en el Catolicismo dictatorialista español. La caridad entra en agonía en todo régimen que considera a quienes disienten de sus opiniones, como delincuentes llevándolos a la prisión o al patíbulo.

No es lícito, como en el caso español, cargar las culpas a los excesos cometidos en el bando republicano. Los crímenes cometidos merecen condenación, cualquiera que sea quien los cometa. Los cometidos en el campo republicano comprometie-

ron el prestigio de sus dirigentes, insultados y calumniados por dicha causa. Pero los otros comprometieron además a Cristo. Y es aquí donde ha surgido la protesta de los cristianos de diferentes lugares de la tierra que con perfecto conocimiento de los hechos, sin ignorancias culpables, ni silencios interesados, ni buena fe negligente, han proclamado que nadie tiene derecho a comprometer a Cristo.

Solamente admitiendo que la crisis de la caridad del Catolicismo dictatorial español haya alcanzado también al Catolicismo de otros pueblos, puede comprenderse el aplauso a unos hombres que, con la ayuda de moros, alemanes e italianos, se alzaron en armas *por la civilización cristiana*, sin que jamás, en ninguna ocasión hayan expresado en sus discursos, en sus notas y declaraciones oficiales, ni una sola palabra de piedad para las víctimas, todas ellas injustamente agredidas, y muchas de ellas ejecutadas contra todas las normas de la decencia humana. Yo pregunté en su día al Cardenal Gomá, por qué un silencio trágico acompañaba al fusilamiento y asesinato de los quince sacerdotes vascos y al sufrimiento de los cientos de eclesiásticos que padecían exilio, persecución y cárcel. En la respuesta se atribuía a causas políticas la ejecución de unos y la persecución de los demás. Si ello era así, ¿qué argumento quedaba a la Jerarquía Española, para protestar de la ejecución de tantos eclesiásticos a manos de los extremistas del campo republicano, que lo hacían —con error culpable sin duda—, por considerarlos aliados de una sublevación contra el régimen?

El silencio ha persistido. Se ha permitido la calumnia, el desprestigio del adversario, sabiendo en muchos casos que se faltaba abiertamente a la verdad. Una relación de estos hechos por nuestra parte se haría interminable. Porque las consecuencias de las crisis de la caridad quienes más las hemos padecido somos nosotros.

Aplaudir y ensalzar a un régimen que causó tanta desgracia moral y material, y que una vez victorioso continúa fusilando y ahorcando metódicamente, y establece la cárcel y el campo de concentración para quienes disientan de la regla de pensar que ha impuesto, será en todo caso una actitud política que

pueden adoptar aquellos que están desprovistos de sentido humano y creen en el imperio de la fuerza bruta, pero no los que se llamen cristianos. Porque, aunque se tenga el don de profecía y se hagan milagros, y se posea una fe que traslade las montañas —y esto hace tiempo se nos dijo a los cristianos—, faltando la caridad, nada somos. Y se nos dijo, entre otras cosas, para que no confundiéramos la sublime misión de Cristo con la obra diabólica, que la ambición desatada por la soberbia ha encomendado hoy a las formaciones motorizadas de la antilibertad.

Hemos de confesarlo sin rubor, los católicos carecemos de decisión y coraje para atacar francamente estos males, porque nos falta fe. Fe en la acción del espíritu que no necesita de ametralladoras para extender por el mundo las excelencias del Cristianismo, fe en nuestras mismas doctrinas puestas en entredicho por la inconsecuencia de nuestras conductas.

Yo vengo del terreno de la lucha, de esos parajes de dolor y sacrificio en donde se oyen las confesiones sinceras, donde los hombres al ser despojados de los bienes terrenales, levantan sus ojos hacia lo alto y piensan con pureza de sentimientos. He hablado con personas de todas las ideologías, que padecían como yo, y me acerqué a ellas con un espíritu exento de recelos. De ese contacto, que el sufrimiento común hizo más fraternal, he extraído mis mayores consuelos como cristiano, porque he visto una y otra vez que los hombres buscan una norma moral, un retorno a unos principios eternos, que las invenciones humanas, que sólo miran a la materia, no pueden darles. Y he visto confiar en Cristo a quienes jamás se habían acordado de El, y a veces le habían negado. ¡Venturosa reacción la del espíritu humano, contemporánea, si sabemos los cristianos ser dignos de esa hora de la Cristiandad que está llegando! Y eso lo conseguiremos con fe, con profundo sentido social, con acción decidida, situados ahora en primera línea en el combate por la libertad, uniéndonos fraternalmente a todos los grupos cristianos y a cuantos hombres crean en la dignidad humana e invitando a hacerlo a quienes se encuentren reacios, sin actitudes vacilantes y mucho menos confusas, y jamás pensando que

los cañones se hicieron para imponer una doctrina, y menos si ésta es de amor, paz y caridad. Porque si ahora los utilizamos, y a ello nos han obligado, ha sido para defender una civilización en peligro a manos de aquellos, que proclamando las dictaduras totalitarias —llámense *paganas* o *cristianas*— creen en la violencia como único factor capaz de impedir la *maldad* del hombre, maldad que consiste en no pensar como ellos.

He querido en estas líneas dirigirme a los cristianos y muy especialmente a mis correligionarios católicos, para exponerles dura y crudamente el engaño de las llamadas *dictaduras cristianas* y llevar a su comprensión que ya es hora de detener en su marcha maligna la confusión que de ellas se deriva, confusión que es tal vez en América donde más estragos espirituales produce. Ahora comprenderán muchos, que el Pueblo Vasco, al rechazar con las armas la agresión de que fué objeto, no lo hizo por confusión o engaño, sino porque fué un pueblo que vió claro y cumplió con su deber, que al defender su propia libertad ha defendido también la decencia cristiana, que no es sólo patrimonio suyo, sino de todos los demás. Y al hacerlo así ha contribuído eficazmente a que el mundo comprenda que no es lícito confundir al Cristianismo ni al Catolicismo con la Dictadura. Y si con ello hemos abierto camino a la luz entre tanta tiniebla, por bien recompensados damos todos nuestros sacrificios y sufrimientos.

La marchita diplomacia y el eje latino

Al elemento burgués temeroso del *comunismo* le ha deslumbrado el *sentido de orden* de los países totalitarios; al elemento cristiano, la propaganda hecha en nombre de la *cruzada* le ha arrastrado en pos de sí; pero hay un tercer núcleo de personas que se han dejado influir demasiado por el factor tiempo. Esta clase de elementos, cuyo lema es *ver y esperar*, se encuentra principalmente entre el elemento diplomático. Quizá la misión que a los diplomáticos les está encomendada de evitar los conflictos mediante medidas prudentes, u otorgando concesiones

graciosas al adversario, o dando largas a los asuntos cuya solución inquieta, ha creado en ellos un complejo de tiempo retardado. Pero también este concepto anquilosado de la diplomacia, cambiará violentamente como resultado de esta revolución que estamos viviendo.

El Eje con su diplomacia marca la pauta. Mientras la que obedece las normas de von Ribbentrop está colocada a la ofensiva, y actúa empujando y lanzando sus iniciativas con espíritu de ataque, la que representa a las democracias se coloca a la defensiva y actúa con prudencia desproporcionada a los tiempos que corremos. La primera no tiene escrúpulos y desprecia las cortapisas; la segunda encuentra escrúpulos por todas partes y considera las más leves dificultades. Los agentes de Von Ribbentrop —son más agentes que diplomáticos—, representan y conspiran; los otros representan, esperan y continúan siendo los árbitros de la vida social.

Yo preveo un choque violento de las dos concepciones, la que usa del descaro y de la desaprensión como método, con la que se ha dejado enfermar por una prudencia dañosa, para llegar a la que se propone conseguir un fin con medios justos, no digo legales. Porque hoy vivimos en tiempos en que lo legal no corresponde a lo justo. Un francés que combatía por la libertad o seguía a De Gaulle, pongo por caso, no gozaba de tanta consideración legal como otro que ostentaba el pasaporte de Vichy. Y estas situaciones se repiten en toda clase de idiomas. Porque se quebranta en muchos casos la justicia, pero se cumple la legalidad.

La diplomacia alemana salta por encima de lo legal y hasta de lo justo. Su medida está determinada por aquello que conviene, naturalmente, a Alemania. Colocándonos en lo justo creo que se da la fórmula acertada y adecuada a las presentes circunstancias.

Hablaba hace algún tiempo en Wáshington con un simpático diplomático, del Departamento de Estado. Reía el diplomático mis ocurrencias.

—Es usted definitivo. Es decir, que nosotros habíamos de romper relaciones con aquellos países que no nos satisfacen . . .

—No, yo no soy tan definitivo como usted me cree. Lo que digo es que por esperar demasiado y complacer también demasiado a quienes no lo merecen, van a terminar por enemistarse con los que aun creen y confían en ustedes. Porque está bien mantener relaciones con los desafectos, pero lo imprudente es no percibir dónde están los amigos.

—Pero volviendo al tema —me dijo el diplomático—, ¿no cree usted que esos pueblos de la que usted llama Unión Latina que hoy se mueve más que en la órbita del Eje en el radio de temor al Eje, puedan un día venir a engrosar las filas de las Naciones Aliadas?

—Si se refiere usted a los pueblos, y no a los gobiernos, le diré que ésos ya están con las Naciones Aliadas, pero si se refiere a los gobiernos y no a los pueblos, le diré categóricamente que no. Se mantendrán equívocamente neutrales si usted quiere, o permanecerán quietos en caso de un ataque de Hitler si usted lo prefiere, pero ¿engrosar las filas de la democracia . . .? ¿Podríamos concebir a Laval pasándose al lado de las democracias o a Franco luchando por la libertad? Lo que yo no concibo y usted tampoco seguramente, es a los franceses libres soportando a Laval o a los españoles en el exilio proclamando por jefe a Franco. Por una razón de decencia entre otras.

El diplomático rió francamente y me dijo:

—¿Pero no cree usted que el curso de la guerra puede cambiar la dirección equivocada de estos regímenes?

—Eso que acaba usted de decir se traduce por la palabra esperar —le contesté—, y ese lenguaje no lo entiende Hitler. Lo que yo quiero decir, es, que antes de que cualquiera de esos países de la Unión Latina, atemorizados según usted, o dependientes del Eje según mi opinión, se moviera en sentido favorable a las democracias, Hitler lo impediría con sus divisiones motorizadas, o con nuevos Quislings preparados al efecto. A Laval lo sustituiría Doriot, a Franco otro, y Francia y España seguirían como ahora. Convénzase que no es ése el caso. Los regímenes dictatoriales de la Unión Latina se debaten entre la vida y la muerte. Vea cuál es la propaganda que emplean.

O *esto* —dicen refiriéndose a sus regímenes— *o el comunismo.* Con esta simpleza califican su posición. Nosotros, que los conocemos y hemos vivido luchando contra ellos, sabemos que no cambiarán. Porque su posición no obedece al cálculo —aun cuando ahora quisieran calcular— sino a una concepción de gobierno que no responde más que ante la Historia. Comprenderá usted lo que esto supone. Y aunque les molesten sus amigos ideológicos —porque tampoco el Eje les place—, coinciden en el concepto violento del gobierno de los pueblos, y saben que, o triunfan juntos, o juntos han de perecer unos después de otros.

—¿Pero no cree usted que estos regímenes puedan humanizarse, y entonces se harán posibles mis suposiciones de un acercamiento a las democracias?

—Naturalmente. Pero si los regímenes dictatoriales latinos se humanizan, entonces dejarán de ser lo que son. Si el caso llega, esto lo tendrán que hacer otros hombres a quienes a su vez admita el pueblo, pero de ninguna manera quienes han lanzado a sus pueblos por un camino tan contrario a su voluntad, tan peligroso y tan lleno de recuerdos espantosos.

—Tiene usted mucha razón —me dijo el diplomático—. Estoy en absoluto de acuerdo con usted, pero existen todavía personas que creen lo contrario. Me temo que solamente una realidad desagradable abrirá los ojos a esos rezagados.

—Me alegra oírle —le contesté—, porque si usted se ha divertido oyéndome hablar así, yo estoy contento por haber oído expresarse de esta manera a un diplomático norteamericano.

Hoy podría decir al diplomático que mis previsiones han comenzado a cumplirse con la actitud adoptada por el mariscal Pétain.

Del problema de Sudamérica también traté largamente con aquel diplomático, y de él voy a ocuparme con la extensión que se merece.

Hispanoamericanismo contra panamericanismo

Tampoco es éste un problema de cálculo, ni de mercancía, ni de temor. Es un problema del más hondo sentido espiritual, para ser tratado entre caballeros, pero nunca entre mercaderes. No reflejo opiniones mías sino de aquellas personalidades sudamericanas que tuve el gusto de conocer y oír en mis viajes por aquellas Repúblicas.

—Que no nos tomen por espacio mercantil de una empresa económica —me dijo más de uno de aquellos fervientes amigos de la democracia—. Repítalo una y mil veces, porque sería lamentable que causas tan nobles pudieran resultar frustradas por equivocaciones imperdonables.

Como yo no sé callar las cosas, ni vivimos en tiempos de ocultarlas porque pudieran molestar, voy a repetir mis ideas.

El problema de Sudamérica es ante todo espiritual. Debe responder a la convicción y no al temor. Y no uso la palabra convicción en sentido metafísico. Dentro de ella cabe hasta la transacción mercantil. Depende todo del espíritu con que se lleve a efecto. No es lo mismo un pacto entre iguales, la colaboración entre amigos, que la imposición del más fuerte.

El sentido de la dignidad de las repúblicas sudamericanas, es muy sensible, aun en aquellas que no han demostrado grandes dotes en la gobernación y pacificación de sus pueblos. Conservan mucho de aquel espíritu quijotesco que no admite menguas a su dignidad ni a su honor, aunque como Don Quijote lo interpreten a su manera. Esta es una realidad que se comprende escuchando a los sudamericanos y no olvidando que la cultura occidental latina ha moldeado el alma de estos pueblos. De ahí su enorme influencia sobre ellos, y el eco tan acentuado que tiene en los pueblos del Continente Latino-Americano cuanto sucede en sus antiguas metrópolis.

Basta mirar a la Historia para darse cuenta de que el Continente Sudamericano es la conexión natural del Eje latino Roma-Vichy-Madrid-Lisboa. La cultura común que se ha enraizado en los espíritus, puede más que todos los dictados de la geo-

grafía y que todas las exigencias de orden comercial. Antes que un panamericanismo ha existido un panlatinismo y ahí está el peligro.

"La guerra de España —me decía una de las personalidades políticas más destacadas de aquellas Repúblicas— ha dejado aquí huellas más profundas que cualquiera de los acontecimientos universales acaecidos en los últimos años. Por eso, cuanto se haga por aclarar el ambiente y disipar confusiones, será una obra de provechosísimos efectos continentales."

Tenía razón. He consignado las confusiones naturales que una propaganda hábilmente explotada ha conseguido esparcir en los Estados Unidos. Pero en los pueblos sudamericanos, por sus mayores vinculaciones con los países latinos europeos, estas confusiones aparecen agravadas por la pasión. La causa peninsular era y sigue siendo en extensas capas de la población *su causa*. Y como aquella tuvo una repercusión universal —sobre todo por los principios que se debatieron en la lucha— de la adhesión al bando de Franco o al republicano, ha dependido que la posición actual de las masas sudamericanas, se incline por el totalitarismo o por la libertad. No digo que no haya excepciones, y hasta rectificaciones muy estimables, pero puedo afirmar que todo aquel que de una u otra manera, con acción organizada o con simple simpatía, forma hoy parte de la extensa quinta columna que debilita el sentimiento de la libertad en aquellas tierras, empezó su carrera en la escuela de Franco durante la guerra peninsular.

Mucho se ha escrito, y bien, sobre la penetración nazi en Sudamérica, y de sus contactos y conexiones con toda clase de organizaciones dictatoriales europeas y americanas. Esta acción es un reflejo y una consecuencia del ambiente espiritual creado por una propaganda hábilmente conducida. Los elogios al *orden establecido*, sin hablar, claro está, de sus víctimas, la necesidad de poderes fuertes que naturalmente desembocan o se confunden con la dictadura, el peligro extremista y comunizante, atribuído a todo aquel que siente una idea de libertad, en fin toda la propaganda totalitaria desarrollada alrededor de la guerra de España —con reflejo automático en Sudamérica—, arrastró

las simpatías de cuantos tienen un sentido defensivo y conservador de la vida y avivó las esperanzas de los grupos oligárquicos que sueñan con el poder permanente en Sudamérica. No es que piensen en establecer un sistema racista o neopagano del tipo hitleriano, porque no es éste el caso. Sueñan con el poder. De aquí su adscripción a los ensayos dictatoriales de los pueblos de la Unión Latina, que les convencen como menos *paganos* y más *cristianos*.

No se puede olvidar el campo religioso tratándose de estos países. No se encontrará un solo Jerarca en Sudamérica, en su casi totalidad católica, que hable en favor de Hitler. Las normas y enseñanzas del Pontífice Romano se lo impiden. ¿Pero en cambio, qué adhesión no recibió de esos medios la causa del General Franco?

Por este medio indirecto —y doy por supuesta la buena fe del Episcopado Sudamericano— ¡cuántas confusiones no se han producido y se producen! ... La apología de un dictador o de un grupo de dictadores, sobre todo de los que hemos llamado *cristianos*, al crear una atmósfera de admiración por sus hechos como campeones de la *cruzada contra el comunismo*, conduce sutilmente al deseo de imitación de sus regímenes, a la simpatía por otros dictadores menos cristianos pero cuyas causas aparecen unidas, sosteniéndose mutuamente a base de los mismos *slogans* y formando el mismo bloque de la antilibertad.

Este ambiente puede ir desapareciendo mediante una acción constante, que vaya haciendo luz por todos los sectores influídos por la propaganda adversaria. Contra la mística totalitaria debe levantar bandera la mística de la libertad, pero sin titubeos ni escrúpulos de forma, que no se comprenden en tiempos de guerra. La mística de la libertad tiene en su favor masas más extensas de lo que nos figuramos, pues no solamente cuenta con los elementos comúnmente llamados democráticos, sino con otros grupos espirituales que radican principalmente en el campo influído por el cristianismo. Esta mística, al proclamar como finalidad de la lucha la dignidad humana al lado de la decencia en el orden internacional, incorpora a sus filas aquellos elemen-

tos de convicción que son necesarios para arrastrar a los indecisos.

La mística de la libertad no sólo debe ser extendida y propagada valientemente —porque a nadie daña—, sino que la bandera actualmente levantada y sostenida por las Naciones Aliadas, debe reforzarse y mejorar de día en día su posición, primeramente aquilatando y purificando la sinceridad de las convicciones que representa, y luego haciendo decidida profesión de fe de llevarla hasta el fin, para que todos los hombres y todos los pueblos se convenzan de que la dirección de la lucha no caerá de las manos actuales, y de que las palabras que se escriben, no serán vanas.

La Carta del Atlántico pierde su significación universal si no alcanza a todos los territorios bañados por ese mar. Sudamérica es uno de los pilares básicos de la futura reconstrucción del mundo. Es uno de los brazos que por el Sur alcanzará a Europa, así como por el Norte una corriente de libertad anglosajona envolverá a este vasto reducto atlántico de la civilización occidental. Si cualquiera de estas dos corrientes de influencia, la que llega a los Estados Unidos trayendo el espíritu civilizador de los países escandinavos, anglosajones o germánicos, o la que, fluyendo de los países de la Latinidad, arriba a las costas de las Repúblicas Americanas por los rumbos abiertos de una cultura común, si cualquiera de las dos, repito, no se basa en la libertad proclamada y aplicada en sus respectivos territorios, inmediatamente se producirá un desequilibrio peligroso. La carta del Atlántico sin Sudamérica quedará reducida a la Carta Anglosajona. No tendrá aquella universalidad que la lucha actual requiere para bien de todos, ni será garantía de tranquilidad.

La lucha entre el Panamericanismo y el Hispanoamericanismo —que hoy se llama en su derivación peligrosa el Hispanismo o la *Hispanidad*— tiene en la actualidad esta significación. Solamente la libertad establecida en todos los territorios bañados por el Atlántico, dejará sin efecto esta lucha que muchas veces tiene mal definidos sus contornos.

El Panamericanismo proclama la libertad de los pueblos del

Continente Americano, y trata de establecer una solidaridad basada en el respeto mutuo, que responde a la geografía, a la economía y a una necesidad espiritual, para alcanzar el progreso de todos. Su fundamento es pues la libertad.

El Hispanoamericanismo proclama la solidaridad de los pueblos americanos de habla española con la antigua metrópoli España, para el desarrollo de aquellos lazos que la historia y la cultura han forjado entre ellos. Mejor sería denominarlo latinoamericanismo, pues comprende todas las influencias latinas desarrolladas en Sudamérica principalmente la española y la portuguesa, sin olvidar la italiana y la francesa. Sin embargo priva hoy la palabra Hispanidad, y cuando es pronunciada muchas personas fruncen el ceño, personas tanto del hemisferio Norte como del Sur.

A nadie puede extrañar esta prevención, porque para comprender la calidad de la doctrina hispanoamericana que la Hispanidad quiere representar en la actualidad, hay que examinar el espíritu que rige los destinos de España. Actualmente Panamericanismo e Hispanidad son términos que representan dos ideas contrarias. El primero representa un concepto de libertad; el segundo propugna, a través de lazos más o menos culturales, una concepción de ambiente dictatorial y violento. El primero une a América en la libertad y el mutuo respeto; el segundo divide a América oponiendo las Repúblicas del Sur a las del Norte. La división no se produce en nombre de la cultura, porque la cultura no divide si existe libertad, sino que descompone y desmembra en nombre de una concepción violenta de la vida, esa misma que en el terreno religioso plantea un antagonismo entre el protestantismo del Norte y el Catolicismo del Sur, como si la tolerancia y el respeto mutuo no fueran capaces de resolver estos conflictos, como sucede hoy en los Estados Unidos. En el orden político, la Hispanidad aparece autoritaria y amiga del orden, contra la *desacreditada democracia* amiga del bolchevismo.

El peligro, pues, del Hispanoamericanismo reside en su origen, en la fuente de donde emanan las doctrinas. ¿Si no existiese el fascismo en Italia, el falangismo en España el salazarismo en

Portugal, existiría tanta preocupación por los manejos nazis en Sudamérica, ρ por estas doctrinas más o menos hispanoamericanas? Seguramente que no. Porque si no existiesen esos elementos latinos que sirven de puente para la infiltración de la propaganda nazi, ésta se vería coartada en grado sumo. Un sudamericano no puede digerir el nazismo crudo, pero sí cuando está adobado con ingredientes latinos. Esto lo saben los alemanes y lo aprovechan con esa audacia característica que no pierde el tiempo en dudas. Ellos saben que las dictaduras de la Unión Latina son el más poderoso elemento de penetración ideológica y un excelente medio para minar la retaguardia, y las emplean con la pericia que les es característica.

En la comida que me ofrecieron los elementos intelectuales de Montevideo, me permití decir refiriéndome a este tema: "No sé si mi apreciación será justa, pero creo —y quisiera conocer vuestra opinión—, que si allí en la Península Ibérica, en lugar de un régimen de opresión y violencia, como el actual, entregado a los caprichos del totalitarismo, existiera otro en el que los hombres fueran libres y sus diferentes pueblos desarrollaran su espíritu nacional en libertad, para vosotros no tendrían sentido peligroso cuantos vínculos de solidaridad quisieran establecerse entre aquellos pueblos y los de América. Porque la libertad de unos y de otros sería lazo de garantía y no de temor, motivo de afecto y no de recelo..."

Recuerdo que no se me dejó terminar el párrafo pues los aplausos lo interrumpieron. Significaban con ello su aprobación absoluta a mis palabras. Comentando estos conceptos me decían luego: "Es cierto que una cultura une a los pueblos peninsulares con los de Sudamérica, pero la cultura entraña espíritu y el espíritu actual de quienes dominan en aquellos territorios es un peligro para nuestros pueblos. ¡Ah, si allí existiera el espíritu de libertad que usted describía! ¡Qué diferente situación para todos!"

Otro de los comensales añadió: "Ni España, ni ninguno de los otros pueblos de la Península Ibérica tiene sentido para nosotros sin la libertad. El sistema de Franco y América son incompatibles. Sólo la libertad es capaz de unir a los pueblos, y sólo a

través de ella se establecerán con Europa los puentes de mutua relación y entendimiento."

Sí, el puente del Norte y el puente del Sur, los dos brazos que cerrarán la Carta del Atlántico mediante la constitución de sus pueblos en libertad, una libertad que debe existir en todos ellos. De lo contrario nunca habrá seguridad ni paz.

Hasta ahora siempre ha sido Europa la que con sus influencias, unas veces buenas y otras malas, alcanzó al Continente Americano. Mientras en el siglo pasado la reacción de la Santa Alianza ahogó la libertad en Europa, sus restos se refugiaron en América. Ahora vuelve a repetirse el caso, que no tiene comparación ni en dramatismo ni en violencia.

La libertad ha vuelto a refugiarse en América, los brazos del Atlántico se han replegado sobre este Continente, por el Norte y por el Sur. Que la libertad busque refugio en América entra de lleno en su tradición, pero ninguna otra doctrina más, aunque pretenda hacerlo en nombre de una similitud de civilizaciones o de idiomas, o en nombre de la Historia. La misión de América no es dejar que estas engañosas afinidades sirvan de vehículo a sistemas de dolor y crueldad, incompatibles con la dignidad del hombre y de los pueblos americanos. Por eso levantó los puentes y el Atlántico se hizo cada día más difícil de transitar. Pero su misión no será completa, si en lugar de impedir que ellos vengan, no usa los puentes que ha vuelto a lanzar al agua, para ir hacia los pueblos que esperan allá en Europa el de la liberación.

Lector: Las líneas que llevas leídas y las que leerás después de esta obligada llamada a tu atención, fueron escritas y terminadas antes del mes de mayo de 1942, cuando el mundo de la libertad no había salido aún de su difícil situación. Era el momento en que Hitler victorioso en las tierras soviéticas preparaba su impresionante avance sobre Stalingrado y el Cáucaso, cuando las tropas de Rommel querían cortar el Canal de Suez, cuando la diplomacia y las armas aliadas no habían salido aún de su posición titubeante y defensiva, cuando el Eje dominaba políticamente en Europa y confundía con su propaganda los países de América.

Era el momento en que Franco aseguraba que Hitler había ganado la guerra, denunciaba el peligro judeo-democrático y prometía el envío de un millón de hombres a los frentes del Este, para acabar con el "monstruo bolchevique", al mismo tiempo que llamaba genio *a Mussolini y ayudaba en Sudamérica la propaganda totalitaria. Eran los tiempos en que muchos demócratas dudaban porque su espíritu pusilánime no sabía resistir con brío a la insolencia totalitaria. Desde entonces acá ha transcurrido año y medio, produciéndose acontecimientos fundamentales que han cambiado decisivamente el rumbo de la guerra en favor de la causa de la libertad. Ninguno de ellos modifica en lo más mínimo nuestras apreciaciones del año 1942, antes por el contrario, las confirman en todas sus partes.*

Hitler llegó a Stalingrado, pero en sus mismas puertas el heroísmo de leyenda de las tropas de la Unión Soviética sepultó para siempre el poder germano, cambiando definitivamente el rumbo de la contienda en el frente del Este y dando a la Humanidad libre una sensación segura de victoria. Y ¿qué decir de la evolución interna que se ha realizado en los pueblos soviéticos? Las ideas expuestas con reiteración en este libro se confirman. La U. R. S. S. se indigeniza, se occidentaliza cada día más al crecer su contacto con las democracias. El factor humano que se revuelve en su entraña va venciendo. La disolución del Komintern, la reconciliación con la Iglesia ortodoxa, la mayor libertad religiosa y finalmente la supresión de la Internacional como himno, sustituyéndolo por el indígena de la Revolución de octubre son síntomas claros y satisfactorios. El pacto de Teherán completa el desarrollo de este proceso evolutivo hacia la libertad, y la firma soviética asegura la organización del mundo del futuro sobre bases democráticas. Al compás que las potencias democráticas van haciendo prevalecer el pensamiento de Occidente continúa la U. R. S. S. dando su asentimiento a doctrinas de libertad y sin que este venturoso proceso signifique la perfección deseada, es un gran avance hacia el fin deseado. Todos los demócratas debemos alentarlo para que la evolución iniciada

coincida en absoluto con la ley moral. Porque bien pudiera suceder, que diluyéndose el sentido del comunismo primitivo, como en realidad está sucediendo, surgiera en la U. R. S. S. al calor de la victoria, el viejo imperialismo de los tiempos de Pedro y Catalina.

Quizá el remedio resida en Occidente, si sabe rectificar su vieja política, mostrando afecto y gratitud a los pueblos de la U. R. S. S. por su heroísmo y por sus espléndidas realizaciones, abriendo de esta manera una era de venturosas colaboraciones. No quita esta buena disposición para que la Humanidad democrática se mantenga firme en sus principios y haga prevalecer sin titubeos la ley moral que es norma universal de justicia, contraria al cálculo y el utilitarismo, la cual debe ser aplicable a todos, ya sean grandes o pequeños.

Por su parte los ejércitos de los Estados Unidos y de Gran Bretaña desembarcando en el Norte del Africa no sólo han liberado el territorio africano, sino que avanzando sobre el continente europeo están ya camino de Roma. La diplomacia aliada ha de esperar, para lanzarse a la ofensiva al compás de sus armas victoriosas y el mundo anglosajón cada día más su misión redentora definitiva. A su primer impulso cayó una de las grandes ficciones totalitarias, Mussolini, y con él se derrumbó el fascismo de Italia; el eje latino dictatorial se ha quebrado cayendo roto el eslabón que se consideró como su cabeza, pero sigue actuando su espíritu agazapado, y sus reflejos anunciados en este libro llegan hasta tierras americanas, buscando refugios de última hora ante la restauración revolucionaria de la democracia triunfante en el mundo.

Más triste es la situación del dictador español que además de triste se halla desprovista de grandeza. Nada más contrario al espíritu caballeresco y quijote del genio español, que tanto han proclamado ellos, que su actitud actual exenta de gallardía.

Buscando hipócritas y tardíos acomodos, claudicando diariamente, arrastrando su dignidad por las cancillerías y salones diplomáticos de las naciones democráticas tan odiadas ayer, el Caudillo y sus cómplices antidemocráticos han de-

mostrado ya al mundo que su "aire heroico" y su cacareada bizarría, eran solamente para combatir a sus compatriotas indefensos. Querer vanagloriarse ahora que a ellos debe la paz España, cuando su poder ha sido erigido sobre un millón de cadáveres de hermanos, con el auxilio de Hitler y Mussolini, es además de monstruoso, cobarde. Caerán con mayor vilipendio que el Duce *y el fascismo, porque al fin y al cabo aquél con los restos de éste se refugió en el seno de Hitler, su amigo en el mal. Pero Franco no es capaz de tener lealtad en la desgracia. Su país es testigo. Suecia y Suiza por ejemplo, se mantuvieron en paz sin insultar a la democracia y permaneciendo demócratas, pero la España de Franco esencialmente antidemocrática, jactanciosa e insultante cuando Hitler triunfaba, hoy se agazapa aprovechando las necesidades de la estrategia aliada, queriendo escapar de la ruina que le amenaza, sin importarle que haya conducido a su Estado a la insignificancia en el orden internacional, después de arrastrar por los suelos el decoro y la dignidad.*

Pero no le servirán a Franco estas tardías habilidades. Ideó el pacto ibérico cuando vislumbró el mal cariz que iban tomando las cosas para el conglomerado totalitario. Hoy el arreglo de Londres con Portugal y la ocupación subsiguiente de las Azores ha puesto en trance de muerte al pacto ibérico. Mañana es posible que las necesidades de la guerra exijan del propio territorio peninsular para que las Naciones Unidas acaben con la antilibertad. El proceso de descomposición habrá llegado a su punto máximo e inevitable porque hablará ya el pueblo. Sin embargo, la idea del pacto ibérico ha sido un paso de interés con vistas al futuro, aunque en la mente de los dictadores español y portugués no haya tenido otra finalidad que la de escapar de la guerra, con la intención de seguir manteniendo en sus territorios regímenes de antilibertad que aún subsisten. No obstante al necesitar de la unión dada su impotencia ante los acontecimientos, han señalado sin querer nuevos rumbos al futuro peninsular. Este futuro no se edificará sobre regímenes antidemocráticos sino basado en sistemas de libertad. Así lo decíamos en nuestro texto primitivo

al hablar del Problema Ibérico y en el que encontrará el lector a continuación, en el cual no hemos tenido que introducir la menor alteración.

El problema ibérico

Existe un problema de perenne actualidad, de cuya importancia, tengo la impresión, no se dan la debida cuenta en América. Me refiero al problema de la Península Ibérica, y no digo España, sino la Península Ibérica.

La Península Ibérica no es un grupo homogéneo como muchos creen, sino un conjunto plurinacional. La componen, además del pueblo español, el portugués y el gallego, el catalán y el vasco. Con excepción del último, todos son pueblos latinos.

La Península Ibérica, situada entre el Pirineo y el Estrecho de Gibraltar, y bañada en todas sus costas por el Atlántico y el Mediterráneo, es por su posición geográfica, el puente natural de relación de Europa con los pueblos de América Latina, y el paso principal de comunicación de Europa con Africa. A su privilegiada situación geográfica es preciso añadir, la enorme influencia que tiene en Sudamérica el pensamiento peninsular merced al vehículo incomparable de los idiomas español y portugués.

A tal punto llega la importancia peninsular en su relación con Sudamérica, que puede decirse que la Unión Latina —Eje Roma-Vichy-Madrid-Lisboa— no tiene virtualidad ni sentido sin la Península Ibérica, y que se basta y se sobra ésta para que los designios de la Unión Latina en América se realicen. Quiero decir, que el Eje Latino, en sus propósitos de dominación americana, puede concretarse en la Península Ibérica, porque la influencia italiana o francesa siempre se verifica a través de la cultura peninsular. Fácil es deducir, que la constitución política peninsular y las modalidades de su pensamiento tienen en la América Latina una influencia muy profunda, que debe merecer una especial atención sobre todo en los momentos presentes.

Yo he sostenido muchas veces, que tal vez la razón más

poderosa que pesa sobre más de un dirigente de la opinión argentina, para no romper relaciones con el Eje, es la actual posición ideológica de España y Portugal. Dadas las relaciones de amistad o sumisión de la Península con el Eje totalitario, una ruptura de los sudamericanos con éste, pondría en peligro, en un futuro más o menos cercano, las relaciones de la América Latina sobre todo con la *Madre España*, como muchos aun la denominan. A mi juicio este proceso es inevitable, porque depende de la voluntad de Hitler, de la imprudencia totalitaria española, y de la marcha de la guerra, que siendo total, lo será también en sentido geográfico complicando a toda clase de territorios.

Suelo preguntar muchas veces a los sudamericanos:

—¿Cree usted que la Argentina hubiera tenido reparos en romper con el Eje si la Península Ibérica hubiera estado constituída en libertad, y por lo tanto al lado de los Aliados?

—Ningún reparo —me han contestado—, porque más que el temor a un ataque alemán o japonés contra territorios tan alejados como son Argentina y Chile, influyen en su posición motivos espirituales nacidos del deseo de aparecer con personalidad e iniciativas propias, y también la repugnancia de tener que romper relaciones con España algún día.

De ahí el interés en mantener tendido el puente Madrid-Lisboa-Buenos Aires, que estaría muy bien si en los dos extremos de él reinara la libertad en vez de reinar solamente en uno.

Porque la actual constitución política peninsular es un peligro para América, y porque continuará siéndolo, por constituir ejemplo pernicioso para las repúblicas de tendencias oligárquicas la Carta del Atlántico, que es fundamento para una organización mundial basada en la libertad, no podrá cumplir sus fines sin que el conjunto de pueblos que viven en la Península Ibérica se estructuren como pueblos libres con regímenes de libertad. Porque éste es el complemento natural del problema sudamericano. Con el broche peninsular quedaría cerrada la Carta del Atlántico, y un espacio, el más importante del globo, serviría de cimiento para edificar el mundo del futuro.

No existe el peligro apuntado por el Norte de Europa, donde los pueblos desde Escandinavia hasta Bélgica tienen un sentido democrático al que no han renunciado. Queda Francia, cuya desgracia y régimen actuales todos consideramos como males pasajeros, porque subsisten sus reservas espirituales a pesar de la catástrofe. Quien fué madre de libertades, no puede permitir que sus hijos continúen por mucho tiempo en servidumbre.

Por toda clase de razones y hasta de exigencias doctrinales, políticas, económicas y sociales, la Humanidad entera entra en un período constituyente de una extensión y profundidad difíciles de prever. Probablemente, todos los programas que hoy subsisten, resultarán caducos y desprovistos de actualidad para los tiempos que se avecinan. Y como todos los pueblos del globo, también los de la Península Ibérica, habrán de entrar en una nueva etapa de su existencia. Sobre esto, considero conveniente decir algunas palabras.

Desde que España se empeñó en ser nación, confundiendo sus límites geográficos con la Península Ibérica, inició una era de decadencia que aun no ha terminado. No supo comprender España que su misión universal era quizá la de ser cabeza de naciones, y por ello perdió la Corona Española su imperio colonial. No supo o no quiso saber que el tránsito de la época absolutista a la liberal del siglo XIX, no podía hacerse dejando incumplidos los principios de libertad que proclamaba, al asimilarse privando de ella a pueblos diferentes. No quiso seguir el proceso que le marcaban los tiempos, pasando de la Confederación de pueblos unidos por la Corona, que ésa era la forma política existente, a una Comunidad de naciones libres unidas en un fin civilizador común. Prefirió seguir la política de asimilación, la más insensata, alucinada por un jacobinismo contrario a sus propios intereses y a su historia, y el resultado ha sido un siglo y medio lleno de perturbaciones y de luchas. Porque el Estado Español formado en el siglo XIX no ha podido asentarse sobre bases duraderas, y ha fracasado. Por un lado la contienda ideológica entre el llamado liberalismo y las ideas reaccionarias, por otro lado los intentos frustrados de asimilación de los pueblos que son naciones, y finalmente, el culto

de la fuerza nacido de la impotencia, han conducido al Estado Español a una situación que no difiere mucho de la del Imperio Austro-Húngaro al final de la guerra mundial anterior.

No supo imitar a la Corona Británica. Un diplomático inglés me decía hace unos años:

—Nosotros aprendimos cuando los Estados Unidos proclamaron su libertad. Desde entonces Londres consideró que era mucho más justo y conveniente ser cabeza de naciones. Y así fué surgiendo el *Commonwealth* Británico, que, con todas sus deficiencias, no ha dejado de ser una obra humana constructiva y siempre perfeccionable.

La Corona Española del siglo XIX, imbuída por las doctrinas de un liberalismo de aldea, que ni sentía ni asimilaba, suprimió entre otras cosas la soberanía vasca en 1839, y con ella uno de los monumentos más sólidos y antiguos de la libertad organizada en formas democráticas constructivas.

Además, llevaba a efecto estos hechos al mismo tiempo que proclamaba su entusiasmo por las ideas liberales —así eran sus contrasentidos— y perdía su imperio colonial, cuya conservación no supo precaver anticipándose con formas de libertad adecuadas. En España nunca se ha creído —y éste ha sido vicio bastante general en el mundo—, que la libertad coordina y que la opresión rompe la armonía. Aun cuando en los discursos lo hayan proclamado con elocuencia.

El espíritu del jacobinismo centralista y el de opresión imperialista han regido por turno en el Estado Español durante siglo y medio. Más de cien revueltas y levantamientos además de tres guerras civiles son el triste balance de la historia reciente y contemporánea, del Estado Español, haciendo del *pronunciamiento* palabra tan común, que ha sido introducida en el Diccionario de todos los países.

A estas aventuras, que no han tenido paralelo en la tierra, hemos sido arrastrados pueblos que, como el vasco, por una educación democrática secular, no podía resistir el verbalismo jacobino ni podía tolerar la opresión unitaria. El régimen centralista impuesto por unos y por otros, desde que la Corona de España desvió su ruta que era la de coordinar naciones en

vez de asimilarlas y exterminarlas para crear un todo falsamente nacional, es culpable de la decadencia española y del recelo de los pueblos peninsulares. En su ceguera desarrolló una política mezquina, que, por hallarse desprovista de grandeza, no sólo paralizó la acción sino que provocó el desafecto.

Correspondía a la República nacida en 1931 la labor de enderezar los entuertos históricos, pero haciéndolo de frente, sin vacilaciones. Su obra en muchos aspectos fué provechosa, pero en la mayoría de los casos adoleció de indecisión. Incorporó la ciudadanía a la preocupación pública, realizó una meritoria labor cultural y administró con probidad. Pero fué tímida en el aspecto democrático, porque no supo implantar un sentido de tolerancia y de respeto que informara la vida entera del Estado, y sin el cual para nada sirven las instituciones más perfectas. Con viejas preocupaciones de antiguas luchas hubo demasiada obcecación en los primeros tiempos por estrangular el *clericalismo*. Se hizo de este problema una cuestión angustiosa y apasionante, llegando en sus medidas legislativas a ocuparse en uno de sus artículos constitucionales —el 26— de la Orden de los Jesuítas cuya disolución se preveía. Y esa fué una medida transaccional para evitar que fuera establecida constitucionalmente la expulsión de todas las órdenes religiosas.

Como Diputado en aquellas Cortes Constituyentes me tocó observar la cantidad de horas, de discursos y de sesiones que consumían estos asuntos, y a qué extremos conducía la timidez de los hombres de la República, que no supieron imponer con su autoridad y su prestigio una norma de cordura y una política más inteligente y previsora, para guiar a aquel pueblo arrastrado momentáneamente por una propaganda callejera del más viejo y desusado *anticlericalismo*. Porque la reacción sería inmediata, como así sucedió.

Había un fondo de razón para adoptar medidas severas, pero hubieran acertado facultando al poder ejecutivo para que las adoptara, y estableciendo la tolerancia para todos, desarmando al adversario en aquel momento oportuno. Luego, fué ya tarde.

¿Cómo no voy a comprender que había un fondo de razón, si fuí testigo de las dificultades con que tropezaron el año 1931, el Nuncio de Su Santidad Monseñor Tedeschini y el Cardenal Vidal y Barraquer, para conseguir que fueran aceptados por las derechas españolas principios y soluciones que hicieran posible su reconciliación con la naciente República? Pero era esto precisamente lo que las derechas españolas no querían, y las extralimitaciones del elemento de izquierda les servían a maravilla en su propaganda.

Unos años más tarde, en 1935, la solución era imposible. El Santo Padre había nombrado Cardenal a Monseñor Tedeschini, a la sazón Nuncio Apostólico en España, y otorgó al entonces Presidente de la República señor Alcalá Zamora, la facultad de imponerle el capelo cardenalicio. El acto se celebró con gran solemnidad en el Palacio Presidencial. Sólo dos Diputados de las Cortes estuvimos presentes, los dos vascos —uno, el que escribe estas líneas—. Ni las derechas, resentidas con Monseñor Tedeschini por sus buenos propósitos en pro de un acercamiento a la República, ni las izquierdas porque en su concepto el acudir a un acto de esa naturaleza era sentar plaza de clericales, estuvieron presentes en aquella solemnidad de deslumbrante ceremonial. Lo que en otras partes hubiera constituído un acontecimiento de Estado, allí era un nuevo motivo de intolerancia.

Y era que la democracia establecida en las instituciones y en las leyes no había llegado a la calle. Porque, sin mutuo respeto y sin tolerancia, de nada sirven las instituciones por muy excelentes que sean. Hubo timidez para imponer el respeto, aunque parezca paradoja.

En otros países no existen estos problemas porque los resuelven con tolerancia y comprensión. En España el encaje del desenfocado problema religioso, es un caso clínico que no será resuelto sino por aquellos que miren un poco alto, sin hacer caso ni al club jacobino, ni a la pía congregación llena de fervores inquisitoriales. Serán capaces de resolverlo, el izquierdista que vaya a la imposición del capelo y el derechista que diga que la Iglesia no debe mezclarse en una insurrección armada

contra el poder constituído. O quien haga y diga las dos cosas a la vez.

Era en abril de 1933. Estando en la estación de Marmolejo en Andalucía, me fijé en que una enorme extensión de hermosísimas tierras de regadío estaban sin cultivar y vi que en ellas crecía la hierba. Extrañado pregunté al maletero, de quién eran aquellas tierras y por qué no se cultivaban. El mozo me respondió tímidamente:

—Son tierras del Duque del Infantado y no se cultivan porque dicen que el Duque está enfadado "con eso de la Reforma Agraria"...

—Pero en esas tierras trabajarían muchas familias, ¿no es así?

—Muchas, señor —me dijo—, y ahora están sin trabajo.

—¿Y el pueblo no ha elevado ninguna protesta a las autoridades?

—No, no lo sé... Como se trata del Duque...

Hacía dos años que había sido proclamada la República en el Estado Español y aun se permitían casos como éste por temor al Duque o por temor a lo que sea. La República Española fué tímida en la aplicación de sus principios sociales. Mientras abundaron huelgas absolutamente intolerables, y algunas de ellas verdaderos atentados contra el bien común, se toleraron situaciones de privilegio que no se conciben en ningún país que ha entrado decididamente por la senda social. Lo mismo en el campo industrial que en el agrario. Y sobre todo no hubo un programa social definido.

Es menester consignar que los hombres de la República tuvieron que afrontar en el orden social la violenta oposición de las clases conservadoras, que constituían los grupos de derecha de las Cortes Españolas.

La concepción social de estos grupos era tan egoísta y atrasada que si el Gobierno Republicano hubiera decretado los impuestos fiscales que regían, por ejemplo, en Inglaterra, Estados Unidos o Francia, antes de la guerra, hubieran calificado la medida de absurda expoliación inspirada por Moscou.

Cuando en 1933 triunfó la coalición radical-derechista, inmediatamente aparecieron por Andalucía los salarios de ham-

bre, que entre otras razones prepararon la reacción izquierdista que llevó al Frente Popular al triunfo de 1936. Estas masas derechistas que se sublevaron con el General Franco contra el "comunismo", hacía ya algún tiempo que critican despiadadamente al régimen falangista, que nutrido en sus organizaciones sindicales de toda clase de advenedizos, reclama una transformación social siguiendo en esto el ejemplo de los regímenes alemán e italiano.

Este problema lo resolverán —dentro de lo humano y lo posible— aquellos que lo miren sin temor, que lo reputen exigencia de los tiempos y una cuestión de justicia, y sepan con autoridad hacer comprender al ciudadano que tan criminal es la huelga perturbadora y tendenciosa, como la riqueza amasada a costa de la miseria de los demás.

La República Española fué igualmente tímida cuando tuvo que enfrentarse con el fundamental problema de las nacionalidades peninsulares, que pedían una rectificación a fondo de la Historia, y con ella, su libertad. Se levantó en masa el españolismo unitario. No lo podía soportar.

Ni los Estatutos de Autonomía Vasca y Catalana se aprobaron a tiempo, ni su contenido está de acuerdo con las normas comúnmente admitidas para estos problemas nacionales. Con regateo constante en las facultades, ante una oposición irreductible, peregrinaron durante mucho tiempo las autonomías políticas de estos pueblos, de prueba en prueba, de comisión en comisión, de la Cámara al país, y del país a la Cámara. La minoría catalana en las Cortes Constituyentes se levantó dos veces de sus escaños el año 1932 para abandonar el Parlamento ante la obstinada incomprensión de los Diputados españoles. Esto ocurría un año después de haber sido plebiscitado triunfalmente el Estatuto de Autonomía de Cataluña. Al mismo tiempo los vascos eran calificados de *Gibraltar Vaticanista* por los mismos que luego nos han visto luchar en su terreno contra el totalitarismo coaligado.

Ocasionó estos calificativos, el hecho de que la Constitución Autonómica Vasca establecía que si la República Española no continuaba sus relaciones diplomáticas con el Vaticano, se per-

mitiera a los vascos mantenerlas, ya que la inmensa mayoría de ellos eran católicos, lo que no era óbice para que estuviesen en vigor en nuestro país cuantas libertades individuales estableciera la Constitución de la República Española. Esto que ha parecido razonable a cuantas personas cultas se lo hemos referido, levantaba en el Parlamento de Madrid y en la prensa vocinglera los más vehementes apóstrofes. En este clima de absurdo apasionamiento se debatieron estos problemas. Pero siquiera, en el período republicano se debatían. En los anteriores, no merecían ni los honores de ser atendidos.

No se puede negar que las figuras más serias de la política republicana ansiaban llegar a soluciones aceptables y humanas en aquellos problemas, que como el religioso y el social, tan profunda repercusión tenían en la sociedad española. En los problemas de nacionalidad sus intenciones eran buenas, pero sus propósitos se vieron más de una vez frustrados por la presión de otros hombres más mediocres o por las organizaciones de tipo intransigente. Pero repito que su intención fué honesta, como su vida. Podrá criticarse a la República por sus muchas equivocaciones y errores, pero es deber proclamar que el período republicano español pasará a la historia como uno de los más honestos, si no el más, de la política española. Y mi aseveración tiene una mayor autoridad, porque, por la causa de mi pueblo vasco, tuve que sufrir durante el período republicano amarguras que algún día se sabrán, extrañando a muchos y asombrando a los demás.

Pero todo esto pertenece al pasado y hoy estamos emplazados ante el futuro. El problema peninsular ibérico no es ya un problema de personas, ni de partidos políticos, ni de luchas parlamentarias; es un problema de pueblos.

Con el resto de las nacionalidades, también las peninsulares están hoy situadas ante un futuro lleno de profundas transformaciones. La marcha de los acontecimientos es veloz, y desgraciado de quien se detenga en el camino. Por eso yo estimo, que la realidad ha sobrepasado el problema comúnmente conocido por la *cuestión de España*, para convertirse en el problema de la Península Ibérica, es decir, de España, Portu-

gal, Euzkadi, Cataluña y Galicia y su coordinación y organización mirando al mundo que avanza rompiendo y derribando viejos moldes. El porvenir, de acuerdo con las ideas actuales del mundo, empuja hacia la confederación peninsular ibérica.

Y este problema tampoco tendrá sentido si no es encuadrado en un marco más universal, que por una parte mire a América, y por otra se enlace con Europa. Pero solamente uniéndose en la libertad podrán resolverse estas exigencias, porque, por una parte hará desaparecer el recelo de América, al comprender que el puente tendido entre aquel Continente y la Península une el espacio atlántico con sistemas de libertad. Por otro lado, una estructura peninsular equilibrada supondrá marchar al compás de Europa sirviendo la causa occidental europea, incorporándose así a la organización que se vislumbra con rara unanimidad para el Viejo Continente, basada en finalidades superiores y comunes más o menos federalizadas, que unirán en empresas universales a todos los pueblos grandes y pequeños que tienen derecho a continuar su vida.

A muchos —sobre todo a los españoles y portugueses—, suele dar miedo el hablar del problema peninsular. A muchos europeos y americanos suele sorprenderles como novedad. Existen viejas formas intelectuales, basadas en hechos constituídos, que a muchas personas se les antojan eternas. Yo creo que se adelanta mucho hablando con toda claridad y con espíritu de concordia y de superación, mirando generosamente al futuro. Porque no se trata de un problema que impone el capricho, sino la Naturaleza, y porque además olvidan muchos que sólo la libertad crea el afecto, sólo el respeto es capaz de construir algo permanente, no la opresión.

Pensando en la futura Europa, ¿cómo puede comprenderse un proceso de coordinación del continente, federalizado o no, sin que en él queden incluídos los pueblos de la Península Iberica? Sigo discurriendo y pregunto: ¿Cómo puede hablarse de la coordinación de Escandinavia y de Centro-Europa y de los Balcanes, sin referirse a proyectos más extensos, y pensar que el territorio peninsular quedará exento? ¿España aislada? ¿Por-

tugal también aislado? ¿Tal como hoy están constituídos? ¿Como regímenes totalitarios? Hablo, además, en un supuesto de neutralidad mantenida. Porque si la guerra alcanza a esos países, ¿quién puede calcular las consecuencias que se derivarán de este hecho?

Nos encontramos ante un problema de futuro que es insensato negar o no atender. Yo creo que en la coordinación y organización de las nacionalidades de la Península Ibérica, de acuerdo con las directrices que se vislumbran para el porvenir, a base del respeto debido a la libertad nacional de cada pueblo, reside, quizá por última vez en la historia, la ocasión de rectificar un pasado cuajado de errores de los que todos somos responsables, y enfilar un porvenir más de acuerdo con la Naturaleza, con la voluntad de los pueblos, y con la necesaria colaboración de unos y otros, que reconozca el pensamiento universal. Además, de su solución adecuada dependerá mucho la futura dirección espiritual de la América Latina.

Si la intolerancia y la imposición unidas a sistemas más o menos dictatoriales, o a las complacencias, reñidas con las ideas de libertad por las que el mundo lucha, se empeñan en desconocer estas realidades nacionales peninsulares, cerrando el paso a la convivencia y convirtiéndolas en problemas insolubles, entonces, rotas las posibilidades que marca la historia, se abriría una nueva era que, al igual que en los tiempos napoleónicos y en otras ocasiones de la historia, señalaría claramente a aquellos pueblos decididos a seguir su propia vida, el camino que conduce a la libertad.

Porque la libertad es la última prerrogativa que ceden los pueblos. Sobre todo, cuando en su defensa derramaron tanta sangre.

Mensaje de los vascos que cantan y sufren

El 5 de abril de 1526 se reunieron nuestros antepasados bajo el Arbol de Guernica en Junta General, para reformar su *Fuero*, es decir, su Constitución. Confirieron este encargo a lo que hoy llamaríamos una Comisión Parlamentaria, la cual presen-

tó su trabajo, "escrito y trasladado de lo que dichos reformadores escribieron, quitando del Fuero Viejo lo que era superfluo, y añadiendo lo que por costumbre se tenía y se usaba, o como mejor les había parecido según Dios y sus conciencias". Añadían luego que estaban reunidos "conforme al poder que en Junta General les fué dado para que viesen y reconociesen lo uno y lo otro, y quitasen lo que les pareciese que se debía quitar y pusieran lo que se debía poner". "Y platicado entre todos ellos sobre cada capítulo y Ley de dicho Fuero Viejo todos ellos de conformidad dijeron, que dicho Fuero que nuevamente se había reformado, estaba bien y conforme con los Privilegios, y Libertades, fueros y costumbres de Vizcaya."

Con esta sencillez concluyeron las Juntas Constituyentes reunidas en Guernica en 1526, la reforma legislativa de su Constitución, la cual, entre otras cosas impedía el tormento, prohibía la detención, incluso por delito, si la persona no era llamada bajo el Arbol de Guernica, establecía la igualdad en la hidalguía general, y proclamaba que las disposiciones reales o de cualquier autoridad contra la libertad se tuviesen por no otorgadas.

En ese ambiente de libertad se educó siempre el pueblo vasco, regido por normas que emanaban, no de la voluntad de una persona, ya se llamase Rey o Señor, sino de los órganos legislativos que representaban a aquella democracia que no conoció en su historia otra manera de gobernarse.

En 1839, desapareció, arrancada por la fuerza, esta secular libertad, víctima del primer acto de asimilación de la Monarquía Española de aquella época.

Después de un siglo de luchas, el pueblo vasco alcanzaba su autonomía y el año de 1936 tuve el honor de jurar mi cargo bajo el Arbol de Guernica, reanudando la tradición de nuestros padres y recomenzando nuestra historia de libertad, aunque no con la plenitud de entonces.

Pero por poco tiempo. Lo mismo que su Gobierno, el pueblo vasco ha sido esparcido, como ceniza agitada por el viento, en todas direcciones. Los aviones de Hitler y Mussolini al servicio

de Franco, pusieron su garra sobre Guernica, pero no sobre el espíritu de nuestro pueblo.

El Gobierno Vasco, el mismo que yo nombré bajo el Arbol de Guernica en 1936, el mismo que opuso tenaz resistencia a la agresión de los totalitarismos concentrados en nuestro suelo, vive en el exilio. Faltan del Gobierno dos compañeros, uno fusilado por el General Franco, entregado indignamente por un aviador desleal, el otro muerto de fatiga cuando huía de los alemanes en el desastre de Francia. Los dos hombres honrados, los dos supieron dejar este mundo con la serenidad con que mueren quienes consagran sus vidas a los más justos ideales.

Los vascos viven bajo todos los cielos, y son ciudadanos errantes de todas las tierras. Pero soportan el dolor del exilio con digna resignación exenta de desesperanza, porque miran con fe ciega al horizonte de los tiempos, sabiendo que por él asomarán un día los rayos redentores de la libertad. Esparcidos sus cuerpos, pero unidas sus almas, continúan la lucha formando familia en torno de su Gobierno, y esperan . . . como esperaron muchas veces sus antepasados, a que pasen las borrascas de la historia.

La esperanza les sube del corazón a los labios como una preciosa melodía; por eso cantan siempre. La canción vasca, vieja como la que entona la brisa en los robles de Aralar, se ha dejado oír hasta en los campos de concentración del Sahara, a donde les condujo la ingratitud de la Francia de Pétain, que olvidó que habían trabajado y luchado por la verdadera Francia, para recordar solamente que eran enemigos de Hitler y de Franco. Pero las puras estrofas de sus cantos tocaron el corazón de sus centinelas para que se abriese a la justicia, y los dejaron salir y volar hacia las Américas.

Otros muchos se hallan en las míseras celdas de las cárceles de Franco, de donde a veces les sacan temporalmente, para que canten en la iglesia cercana al presidio.

Era en la catedral de Palencia, en España. Se celebraba una solemne Misa Mayor oficiada por el Obispo de la Diócesis. Los fieles que asistían a la función religiosa se preguntaron extrañados, de dónde habían traído a la Catedral aquel magnífico

coro que tan magistralmente cantaba aquel día. "Del presidio de Dueñas —les contestaron—. Son los sacerdotes vascos que en él sufren condena"... Y una vez terminada la Misa, aquellos santos varones volvieron a la cárcel, donde estaban, porque no querían dejar de amar a la patria que Dios les dió.

Y también cantando han ido los vascos a la muerte. Un muchacho que consiguió huir de la España de Franco, nos contaba en Francia, que estando escondido y fugitivo en un caserío cercano al cementerio de Sondika, le sorprendió una madrugada un coro de voces jóvenes que entonaba majestuosamente el Himno de los Gudaris. Salió lleno de gozo de su escondrijo, creyendo que estaba oyendo el canto de la victoria, y que los vascos ya eran de nuevo libres. Pero su protector le sacó pronto de su bella alucinación. "Es un furgón de prisioneros vascos —le dijo—, que llevan a fusilar. Al apuntar el alba hemos oído muchas veces esa canción." Continuó oyendo la vibrante melodía, tenuemente apagada por la lejanía; sonó una descarga, y la aurora volvió a su silencio.

No hay dolor ni sufrimiento que pueda torcer el ánimo de un pueblo que lucha por la justicia y por su libertad. Nuestra batalla fué la más dura e ingrata a reñir, porque estuvimos solos ante el enemigo, y hasta nosotros, en vez de ayuda, no llegaba más que incomprensión y desprecio de los que nos ignoraban. Hoy, son muchos los que sufren como nosotros, aunque no están solos, y desconocen lo que se padece cuando además de agredido se es calumniado. Pero un mismo dolor y una misma fe nos hermanan, y un mismo afán de luchar hasta el fin.

No existe deber más duro que el del sacrificio. Hoy nos alcanza a todos y tenemos que aceptarlo con ánimo sereno, y hasta con complacencia. Sin este temple que tiene algo de heroísmo y de martirio, no alcanzaremos la victoria y menos la paz que ansiamos. Tenemos que convencernos de que solamente con la fuerza material no conseguiremos el triunfo. Nuestro espíritu es el que vencerá si está presto a aceptar dolores y sufrimientos que todavía no han hecho más que empezar. Porque puedo deciros que allá, en el campo nazi, tal vez por imposición

más que por voluntad propia, se comprende la necesidad del sacrificio.

Y aquí también. Cada día se siente palpitar con más coraje y decisión a este buen pueblo americano que nació para la paz y ha sido llevado a la guerra. Al compás de las fábricas y los astilleros las conciencias americanas producen espíritu de lucha, espíritu de sacrificio, espíritu de victoria.

Y doy gracias a Dios de que así sea. Porque . . .

Oyeme, lector americano. Otros tal vez te lo han ocultado, pero yo te lo digo con cruda franqueza. Esta tremenda guerra, la más decisiva y cruel de la historia, pesa sobre tus hombros más que sobre nadie. Dólares, material de guerra, lágrimas, sangre, tú vas a tener que dar más que ningún otro pueblo del mundo para ganarla. Y si levantas tus ojos para preguntarme por qué . . . yo te contestaré con estas palabras: "Porque así como un día asombraste al mundo con tus construcciones audaces y tus invenciones inverosímiles, hoy te ha sido encomendada la más gigantesca y la más noble de las empresas: salvar a la Humanidad, salvando la Libertad."

De ti depende todo, más que de nadie. De ese hombre nuevo que eres tú, fusión simbólica de todas las razas de la tierra, esperan todo lo que se puede esperar, los que cayeron por la Causa, los que sufren por la Causa, y los que confían en el triunfo de la más santa de las Causas.

Tú lo harás, hombre que compendias tanta vieja sangre en tu corazón nuevo. Y ese día, el Arbol de Guernica —que es símbolo universal— volverá a extender su sombra sobre tierra de Libertad.

Nueva York, 20 de mayo de 1942.

LA PRESENTE REPRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 30 DE NOVIEMBRE DE 1944
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS
CALLE CÓRDOBA, 2028
BUENOS AIRES.